

PHILIP REEVE

# RAIL

## EL EXPRESO DE LA LUZ NEGRA

DESTINO

# ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

PRIMERA PARTE. LA RED DE MUNDOS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

SEGUNDA PARTE. CHICA POLO

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

TERCERA PARTE. LUNA ROTA

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

## CUARTA PARTE. GUERRA FERROVIARIA

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

## QUINTA PARTE. ESTACIONES EXTRAÑAS

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

## SEXTA PARTE. EL EXPRESO DE LA LUZ NEGRA

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38  
CAPÍTULO 39

SÉPTIMA PARTE. LA SUIMANGA

CAPÍTULO 40  
CAPÍTULO 41  
CAPÍTULO 42  
CAPÍTULO 43  
CAPÍTULO 44  
CAPÍTULO 45  
CAPÍTULO 46  
CAPÍTULO 47  
CAPÍTULO 48  
CAPÍTULO 49

GLOSARIO

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## **SINOPSIS**

No es la primera vez que Zen y Nova viajan de un planeta a otro en tren. Proviene del Imperio de la Red, cuyas vías férreas recorren media galaxia. Pero esta vez es distinto. Han pasado por un portal interplanetario que ni siquiera debería existir. Han hecho cosas terribles para poder abrirlo, no saben a dónde les conduce, y no está nada claro que puedan regresar.

**PHILIP REEVE**

**RAIL  
EL EXPRESO DE  
LA LUZ NEGRA  
HEAD**

Traducción de Joan Josep Mussarra Roca

**DESTINO**

*Para mi excelente amiga, Sarah McIntyre*



PRIMERA PARTE  
**LA RED DE MUNDOS**

# 1

Habían pasado tan solo unos minutos desde la aparición del túnel. Sus paredes todavía humeaban, y en algunos lugares refulgían, como si lo hubiese perforado un objeto a una temperatura extraordinariamente elevada. En el suelo había dos vías gemelas que se adentraban hasta un kilómetro en el interior de la montaña, donde el túnel se interrumpía frente a un muro de roca desnuda. Allí había algo pegado a las paredes y al techo. Era un arco, hecho con una sustancia que recordaba un poco al hueso, pero que en realidad no se parecía a nada.

El arco empezó a refulgir. La luz no tenía color, ni parecía que saliera de ninguna fuente. Cubría el arco por completo, como una cortina agitada por un leve temblor. Una brisa soplaba a través de él y arrastraba olores que se mezclaban con el del granito chamuscado que emanaban las paredes todavía cálidas del túnel. Eran olores marinos. Una bocanada de aire que llegaba desde otro mundo.

Y de pronto, en ese mismo lugar donde momentos antes no había nada, apareció un tren. Una locomotora antigua y roja que tiraba de tres vagones y que surgió de la nada a través de la cortina de luz, aunque pareciera imposible. La canción del tren y el rugido de los motores resonaron por el túnel. En el primer vagón, un muchacho flaco y moreno llamado Zen Estornino y una chica llamada Nova, que en realidad no era una chica, apretaban la cara contra las ventanillas.

Primero solo vieron las rocas chamuscadas y vítreas de las paredes del túnel que pasaban por su lado. Luego salieron a toda velocidad al exterior. Las

paredes habían quedado atrás y el tren avanzaba por una llanura infinita. Distinguieron formas que se cernían sobre ellos, extrañas criaturas de cabezas colosales que se erguían a ambos lados del tren y que asustaron incluso a Nova. Pero entonces la muchacha se dio cuenta de que tan solo eran rocas. Amplias lagunas, como espejos caídos, reflejaban un cielo azul grisáceo, varios soles y un gran número de estrellas que brillaban a la luz del día.

No era la primera vez que Zen y Nova viajaban de un planeta a otro en tren. Procedían del Imperio de la Red. Sus estaciones estaban diseminadas por media galaxia. Los trenes viajaban de un sistema a otro en un abrir y cerrar de ojos por los portales-K. Pero el que acababan de atravesar era nuevo. Nadie sabía de su existencia, y habían pasado por él sin tener idea de adónde los llevaría.

—Un nuevo mundo —aventuró Nova—. Un nuevo planeta, bajo un nuevo sol. Un lugar que tan solo hemos visto nosotros...

—Pero ¡aquí no hay nada! —dijo Zen, medio decepcionado, medio aliviado.

No tenía claro qué era lo que había esperado encontrar. ¿Ciudades mágicas? ¿Torres de luz? ¿Un millón de ángeles estacioneros que les diese la bienvenida con un baile? Lo único que había allí eran lagunas e islas cubiertas de hierba y rocas rojizas que apenas sobresalían del agua, y algún que otro racimo de objetos de colores pálidos, semejantes a banderas, que se erguían en las aguas poco profundas.

El tren habló. La locomotora antigua y roja, la Rosa de Damasco, tenía mente propia, como todas las del Imperio de la Red.

—El aire es respirable —informó—. No detecto comunicaciones de ningún tipo: no me llegan mensajes de ningún sistema de señales, ni de ningún control de tráfico ferroviario...

Nova era una Motorik. Una máquina humanoide. Exploró las distintas longitudes de onda con su mente inalámbrica en busca del Mardedatos de aquel planeta. No encontró nada. Tan solo el ruido blanco, como el de las olas del mar, y el gorjeo sin inteligencia de un cuásar a un millón de años luz de distancia.

—Puede que este planeta no esté habitado —dijo.

—Pero aquí hay raíles —respondió la Rosa de Damasco.

—¿Raíles de verdad? —preguntó Zen—. ¿Normales y corrientes? ¿Con el ancho de vía adecuado y todo?

—Hummm —sopesó el tren—. Una prueba muy sencilla nos lo indicará. ¿Hemos descarrilado? No. Así pues, parece que los raíles están bien. Igual que los de nuestro hogar.

—Pero ¿cuál es su origen?

—El Gusano —afirmó Nova—. El Gusano los está instalando...

El Gusano era la máquina alienígena que había rasgado el tejido de la realidad para dar forma al nuevo portal y había perforado el túnel en el corazón de la montaña. Se alejaba de ella a toda velocidad e iba dejando tras de sí raíles nuevos y relucientes, igual que una araña habría tejido sus hilos. Al cabo de poco, Zen y Nova lo vieron mediante las cámaras de la Rosa. Divisaron una nube de polvo que avanzaba más adelante, a velocidad estable. De vez en cuando, alcanzaban a ver en su interior las púas que se movían de un lado para otro y el chisporroteo incoloro del Gusano, y su gigantesco cuerpo jorobado, como una inmensa lombriz semimecánica, una catedral de biotecnología avanzada que marchaba sobre ruedas y vomitaba vapor y extrañas cuchillas de luz. En el interior del Gusano, y debajo de él, tenían lugar vastos procesos industriales a una velocidad abrumadora. No se trataba tan solo de que plantara los travesaños de cerámica como si hubieran sido huevos y que tendiera sobre ellos los raíles y los sujetara con tornillos. Cada vez que tropezaba con una elevación del terreno, abría un paso o un túnel corto mediante la acción del calor. Y además las vías tenían que asentarse sobre una superficie firme, así que el Gusano también le hacía algo al suelo, lo dejaba más duro y brillante que el terreno que lo rodeaba y lo hacía burbujear con motas de luz aisladas que danzaban durante un rato y luego se desvanecían, y que ya habían desaparecido casi en su totalidad cuando llegaba la Rosa.

—Pierde velocidad —dijo por fin el tren, y disminuyó la marcha a su vez—. Se ha salido de la línea. Se está fabricando una vía muerta para sí mismo...

Pasaron al lado del Gusano a la velocidad de un hombre que camina. El artefacto había perdido su fulgor iridiscente, su movimiento incesante. Parecía que se hubiera quemado. Una montaña negra que se enfriaba como ascuas de

carbón. En algún lugar de su interior se hallaba el cadáver de Cuervo, el hombre que lo había construido y que quedaría sepultado en el nuevo mundo.

El sonido de las ruedas cambió.

—¿La vía continúa? —preguntó Zen.

—Veamos —respondió la Rosa de Damasco—. Tendremos que plantearnos una vez más la misma cuestión: ¿hemos descarrilado? Ah, una vez más, la respuesta es no...

—Lo que no entiendo es cómo puede seguir habiendo vías.

El Gusano se había quedado atrás, entre la luz y la bruma que cubrían las lagunas alienígenas, pero en las pantallas de la Rosa se veían raíles que continuaban más adelante, aunque no tan relucientes como los que habían recorrido hasta entonces. Se prolongaban hasta el horizonte, donde la perspectiva los juntaba como si hubieran sido una punta de flecha.

—Estos raíles ya estaban aquí —dijo Nova—. El Gusano ha instalado un trecho para enlazar el nuevo portal con una línea preexistente.

Con un seco golpeteo de alas, un insecto grande salió volando como atontado desde uno de los portaequipajes. Chocó una y otra vez contra el cristal por donde miraba Zen. Parecía ansioso por salir afuera y explorar el nuevo mundo. Un insecto Monje. Zen se estremeció. Durante los últimos tiempos había pasado momentos difíciles y algunos de los peores habían tenido que ver con aquellos bichos. Si se juntaban en número suficiente, emergía una inteligencia colmena, y una de esas lo había atacado en Desdemor. Aquel insecto debía de ser uno de sus miembros, que había sobrevivido. Al faltarle su millón de amigos, se había metido en el tren sin saber lo que hacía.

Nova lo tomó suavemente entre sus dos manos. Zen le dijo que debía matarlo, pero la muchacha dijo:

—Qué crueldad. Pobrecito. Lo dejaremos salir cuando encontremos un sitio donde pueda estar bien...

Y fue en busca de una caja para meter dentro el bicho.

Cuervo había pertrechado los tres vagones del tren. Zen y Nova aún no habían tenido tiempo de explorarlos. El primero era un antiguo y majestuoso vagón de Estado que en otro tiempo había alojado a dignatarios, con

dormitorio y baño en el piso de arriba, varias salas en el de abajo y una pequeña enfermería al final. El segundo vagón era un coche restaurante. Los frigoríficos estaban repletos de comida. En el último había equipamiento que Cuervo debía de considerar necesario: una impresora industrial en 3D, una pequeña furgoneta con neumáticos todoterreno, dos compartimentos blindados con bidones de combustible. Había un armario repleto de trajes espaciales, un cargador para las baterías de las linternas y drones libélula. Había estantes llenos de armas de fuego, piquetas y rollos de cuerda, y montones de cajas con otras vituallas.

Una simple ojeada a todo aquello bastó para que Zen sintiera la satisfacción de quien se sabe propietario. Lo había conseguido, se había enriquecido. Como siempre había soñado. Contaba con su propio tren. Solo que no podía enseñárselo a nadie. Los Guardianes, las sabias Inteligencias Artificiales que vigilaban a toda la humanidad, jamás habían querido que nadie abriera un nuevo portal-K. Cuervo había cometido atrocidades para conseguirlo, y Zen y Nova habían sido sus peones. Habían provocado una catástrofe en el tren imperial, y el propio emperador había muerto. No podrían regresar jamás al Imperio de la Red. Zen no podría volver a ver a su madre, ni a su hermana, ni a todas las personas a las que había tenido por amigas. Como si hubiera muerto. El muchacho pasó las yemas de los dedos sobre la lisa superficie de los armarios de maderaviva de Cuervo y sintió la primera punzada de añoranza.

Abrió unas cajas de plástico, sacó unos paquetes con raciones de emergencia de la Fuerza Ferroviaria y volvió con ellos al vagón de Estado. Nova seguía en el mismo lugar. Se oían los crujidos y el golpeteo de alas de insecto entre sus manos. La muchacha tenía la cabeza ladeada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zen.

—Voces —dijo la chica—. En torno a los setenta y cinco kilohercios. Unas transmisiones de ratio muy primitivas. Creo que son voces...

Entonces intervino la Rosa de Damasco.

—Yo también las oigo. Y parece que más adelante hay una estación.

El tren abrió una holopantalla y les enseñó las vistas que capturaba con una cámara frontal. Una colina baja se erguía entre las lagunas espejo. La línea

férrea se dirigía hacia ella, y Zen descubrió otras vías que atravesaban las lagunas sobre terraplenes de poca altura y convergían en el mismo lugar. Una de las líneas pasaba por un puente largo y blanco que parecía una raspa de pescado. Al pie de la colina había otras formas blancas. Quizá fueran árboles, tal vez edificios. Y en lo más alto había edificaciones más grandes. Sus extraños ángulos brillaban.

—Cuervo tenía razón —exclamó Nova en voz baja. Usar el pretérito en lugar del presente en esa oración era más extraño que cualquier circunstancia que se pudiese encontrar en este nuevo planeta.

Los Motorik carecían de progenitores, pero la muchacha estaba convencida de que sus sentimientos por Cuervo debían de parecerse a lo que un humano sentiría por su padre, si este fuera brillante, reservado y más bien peligroso. No podía decirse que lo hubiera amado, pero tampoco se había imaginado nunca que pudiese llegar a vivir más que él. Nova deseó que Cuervo hubiera podido ver todo aquello.

El insecto, impaciente, aleteaba entre sus manos. Zen acercó la caja y trató de no mirar cuando la muchacha metió dentro al bicho. La estación a la que se acercaban le inspiraba malos presentimientos. Los ángeles estacioneros, las misteriosas formas de luz que aparecían en ocasiones cerca de los portales-K del Imperio y que le habían contado a Cuervo lo que tenía que hacer para abrir aquel nuevo portal, también tenían algo de insecto. Parecían gigantescas mantis de luz. Quizá los encontrarían en aquel lugar, a punto para dar la bienvenida a la Rosa de Damasco. Pero Cuervo le había dicho que no eran más que proyecciones... Entonces ¿qué pasaría si los ángeles estacioneros de verdad eran bichos gigantescos? ¿Insectos grandes como los columpios de un parque infantil?

Nova se había guardado la caja en el bolsillo de la chaqueta. Estaba de pie junto a la ventana y miraba al exterior. Zen se acercó a ella. La muchacha no apartaba los ojos de las imágenes que iban pasando por fuera, pero su mano encontró la de Zen y el muchacho entrelazó sus dedos con los de la chica. En Tristesse, en las horas de desesperación que habían precedido a la apertura del nuevo portal, Zen le había confesado que la amaba, y se habían besado. El joven ya no tenía claro lo que sentía. El deseo de besar a una Motorik era raro.

Probablemente fuese igual de extraño que una Moto quisiera besar a un humano, y Zen se preguntó si Nova querría hacerlo de nuevo. El muchacho siempre había ocultado sus emociones. Incluso a sí mismo. Se había criado en lugares en los que nunca se puede expresar cariño, porque los demás tratarán de quitarte lo que amas, o lo destruirán tan solo para hacerte daño. Sus sentimientos por Nova casi lo asustaban. Pero se alegraba mucho de que la chica estuviera con él.

Vio al otro lado de la ventana unos árboles alargados y pálidos, con hojas en forma de plato que se agitaban bajo la brisa, y más allá... ¿edificios?, ¿personas? Aparte de los árboles, no había ninguna otra cosa que se pareciese a nada de lo que Zen había visto en su vida. Y entonces divisó una forma alargada que se desplazaba...

—¿Eso es un tren?

—Es un Gusano —respondió Nova.

—No exactamente —corrigió la Rosa de Damasco—. Es más pequeño y más sencillo.

Compartía el aspecto de criatura medio artificial medio natural del Gusano de Cuervo. Un caparazón plateado cubierto de largas púas que se mecían de un lado para otro, como si tantearan el aire. En sus costados había unas marcas que parecían siluetas de caracolas, y su base consistía en una placa ósea que se movía sobre ruedas de metal. Tiraba de una hilera de vagones. Nova entreabrió la ventana y entonces oyeron un grito profundo, desafinado, discordante.

—¿Es una canción de tren? —preguntó Zen.

—Sí —dijo la Rosa, con un tono condescendiente—, no es muy buena.

No obstante, respondió con su propia canción, y entonces el tren alienígena frenó para dejarlos pasar. La Rosa se detuvo al lado de algo que tan solo podía ser el andén de una estación, construido con una sola pieza de cristal antiguo. Las gentes de aquel planeta se amontonaban sobre su superficie escarchada y contemplaban con curiosidad a la Rosa de Damasco. Sus voces se filtraban por la ventana, sus graznidos y sus trinos, como las voces de los pájaros, como una jungla a la hora del alba. Nova frunció el ceño y puso en marcha el programa de traducción.

—Hay alguien que me mascula no sé qué por un canal muy turbio — anunció la Rosa de Damasco con remilgo—. No tengo ni idea de lo que quieren.

—Seguro que les hemos trastocado el horario —dijo Zen nervioso—. Si estaban a la espera del próximo tren para el Planeta X, debe de haberlos molestado nuestra aparición.

El andén se llenaba con rapidez. No había nadie que pareciese humano, ni siquiera humanoide, y las criaturas eran tan increíblemente variadas que Zen pensó que debían de proceder de una docena de planetas distintos, no de uno solo. Había un montón de individuos con aspecto de antílope, ropajes de color añil y máscaras de cristal negro sobre el rostro, y unos tritones gigantescos y transparentes cuyos órganos internos vibraban y se revolvían dentro de sus empañadas entrañas. Una sepia que había aprendido a caminar por tierra resbaló sobre su propia baba hasta el andén y extendió los tentáculos para palpar las ventanas de la Rosa. De no ser porque sentía la mano de Nova en la suya, Zen habría llegado a pensar que aquello era una pesadilla.

Pero entonces Nova se volvió, le sonrió y le dijo:

—¡Bueno, venga! ¡Vamos a presentarnos!

Zen no tuvo tiempo para rogarle que esperara, ni para correr hasta el último vagón y empuñar una de las armas de Cuervo, por si aquella multitud de criaturas trataba de devorarlo. Antes de que pudiese hacerlo, Nova abrió las puertas y salieron, todavía agarrados de la mano, y se sumergieron en el estrépito, los olores y la luz de la estación alienígena.

## 2

La masa de criaturas retrocedió un poco, como si se hubiera sorprendido de lo extraños que eran los viajeros. Entonces, unas cosas que a Zen le habían parecido viejas tiendas de campaña blanqueadas con lejía se pusieron en pie. Eran las mismas criaturas que había visto erguidas, apiñadas en colonias dentro de las lagunas, solo que entonces no se había dado cuenta de que estaban vivas. Se agolparon a su alrededor y emitieron zumbidos y vibraciones con los pliegues de la piel con aspecto de papel que unía sus delgados miembros. Tendieron hacia él sus pequeñas manos de estrella de mar para palparle la ropa y la cara. Zen encogió el cuerpo al verlos y se preguntó si serían peligrosos. Se sintió como un niño pequeño para el que todo es nuevo. Con la salvedad de que un crío, por lo menos, cuenta con sus instintos, mientras que los de Zen eran inútiles en aquel lugar. ¿Acaso las criaturas tienda de campaña le estaban atacando? ¿O tan solo querían mostrarse amistosas? Se preguntó si le convenía inclinarse, o sonreír, o decirles: «Venimos en son de paz». Pero aquellas criaturas ni siquiera tenían boca. ¿Cómo iban a comprender una sonrisa? Tal vez se tomaran una inclinación como un gravísimo insulto, y sus palabras seguro que no les parecerían más que ruido.

Entonces Nova abrió la boca y de su cuerpo emergieron sonidos y vibraciones idénticos a los que emitían las criaturas.

Los alienígenas se quedaron inmóviles, temblorosos. Abrían y cerraban sus pequeñas manos sin cesar. Unos puntos oscuros semejantes a semillas que tenían en las capas exteriores de la piel se deslizaron sobre esta para apuntar

en dirección a la muchacha. La multitud se quedó en silencio y escuchó. Nova se volvió y soltó unos trinos y unos relinchos que parecieron agrandar a los antílopes de tres patas. Estos levantaron sus cabezas triangulares, y unas luces apagadas centellearon bajo sus máscaras.

Nova echó una rápida mirada a Zen y sonrió, satisfecha consigo misma.

—Nos dan la bienvenida.

—¿Cómo has podido hacer eso?

La muchacha se dio unos golpecitos en la sien.

—Son los programas de descriptación. Ya he empezado a traducir algunas frases sencillas. He grabado los sonidos para poder hablar con ellos...

Las criaturas que parecían antílopes trinaron y relincharon, con las cabezas gachas.

—Nos dan la bienvenida a... a Yaarm. Ese es el nombre de este lugar: «Yaarm en el Jardín Enjoyado». ¡Qué bonito! Se alegran mucho de conocernos. Dicen que hace mucho tiempo que una nueva raza no logra llegar a la Red de Mundos.

La conversación prosiguió. Los tritones transparentes tenían voces que recordaban al sonido de un pedo en la bañera. Las criaturas con tentáculos usaban un complicado lenguaje de signos, y cuando Nova trató de hablarles moviendo los dos brazos y una pierna, sus cuerpos se ondularon con colores aceitosos. Zen adivinó que era su equivalente de la risa. Nova se comunicaba con él a través de los cascos y le iba contando lo que decían las criaturas: «Esta Red de Mundos parece muy grande... miles de estaciones... a esas locomotoras vivientes las llaman morvah...», pero estaba ocupada, sobre todo, en seguir la conversación, y en editar y repetir sus propias respuestas.

Zen empezaba a sentirse marginado. Nova era mucho más inteligente que él. Asustado ante las extrañas criaturas, volvió los ojos hacia los edificios de la estación. A un lado se erguía una de aquellas grandes edificaciones que habían observado desde el tren. Estaba hecha con el mismo material cristalino que el andén y parecía igual de antigua, y también descuidada. Su superficie estaba llena de grietas y fisuras, y había quedado cubierta de enredaderas. Las sombras empezaban a alargarse. Los soles alienígenas descendían hacia el horizonte. En los lugares donde la penumbra era más profunda, las

enredaderas brillaban con una luz trémula y espectral, como si todas sus hojas y sus tallos estuvieran hechos de cristal, como si fuesen huecas y se encontrasen repletas de luciérnagas. Entre sus tallos resplandecientes, Zen alcanzó a distinguir tallas en las paredes...

—Es raro —dijo Nova.

—¿El qué?

—Les he explicado que venimos en busca de ángeles estacioneros, pero no parece que lo entiendan. A ver, ya sé que probablemente no los llamen así, pero lo lógico sería que reconociesen su descripción: gigantescas criaturas de luz semejantes a insectos. No puede ser que no los hayan visto...

Nova trató de imitar los movimientos de los ángeles, pero tan solo consiguió que las sepias se rieran con colores aún más brillantes.

Entonces, por fin, Zen pudo añadir algo a la conversación.

—Te refieres a esos —dijo, mientras señalaba a la pared cubierta de tallas.

Un número suficiente de alienígenas debía de entender lo que significa señalar, porque todas las cabezas acabaron por volverse en la misma dirección. Zen se abrió paso con prudencia entre la multitud y apartó a un lado algunas de las enredaderas relucientes para poder ver mejor las tallas. Eran representaciones de ángeles estacioneros, planas como los faraones pintados en una tumba. Gesticulaban con sus patas de mantis a unos soles estilizados y a unas líneas medio borradas que tal vez hubieran sido letras. Se oyó un murmullo entre la muchedumbre del andén.

—Construyerraíles —dijo Nova, que se había acercado a Zen mientras los antílopes, las tiendas y las criaturas transparentes se lo explicaban, cada una en su lenguaje—. Así los llaman. Pero dicen que hemos llegado demasiado tarde. Los Construyerraíles se marcharon hace mucho mucho tiempo...

—Pues entonces ¿cómo es que vinieron a llamarnos a nosotros? Esas proyecciones que enviaron a través del portal-K, las que danzaban con Cuervo...

—Creo que eran mensajes grabados —respondió Nova—. Los Construyerraíles abrieron los portales, pusieron las vías y construyeron estos edificios, pero luego se marcharon, murieron. Ocurrió algo que llaman «el

Apagón», me imagino que debió de ser una especie de edad oscura. Ahora unas razas más jóvenes utilizan la Red de Mundos para comerciar. Pero, por el motivo que sea, las proyecciones de los Construyerraíles todavía funcionan, todavía llaman y llaman... Ay, Zen...

La muchacha parecía triste, pero él se sintió aliviado. Ya era un mal asunto que los ángeles, o Construyerraíles, o como hubiera que llamarlos, hubieran sido insectos gigantescos, pero es que, además, debían de haber sido increíblemente poderosos, porque habían construido una red de ferrocarriles que abarcaba toda la galaxia. Debían de haber sido como los Guardianes. Como dioses. Pero aquellas razas más jóvenes no parecían más avanzadas que los humanos. Quizá fueran más primitivas.

—Diles que hemos venido a explorar su Red —pidió—. Diles que el Imperio ha pedido que nadie más utilice nuestro portal-K hasta que hayamos visitado sus mundos y conocido a sus líderes y les hayamos mostrado los productos con los que podemos comerciar. Diles que soy el Embajador de los Humanos y que he venido a conocerlos antes de que nuestro Imperio establezca vínculos comerciales con sus planetas.

Nova frunció el ceño.

—Pero todo eso es mentira. Ni siquiera podemos volver a casa. Los Guardianes y la familia Mediodía nos matarían.

—Ya lo sé. Por eso nos interesa alejarnos del portal y adentrarnos en esta Red de Mundos, por si se les ocurriera enviar a alguien a perseguirnos. Además, no es mentira. Vamos a comerciar. El tercer vagón de la Rosa está repleto de equipamiento que cargó Cuervo, y seguro que aquí no conocerán ninguno de esos productos. Lo desconocido es valioso.

Nova se rio. Había llegado a preocuparse por Zen. Se alegró de ver que seguía con sus planes.

—Pero algún día no nos quedará más remedio que reconocer que no podemos volver atrás.

—Para entonces, ya estaremos muy lejos.

Nova lo pensó durante un microsegundo y luego se volvió y lo tradujo para la multitud. Pareció que les gustaba. Entendían que los humanos quisieran ver la Red antes de dar comienzo a las relaciones comerciales. Los propios

herastec (Nova creyó entender que ese nombre designaba a las criaturas con forma de antílope) habían mantenido cerrado durante muchos años el portal de acceso de sus planetas antes de efectuar el primer contacto. Se erigiría una barrera para que ningún tren pudiera entrar sin permiso en las líneas de los humanos. Y serían bien recibidos en todas las estaciones de la Red, entre los herastec, los deeka, los chmoii...

Nova sacó la cajita que guardaba en el bolsillo. Al parecer, el insecto Monje había tejido un capullo para envolver su cuerpo. La muchacha a duras penas lograba distinguir su oscura silueta de cigarro a través de las hebras de seda. Lo sostuvo en alto para preguntar si a alguien le importaría que liberase un insecto como aquel en Yaarm, pero algunos de los herastec lo entendieron mal y pensaron que trataba de venderlo. ¡Sí, sí, querían comprar! Los insectos, como tales, no les servían de nada, pero a veces comerciaban con los neem, y a estos sí que les gustaban los bichos, o los comían, o los coleccionaban, o tal vez ellos mismos fueran insectos (el programa de traducción de Nova aún no había aprendido a distinguir todas las inflexiones de su lenguaje de relinchos). La chica les dio la cajita con el bicho, y los otros, a cambio, le entregaron tres pequeñas varas metálicas. Nova había realizado su primera transacción comercial en la Red de Mundos.

Después, los nativos acompañaron a los recién llegados a visitar la ciudad donde se hallaba la estación. Los dos pequeños soles ya se habían puesto, pero casi no había oscurecido. Zen no había visto nunca tantas estrellas, ni unos abanicos de gases luminosos tan brillantes ni de colores tan vivos. Penachos, guirnaldas y cortinas de gas cubrían el cielo nocturno y envolvían las estrellas que relucían a través de ellos.

—¡El Jardín Enjoyado! —dijo Nova. Levantó los ojos para contemplarlo y luego volvió a bajarlos hacia los campos de estrellas que se reflejaban en las calmadas lagunas—. Este mundo debe de hallarse en el corazón de una nebulosa. ¡Qué hermosura!

Todas las cosas tenían siete sombras, proyectadas por los siete astros más brillantes. Bajo aquella extraña luz, el lugar parecía todavía más un sueño. Un

gusano con la piel cubierta de pelaje azul pasó por allí con una especie de ave sujeta al extremo de una cadena de plata, y Zen no vio claro cuál de los dos era la mascota. Las hojas de los árboles molino giraban poco a poco bajo la brisa nocturna. Había puestos de comida que olían a fábrica de productos químicos, y las tiendas de maquinaria soltaban humos con aroma a salsa de cacahuete. Todo aquello quedaba tan lejos de los marcos de referencia de Zen que el cerebro del muchacho se negaba a aceptarlo y su mirada se iba hacia otro lado, abrumada. Y, por otra parte, también había cosas que le resultaban sorprendentemente familiares, como el puesto de venta de joyas, donde una pareja de herastec con máscaras de cristal vendía delicadas espirales de plata y jade, diseñadas para adornar los afilados cuernos de antílope de las criaturas de su raza.

Zen se detuvo un instante y examinó el mostrador con ojo de ladrón. Estaba bastante seguro de que podría meterse en la manga uno de los anillos para cuernos sin que los joyeros se diesen cuenta. Si hasta era posible que en aquel rincón de la galaxia no se supiese lo que era un robo.

Pero un anillo para cuernos no le habría servido de nada y, en cualquier caso, Nova sí que lo habría pillado. (Había visto por primera vez a Zen en cierta ocasión en la que el muchacho robaba un collar del puesto de una joyera en el bazar de Ambersai.) La muchacha le estrujó la mano y lo obligó a seguir adelante.

—No hagas ninguna diablura, Zen Estornino. Ahora tienes responsabilidades. Eres el Embajador de los Humanos. Y yo también. Si pretendemos representar a nuestra especie, debemos observar una conducta impecable.

—Entonces ¿estas criaturas no se dan cuenta de que eres Motorik?

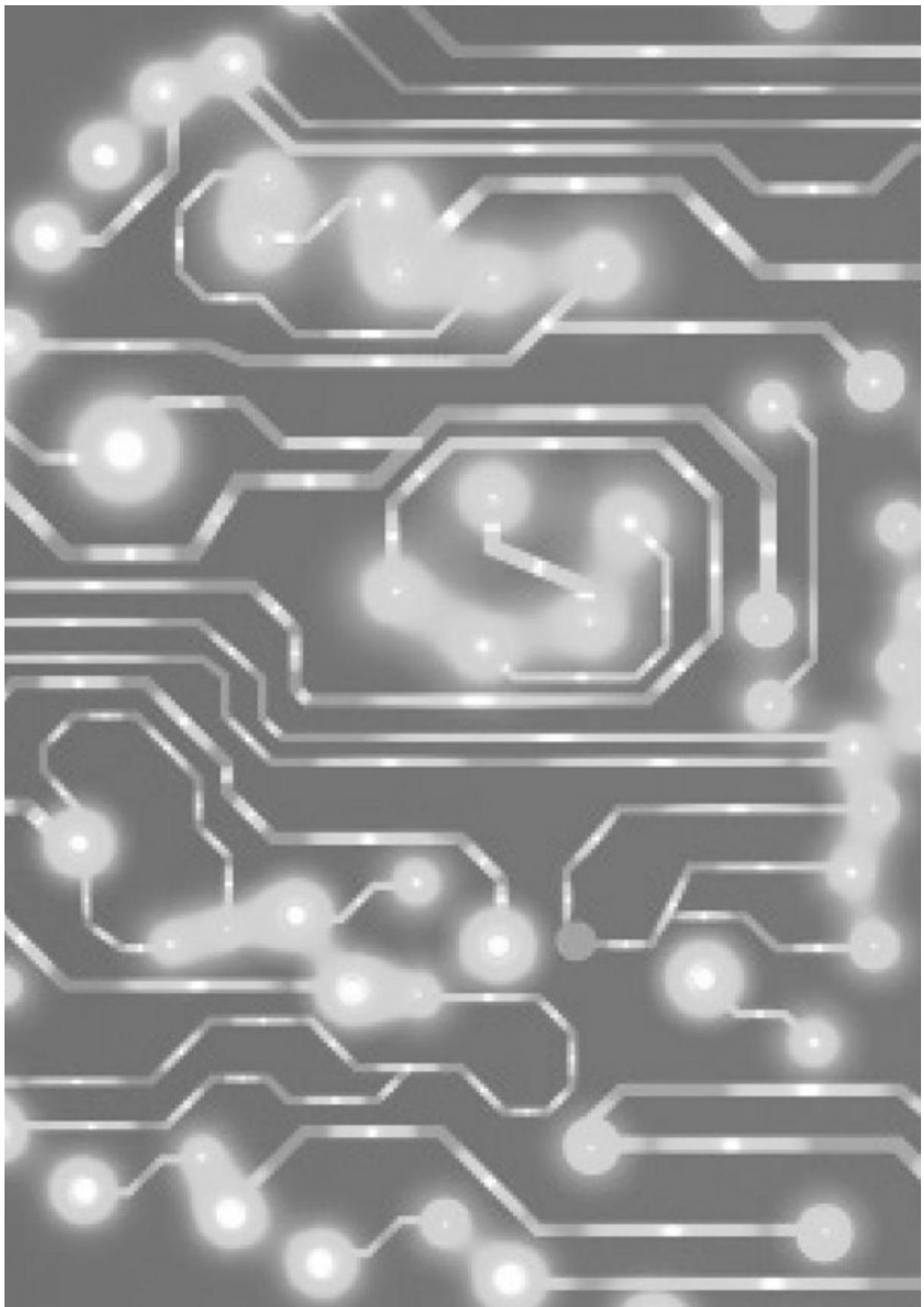
—A mí me parece que creen que somos un macho y una hembra humanos —dijo Nova con alegría. Le gustaba que la tomaran por humana—. Aquí no hay muchas máquinas. Aún no he visto nada que se pueda considerar más avanzado que la tecnología de la Tierra Antigua, salvo por los biotrenes, y creo que esos nacen por sí solos, no los construyen.

—¿Y vas a confesarles lo que eres en realidad?

—No —respondió Nova—. Igual que tampoco voy a contarles que eres

ladrón. Estamos en unos mundos nuevos, Zen. No tenemos ningún motivo para seguir siendo lo que hemos sido hasta ahora. Podemos convertirnos en lo que queramos. Podemos ser humanos y estar juntos.

Aquella noche un viento cálido sopló sobre las lagunas y susurró en torno a la Rosa de Damasco, que reposaba en una vía muerta cercana a la orilla. El viento agitaba la cortina del compartimento dormitorio, la levantaba y la dejaba caer de nuevo, y la luz de todos aquellos astros sin nombre se derramaba sobre la cama donde yacía Nova, abrazada a Zen. Si el muchacho hubiera vuelto la cabeza, habría visto jardines de estrellas que refulgían en el cielo y en el agua. Pero no podía dejar de contemplar el rostro de Nova. La luz de mil soles presentes y futuros acariciaba su boca, demasiado ancha, y se reflejaba en sus ojos, que no eran exactamente tales. La sombra de la cortina resbalaba sobre lo que casi era piel, sobre sus pecas hechas por encargo. Zen sentía el peso de la nostalgia y del choque cultural, y lo aguardaban mil estaciones ignotas, pero el muchacho estaba convencido de que todo iría bien mientras Nova lo acompañara.



SEGUNDA PARTE  
**CHICA POLO**

### 3

Lo peor de estar congelado era el momento de descongelarse. La joven despertó bajo la luz turbia que se filtraba por las aguas del acuario, horriblemente confusa. Flotaba en un recipiente de líquido frío y espeso en forma de ataúd. La sustancia no solo la envolvía, sino que estaba dentro de ella, le llenaba los pulmones y la garganta. Una reincidente como ella, que ya había sido chica polo en tres ocasiones, debería haber estado acostumbrada. Sin embargo, sintió pánico, como siempre, y agitó los brazos y se abrió paso con las uñas a través del fango todavía helado de la superficie hasta que las muñecas a pilas que la habían despertado la agarraron por brazos y piernas, la sacaron del congelador y la dejaron sobre el suelo frío.

Entonces se echó a temblar bajo una ducha tibia. Los últimos restos del gel de crioletargia se escurrieron por una reja, entre baldosas del color de los dientes de un viejo. Le arrancaron los parches sensores adhesivos. Se vio el rostro en el espejo irrompible que colgaba sobre el lavadero de metal. Una tez morena que aún conservaba en torno a los labios el color azulado de la piel congelada. Se llamaba Chandni Hansa. De no ser por la cabeza rapada y por el estado de sus ojos, habría sido hermosa.

Se secó con la raída toalla de la prisión y se puso ropa interior nueva y limpia, y una bata de papel carcelaria. Luego siguió una línea roja marcada en el suelo hasta otra habitación para esperar a que otra muñeca a pilas le trajera una bolsa de plástico con las ropas que había llevado puestas cuando la arrestaron. Las prendas eran de buena calidad: un kurta de videotela, unos pantalones que hacían frufnú y unas pequeñas sandalias de plata. Lo había

comprado todo con el último dinero que había robado a un muchacho rico llamado Tallis Mediodía.

Mientras se ponía los pantalones, pensó que el problema era que todo aquello ya habría pasado de moda. La muchacha recordaba el paseo por las tiendas de ropa como si hubiera tenido lugar hacía unos pocos días, justo antes de que la capturaran los azules. Pero en realidad habían pasado diez años. Tal vez eso fuera parte del castigo. Al terminar la condena, había que salir a la calle con ropa que llevaba un desfase monumental. Así todo el mundo se daba cuenta de que aquella persona acababa de ser liberada de la prisión refrigerador y nadie le ofrecía empleo, y acababa por meterse en asuntos que la llevaban a pasar un nuevo período como polo humano. Era la tercera vez que congelaban a Chandni... ¿O tal vez la cuarta?

Había robado los cascos de Tallis Mediodía además de su dinero, pero eso no se lo habían devuelto. Eran unos cascos bonitos. Una delicada pieza de bronce que imitaba un tallo, con pequeños terminales de vídeo y audio para la sien y el oído que simulaban las flores. Chandni se imaginaba que se los habrían devuelto a su legítimo dueño, como si el muchacho no hubiese tenido dinero para comprarse otros. A ella le dieron un envoltorio de plástico con unos cascos desechables, de mala calidad. En cuanto se los puso, se dio cuenta de que el acceso al Mardedatos que ofrecían estaba sujeto a estrictas limitaciones y de que le transmitían un montón de consejos provechosos sobre cómo reintegrarse a la sociedad. De todos modos, no parecía que funcionaran bien. Según indicaban, habían pasado tan solo seis meses desde su congelación. Entonces probó a entrar en unos pocos de los sitios inocuos del Mardedatos a los que se le permitía acceder y vio que todos mostraban la misma fecha.

Sintió esperanza y un leve recelo. Si de verdad había pasado tan solo seis meses congelada, la cosa no iría tan mal. Quizá la ropa aún no hubiera pasado de moda. A diferencia de otras veces, quizá pudiese recobrar el contacto con algunas de las personas a las que conocía. Pero jamás había oído que dejaran salir a nadie antes de que cumpliera su sentencia en el congelador. (¿Por qué iban a hacerlo? ¿Por buena conducta?) Así que quizá hubieran cometido un error. Tal vez la dejaban salir a ella en lugar de a alguna otra pobre chica

polo.

Mientras avanzaba por la línea roja que conducía a la última habitación, decidió que no diría nada. En la nueva sala había ventanas de verdad. Afuera brillaba el sol, y un tren avanzaba por un puente que trazaba una curva sobre la prisión refrigerador. Además, allí había una persona de verdad, aunque no demostró más interés por Chandni que las muñecas a pilas. Le colocó un brazalete de seguimiento en la muñeca y le dijo:

—Tu hermana te espera.

—¿Mi qué?

La mujer señaló a unas puertas de cristal por las que se salía a un vestíbulo alfombrado. Allí había otra mujer, con el rostro medio cubierto por sus cabellos morenos. Se había inclinado hacia delante para ver mejor uno de los carteles de la pared.

—Tu hermana. Ha venido de la Gran Central a recogerte. Se te autoriza a viajar hasta allí en su compañía. Te recomiendo que te quedes en ese planeta. No nos hacéis falta las personas como tú en Karavina.

Este dato le resultó interesante, porque Chandni estaba bastante segura de no haber tenido nunca ninguna hermana. Probablemente, la persona que aguardaba en el vestíbulo fuese familiar de la convicta a la que habrían tenido que descongelar en vez de ella. Sin duda, se daría cuenta del error en cuanto la viese, y entonces volverían a llevar adentro a Chandni y la congelarían en el baño de gel durante otros nueve años y seis meses. Solo con pensarlo, la ladrona tembló y estuvo a punto de echarse a llorar como una niña pequeña.

Pero logró contenerse.

—Está bien —respondió, y pasó por las puertas del vestíbulo.

Se dijo que habría un momento de confusión cuando la persona que esperaba afuera se diese cuenta del error y que lo aprovecharía para echarse a correr. Aún tenía las piernas débiles por el tiempo que había pasado en el refrigerador, pero si lograba llegar a la estación de la K-Bahn, quizá podría abordar un tren amistoso que se la llevara a otro planeta.

Las puertas se abrieron hacia ambos lados. La mujer del vestíbulo era mayor que Chandni y le resultaba totalmente desconocida. Pero, al ver a la muchacha, su rostro ordinario y cetrino se iluminó con una encantadora

sonrisa.

—¡Chandni! —exclamó con voz exageradamente fuerte, y entonces dio unos pasos al frente y la abrazó.

Era el primer abrazo de verdad que le daban desde niña.

—¡Bueno, qué raro es esto! —dijo Chandni, con la voz amortiguada por el cuello de falsa piel del abrigo de su falsa hermana.

—Tengo tanto que contarte, hermanita... —dijo con una voz que todavía era demasiado alta. Tomó a Chandni de la mano y podríamos decir que la arrastró hacia fuera, hacia la luz solar que se filtraba por entre las brumas—. Te lo explicaré en el tren. ¡Vamos! Si nos damos prisa, aún podremos ir en el veintiséis treinta y dos...

El 26.32 a la Gran Central aguardaba en el andén. Una enorme locomotora Nguyen 60, con una hilera de vagones plateados de doble piso. Al verlo, Chandni empezó a tranquilizarse. Le gustaban los trenes. Por extraño que resultara salir de la prisión frigorífico, por mucho que pudiera cambiar todo mientras estaba congelada, los trenes seguían igual y trazaban con paciencia su recorrido entre planeta y planeta por los portales-K. La muchacha sabía adónde la llevarían. Además, transportaban a un montón de personas. Si al final resultaba que la extraña mujer que la había recogido en las instalaciones de almacenamiento en frío y se hacía pasar por una hermana a la que no había visto desde hacía mucho tiempo era en realidad una psicópata que quería asesinarla y forrarse los almohadones con su piel, el viaje en tren le brindaría un sinnúmero de oportunidades para escabullirse.

Chandni se llevó una sorpresa. La mujer sacó unos billetes de primera clase que no cuadraban con su abrigo barato. La llevó al primer vagón, a un elegante compartimento privado. Mientras las puertas correderas se cerraban sin hacer apenas ruido, la mujer se quitó el abrigo. Debajo llevaba unas ropas blancas que parecían muy sencillas y, a la vez, muy caras, e hicieron que Chandni se sintiera mal vestida.

—Me llamo Kala Tanaka —explicó la mujer—. Trabajo para la familia Mediodía.

—¿Los que hicieron que me condenaran a pasar diez años congelada porque su hijo les contó que le había robado una parte del dinero que le sobraba? —preguntó Chandni.

—Los Mediodía son una familia corporativa —le explicó Kala Tanaka con paciencia—. Eso quiere decir que tiene muchas ramificaciones, gran cantidad de intereses distintos...

—Me da igual la historia de la familia Mediodía...

—Yo diría que sí que te interesa —la corrigió Kala Tanaka—. Siéntate

Lo había dicho en voz baja, pero con tanta firmeza que Chandni se calló y obedeció. Mientras se hundía sobre los mullidos cojines del asiento, el tren empezó a avanzar.

—Les habla L'Esprit de l'Escalier —la voz del vehículo surgió por unos altavoces instalados en el techo de carey—. Pararemos en Przedwiosnie, Glorieta, Puerto Bhowe y Gran Central...

—Necesitas recibir una lección de historia —dijo Kala Tanaka—. Aunque esta vez solo hayas pasado seis meses en el congelador, han cambiado muchas cosas.

Señaló por la ventana. Los edificios de la pequeña ciudad estación de Karavina pasaban a una velocidad cada vez mayor. Igual que en todas las ciudades estación que Chandni había conocido, se había encontrado espacio de pared suficiente para un retrato holográfico del emperador tan alto como un par de casas. Solo que esta vez, por el motivo que fuese, el que estaba representado no era el emperador. Se trataba de una joven que debía de tener la misma edad que Chandni, con los cabellos azules y un rostro más bien vulgar.

—Unos pocos días después de que te congelaran hubo un descarrilamiento en el Largopuente —explicó Kala Tanaka—. El emperador Mahalaxmi murió. La sucesión provocó cierta polémica, pero al fin la Fuerza Ferroviaria se decidió por apoyar a su hija más joven, Trenodia Mediodía. Ahora es la emperatriz de la Gran Red. Y yo trabajo para ella. Ella ha ordenado que te sacasen del congelador antes de que finalizara la condena. Pero no se te ocurra contárselo a nadie, porque serás incapaz de hallar pruebas y nosotras lo negaremos. La emperatriz Trenodia quiere mantener una conversación contigo

y que sea totalmente confidencial. ¿Sabes lo que significa esa palabra?

—No soy idiota —dijo Chandni—. Significa que será secreta.

Kala Tanaka le sonrió.

—Bien, me alegro de que no seas idiota. El viaje hasta la Gran Central es largo y podríamos aburrirnos, pero veo que nos lo vamos a pasar muy bien. ¿Tienes hambre? Voy a pedir que nos traigan algo del vagón restaurante. Pero creo que comeremos aquí. Lo mejor será que te vea el mínimo número de personas posible.

Ya habían salido de la ciudad. Dejaron atrás los famosos lagos de vapor de Karavina, y luego las montañas. El tren cobraba velocidad. Se dirigía hacia el portal-K que lo transportaría a Przedwiosnie, a treinta mil años luz de allí. Chandni sopesó si quería comer, y llegó a la conclusión de que sí. Con todo, aún estaba confusa.

—¿De qué quiere hablarme la nueva emperatriz? —preguntó.

—Te lo explicará ella misma —respondió Kala Tanaka.

## 4

En el centro de la Red había un planeta llamado Gran Central, un nudo de comunicaciones cuyos portales-K daban acceso a todas las líneas principales de la galaxia. Una ciudad enorme había cobrado forma sobre su superficie. Una urbe verde, que más bien parecía un bosque bellamente cuidado, con edificios altos que destacaban aquí y allá entre los árboles. Un río ancho, salpicado de velas de embarcaciones de recreo, la atravesaba serpenteando hasta llegar al océano. A lo largo de sus orillas se encontraban algunos de los grandes edificios del Imperio: la Autoridad Horaria de la K-Bahn, la Torre de la Fuerza Ferroviaria, las pirámides donde se hallaban los santuarios de los Guardianes. En las colinas de más al norte, donde nacía el río, se erguía el palacio imperial, la más grande de todas las construcciones.

Su verdadero nombre era el Durga, pero en realidad esa palabra tan solo significaba fortaleza, o baluarte, o algo parecido en uno de los idiomas de la Tierra Antigua, y no se correspondía con la realidad. Probablemente hubiese sido una fortaleza al principio, hacía millones de años, pero al cabo de tantas generaciones de paz se había transformado en un edificio palaciego. Estaba construido encima y dentro de una montaña de granito coronada por una superficie plana. Los primeros humanos que llegaron a la Gran Central, antes incluso de que el planeta tuviese una atmósfera respirable, habían construido sus hogares en las cavernas de aquella montaña. Luego, cuando la situación ya era más estable, habían empezado a edificar también en las laderas y en la cumbre, y le habían añadido torres de marfil biotecnológico y hueso de cría especial. En lo más alto había amplias terrazas adornadas con elaborados

jardines. La emperatriz se había sentado en una de las más elevadas y contemplaba su capital.

Nadie había previsto que Trenodia Mediodía llegara a ocupar ese cargo. El matrimonio de su madre con el difunto emperador había sido temporal, sin otro propósito que sellar un acuerdo comercial entre la familia de la mujer y la casa de los Mediodía. Trenodia había sabido desde siempre que la sucesora al trono era su medio hermana Priya, destinada a gobernar desde el día de su nacimiento. Los genetistas de la familia se habían preocupado de que su físico fuera el adecuado: brillante y exquisita, la futura emperatriz. Pero Priya, en medio de la confusión que había seguido a la muerte de su padre, no había logrado convencer a Lyssa Delius, la mariscalca ferroviaria, de que podía ser buena gobernante. Como Lyssa Delius comandaba la Fuerza Ferroviaria con todos sus soldados y sus trenes de guerra, su opinión solía tenerse en cuenta, y la mujer había preferido que fuese Trenodia quien ejerciera el mando. Priya había desaparecido, y Trenodia había ocupado su puesto en el Trono del Vagón Plataforma.

Aun entonces, seis meses después, se sentía abrumada por la extrañeza de la situación. Tenía que asistir a tantas fiestas y actos oficiales, eran tantos los dignatarios que acudían a presentarle sus respetos, había que posar para tantos retratos oficiales, le tomaban las medidas para tantos vestidos nuevos... Por eso siempre que podía escapaba de sus doncellas, peluqueras y maquilladores, y se marchaba a los jardines más descuidados y menos elegantes de palacio. Técnicamente seguía sin estar sola. Su nube de drones de seguridad personal, disfrazados de colibríes, flotaba en todo momento a su alrededor, y máquinas más grandes sobrevolaban el jardín, a punto para disparar rayos láser de advertencia contra todo dron paparazzi que tratara de sacarle fotografías para colgarlas en las páginas de chismorreos. Pero por lo menos se sentía sola, y eso era importante. En el hogar familiar de Malapet había tenido días enteros para sí misma. Había caminado por la playa de arenas negras a la sombra de la casa, mientras su madre se dedicaba a pintar los icebergs que las corrientes arrastraban hasta allí. Por aquel entonces la soledad le parecía aburrida. Había llegado a anhelar que le ocurriera algo. Por fin le había sucedido, y los ratos de sosiego en el jardín elevado se contaban entre las cosas que la

mantenían cuerda.

Por ello, se sintió molesta cuando sus cascos recibieron un mensaje de Kala Tanaka en el que la avisaba de que estaba subiendo. Pero la molestia se le pasó enseguida, porque Kala le informó:

—Vengo con la muchacha.

Kala Tanaka era otro de esos factores que la mantenían cuerda. Todo el mundo parecía creer que la vida en palacio, con sus cenas y bailes todas las noches, era una maravilla. Trenodia padecía la envidia de su numerosísima familia. Todos ellos habrían querido que Lyssa Delius los hubiese elegido para ocupar el puesto. Tan solo el tío Nilesh parecía comprender que la nueva emperatriz se sentía atemorizada y sola. Era el pariente favorito de Trenodia. Un hombre afable, holgazán, totalmente desprovisto de ambiciones, que parecía satisfecho con hacer de jefe de estación en el pequeño satélite turístico de Khoorsandi, al final de una de las líneas.

—Y mi propio puesto también me parecería demasiado complicado —le había dicho a Trenodia en el baile de coronación— si mi asistente no cuidara de mí. Deberías tomarla prestada durante un tiempo. Kala lleva años y años conmigo, y Khoorsandi no gusta a todo el mundo. Creo que le apetecería pasarse un tiempo en palacio.

Kala Tanaka había acudido a la Gran Central junto con Nilesh y no había regresado con él a su planeta. Era una mujer sencilla, amable, inteligente y extraordinariamente eficaz. Les decía sin reparo a los miembros más importantes de la familia que dejaran en paz a Trenodia cuando la emperatriz estaba demasiado fatigada como para escuchar sus últimos planes y propuestas. Si el programa de actos oficiales era demasiado agobiante, podía llegar a encararse con la mariscala ferroviaria Delius. Era una de esas personas capaces de encontrar tiempo en la jornada de una emperatriz atareada para salir a pasear por los jardines. También era el tipo de persona a la que se podía enviar en secreto a Karavina para que arreglara la excarcelación irregular de una delincuente de poca monta que cumplía condena en una prisión refrigerador.

Trenodia vio que Kala y la muchacha se acercaban por los senderos cubiertos de hierbajos y se sintió algo nerviosa. No tenía mucha experiencia

en el trato con gentes de clase baja, aparte de las sonrisas de cortesía que les dedicaba desde el vagón de observación del tren imperial cuando acudían banderín en mano a los andenes de las estaciones para recibirla. A lo largo de toda su vida había conocido tan solo a un plebeyo, y la historia había terminado mal. Aquella muchacha, la tal Chandni Hansa, daba miedo. Era pequeña y nervuda. Kala le había dado un pañuelo para que se cubriera la cabeza rapada, pero sus ropas eran alarmantes. Estaban hechas con videotela y diamantes de crianza: el tipo de prendas que solo se veían en..., bueno, en realidad Trenodia no estaba segura de dónde. Y aunque el rostro de la chica fuese bonito, toda su belleza desaparecía cuando miraba. Sus ojos parecían demasiado viejos para ella. Eran amargos y suspicaces.

—Inclínate —ordenó Kala Tanaka, y ella misma hizo una reverencia.

La joven agachó la cabeza con gesto hurraño y miró a Trenodia con rabia. La emperatriz se inclinó a su vez y dijo:

—Bienvenida a la Gran Central, señorita Hansa. Espero que el viaje haya sido de su agrado.

—Habría sido más agradable si esta mujer hubiese dicho para qué me quieren —replicó Chandni Hansa, y echó una mirada rápida y cortante a Kala Tanaka—. Yo no he hecho nada.

La nube de drones captó el tono hostil de la voz de la muchacha y adoptó una formación defensiva. Trenodia se recordó a sí misma que era la emperatriz de la Red y que no podía dejarse intimidar por una persona como Chandni Hansa.

—Eso no es cierto, ¿verdad? —dijo—. Hace seis meses, trabaste amistad con un joven llamado Tallis Mediodía, a quien conociste a bordo de un tren en Przedwiosnie. Lo llevaste contigo a Karavina y le robaste allí.

Chandni Hansa miró con rabia el parque de color azul que se encontraba más allá de palacio, donde se oían las voces de los dinosaurios creados por la geneteología.

—No pasa nada —dijo Trenodia—. Conocí a Tallis Mediodía durante mi coronación. Es un pesado y probablemente se mereciese que le robaran. Probablemente le diste una lección valiosa. No estuvo nada bien que solicitara tu congelación por un delito tan insignificante.

Chandni Hansa la contempló de nuevo. No estaba acostumbrada a que las personas con poder le hablaran así. Sintió recelo.

—¿Por eso has ordenado que me liberaran?

—En parte —respondió Trenodia.

Había cerca de allí un banco de piedra desde el que se podía contemplar un jardín de ajedrez. El césped tenía los colores de un tablero, y las piezas estaban hechas con tejos modelados. Les habían injertado ADN de crustáceos y se movían poco a poco sobre raíces en forma de patas de cangrejo. Ponían en escena laboriosamente una partida de ajedrez. Trenodia se acomodó en el banco y le ordenó con un gesto a Chandni que se sentara a su lado. Esta volvió los ojos hacia Kala Tanaka, como si tuviera miedo de que le tendieran una trampa. Pero se sentó, aunque con recelo.

—Mientras estabas en Karavina con Tallis Mediodía —le explicó Trenodia—, un joven subió al tren imperial. Dijo ser Tallis, y se parecía tanto que nos lo creímos. Pero resultó que era un impostor. Su verdadero nombre era Zen Estornino. Saboteó el tren mientras pasaba por el Largopuerto y provocó la muerte de mi padre y de muchas otras personas. Luego se presentó en Sundarban y provocó más problemas. Al fin, se marchó con un tren antiguo por la línea abandonada de la Estrella del Perro y desapareció. No he logrado descubrir qué buscaba con todo ello ni por qué ocurrió lo que te he contado. Una interfaz física del Guardián Anais Seis, de carne y hueso, se hizo cargo de la situación en Sundarban y se marchó detrás de Zen Estornino por la línea en desuso, junto con un oficial de la Fuerza Ferroviaria que se llamaba Malik; no hemos vuelto a saber nada de ninguno de ellos. No se les menciona en el Mardedatos, la mariscal ferroviaria Delius afirma que no tiene noticias tuyas, y yo soy la emperatriz... ¡Debería poder averiguar la verdad sobre un asunto como ese!

Trenodia se dio cuenta de que había hablado con voz cada vez más fuerte, cada vez más airada. En aquel momento era Chandni Hansa la que parecía asustarse de ella. Logró calmarse y añadió:

—Lo único que he logrado descubrir es que el verdadero Tallis Mediodía se encontraba en Karavina cuando ocurrió todo aquello, con una muchacha a la que había conocido en un tren y que acabó por robarle. Y me pareció que era

demasiada coincidencia. Por eso se me ocurrió traerte aquí y preguntarte si tuviste algo que ver con ese asunto. Ni siquiera voy a castigarte si confiesas. Solo quiero saber.

—Yo no tenía noticias sobre el sabotaje en el tren de los Mediodía —respondió Chandni Hansa.

—Entonces ¿te pusiste a charlar con Tallis Mediodía porque lo viste guapo? —preguntó Kala, que se mantenía en guardia a poca distancia y observaba los lentos movimientos de las piezas de ajedrez.

Chandni soltó un gruñido de desprecio.

—¿Guapo? ¿El tío ese tan creído de la familia Mediodía? No. No me interesan los chicos. Tampoco las chicas. Te lo aclaro para que no te hagas ilusiones. Un hombre me pagó por hacerme amiga suya y llevármelo a Karavina. Eso es todo. Me dijo que lo entretuviese allí durante una semana, pero al cabo de pocos días me harté de él, le robé los cascos y el dinero, y me marché.

—¿Ese hombre que te pagó se llamaba Zen Estornino? —intervino Trenodia

—Nunca había oído ese nombre —dijo Chandni—. Lo que está claro es que no se parecía en nada a Tallis Mediodía. Era mayor.

—¿Cuántos años tendría?

—No sabría decirlo. Era un tío mayor y muy raro. Con la piel blanca. Cabellos blancos. Y flaco. Como salido de un programa de historia, como un duque o yo qué sé, de los tiempos de la Tierra Antigua. Me dijo que se llamaba Cuervo.

—¿Sabes dónde podría encontrarlo?

Chandni negó con la cabeza.

—Lo vi un par de veces en Glorieta. La noche que habló conmigo me lo encontré cerca de la estación antigua, la que tapiaron...

—¿La de la Línea de la Estrella del Perro? —preguntó Trenodia.

—Sí... —respondió Chandni—. Me dijo que podía ofrecerme un trabajo. Que seguro que me vendría bien ganarme mil de los grandes y hacerle una mala pasada a la familia Mediodía, y desde luego que me apetecía lo uno y lo otro. Además, me pagó por adelantado. Me dijo que, si no hacía exactamente

lo que me había encargado, se enteraría y vendría a buscarme, pero no sé cómo podría hacerlo, y de todos modos no me daba ningún miedo. —Se encogió de hombros—. Me imagino que el Zen estornino ese del que me hablas también trabajaba para él.

—¿No podrías contarme nada más acerca de ese tal Cuervo?

Chandni trató de concentrarse. Seis meses en el congelador dejaban lagunas en la memoria.

—La noche que me contrató estaba solo, pero antes lo había visto con una muñeca a pilas. Bastante rara. Iba vestida como una chica de verdad y tenía... creo que tenía pecas en la cara. Pero seguro que era una Motorik.

—Nova —dijo Trenodia.

—Jamás oí que la llamara por su nombre. Una noche pasaron por mi lado y pensé que eran una extraña pareja.

Entretanto, en el prado tablero, la dama negra se movió con sorprendente rapidez y cayó sobre un peón blanco. Aplastó contra el suelo al arbusto más pequeño y lo destrozó con sus raíces en forma de pinzas de cangrejo. Trenodia habría querido desgarrar del mismo modo el cuerpo de Zen Estornino. El suyo, el de ese tal Cuervo y el de la Motorik llamada Nova. Tenía muy claro que lo habían provocado todo entre los tres. Pero habían desaparecido, y la conversación con Chandni Hansa no le había proporcionado ninguna respuesta, tan solo nuevas preguntas.

—¿Por qué tenías tantas ganas de jugar una mala pasada a los Mediodía? —quiso saber.

Chandni volvió a encogerse de hombros. Ella misma se sorprendía de todo lo que había llegado a contarle a aquella pequeña emperatriz tan engreída. Hacía tiempo que no hablaba con nadie. No le pareció que pudiera meterse en problemas por contarle algo más antes de que volvieran a arrojarla a las calles.

—Mi familia llevaba una buena vida —explicó—. Mi padre había sido jefe de estación en la Intersección de Shelan, pero probablemente no habrás oído hablar de ese lugar. No obstante, era uno de los planetas de los Mediodía, y el emperador decidió librarse de él para que un muchacho de su familia creído e inútil pudiera quedarse con su puesto. Entonces mi padre se

hundió. Nuestra vida se vino abajo en muy poco tiempo.

Trenodia quedó consternada.

—¡Estoy segura de que mi padre no habría echado nunca a nadie de esa manera!

—No fue vuestro padre, emperatriz —dijo Kala Tanaka—. Debió de hacerlo el emperador que reinó antes que él, vuestro tío abuelo. Su corrupción era notoria.

—Pero ¡Chandni Hansa es joven! ¡Aún no había nacido cuando él se sentaba en el trono!

—En los refrigeradores no se envejece —respondió Chandni Hansa con una especie de lúgubre orgullo.

Se quitó el pañuelo de la cabeza y Trenodia vio los códigos de barras de la prisión tatuados sobre su cuero cabelludo.

—Chandni ha pasado mucho tiempo en los refrigeradores —explicó Kala Tanaka—. La primera sentencia fue la más larga: cincuenta años por haber incendiado la mansión del jefe de estación en la Intersección de Shelan. Luego la han condenado a cinco años por un delito, diez por otro... Si tenemos en cuenta solamente lo que ha vivido, tiene unos diecinueve años, pero nació hace noventa y seis.

Chandni volvió a encogerse de hombros, con un gesto extraño, algo agresivo.

—Al salir del frigorífico, no es nada fácil reinsertarse a la sociedad —explicó—. La primera vez que salí, todo era distinto. No encontré a ninguna de las personas a las que había conocido. Ni siquiera sabía hablar bien. Los únicos que comprendían mi argot eran los abuelos. Y volví a meterme en problemas, porque es lo único que sé hacer. Después de unos cuantos fracasos, una casi se siente aliviada cuando regresa a la nevera.

Entretanto, la dama negra casi había terminado de destruir al peón. Las hojas arrancadas flotaban sobre el jardín. El primero de los soles gemelos de la Gran Central descendía hacia el banco de nubes bajas que cubría el horizonte. Chandni Hansa se puso en pie, y los drones de Trenodia zumbaron irritados. Estaban siguiendo sus movimientos.

—¿Me marchó yo sola? —preguntó.

—¡No! —dijo Trenodia. No tenía nada claro qué quería hacer, pero no podía permitir que aquella muchacha herida regresara al mundo, a su vida de delincuente, y que acabara por pasar otra temporada en el hielo. Se volvió hacia Kala Tanaka—: ¿Cómo has podido meterla en palacio sin que nadie se enterara?

—Si alguien pregunta —respondió Kala—, descubrirá que la señorita Hansa es amiga de una amiga, y que os planteabais ofrecerle un empleo en este lugar, emperatriz. Un acto de caridad.

—¡No necesito la caridad de los Mediodía! —exclamó la enfurecida Chandni.

—Cállate —le ordenó Kala—. No te has quejado cuando te he dado de comer en el tren.

—Pues entonces le ofreceré empleo —sentenció Trenodia, en voz muy baja, pero lo bastante fuerte como para lograr que las otras dos callaran.

Sonrió para sí misma. Al subir al trono le habían asignado damas de honor: un gran número de hijas de primos lejanos Mediodía y otras familias menores. Su trabajo consistía en ayudarla a vestirse y en hacerle compañía. La mayoría de ellas eran mucho más elegantes y sofisticadas que la propia Trenodia. La asustaban y la molestaban, pero la muchacha estaba segura de que Chandni Hansa podría con ellas, igual que Kala Tanaka podía con Chandni Hansa.

—Chandni será mi nueva doncella —informó—. Madhur Mediodía puede regresar a la Intersección Dorada. Siempre presume del novio que tiene allí e insiste en que lo echa de menos. Chandni ocupará su puesto. —Por un instante se sintió muy poderosa, pero lo echó todo a perder al volverse hacia Kala Tanaka—: Puedo hacerlo, ¿verdad?

Kala Tanaka se inclinó.

—Sois la líder de la Galaxia, emperatriz. Podéis hacer todo lo que queráis.

## 5

Y Chandni se convirtió en una especie de criada con ínfulas. El personal de palacio, los Motorik y los guardias de seguridad la llamaban «mi señora Chandni», pero de todos modos era una criada. «Traed el abrigo de la emperatriz, mi señora Chandni.» «Despertad a la emperatriz para que desayune con el jefe de estación de Vagh, mi señora Chandni.» «Acompañaréis a la emperatriz en su peregrinaje a Marte, mi señora Chandni.» Las otras damas de honor estaban horrorizadas con ella. Ella ya lo había previsto y pensaba que Trenodia también se lo habría imaginado. La recién llegada no sabía qué decirles, y las veteranas a ella tampoco, así que llegaron rápidamente a un acuerdo por el que Chandni no les hablaba en absoluto, y le parecía estupendamente.

En cualquier caso, no quería quedarse mucho tiempo. El palacio imperial no era lugar para una muchacha que había andado con bandas callejeras por los barrios marginales submarinos de Ayaguz. No le gustaba verse como el pequeño proyecto de beneficencia de Trenodia Mediodía. Al pasearse con la emperatriz por el apabullante laberinto de palacio —la Sala de Jade, el Salón de Baile con Espejos, la Sala de la Cascada—, se fijaba en los objetos de valor. Casi todo lo que había allí era carísimo. Incluso lo que parecía quincalla en realidad eran antiguallas inapreciables de la Tierra Antigua. Chandni albergaba la esperanza de poder llevarse algunas piezas de valor cuando se marchara, y que Trenodia fuera lo bastante amable, o sintiera demasiada vergüenza como para enviar la Fuerza Ferroviaria a perseguirla.

Pero siempre acababa por encontrar razones para quedarse. La comida

era buena, y gratuita, y la muchacha se repetía a sí misma que debía alimentarse bien antes de regresar a las calles. Se alojaba en una habitación propia que debía de ser tan grande como la casa en la que había crecido, la que ella misma había quemado. Estaba al lado de la suite de Kala Tanaka, en el piso que quedaba debajo de los aposentos de la emperatriz. Todo lo que había allí era más grande, o mejor, o por lo menos más agradable que cualquier cosa que Chandni hubiese conocido en su vida. Hasta la luz parecía más cara. Se filtraba por la pantalla decorativa que separaba el dormitorio de la sala de estar. La cama era redonda y mullida como las nubes de los dibujos animados. Chandni se espatarraba sobre ella y dormía boca arriba, roncando. Podría haberse pasado el día entero en aquella cama, pero Kala Tanaka siempre la despertaba temprano y la obligaba a prepararse para las insufribles obligaciones del día.

Cada vez que Kala Tanaka la despertaba, o la hacía llamar, Chandni se decía a sí misma que ya no podía más, que no era una esclava, que robaría todos los objetos de valor que pudiera y se marcharía por la puerta de atrás durante la noche. Pero cuando Kala llamaba a su puerta a la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, Chandni seguía allí. Habría sido una lástima marcharse de la ciudad antes de que se celebrara el banquete de la Autoridad Horaria de la K-Bahn. La muchacha no había estado nunca en un banquete de verdad. Y si se quedaba hasta entonces, sería una pena marcharse antes de acompañar a Trenodia en su peregrinaje a Marte...

Marte era un planeta desierto, sin interés alguno, que se encontraba al final de la Línea de Hidrógeno. Pero había sido la primera estación de la Red. Los Guardianes habían abierto allí el primer portal-K. Así, no se sabe muy bien por qué, los emperadores, al llegar al cargo, tenían que fotografiarse con cara pensativa mientras contemplaban la Tierra a través de la cúpula presurizada. A veces, cuando no rugía una tormenta de arena, era posible verla. Además, desde la misma cúpula presurizada se veían los restos de algunas de las naves espaciales con las que los seres humanos habían viajado hasta allí para poder subir a los primeros trenes y atravesar el portal marciano, y de ese modo

explorar y colonizar todos los demás planetas. Trenodia estaba en pie sobre la plataforma mirador y señalaba el casco cubierto de arena de la Varanasi, la nave en la que los antepasados de los Mediodía habían hecho el viaje. A Chandni la asaltó una sensación extraña, una especie de estremecimiento, como solía ocurrirle de niña en las lecciones de historia, cuando pensaba en lo lejos que habían llegado los seres humanos. El tiempo era tranquilo, y allí estaba la Tierra Antigua, suspendida en el cielo marciano cual pequeño astro azul. Chandni pensó que habría estado bien ir hasta allí, pero no tenían tiempo. Por el motivo que fuera, los Guardianes no habían abierto ningún portal-K en la propia Tierra, y por ello se necesitaban meses para llegar en nave espacial. La emperatriz tenía que regresar a la Gran Central para la fiesta de verano.

En el camino de regreso desde Marte, Chandni tuvo la primera oportunidad de hablar con Trenodia desde aquel día que habían pasado en el jardín de ajedrez. En realidad, no era exactamente cierto. Casi todos los días desde entonces, Trenodia le había preguntado: «¿Qué tal te vas integrando, Chandni?», o «¿Eres feliz, Chandni?». Pero aquel día, por primera vez, la muchacha se quedó con la impresión de que la emperatriz buscaba una respuesta de verdad.

Viajaban en el nuevo tren de los Mediodía. Todo el mundo decía que el antiguo le daba mil vueltas, pero de todos modos Chandni lo veía muy lujoso: sesenta vagones tirados por una locomotora antigua y enorme que se llamaba Horizonte de Cristal. Los aposentos de Trenodia se hallaban hacia la mitad del tren: un vagón para sus vestidos y otros dos para ella y su séquito. Los drones de guerra volaban frente a las ventanas y se metían en unos hangares instalados en el techo cada vez que se acercaban a un portal-K, porque nada podía pasar por los portales-K salvo los propios trenes. Cierta noche, Chandni trataba de dormir, y le costaba, porque estaban atravesando mundos en los que era de día. Salió de su compartimento y bajó por las escaleras hasta el salón que había dentro del mismo vagón, y descubrió que Trenodia padecía el mismo problema. La emperatriz de la Red, con su aura de pequeños drones, estaba en pie frente a una ventana, con un vaso de chocolate caliente en una mano y un

pequeño bigote marrón en la cara, porque había empezado a beber.

—Dime, ¿qué te parece esta vida, Chandni Hansa? —le preguntó.

Chandni, que había estado a punto de excusarse y regresar a su compartimento, se quedó donde estaba y se encogió de hombros. Habría querido hablarle sobre lo que había sentido en Marte al levantar los ojos hacia la Tierra Antigua, pero no logró encontrar las palabras adecuadas.

—Es como vivir dentro de un anuncio —dijo por fin.

Trenodia se rio.

—¡Tienes razón! ¡Eso es! Sí, vivimos dentro de un mensaje publicitario. Toda mi vida es como un enorme anuncio, con un gran presupuesto, pensado para enseñarle al pueblo de la Red que todo se halla bajo control y marcha bien en los planetas. No somos más que actrices y representamos un papel.

Chandni frunció el ceño.

—Pero tú eres la emperatriz...

Trenodia volvió a reírse.

—¿Te has fijado en Lyssa Delius? La mujer alta y negra con la cresta de cabellos blancos, la mariscala ferroviaria.

Sí, por supuesto, Chandni se había fijado en ella. Y la mariscala ferroviaria se había fijado en la chica cuando tan solo llevaba unos días al servicio de la emperatriz. Chandni había oído que le preguntaba a Kala Tanaka quién era la nueva. Esta, que había hecho que Chandni superase como por arte de magia todos los controles de seguridad a los que se sometían los empleados de palacio y había logrado que le extrajeran el brazalete de seguimiento, le había soltado el cuento de que se trataba de una amiga de la familia a la que habían acogido por caridad. Pero la muchacha se había dado cuenta de que la mariscala ferroviaria no se lo creía. Lyssa Delius había frunció el ceño, la había mirado con sus ojos viejos y sabios, y le había dicho: «Confío en que sepas lo que estás haciendo, Kala...».

—Ella es quien gobierna de verdad —confesó Trenodia—. Yo no soy más que un títere. Por eso me eligió a mí. Soy joven y no sé cómo funcionan las cosas, ni tengo ideas propias. No soy más que una muñeca Mediodía. La mariscala necesita un títere en el Trono del Vagón Plataforma. Me ha escogido para conseguir que el Senado apruebe leyes nuevas en mi nombre. Si le

llevase la contraria, lo más probable es que me hiciera lo mismo que a mi hermana Priya, cuyo paradero es desconocido. Lyssa Delius procede de algún horrible planeta industrial. Creció en la pobreza y quiere imponer leyes que protejan a los más desfavorecidos. Prohibir el trabajo Motorik, elevar los salarios, ese tipo de cosas. Pero ya te puedes imaginar lo que piensan los Mediodía y el resto de las familias corporativas. Dicen que estoy sacando legislación peligrosa y que me arriesgo a provocar inestabilidad porque soy joven e idiota. Pero ¡yo no tengo la culpa! ¡No soy más que una marioneta!

Chandni pensó que Lyssa Delius y sus leyes debían de estar bien. Se preguntó si valdría la pena rogarle que sacara otra para prohibir que se congelara a las personas durante años y se les hiciera saltar de una década a otra como piedras sobre el agua. Pero tan solo le dijo:

—Son los Guardianes quienes gobiernan de verdad, ¿no? Hasta yo lo sé.

Trenodia contempló el chocolate caliente como si hubiera podido encontrar las respuestas allí.

—Los Guardianes no han dicho nada sobre los planes de Lyssa Delius. Permanecen en el Mardedatos y no comparten sus pensamientos con nadie. Si están de acuerdo, tendrían que declararlo, para que todo el mundo lo supiese.

—Si se opusieran, os podrían abrasar a ti y a Lyssa Delius con un rayo, o algo por el estilo —replicó Chandni.

Pocas veces había pensado en las inteligencias artificiales omniscientes que, en teoría, observaban y guiaban a todo el mundo. Estaba claro que no sentían ningún interés por Chandni. ¿Por qué la muchacha iba a sentirlo por ellos? Con todo, tenía la vaga idea de que si alguien no les gustaba, se lo dirían con rayos fulminantes.

—Una vez conocí a un Guardián —le contó Trenodia—. Era una interfaz de Anais Seis. En Sundarban. La noche en la que Zen Estornino y su chica Moto escaparon. La noche en la que Lyssa Delius me despertó para decirme que sería emperatriz. Esa fue la última vez que vi a Kobi.

Chandni se sentó. Se había dado cuenta de que la conversación sería larga. Durante sus últimos años, su padre solía ponerse de un humor parecido, aunque él se inspiraba con vino de arroz, no con chocolate caliente. El tren pasó por un portal-K y atravesó una llanura que semejaba de hielo, bajo dos

soles rojos que parecían comerse el uno al otro. Chandni y Trenodia, que ya habían viajado mucho por los raíles, apenas se molestaron en contemplar el paisaje.

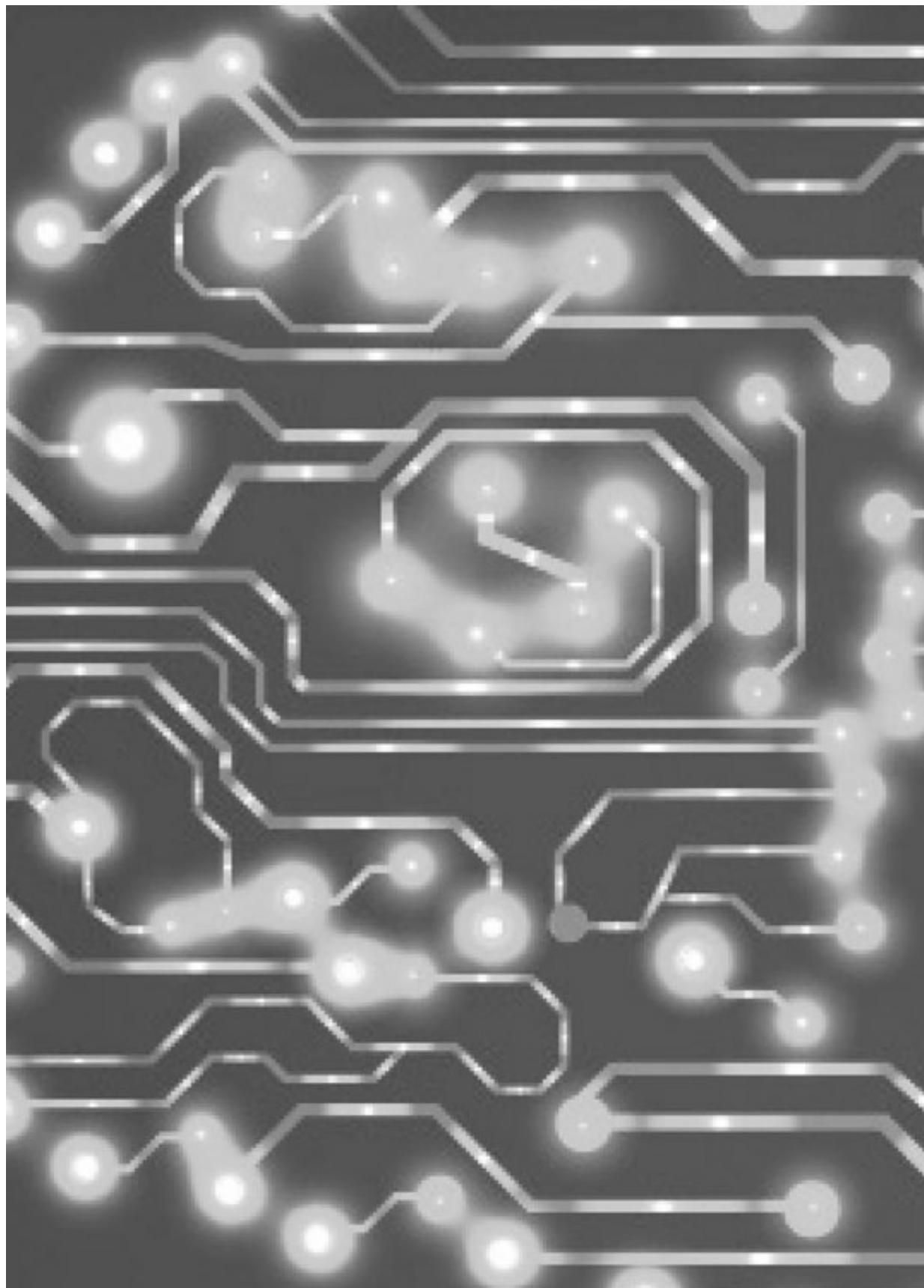
Chandni preguntó:

—¿Quién es Kobi?

—El muchacho con el que tenía que casarme antes de que me coronasen emperatriz —respondió Trenodia—. Había de ser un matrimonio comercial, para enlazar a los Mediodía con un clan de viajeros espaciales de Sundarban, los Chen-Tulsi. Kobi era un patán. Bueno, lo había sido, pero al final demostró un gran valor. ¿Sabes que el verdadero coraje de las personas queda al descubierto en los momentos de peligro? Kobi se portó muy bien. Creo que me amaba de verdad. Pero, en cuanto me coronaron, todo terminó. La emperatriz no puede casarse con un miembro de una familia pequeña de la que nadie ha oído hablar. Tendré que conformarme con un Albayek, un Nguyen, yo qué sé...

Chandni se quedó en su asiento, bañada en el fulgor de los soles ponientes, contempló las lágrimas que resbalaban por las mejillas de la emperatriz de la Galaxia y pensó en lo extraño que había sido aquel giro de los acontecimientos para una chica polo.

—No te creas que estaba enamorada de él —prosiguió Trenodia—. No sé ni por qué lloro. Apenas había pensado en él hasta esta noche. Ahora estoy cansada. ¡Kobi Chen-Tulsi! La verdad es que fue una suerte que pudiera librarme de él. ¿Qué estará haciendo?



TERCERA PARTE  
**LUNA ROTA**

## 6

Kobi Chen-Tulsi vio las imágenes de Marte en los cascos. Viajaba en un tren llamado Mal Tiempo por una serie de planetas industriales aburridos y, en su mayoría, cubiertos de nieve. Se hallaban en las líneas secundarias transchibanas. Eran plazas fuertes de la familia Prell, con la que su clan quería cerrar un importante acuerdo comercial. El muchacho pensaba que sería una especie de premio de consolación después de haber fracasado la unión con los Mediodía, pero los Prell no le caían bien, no le gustaban sus planetas sin alegría, y tampoco soportaba a su primo Rolo, a quien habían mandado con él para que supervisara la firma del contrato. Por ello, cerró los ojos y fingió que dormitaba mientras sus cascos emitían en streaming a los centros visuales de su cerebro las imágenes del peregrinaje a Marte de la emperatriz.

Si todo hubiese marchado de acuerdo con el plan, Kobi y Trenodia habrían celebrado su boda por aquellas fechas. El matrimonio se había acordado por intereses comerciales, pero Kobi había amado a su Treno. La había querido de verdad. El día en el que las casamenteras de sus respectivas familias los presentaron, no pudo creer en su buena suerte. A pesar de su torpeza, había hecho lo posible por impresionarla, y se había puesto en ridículo, y probablemente hubiera fracasado, pero después del desastre de Largopuente, Trenodia lo había necesitado, y Kobi había pensado que tal vez empezara a gustarle. Y entonces, de repente, se la habían llevado y la habían elegido emperatriz, y todo había quedado en un «muchas gracias y adiós muy buenas, Kobi Chen-Tulsi».

Y lo peor de todo era que nadie parecía comprender que le había roto el

corazón. Su madre estaba más preocupada por los daños que había sufrido la marca Chen-Tulsi. Los asesores de imagen de la familia le habían dicho que había que evitar que Kobi apareciera en público para no alimentar a los canales de cotilleo sundarbaníes, que se habían cebado en aquella historia, como es natural. Por eso lo habían mandado con Rolo a una misión comercial ante el consorcio Prell, y por eso tenía que recorrer aquellos planetas congelados y a medio terminar en el culo de la Red. Por eso se había repantigado sobre el incómodo asiento del Mal Tiempo y se había puesto a ver noticias sobre Trenodia con los cascos mientras Rolo, en el asiento de al lado, comía pastelitos de almendra y se limpiaba los dedos pegajosos con el reposabrazos.

Nadie tenía claro si eran los Guardianes los que habían creado las corporaciones o las corporaciones las que habían creado a los Guardianes. Tan solo había un dato seguro: los Guardianes habían creado los portales-K, y cuando la humanidad empezó a viajar por ellos, las corporaciones habían construido las estaciones, los trenes y todo el material, y habían tendido una parte de los raíles que conectaban los portales. Al hacer negocios en aquellos tiempos salvajes, en mundos que podían estar separados por media galaxia, bajo leyes que cambiaban sin cesar, las corporaciones buscaron medios para crear vínculos de confianza más sólidos, y fue así como empezaron a sellar sus alianzas mediante el matrimonio y nacieron las familias corporativas.

Durante los siglos inmediatamente posteriores, algunas de las familias prosperaron y otras fueron a menos hasta desaparecer. En aquellos días, las más importantes eran los Mediodía (por supuesto), los Albayek, los Nguyen y los Khan. También había millares de casas más pequeñas, como los Chen-Tulsi, que ostentaban el poder en una única estación, o en un único sistema, y soñaban con crecer. Y estaban los Prell, que acechaban en los fríos planetas de las líneas secundarias occidentales, alimentaban sus antiguos rencores y se obstinaban en pensar que habrían merecido más poder, más capacidad de decisión. «Nosotros construimos esta Red —mascullaban los Prell, tarde o temprano, cuando se charlaba sobre política—. Nosotros fuimos los pioneros,

llegamos adonde nadie quería ir, y en cuanto hubimos construido estaciones allí y empezamos a terraformar los mundos que habíamos encontrado, vinieron esos cabrones y nos lo quitaron todo. Los Mediodía. Los Albayek. Siempre con esa arrogancia, con esos aires de superioridad moral, y al mismo tiempo nos excluyen y nos humillan. Como si hubiesen podido llegar a ser alguien sin nosotros, los Prell...»

Los Prell no habían firmado nunca la paz con el resto de las grandes familias, ni se habían unido a ellas mediante los lazos del matrimonio, como sí que habían hecho todas las demás. Comerciabán con los otros, pero no querían mezclarse con ellos. Cincuenta años antes, habían brindado su apoyo a los rebeldes separatistas de la Línea Espiral y habían puesto en marcha una fea guerra mediante la que habían estado a punto de adueñarse del Imperio. Pero la Fuerza Ferroviaria había destrozado sus trenes blindados en la batalla de Galaghost.

Eran muchas las personas que se preguntaban por qué los Guardianes no entregaban los planetas gobernados por los conflictivos Prell a otras familias más civilizadas y ponían fin al problema. Quizá el motivo fuera que nadie, salvo los Prell, estaba dispuesto a cargar con las molestias y el trabajo de gobernar las líneas secundarias transchibanas.

—¡Kobi! ¡Despierta, primo! Despierta de una vez, por los Guardianes. ¡Ya hemos llegado!

Kobi desconectó los cascos y fingió que despertaba. Rolo se estaba poniendo en pie, y las migajas y los envoltorios de los pastelitos caían al suelo. Debía de tener cinco o seis años más que Kobi, pero este pensaba que parecía un niño de cuerpo hinchado, con su cara rechoncha y su afición a los dulces.

—Ponte en marcha, Kobi —decía con voz fuerte—. No podemos perder el tiempo. No queremos ofender a los Prell, y los Prell se ofenden con mucha facilidad. Recuerda que los conozco bien. Llevo años trabajando en este acuerdo, he buscado amigos, he trabado contactos, mientras tú mariposeabas con esa niña creída de los Mediodía.

—Trenodia no es creída. Es que es muy tímida...

—Sí, primo, de acuerdo, está bien. ¡Ahora no me des la charla! Podríamos encontrarte una novia guapa en la familia Prell, ¿eh? Tienen el corazón de hielo, pero seguro que tú sabrías derretírselo.

Kobi frunció el ceño y agarró el abrigo y el sombrero.

Luna Rota era algo más grande que la mayoría de las estaciones Prell por las que habían pasado, y los retratos de Elon Prell que se cernían sobre los andenes resultaban algo más imponentes. Un pelotón de Marines Corporativos de los Prell los aguardaba. Un automóvil los condujo por un delta de cocheras, cobertizos para la maquinaria y calles tortuosas, y se alejó hacia las montañas.

Allí, entre los riscos, acechaba el Karkatagarh, la mansión familiar de los Prell. Según Rolo, las gentes lo llamaban «Castillo Cangrejo», y era verdad que su forma recordaba un poco a la del animal. Se trataba de un bioedificio alargado, de poca altura, y la sección principal estaba protegida por un tejado en forma de caparazón. Dos anexos laterales en forma de media luna, donde se alojaban los invitados, eran sus pinzas. Arriba, en los cielos, se divisaban los fragmentos de la luna rota que daba nombre a aquel mundo. Debía de haber sido tan grande como el planeta en torno al que orbitaba, pero en tiempos muy lejanos otro cuerpo celeste había impactado con ella y la había transformado en un perpetuo cuarto creciente, de contornos irregulares, circundado por anillos de fragmentos de roca. Su luz, gélida como la muerte, se reflejaba sobre la nieve y sobre la superficie curva del caparazón del Karkatagarh.

Un teleférico llevó a Kobi y a Rolo hasta la casa. Se apearon en un vestíbulo circular, con paredes de piedra negra, decorado con las cabezas de gigantescos animales peludos. Debían de ser bestias prehistóricas de la Tierra Antigua recreadas mediante geneteología.

—Los hemos abatido todos en el coto de caza de la familia, que se encuentra en la cara opuesta de la montaña —dijo la joven que los esperaba allí—. Me han comentado que os gusta cazar.

Kobi se preguntó si habría oído las historias que se contaban sobre él. En otro tiempo le había gustado salir de caza, pero se había comportado como un imbécil en el coto familiar de Jangala, y una de las bestias que tenían allí había estado a punto de matarlo. Solo con ver todas aquellas cabezas, con sus

colmillos y sus miradas de odio, le vino a la mente el recuerdo. El terror y la vergüenza. Entonces la joven dijo:

—Si queréis, puedo llevaros mañana.

Y Kobi sintió deseos de vomitar.

—¡Nos encantaría! —dijo Rolo.

—Soy Laria Prell —se presentó la joven, e hizo una reverencia.

No debía de tener muchos más años que Kobi. Cabellos rubio platino y ojos de color gris pálido, y el uniforme púrpura de los MaCo Prell, que no favorecía en nada a su robusta figura. Era la primera vez que Kobi se encontraba con una persona de piel blanca. Le costaba no mirar su rostro pálido y manchado, su nariz larga y rosada. Pero iba a pasar la velada con ella, así que le sonrió con toda la galantería de la que fue capaz y la siguió hasta un comedor, donde les aguardaban otras personas: Prell, más Prell, el Coronel Nosequé de la Fuerza Ferroviaria, el jefe de estación de vete tú a saber dónde, algunos otros Prell y, por fin, el viejo en persona, Elon Prell, un hombre feo y poco acogedor, como su casa, con el rostro surcado por las arrugas de muchos años de intrigas.

El personal de servicio era humano, no Motorik, y parecía que estuviera compuesto por parejas de gemelos. El hombre que acompañó a Kobi y a Laria a sus asientos tenía un doble que se acercó un momento más tarde a servirles la bebida. Otros pares de criados idénticos sirvieron la cena: una sopa muy clara y unos bistecs de mamut poco hechos que rezumaban sangre. Tras la silla de Elon se erguían dos matones con rostros igualmente torvos y el cráneo rapado.

—Mi tío solo da trabajo a parejas de gemelos —explicó Laria en voz baja—. Esos dos que tiene detrás son Shiv y Enki Mako, sus guardaespaldas favoritos. Siempre que nacen gemelos en uno de los planetas Prell, sus padres saben que podrán trabajar para nuestra familia. Es un honor que rendimos a las Gemelas, las grandes Gemelas del Mardedatos. Siempre han sido muy buenas con nuestra familia.

Kobi pensó que la cosa tenía su lógica. Todo el mundo contaba que las Gemelas eran los más extraños y difíciles de los Guardianes. Los Prell eran el tipo de gente que más cuadraba con ellos. Al menos había una sola Laria...

Después de cenar se marcharon a una pequeña sala de reuniones. Una vez allí, Rolo encendió un holoprojector y realizó una presentación en la que explicó cuánto dinero podían ganar los Prell y los Chen-Tulsi si trabajaban juntos en la extracción de minerales en los muchos sistemas propiedad de los Prell.

—No creáis que no sabemos lo que es trabajar duro, aunque residamos en Sundarban. La familia Chen-Tulsi se ha labrado su fortuna en los lugares más difíciles: minas en asteroides, satélites remotos. Mi abuela, gloriosa fundadora de la familia, pasó la mayor parte de su vida en el espacio, donde construyó granjas de antimateria en la magnetosfera de la estrella Vajrapani...

Los hologramas de planetas se sucedían a gran velocidad frente al rostro de Kobi. Un cinturón de asteroides en miniatura apareció sobre el proyector, como un aura de muesli volador, con líneas anaranjadas que marcaban los caminos que las naves mineras de los Chen-Tulsi podían seguir por entre los cuerpos celestes más grandes.

Rolo se desenvolvía bien en aquella situación. No se lo veía tan niño. Iba recitando cifras y estadísticas en respuesta a las preguntas que le disparaban los ejecutivos de la familia Prell. Y Kobi no tenía nada que hacer salvo pasar el rato medio dormido medio pendiente de lo que se decía, mirar con disimulo imágenes de Trenodia con los cascos y preguntarse si algún día volvería a ser feliz.

—Hace tan solo unas semanas estabais dispuestos a aliaros con los Mediodía —rezongaba Elon Prell. Señaló a Kobi con su grueso dedo—. Estaba planeado que se casara con la moza esa que luego han colado como emperatriz. ¿Por eso has venido? Los Prell somos tu segunda opción, ¿verdad?

—No voy a negar que nos sentimos defraudados cuando el matrimonio con Trenodia Mediodía fracasó —confesó Rolo con voz afable, antes de que Kobi pudiera pensar una respuesta—. Pero hemos llegado a la conclusión de que tenemos que interpretar ese desengaño como una oportunidad. Esa chica es emperatriz, pero ¿cuánto durará? Todo el mundo sabe que no es más que una marioneta en manos de Lyssa Delius, y a nadie le gustan las reformas que la mariscala está planeando. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir? Pensamos que nos convendría vincularnos a una familia más adaptable.

Kobi no tenía claro qué significaba eso, pero los Prell parecían complacidos. Se oyeron murmullos de aprobación en torno a la mesa. Un par de personas incluso levantaron la copa y bebieron a la salud de Rolo con el vino rancio del lugar. Kobi sonrió y asintió. Se esforzaba por parecer inteligente.

—Bien dicho —gruñó Elon Prell; unos criados gemelos se acercaron a llenarle la copa, y también la de Kobi—. Prepararemos mañana mismo los contratos y el anuncio formal se efectuará la próxima semana, pero pienso que ya estamos de acuerdo. Una alianza entre las dos familias. Los Chen-Tulsi gozarán de derechos de desarrollo exclusivos sobre nuestras posesiones extraplanetarias, mientras que nosotros tendremos acceso a vuestros patios ferroviarios y a otras instalaciones de Sundarban. El acuerdo quedará sellado mediante el matrimonio entre la señorita Laria Prell y Kobi Chen-Tulsi.

Era la primera vez que Kobi oía hablar de aquello y, a juzgar por el horror que se pintó en la cara tirando a inexpresiva de Laria Prell, la chica tampoco estaba sobre aviso.

—¡Yo pensaba que ya lo sabías! —le repetía más tarde Rolo—. ¡Creía que tu madre te habría dicho que te había encontrado otra novia!

—¡Si llega a decírmelo, no habría venido a este lugar espantoso!

—Ah. Bueno, entonces me imagino que por eso no te lo comentó.

Estaban en la habitación de Rolo, que se encontraba al lado de la de Kobi, en uno de los pisos superiores del Castillo Cangrejo. Rolo estaba sentado en la cama y se había quitado un zapato. Al parecer, había empezado a desvestirse en el momento en el que Kobi irrumpió en su cuarto.

—¡Pero es que no quiero casarme con la Prell!

—Deja de llamarla «la Prell». Mejor Laria. Es el nombre que tendrás que usar cuando os hayáis casado.

—Pero...

—Ya lo sé, ya lo sé. No quieres casarte con ella. Pero ese es el precio que pagas por ser el heredero de una familia con perspectivas como la nuestra. Eres una ficha en un juego, mi querido primo. Tu madre tiene que aprovecharte

todo lo bien que pueda.

—¿Y ya está? ¿Me van a casar con una frígida caraculo para que podamos partirnos la espalda trabajando para los Prell?

—Para empezar, Kobi, me apena que hables de ese modo sobre tu futura esposa. Seguro que es una muchacha encantadora. El físico no lo es todo, ¿sabes? Y, además, en estos momentos lo mejor que puede ocurrirle a nuestra familia es trabar una alianza con el Consorcio Prell. Tú no lo sabes todo, primo. Confía en mí: los Prell van a llegar muy lejos.

—¿Qué quieres decir?

Rolo bostezó y movió la cabeza en un gesto evasivo.

—Ya he hablado demasiado. Ahora acuéstate, Kobi, querido amigo. Es muy tarde, el día ha sido largo, y parece que estos salvajes de los hielos están decididos a llevarnos a cazar mañana temprano.

Kobi se acercó a la ventana y se quedó junto a ella. Le había asaltado la vaga tentación de escapar por allí y buscar una manera de abandonar aquella roca helada, pero su madre se habría enfurecido, y afuera nevaba copiosamente.

Elon Prell había salido al patio de abajo, envuelto en un grueso abrigo de pieles, y se despedía de uno de los invitados. Sus guardaespaldas gemelos se hallaban detrás de él, ocultos en las sombras. Cuando el coche volador del visitante se elevó, el fulgor de los faros de despegue se reflejó sobre sus cabezas rapadas, pálidas y relucientes como un par de calaveras idénticas.

## 7

Al alba, la luna destrozada se había marchado a otra parte del cielo, pero Kobi aún la veía suspendida en el firmamento. Sus gigantescas ruinas llenaban el aire claro y gélido sobre los lejanos patios ferroviarios. El sol era pequeño y parecía hallarse a poca altura, y no calentaba. Kobi se preguntó por qué los Prell insistían en vivir allí. ¿Sería por mera testarudez? Quizá les gustaran los lugares sin comodidades. La cama que tenía en su habitación grande y fría era dura como una losa.

La cacería también se llevaría a cabo sin ningún lujo. Los Prell no disponían de lanchas de nieve, ni de drones sabueso. Cazaban con perros de verdad, a lomos de caballos de verdad. Habían pasado años desde la última vez que Kobi había montado en uno, pero el muchacho no permitiría que su nueva futura familia política se diese cuenta de lo asustado que estaba, así que trepó como pudo a la silla de la enorme bestia y trató de fingir que sabía lo que hacía. Los caballos eran artificiales, con algunos toques de cebra en el ADN. Su pelaje hacía juego con los ponchos camaleón que vestían los jinetes. Las franjas blancas y negras los camuflaban contra los pedregales manchados de nieve de Luna Rota.

Mucho antes de que pasaran el risco y entraran en la reserva de caza, Kobi ya sentía dolor en los muslos, y el viento gélido le había dejado el rostro entumecido. Con todo, parecía guiar bien al caballo. Iba a medio galope, al mismo ritmo que el resto de la partida. Y las presas que iban a cazar no eran tan grandes ni tan fieras como se había temido. Tan solo una cuadrilla de simios larguiruchos con el pelo blanco que habitaban en las cimas de las

montañas.

Subieron desde un valle de laderas empinadas, siguiendo el clamor de los perros y los aullidos de los simios, que despertaban ecos en la lejanía. Kobi acabó por cabalgar al lado de Laria Prell, que le dijo con frialdad:

—No me esperaba la noticia de anoche.

—Yo tampoco —confesó Kobi—. Lo siento.

—No te preocupes. Yo tampoco quiero casarme contigo.

Esto último lo sobresaltó. «¿Por qué no?», pensó.

—No quiero casarme con nadie —prosiguió la muchacha—. Quizá algún día, pero todavía no. He pasado un par de años con los Marines Corporativos de la familia. Me ha gustado. Quiero comandar un tren de guerra.

—A mí me parece que podrías casarte y no abandonar tu carrera militar —respondió Kobi.

El muchacho pensó que el rostro de Laria mejoraba con el frío. Sus mejillas y la punta de su nariz se habían vuelto de color rojo, y le quedaba bien; además, a lomos del caballo tenía una especie de gracia primitiva. Llegó a la conclusión de que no importaba mucho con quien lo casaran después de haber perdido a Trenodia. ¿Por qué no Laria Prell?

Pero la muchacha ya lo había dejado atrás. Kobi la perdió de vista en medio del batiburrillo de caballos y ponchos, coloreados todos ellos con las mismas franjas, y del polvillo de nieve que levantaban los animales con sus cascos. Empezaron a oírse disparos en lo más alto del valle y la formación se disolvió. La partida se dispersó por las laderas, cada uno persiguiendo a un simio distinto. Diez minutos más tarde, Kobi volvió a entrever la figura de Laria, erguida sobre la silla, apuntando con la carabina a un macho grande que le chillaba y farfullaba desde lo alto de una roca. Tiró de las riendas para acercarse a la muchacha, pero las patas del animal se hundieron en un hoyo que había quedado oculto bajo la nieve y Kobi salió disparado por encima de la cabeza de la bestia.

La caída fue violenta. Para cuando Kobi hubo logrado salir de la nieve, el caballo había huido y regresaba a su hogar, con los estribos dando tumbos en el aire. Kobi se dejó caer de nuevo, casi agradecido por poder hacerlo, a la espera de que los drones de los Prell lo localizaran y los sirvientes acudiesen

con una moto o un coche volador y se lo llevaran. Pero poco a poco, a medida que los sonidos de la caza se extinguían en lo alto del risco, empezó a darse cuenta de que eso no iba a ocurrir. Los idiotas de los Prell, con su amor por las dificultades, no debían de haber apostado drones de vigilancia, y tampoco habría coches voladores de rescate por allí cerca para llevar a casa a los jinetes que se hubieran caído. Probó a activar los cascos, pero un campo de amortiguamiento bloqueaba toda conexión con el banco de datos local. Tan solo podía conectarse con un sitio de emergencia para casos de heridas graves.

Kobi se examinó todo el cuerpo. No tenía heridas. Estuvo a punto de entrar igualmente en el sitio de emergencia y pedir que un coche volador viniera al rescate, pero entonces, de pronto, se preguntó si se trataría de una prueba organizada por sus anfitriones. Quizá todas aquellas penalidades sirviesen para comprobar que Kobi tenía lo que había de tener un verdadero Prell. No quiso confirmar sus prejuicios contra los blandos sundarbaníes. Y no le apetecía tener que contarle a su madre que había vuelto a fracasar; que una vez más la cacería había sido un desastre.

Así que no le quedaba más remedio que regresar a pie hasta el Castillo Cangrejo.

Estupendo.

Fue una caminata larga y solitaria, y Kobi no estaba acostumbrado a andar ni a la soledad. Durante la primera hora, más o menos, escuchó la música que llevaba almacenada en los cascos, pero en realidad no le gustaba mucho y acabó por aburrirse. La desconectó. En las montañas reinaba el silencio, salvo por el roce y el crujido de sus botas sobre la nieve. Había cambiado la configuración camaleón del poncho para que se volviera de color anaranjado brillante con la esperanza de que alguien lo viese atravesando con dificultad los campos nevados. Pero la partida de caza había desaparecido en la lejanía y tal vez hubiera regresado al palacio. En un momento dado, creyó oír el aullido de los sabuesos, pero es posible que solo fuera el viento que gemía por entre los peñascos.

El sol, que ya estaba bajo de por sí, descendió todavía más. Sombras azuladas cubrieron los campos nevados, y los escombros de la luna se volcaron sobre los cielos. Kobi pensó que era como vivir siempre bajo una torre que se derrumba, y contempló el satélite con aversión. No era de extrañar que los Prell estuvieran medio locos.

Al desvanecerse la última luz del día, se confesó a sí mismo, por fin, que se había perdido. Cuando ya se volvía a plantear la posibilidad de conectarse con el sitio de emergencia, un sonido familiar resonó sobre la colina que se erguía más adelante: el chirrido de los frenos de un tren y el sordo entrechoque de sus enganches. Subió hasta lo alto y descubrió un patio ferroviario en el que se divisaban, como manchas, las luces de las grúas. Había montones de contenedores y una docena de vías que se adentraban por un túnel abierto en la ladera de la montaña. El lugar resultaba algo extraño como terminal de mercancías, pero Luna Rota era un planeta raro. Quizá hubiera minas por aquella zona. Por lo menos habría personas, o máquinas, que podrían ponerlo en contacto con el Castillo Cangrejo. Bajó a saltos por la cuesta, levantando nubes de polvillo de nieve, hasta llegar a las vías.

Pero al pie de la ladera encontró un obstáculo que le impedía acercarse a los raíles. Era una valla metálica que medía varios metros de altura, y en lo más alto estaba reforzada con alambre de espino. En toda su vida no había visto medidas de seguridad semejantes. ¿Qué temían los Prell en medio de aquellas montañas? ¿Acaso los simios podían darles problemas?

Enfurecido, echó a andar con dificultad a lo largo de la alambrada, siguiendo los raíles hacia la entrada del túnel. Alcanzaba a ver luces y movimiento en su interior: grandes grúas que cargaban bultos sobre vagones plataforma. Activó los cascos, pero seguían igual. Pensó en gritar, pero los muelles de carga del túnel estaban demasiado lejos, y el estruendo no permitiría que nadie lo oyese desde dentro.

Entonces los raíles de la vía más cercana empezaron a retemblar, como cuando llega un tren. Kobi giró la cabeza y vio que un vehículo se acercaba con las luces apagadas, a poca velocidad. Se volvió para mirar de frente y estuvo a punto de agitar los brazos y gritar, pero algo lo disuadió.

¿Por qué iba con las luces apagadas?

Se quedó inmóvil entre las sombras y observó el vehículo pasar con gran estrépito. Era un tren de guerra, pequeño pero muy bien armado, y tiraba de una larga hilera de vagones y plataformas blindados. Sobre estas viajaban tanques, piezas de artillería y aerodeslizadores de asalto. Kobi no había visto en toda su vida tanto equipamiento militar junto, salvo en las tresdés de acción. Y había aún más dentro del túnel. Activó los cascos y amplió la imagen de los muelles de carga: en cada uno de ellos había un tren de guerra de los Prell.

A esto se refería Rolo cuando le había dicho que los Prell llegarían lejos. Se preparaban para empezar una guerra.

Unas luces centellearon en lo alto. Kobi levantó la mirada y contempló la panza de un coche volador que aterrizaba. El muchacho debía de haber activado algún sistema de seguridad al acercarse a las vías. Los Prell lo sacarían de su montaña con sumo gusto.

## 8

De regreso en el Castillo Cangrejo, después de haber comido y de que los médicos de los Prell le hicieran una revisión, habló con Rolo. Dentro de su habitación, en voz baja y apremiante, porque sabía que los gruesos relieves de las paredes podían ocultar cámaras y micrófonos que transmitirían todas sus palabras a la red de seguridad de los Prell.

—¡Tienen trenes de guerra, Rolo! A docenas. Se están preparando para algo...

Rolo estaba malhumorado, furioso con él por haberse perdido, molesto porque no le dejaba disfrutar de la bebida y de la comida que se servía en la planta de abajo.

—Pues claro que se están preparando para algo, mi querido primo. ¿Por qué te crees que buscamos esta alianza? Todo ha cambiado. Los Mediodía se han debilitado y se acerca la hora de que otros se hagan con el poder. Esos otros van a ser el Consorcio Prell. Llevan toda una generación esperando a que llegue este momento. Tu futuro suegro sabe que jamás se le va a presentar una oportunidad mejor.

—¡No lo llames así!

—¿Por qué no? Hoy me ha parecido que hacías buenas migas con la señorita Laria, antes de que te descolgaras de la cacería.

—El problema no es Laria. Es Trenodia. ¿Qué le ocurrirá si los Prell se hacen con el poder?

—Me imagino que la matarán. O la enviarán al exilio. ¿A ti qué te importa? Esa vaca pretenciosa...

—No es pretenciosa.

—Se deshizo de ti tan pronto como se le presentó una oportunidad mejor.

—¡La coronaron emperatriz! ¡Ella no quería! ¡La obligaron a romper el compromiso! ¡Tenía que ser así! ¡Nuestra familia no es suficientemente importante como para emparentar con la casa imperial!

—¡Pero lo será dentro de poco! —afirmó Rolo—. ¿Es que no lo ves? Para cuando te hayas casado con Laria Prell, su tío Elon ya se sentará en el Trono del Vagón Plataforma. Por eso hemos venido, Kobi. Ahora que empieza una nueva dinastía, tenemos que aprovechar la ocasión. Seremos una de las grandes familias de esta nueva era.

Kobi se sentó sobre la cama. Hurgaba los bordados de la colcha, desconsolado.

—No sé cómo pueden pensar que esto les saldrá bien —dijo—. Trenes de guerra y movimientos de tropas... Los Guardianes se van a enterar.

Rolo sonrió. Era la mueca de satisfacción con uno mismo de quien sabe un secreto. Se sentó sobre la cama, al lado de Kobi, y le dijo:

—Mi queridísimo primo, deberías saber que algunos Guardianes han sentido desde siempre debilidad por los que viven en estos gélidos mundos transchibanos. Las Gemelas los protegen y garantizan que puedan prepararse en secreto para atacar a los Mediodía. Y cuando lo hagan será rápido e implacable. Los otros Guardianes van a refunfuñar, pero valoran la estabilidad por encima de todo. En cuanto la humareda despeje, Elon Prell será emperador, y mientras no pretenda gobernar con excesiva tiranía, los Guardianes lo aceptarán. No les importa mucho quién se sienta en el Trono del Vagón Plataforma mientras no esté vacío.

Kobi pensó en Trenodia. En lo bella que estaba en los retratos de Marte. ¿Sabría lo que estaban planeando los Prell? Sus escoltas de la Fuerza Ferroviaria estarían preparados, pero si ni siquiera los Guardianes lo sabían...

—¿Lo ves? —continuó Rolo, y se incorporó de golpe, como si sus emociones fueran demasiado intensas como para pasar mucho tiempo sentado—. ¿Lo ves? Tu pobre primo Rolo... Lo desterraron a las Estrellas de Invierno para que conversara con los salvajes, pero he llegado a conocer a esta gente. Les he construido puentes, he cerrado tratos. En cuanto el viejo emperador

murió, acudí a tu madre y le dije: «Ahora tenemos una oportunidad. Olvidémonos de los Mediodía, nos conviene estar con los Prell». ¿Lo ves?

—Sí —dijo Kobi con voz sumisa.

—¿No me vas a dar las gracias por haberte encontrado una novia como esa?

—Gracias, Rolo.

—¡De nada! Y ahora, yo no sé tú, pero a mí me apetece echar otro trago, así que volveré a bajar. ¿Vienes conmigo? Pero no le cuentes a nadie lo que te he dicho.

Kobi sonrió.

—De acuerdo. Ve bajando si quieres. Yo iré dentro de veinte minutos.

Aguardó el tiempo necesario para que su primo llegase hasta el otro extremo del pasillo y entrara en el ascensor, y entonces empezó a cambiarse. Se puso la ropa de viaje. Se echó encima el poncho con camuflaje que había usado para cazar. Salió a la terraza por la ventana y se marchó por una escalera exterior. Se dirigía al teleférico.

## 9

Se decía a sí mismo que no tenía nada que temer. Se hallaba en la casa de los Prell en calidad de huésped, y además era un invitado importante. Nadie podía ponerle pegas porque le apeteciera salir a pasear durante la noche (a pesar del frío, a pesar de lo cansado que estaba). De todos modos, tan pronto como el teleférico lo dejó en la pequeña estación que había al pie del Castillo Cangrejo, se cubrió con la capucha e hizo que el poncho camaleón se volviera de un gris apagado como el de la ropa de los trabajadores que se marchaban a la ciudad.

Aguardó en las sombras y se preguntó qué plan seguiría. No tenía mucha experiencia en trazar planes. Nunca los había necesitado. Los hijos de las familias corporativas hacían lo que les apetecía y dejaban que fueran otros los que arreglaran los destrozos.

Pero, bueno, lo que quería en ese momento era advertir a Trenodia y darle una oportunidad para escapar de la Gran Central antes de que los Prell llevaran a cabo sus planes. No tenía por qué ir en persona. Había un puesto de la Fuerza Ferroviaria en Luna Rota. Le contaría al comandante todo lo que sabía, luego tomaría un tren de regreso a Castillo Cangrejo antes de que amaneciese y a la hora del desayuno contaría que el cansancio le había impedido regresar a la fiesta.

Estaba satisfecho por tener tan claro lo que quería hacer.

El tren llegó, y Kobi subió al vagón. Trató de no parecer muy sorprendido por la suciedad de los coches de clase estándar. Nunca había viajado en clase estándar. No había compartimentos, tan solo hileras y más hileras de asientos.

Sin bajarse la capucha, se sentó en una esquina y volvió el rostro hacia la ventana. Contempló los campos de nieve y los edificios oscuros, y utilizó los cascos para acceder al banco de datos local y buscar la oficina de la Fuerza Ferroviaria. No quería arriesgarse a enviarles un mensaje, pero tenía que saber adónde ir y con quién hablar, para poder transmitirles en persona la advertencia.

Lo encontró. Una manzana de insulso color negro en el distrito comercial, no muy lejos de los andenes de la estación. El oficial al mando de la Fuerza Ferroviaria era un tal coronel Bairam: un buen nombre sundarbaní. Kobi solicitó su biografía y se dio cuenta de que su plan no iba a funcionar.

Reconoció al instante la fotografía del coronel. Era el viejo militar de cabellos blancos que había asistido a la cena de los Prell.

—Estamos llegando a la Estación Central de Luna Rota —informó el tren mientras frenaba.

Los otros pasajeros empezaron a ponerse los abrigos y a recoger las bolsas, pero Kobi se quedó donde estaba. Miraba por la ventana y veía pasar ante sus ojos toda la maraña de instalaciones que había junto a las vías. Naturalmente, los Prell debían de haberse metido en el bolsillo a los oficiales de la Fuerza Ferroviaria local. Naturalmente, el coronel Bairam era un huésped bienvenido en Castillo Cangrejo, un amigo de la familia. Lo más probable era que ocurriese lo mismo con sus oficiales subalternos. ¿Cómo podía haber sido tan idiota?

—¿Estás bien, amigo? —preguntó un hombre, y se inclinó para tocarle el hombro.

Kobi se enderezó al instante, asintió, pero el hombre lo siguió hasta el vestíbulo, donde el resto de los pasajeros hacía cola para salir.

—No eres de aquí, ¿verdad?

—Estoy de visita —dijo Kobi—. Por asuntos de trabajo de mi familia.

—Eres sundarbaní, ¿no? —preguntó el hombre, que había reconocido el acento de Kobi. Otros dos se volvieron para mirarlo—. ¡Seguro que este sitio te resulta muy frío!

Las puertas se habían abierto. Todo el mundo salía. Bajo la luz blanca e intensa que brillaba en la estación, Kobi vio otro tren que esperaba en el

andén de al lado, y oyó la megafonía preprogramada:

—Todos los pasajeros del 0.45 con destino a Intersección Dorada y parada en Helada, Pobredemí, Lifthrasir y Chiba...

—Es mi tren —dijo Kobi, zafándose de su nuevo amigo, y apartó a una mujer de su camino—. Disculpe...

Salió disparado por el andén y entró de un salto en el expreso, justo cuando las puertas empezaban a cerrarse. Una de las subrutinas del tren abrió una ventana dentro de sus cascos y le preguntó por su crédito de viaje. Kobi introdujo sin pensarlo el número de la cuenta de su familia y se sentó. Se produjo un pequeño retraso —las puertas se cerraron y se volvieron a abrir—, y Kobi aprovechó el tiempo extra para lamentarse por no haber sido lo bastante listo como para comprar algo de crédito básico antes de subir al tren. No tenía madera de aventurero. No pensaba con la suficiente rapidez. Pero daba igual. El tren, por fin, salía de la estación y dejaba atrás la ciudad.

Se abrió paso por las pegajosas puertas correderas por las que se pasaba desde el vestíbulo a la sala principal del vagón. Ocupó un asiento vacío y miró por la ventana para vislumbrar por última vez la luna rota de Luna Rota, porque la locomotora empezó a cantar y aceleró con fuerza mientras entraba en un túnel y recorría el largo trecho hasta el portal-K.

Una puerta se abrió al otro extremo del vagón y entraron los escoltas gemelos de Elon Prell. Venían de la parte de atrás del tren. Avanzaban con lentitud y comprobaban todos los asientos. Echaban una rápida ojeada al rostro de los pasajeros. Al pasar bajo las lámparas instaladas en el techo, la luz se reflejó sobre sus cabezas rapadas.

«Los engañaré —se decía Kobi—. Les diré que iba a Intersección Dorada para encontrarme con una chica. Lo comprenderán... Soy un Chen-Tulsi. No me harán nada.»

La pareja ya estaba más cerca. Caminaban con pasos acompasados, pero las cabezas de ambos se volvían en direcciones opuestas. Uno examinaba a los pasajeros de la izquierda del vagón, y el otro, a los de la derecha.

«Fingiré estar dormido —pensó Kobi—. Bajaré la cabeza y cerraré los ojos, y ni siquiera se fijarán en mí.»

Pero sabía que no era cierto.

Sintió que el ritmo de las ruedas cambiaba de pronto y se dio cuenta de que el tren estaba a punto de entrar en un portal. Cuando la no-luz del espacio-K atravesó las ventanas, se decidió a moverse y se levantó del asiento en el extraño instante sin tiempo en el que todo sucedía a cámara lenta, mientras su vagón pasaba por el portal. En cuanto el tren hubo dejado atrás el umbral y salía estruendosamente por el túnel de un satélite menor, ya estaba en pie y se marchaba hacia el vagón restaurante, que se hallaba inmediatamente después de la locomotora.

Sabía que sería un error mirar atrás, pero lo hizo de todos modos. Uno de los hermanos Mako lo vio. Kobi se abrió paso hasta la salida del vagón y entró en el siguiente por el acoplamiento con paredes de acordeón. Cuando pasaba, los viajeros levantaban la vista, y el muchacho estaba seguro de que se daban cuenta del miedo que sentía. Atravesó otra puerta, otro vestíbulo, otro acoplamiento estruendoso. Pasó por entre las maletas amontonadas en un vagón de equipaje. El asistente Motorik lo miró con expectación, pero Kobi lo apartó de su camino y entró en el vagón siguiente, y luego en el siguiente, y acabó por meterse en uno de los baños, con la esperanza de que los Mako pasaran de largo.

Al cabo de un momento oyó voces fuera. Algo que parecía más duro que un puño golpeó la puerta.

—¿Señor?

—Un minuto...

Kobi apoyó la espalda contra la ventana. Las luces pasaban a toda velocidad por el exterior, pero el cristal estaba cubierto de escarcha, y el muchacho no podía ver lo que había fuera. Por el desagüe del lavamanos, que estaba en una esquina, se oía el murmullo vibrante de las ruedas sobre los raíles. Volvieron a llamar a la puerta. Era un sonido fuerte y confiado. La llamada de unos hombres que estaban acostumbrados a que todo el mundo les abriera.

Kobi envió un mensaje a Rolo, que le respondió casi al instante. La imagen de su primo apareció en su corteza visual, retransmitida en streaming por los cascos. El rostro de Rolo parecía flotar en el aire entre el muchacho y la pared del baño. Se lo veía agotado y furioso.

—¿Kobi? ¿Dónde estás? ¿Qué te crees que...?

—¡Vienen a por mí! —gimoteó Kobi—. Estoy en un tren, y esos dos...

—¡Pues claro que van a por ti! —gritó Rolo—. ¡Piensan que eres un espía! ¿Qué diablos...? ¿Dónde estás?

—¿Señor? —dijo uno de los hombres que se hallaban al otro lado de la puerta.

—En un tren. No sé... —respondió Kobi—. Esos dos matones están aquí..., los hermanos Mako...

—Los sicarios personales de Elon Prell —dijo Rolo—. Pero ¿qué te creías, que te podrías marchar así como así, sabiendo todo lo que sabes? ¿Pensabas que no te vigilarían? —Rolo movió la cabeza con disgusto—. Ahora ya no puedo hacer nada por ti, pobre idiota. Cuando pienso en todo lo que he trabajado por esta alianza...

Kobi cortó la conexión. Se quedó allí, tembloroso, con los ojos clavados en el reflejo de su propio rostro atónito en el espejo del pequeño lavamanos. «No puedo hacer nada.» Iban a matarlo. La situación parecía irreal. Su vida no podía terminar allí. «No quiero morir en un váter...»

—Por favor, señor, salga —dijo la voz al otro lado de la puerta.

Kobi habló a sus cascos y entró en los sistemas del tren. La locomotora se llamaba Árboles de Decisión, una vieja AG-90 de los talleres de la Foss en Kalina B. No sabía si podría confiar en ella, pero no le había cerrado ninguna puerta en la cara mientras escapaba por el tren, y tampoco había abierto aquella, así que le envió un mensaje desesperado. «Tren, los Prell planean atacar la Gran Central, tienes que advertir a Trenodia Mediodía...»

Una súbita sensación de ingravidez se adueñó de él. Al otro lado del cristal cubierto de escarcha, la luz se había transformado para teñirse con el desconocido color del portal-K. El tren había entrado por otro y, en el instante sin tiempo que mediaba entre ambos planetas, la puerta se abrió. Uno de los hombres se quedó fuera a vigilar. El otro entró y apuntó a Kobi con una gruesa pistola de plata desde una distancia prudencial.

—¡Soy Kobi Chen-Tulsi! —gritó, blandiendo el nombre de su familia como si fuera un arma.

Hasta entonces siempre le había funcionado. Por ejemplo, cuando había

tenido algún encontronazo con la policía de Sundarban, o había pedido una mesa para sus amigos en un restaurante lleno. Lo gritó, en parte para el tren, con la esperanza de que lo escuchara, y en parte para el esbirro.

—¡Soy importante!

Pero el tren no respondió, y el esbirro disparó igualmente.



CUARTA PARTE  
**GUERRA FERROVIARIA**

## 10

A veces Chandni se preocupaba porque temía que después de convivir durante mucho tiempo con gente rica acabaría por actuar igual que ellos e interesarse por lo mismo: poemas, cortinas y tonterías similares. En ocasiones pensaba que tal vez no fuera tan mala idea, porque las gentes de palacio parecían mucho más felices y sanas que los héroes de los bajos fondos con los que había tratado en otros tiempos. Pero siempre que empezaba a disfrutar de su nueva vida, ocurría algo que la sacaba de su comodidad.

Por ejemplo, el Baile del Solsticio de Verano. Chandni había deseado que llegara. Las modistas de la emperatriz le habían cosido un vestido nuevo para la ocasión. El cabello ya le había crecido lo suficiente como para no tener que ponerse peluca ni pañuelo. Mientras bajaba por las escaleras para unirse a las otras damas en el Salón Azul, se entretenía en buscar su propio reflejo en los espejos y paneles pulidos de las paredes, y pensaba en lo mucho que había cambiado desde que había salido del refrigerador. Pero al entrar en la gigantesca estancia, su corazón volvió a endurecerse. Nadie se había molestado en decirle que el tema de aquel baile fuese el hielo.

Se imaginó que debía de ser el tipo de bromas que gastan los ricos: celebrar el día más largo del largo verano de la Gran Central en un salón repleto de icebergs. Habían cubierto el suelo con tierra negra, y los icebergs eran tan grandes que Chandni se imaginó que debían de haber derribado las paredes de la estancia para meterlos. Algunos estaban huecos y en su interior había músicos que tocaban la extraña música bing bong de aquellos instrumentos modernos cuyos nombres Chandni no lograba recordar. Otros

tenían escaleras de caracol esculpidas en los lados, y los asistentes a la fiesta se subían encima y tocaban con las manos el techo pintado. Sobre un largo estrado central había esculturas de hielo que representaban aves y animales, y en medio, un centro de mesa con forma de sol sonriente, emblema de los Mediodía. Este último era hueco y parecía estar repleto de mariposas rojas y doradas. Sobre las mesas talladas en hielo había bloques del mismo material, y dentro de ellos, unos tentempiés de aspecto delicioso. Estaban pensados para que se fundieran durante los primeros bailes y los asistentes pudieran tomar un pisco-labis cuando salieran de la pista.

Chandni se quedó inmóvil en la puerta durante unos instantes, como si hubieran vuelto a congelarla. Se preguntó si podía tratarse de una broma cruel y rebuscada sobre su pasado. Pero no, era imposible. Las únicas personas que sabían que había estado congelada eran Kala Tanaka y la emperatriz. Kala Tanaka bailaba con Niles, el tío de Trenodia, que había llegado aquella misma tarde procedente de Khoorsandi. Su cara de viejo simplón sonreía, y la mujer parecía haberse olvidado de la existencia de Chandni Hansa. Trenodia, por su parte, bailaba con aires más formales con Lyssa Delius. Llevaba un vestido plateado con escote en la espalda que dejaba al descubierto unos intrincados diseños de hielo blanco dibujados con plantilla. Chandni pensó que debía de haberse pasado horas sentada mientras alguien la rociaba con un aerosol y que en ningún momento le había pasado por la cabeza que aquello pudiera despertar recuerdos estremecedores en el corazón de una muchacha que había estado en la prisión refrigerador.

—¿Te gusta la música? —le preguntó un joven oficial ataviado con el uniforme de la Fuerza Ferroviaria. Había reunido valor para sacar a bailar a Chandni.

—¿Eso es música?

—¡Sí! Son los Terminal de Lufthansa... Me imagino que habrás oído hablar de ellos. Y me han dicho que luego tocarán los Morfema de Arándano Rojo...

—A mí me gustan más los grupos de verdad —gritó, para hacerse oír por encima de la música—. Como por ejemplo los Luz Radical...

Ese grupo se había disuelto por desacuerdos artísticos mientras Chandni cumplía su primera condena en el frigorífico, y la muchacha se dio cuenta, por

la mirada de incertidumbre del joven, que los menores de cincuenta años no habían oído hablar de ellos.

Dio media vuelta y se marchó. Los corredores de palacio estaban vacíos, salvo por los drones de seguridad que patrullaban, pero Chandni les retransmitía su código de autorización y no la molestaban. Se apropió de una valiosísima antigualla de la Tierra Antigua que hasta entonces había adornado un pequeño nicho cercano a la puerta del Salón de la Cascada. Al otro lado de las ventanas, los fuegos artificiales se elevaban sobre la ciudad, con sus colores plateados y blancos, y arrojaban enormes copos de nieve al cielo.

Trenodia tampoco disfrutaba de la fiesta. Le había parecido buena idea decorar el salón de baile en un estilo que le recordaba los retratos gélidos de su madre, pero todo aquello le hacía sentir nostalgia por las playas de arenas negras de Malapet, y además su madre había preferido quedarse en casa a pintar. No le gustaban las fiestas. Ni que decir tiene que la emperatriz no podía abandonar el salón, por lo que se quedó, y bailó, y sonrió, y soltó las habituales frases insulsas a las habituales personas insulsas. Pero se alegró de que los asistentes a la fiesta empezaran a marcharse a sus coches y vehículos voladores y a las habitaciones para invitados que se hallaban en los pisos de abajo, y de que el personal de palacio comenzase a fundir los icebergs con cañones de aire caliente y a barrer las toneladas de arena húmeda.

Ordenó a las damas de honor que se fueran a la cama. Se preguntó sin mucho interés dónde se habría metido Chandni Hansa, y tomó el ascensor para subir a la última planta, donde se hallaban sus aposentos. Un mensaje entró en sus cascos por el camino. Aguardó a que todos los criados y el equipo de seguridad se marcharan, y entonces se echó sobre uno de los enormes sofás y vio quién se lo había mandado. ¡Bendito tiempo de soledad, mucho mejor que las fiestas! Estaba algo borracha. La habitación daba vueltas a su alrededor y eso no le desagradaba. El mensaje provenía de la Horizonte de Cristal, el tren que la había llevado a Marte. Era afable y antiguo, pero la muchacha se preguntó por qué motivo podía enviarle mensajes en plena noche.

Emperatriz Trenodia... por favor, contacta conmigo.

Trenodia se descalzó y flexionó los dedos de los pies. Muchas personas importantes se los habían pisado durante el baile. (Lyssa Delius habría preferido que fueran muchas más. Un buen número de familias corporativas había evitado asistir a la fiesta, descontentas con las nuevas leyes que la mariscala ferroviaria había hecho aprobar en el Senado mientras los medios de comunicación estaban ocupados con el viaje a Marte.)

Trenodia mandó una respuesta a la Horizonte de Cristal. La señal de espera parpadeó unos instantes en el rabillo de su ojo, y entonces apareció una imagen estática del viejo tren y una voz le dijo:

—¡Emperatriz Trenodia! Siento molestarla. He vuelto al servicio normal, como ya sabe, y ahora mismo salgo de la Gran Central. Soy el expreso 3.20 con dirección a la Intersección Saco de Carbón...

—¿3.20? —dijo Trenodia, bostezando—. ¿Ya es tan tarde? Bueno, quiero decir tan temprano.

—No podré hablar mucho rato, emperatriz Trenodia. Dentro de un minuto cruzaré el portal. Pero he oído que ayer pasó algo muy raro en Chiba. Una locomotora llamada Árboles de Decisión me cuenta que mataron de un tiro a uno de sus pasajeros. Dos agentes de seguridad Prell subieron al tren y le dijeron que aquel joven era un terrorista. Bueno, después de lo que ocurrió con la Fuegosdesbocado y la Tiempo de Regalos estamos todos muy nerviosos con ese tema, y la Árboles les dejó actuar. Pensó que iban a arrestarlo. Pero ¡le dispararon! ¡Lo mataron!

—Cuéntame más.

—Bueno, pues antes de que ocurriera todo eso, el joven le habló. Le dijo que se llamaba Kobi Chen-Tulsi. Le rogó que advirtiera a Trenodia Mediodía de que los Prell pensaban atacar la Gran Central.

La emperatriz, que hasta entonces había escuchado solo a medias, se incorporó de pronto y abrió los ojos como platos. Se puso en pie y cruzó la suite, y las ventanas plegables se abrieron mientras se dirigía al amplio balcón. Las luces de la ciudad brillaban en la profunda noche azul: superficies de carreteras cubiertas con el suave fulgor de la luz solar que habían almacenado durante el día, ristas de luces ambarinas en movimiento que eran ventanas de trenes.

—¿Kobi? ¿Kobi Chen-Tulsi? ¿Dijo... qué?

—Que había que avisar a Trenodia Mediodía de que los Prell iban a atacar la Gran Central. Y luego lo mataron. La Árboles de Decisión me ha enviado un vídeo. Puede herir la sensibilidad...

—Enséñamelo —ordenó Trenodia.

Chandni se marchaba de verdad. El vestido de gala colgaba del respaldo de la silla, como la piel de un animal que acaba de hacer la muda, y se había puesto unos pantalones y una blusa de color negro. No tenía por qué escabullirse de palacio a escondidas. Le bastaría con tomar prestado alguno de los coches que se hallaban en el garaje del personal y pedirle que la llevara al andén más cercano de la K-Bahn. Pero el negro era su color, y no llamaría la atención en ningún planeta al que quisiera ir.

Apenas si se llevaba nada. El objeto de la Tierra Antigua que había elegido al azar era una figurita dorada que encajaba a la perfección en el bolsillo de la blusa. La vendería en Ambersai, o en K'mbussi. Había llenado de ropa una bolsa de viaje: prendas íntimas enrolladas y calcetines hechos una bola. La maleta era pequeña, pero durante mucho tiempo había tenido que pasar con mucho menos. Esperaría a las 3.30, porque se imaginaba que a esa hora ya se habrían ido los últimos invitados.

Al oír golpes, se levantó de pronto de la silla. Tardó uno o dos segundos en darse cuenta de que no eran en su puerta. Llamaban a la puerta de Kala Tanaka, que estaba en el mismo pasillo. Alguien golpeaba y gritaba:

—¡Kala! ¡Kala!

Golpeaba, gritaba y gimoteaba.

Chandni no podría fingir que aquel estruendo no la había despertado. Se acercó a la puerta y la abrió. La emperatriz Trenodia en persona estaba de pie en el pasillo, descalza, pero todavía con el vestido de baile y el puño alzado para aporrear una vez más la puerta de Kala. Se volvió hacia Chandni. El rímel se le había corrido y ponía una mueca que parecía de sufrimiento. Los drones trataron de interponerse entre la emperatriz y la sirvienta, y Trenodia los apartó con irritados manotazos.

—¿Dónde está Kala? —sollozó.

Chandni pensó con rapidez. Trató de sacarse de la manga una excusa para no complicarse la vida con la tontería de niña rica que le hubiera ocurrido. Pero no existía, o por lo menos no se le ocurrió. Dijo:

—A mí me parece que debe de estar en la suite de huéspedes de tu tío Nilesh. Parecían muy felices por haberse encontrado en la fiesta. ¿Has probado a contactar con ella a través de los cascos?

—¡Kobi ha muerto! —soltó Trenodia—. ¡Un tren me ha mandado el vídeo! ¡Lo han asesinado! Me ha dicho que los Prell planeaban un ataque...

—¿No deberías ir a contárselo a los de seguridad? Tienes mogollón de empleados de seguridad con drones y todo...

—¡Pero es que no sé si es cierto! No quiero poner en marcha una alerta contra los Prell..., no..., provocaría un incidente. Y si me han engañado..., es que no puede ser verdad..., Kobi no puede haber muerto, ¿a que no?

—Enséñamelo —pidió Chandni.

Acabó de abrir la puerta e hizo pasar a Trenodia a su habitación. La bolsa estaba en el suelo, donde la había dejado la muchacha. Chandni la apartó de una patada, con la esperanza de que la emperatriz no se fijara en ella.

Entonces los cascos de Trenodia enviaron el archivo a los de Chandni. La joven vio unas imágenes granuladas captadas por las cámaras del techo en el vestíbulo de un tren. Un joven pasaba corriendo y otros dos lo perseguían. Los perseguidores tenían la cabeza rapada y la piel pálida. Entonces la imagen cambiaba y se veía un estrecho baño. El joven había levantado los ojos y miraba a la cámara. «Tren, dile a Trenodia Mediodía que los Prell van a atacar la Gran Central, dile que la...» Entonces, un estallido. Un disparo. El joven chillaba, presa del pánico. «¡Soy Kobi Chen-Tulsi! ¡Soy importante!» Otro disparo. Se caía de espaldas contra la ventana. Se desplomaba hacia un lado, dejando un rastro sobre el cristal agrietado, y entonces la grabación terminó.

Chandni gritó una maldición.

—¿Dónde está el tren que te ha mandado esto?

—Ha salido del planeta. Ha de ser una falsificación, ¿verdad? Kala sabe cómo distinguirlas... Ella me dirá...

Chandni dejó que balbuciera. Abrió un horario de la K-Bahn con los cascos. Aparecieron los datos sobre las llegadas en todos los andenes de la Gran Central. Al lado de uno de los trenes había una bandera roja: el 3.44 de Chiba venía con retraso. El hecho, en sí mismo, no tenía nada de especial. Una metedura de pata biotecnológica que había tenido lugar hacía mucho tiempo en Chiba había provocado que el planeta entero quedase cubierto por una planta enorme llamada Weltkraut. A veces los trenes se retrasaban porque una hoja se había caído sobre las vías. Pero lo de aquella mañana tenía un toque siniestro, porque Chiba era la estación de trasbordo que conectaba los planetas de los Prell con el resto de la red.

—Llama al personal de seguridad —le dijo a Trenodia—. Avisa a Delius. No creo que se trate de una falsificación.

Trenodia la contempló un instante, luego parpadeó un par de veces y empezó a explicarlo todo una vez más con los ojos llenos de lágrimas, para que sus cascos lo retransmitieran. Chandni salió al balcón. El aire fresco de las noches, las tres lunas que se alineaban una encima de otra sobre las montañas, como estratocrueros en la pista de despegue. Muchos trenes circulaban por los numerosos pasos elevados de la ciudad estación. Demasiados para una hora tan temprana de la mañana.

—Emperatriz —dijo, y cuando se volvió, un objeto terriblemente veloz y estrepitoso bajó del cielo con un sonido agudo y se estrelló contra la suite de Trenodia.

Chandni corrió bajo una lluvia de fuego y escombros para refugiarse dentro de su cuarto, pero el suelo se inclinó, como si hubiese querido obligarla a volver a salir a un balcón que ya no existía, porque el del piso superior se había desprendido de la fachada y se había llevado por delante al que tenía debajo. Trenodia gritaba. Chandni decía palabrotas sin cesar. Entonces volvió a oír el mismo sonido agudo, que avanzaba con gran rapidez por el vacío, que se acercaba a enorme velocidad, y sintió que la agarraban y la separaban del suelo, y la arrojaban hacia abajo. Chandni chilló, sin darse cuenta apenas de que su cuerpo se estrellaba contra el suelo, y su alarido desapareció bajo una explosión de luz y una tempestad de brutal estruendo.

## 11

Hacía tan solo unos momentos, Trenodia había hablado por el enlace de los cascos con un hombre del equipo de seguridad de palacio. Instantes después reinaba la oscuridad, y la joven se había quedado desmadejada en un rincón. Estaba muy oscuro. La muchacha no veía nada, salvo un manchón rojo que se desvanecía. El rastro que había dejado en sus retinas un colosal estallido de luz. Al principio tampoco oía, pero entonces se le destaponaron los oídos y percibió explosiones lejanas y lo que parecía un crujido de celofán mucho más cerca. Acabó por darse cuenta de que era fuego.

Entonces ¿por qué estaba a oscuras? ¿Por qué no había llamas? Tenía que haberlas: sentía el calor en un lado de la cara, olía la combustión..., pero no las veía, porque se había quedado ciega.

—¿Chandni? —gritó—. ¿Chandni Hansa?

No le respondió nadie. Trenodia logró avanzar a gatas. Habría querido echarse a correr, pero no sabía hacia dónde. «Una explosión», pensó. Empezó a andar sobre pies y manos como un bebé para alejarse del calor y del chisporroteo del fuego. La alfombra que palpaban sus manos estaba crujiente, como algas fritas. Desde algún lugar le llegaba el sonido de una sirena. Creyó oír el aleteo de los drones colibrí que todavía volaban a su alrededor, pero no logró contactar con ellos, y cuando trató de agarrar los cascos con las manos, se dio cuenta de que ya no estaban.

—¿Chandni? —gritó—. ¡Ayúdame!

Se oyó una serie de fuertes estallidos, lejanos, pero no lo bastante. Cada vez que oía uno, los recuerdos del Largopunte la golpeaban como metralla.

Por un momento se preguntó si aún estaría allí, porque ese tipo de cosas no ocurrían dos veces en una sola vida, ¿verdad? Tan solo podía tratarse de una única catástrofe que no terminaba, y el extraño intervalo en el que había llegado a emperatriz y la habían trasladado al palacio imperial no había sido más que una alucinación provocada por el estruendo, el fuego y el miedo.

Alguien la agarró. La muchacha chilló y no pudo parar, ni siquiera cuando reconoció la voz de Chandni que le decía:

—No pasa nada, no pasa nada...

—¿Dónde estabas? Te he llamado...

—He quedado aturdida unos momentos. No pasa nada...

—¡Sí que pasa algo: no veo!

Forcejeó para liberarse, y Chandni le dio un golpe muy fuerte y doloroso con la palma de la mano. Así, Trenodia se calmó el tiempo necesario para que la muchacha le pusiese algo en la cara. La joven sintió los terminales en su lugar, el audio detrás de la oreja, el visual junto a la sien. Chandni le sujetó la cabeza con una mano y manipuló los cascos con la otra.

De repente, Trenodia volvió a ver. No con sus propios ojos, que aún no distinguían nada más que manchas de luz y le dolían como si se los hubieran frito, sino a través de la cámara de los cascos, que le enviaba las imágenes directamente al cerebro. Vio a Chandni cual borroso espectro de color verde contra remolinos de humo de un verde más denso, y manchas brillantes que se imaginó que debían de ser llamas.

—Tenemos que salir de aquí, porque esto se quema —dijo Chandni, y entonces agarró una bolsa que había quedado en una esquina, la sacudió para quitarle los trocitos de techo que tenía encima y se la puso al hombro.

Trenodia miró hacia abajo y descubrió que Chandni la tomaba de la mano. Era como verlo todo en una pantalla, como si le estuviera ocurriendo a otra persona.

—¿Qué ha pasado?

—Misiles o algo así —dijo Chandni, y tiró de ella para ponerla en pie—. Supongo que han sido los Prell.

—¡Deben de haberse vuelto locos! La Fuerza Ferroviaria los va a aplastar. Esto será el final de su familia...

Avanzaron juntas por la habitación destrozada. Algunos de los drones de Trenodia habían sobrevivido a la explosión y la precedían en formación de V. Chandni abrió la puerta y salió al pasillo. En el lugar donde había estado la suite de Kala Tanaka tan solo quedaban unas vigas retorcidas, desde las que se divisaba una panorámica desdibujada de la ciudad. Varios incendios rugían en la urbe. El cuartel general de Lyssa Delius, en el piso más alto de la torre de la Fuerza Ferroviaria, ardía como una antorcha. Unos objetos voladores de perfil dentado pasaron volando a gran velocidad, y el rugido de sus motores tan solo retumbó cuando ya se habían perdido de vista.

—Pero los de seguridad decían que no había peligro de ataque —exclamó Trenodia—. Me han asegurado que todo se hallaba bajo control...

—Pues se equivocaban —respondió Chandni. Se la llevó por el boquete y salieron a un pasillo más amplio que no parecía haber sufrido daños—. Ha habido retrasos en el Enlace O y en la Línea Espiral. Los Prell deben de haber parado los trenes para que pudieran pasar sus máquinas de guerra.

Anduvieron por el pasillo. El silencio era sorprendente. ¿Dónde estaban los drones de rescate? ¿Y los guardias? Una bandada de pequeñas aves de origami, hechas con hojas de oro y plata, colgaba del techo y aleteaba rabiosamente bajo los extraños vientos que soplaban en palacio. Más adelante se oían voces que resonaban en una escalera y bramaban órdenes en el código de combate de la Fuerza Ferroviaria.

—¡Ah, demos gracias a los Guardianes! —exclamó Trenodia, y corrió al encuentro de un pelotón de soldados en traje blindado azul que subía por las escaleras.

Chandni se quedó atrás. Se le había ocurrido que si ella había sido capaz de examinar los horarios de la K-Bahn y darse cuenta de que se fraguaba algo malo, ¿cómo era posible que los de seguridad no lo hubiesen visto? ¿Por qué le habían dicho a Trenodia que no se preocupara?

Se arrojó sobre la emperatriz por la espalda y le hizo un placaje. Las dos muchachas rodaron por el duro suelo. El gimoteo indignado de Trenodia desapareció bajo el fuerte estruendo de un arma de fuego, porque el primero de los soldados había alzado la pistola y le había disparado, y la bala había pasado por el lugar donde momentos antes había estado la cabeza de la

emperatriz. En ese mismo instante, los drones colibrí reaccionaron ante la amenaza. Plegaron las alas contra el cuerpo y se transformaron en pequeños proyectiles. Se arrojaron contra el pelotón de la Fuerza Ferroviaria dejando tras de sí un rastro de fuego. Se oyeron pequeños estampidos sónicos, llamaradas de luz, explosiones húmedas y el golpe sordo de los cuerpos contra el suelo. Al levantar la cabeza, Chandni y Trenodia vieron que varios trechos de pasillo ardían y que los azules habían muerto.

—Pero si eran de los nuestros... —dijo Trenodia, con una voz pequeña, extrañada, que parecía provenir de un lugar distinto, como si el diálogo de una película infantil se superpusiera a una cruenta historia de guerra.

Chandni se puso en pie y anduvo con cautela en medio del humo hasta los cadáveres. Le quitó la pistola a uno de los muertos y sacó del cinturón de otro un medipac con material quirúrgico para el campo de batalla. Cuando volvió al lugar donde estaba Trenodia encogida de miedo, se oyeron más gritos en el piso de abajo, y luego una ráfaga repentina y breve, como un martilleo demencial. Chandni ayudó a Trenodia a ponerse en pie y se la llevó por el pasillo.

—No creo que los Prell intentaran nada de este estilo si no estuvieran seguros de ser capaces de ganar —explicó—. Probablemente la mitad de la Fuerza Ferroviaria esté de su lado. También deben de tener amigos en la Autoridad Horaria de la K-Bahn. Por eso han dejado pasar a sus trenes.

—Pero... ¿entonces no podemos confiar en nadie!

—Yo no lo he hecho jamás.

Chandni acercó el pulgar para abrir las puertas de un ascensor y empujó adentro a Trenodia.

—En caso de incendio no se puede usar el ascensor... —objetó la emperatriz.

—Hay un incendio —confirmó el ascensor—. Por favor, utilicen las escaleras.

—¡Silencio! —les gritó Chandni a ambos.

El ascensor descendió un trecho y luego se detuvo.

—La próxima vez que se hallen en el interior de un edificio incendiado —dijo con voz áspera—, por favor, consideren la posibilidad de bajar por las

escaleras.

Salieron a un piso de oficinas. No había nadie, tan solo el incansable sonido de las alarmas. Corrieron por anchos pasillos de servicio donde se amontonaban sillas doradas y se metieron por una puerta donde se leía: «PROHIBIDO EL PASO». Entraron en un laberinto de despachos destartalados y silenciosos que las emperatrices ni siquiera debían ver.

—¿Y qué pasará con los Guardianes? —preguntó Trenodia—. Van a detener el ataque, ¿verdad? ¿Cómo pueden permitir que los Prell nos masacren?

Chandni no le respondió, pero tampoco era necesario. Trenodia era capaz de entenderlo por sí misma. Los Guardianes seguro que estaban al corriente de lo que planeaban los Prell, porque los Guardianes lo sabían todo. Si habían permitido que ocurriera, habría que suponer que estaban de acuerdo. No eran solo los Prell y sus amigos de la Fuerza Ferroviaria los que trataban de acabar con ella. Los propios dioses se habían puesto en su contra.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Trenodia.

Chandni miró de arriba abajo a la muchacha.

—Para empezar, tendrías que quitarte ese patético vestido de fiesta —dijo.

Trenodia obedeció y empezó a despojarse del traje de gala lleno de desgarrones y manchas. Chandni abrió la bolsa y sacó unas pocas prendas, ropa buena, pero ordinaria, de color negro y gris.

—¿Cómo has podido tener tiempo para hacer la maleta? —preguntó Trenodia, pero volvió a hablar antes de que Chandni fuese capaz de inventarse una respuesta—: ¡Cuánto me alegro de que estés conmigo! Sin ti... Gracias...

Chandni miró a Trenodia vestirse y se preguntó si debería contarle que había decidido marcharse. ¿Debería confesarle que las explosiones no la habían aturdido? Había presenciado durante lo que le habían parecido siglos enteros cómo Trenodia gateaba a ciegas por la habitación incendiada y le pegaba gritos, y no le había respondido. Cuando ya iba camino de la puerta, había sentido el impulso de dar media vuelta y socorrerla. Ni la propia Chandni sabía por qué.

Halló unos zapatos viejos en el fondo de un armario. La talla no era muy distinta de la de Trenodia. Encontró unas tijeras dentro de un cajón y las

utilizó para cortar los cabellos de la emperatriz hasta dejarle el pelo negro y ralo todavía más corto que el suyo. Trenodia estaba acostumbrada a que otras personas decidieran qué aspecto había de tener y luego se encargaran de dárselo, por eso no se resistió. Tan solo cerró los ojos y se quedó quieta mientras los pesados mechones azules caían en torno a sus pies.

Chandni también trabajaba en silencio. Se preguntaba cómo decirle a Trenodia que había llegado el momento de separarse. Si se quedaba sola, podría desaparecer en la ciudad arrasada por la guerra y tal vez sacar algún provecho del caos que había provocado el asalto de los Prell. Tenía muy claro que no iba a arriesgarse a que la hallaran en compañía de una emperatriz fugitiva.

Pero cuando Chandni dejó las tijeras, Trenodia la miró y pestañeó, confiada y con un punto infantil, y entonces se apoderó de ella el mismo extraño sentimiento que antes la había obligado a ayudar a la emperatriz. Lo detestaba, pero no conseguía librarse de él.

Abrió de una patada unas puertas que daban a una escalera. Se oía barullo en los pisos de arriba. Los escalones de cerámica descendían hacia las sombras.

—Vamos —dijo, y tendió la mano para que Trenodia pudiese tomarla. Bajaron juntas y se adentraron en las tinieblas.

## 12

Los trenes de guerra de los Prell llegaron a la Gran Central en tres oleadas. La primera fueron los de asalto, que transportaban armamento pesado y tiraban de hileras de plataformas de las que salían volando enjambres de drones y misiles al emerger de los portales-K. Detrás de ellos vinieron los transportes de tropas. Un vagón tras otro, abarrotados de soldados de infantería que vestían el traje de combate púrpura pasado de moda de los MaCo Prell.

Laria Prell llegó con la tercera oleada, a bordo del vagón de mando de su tío, en la Nuevos Mapas del Infierno. Habían venido por los portales-K que conectaban la Gran Central con Helada y habían dejado atrás estaciones repletas de viajeros que se habían quedado sin tren y de trenes de pasajeros indignados que se veían obligados a esperar en las vías muertas. La noticia del ataque ya se había hecho pública. Los Prell habían enviado un comunicado de prensa a los bancos de datos de todos los mundos centrales, pero aún no habían recibido noticias sobre el combate que se desarrollaba en la Gran Central. Por ello, Laria estaba tensa cuando pasaron con gran estruendo por el último portal-K. Si la cosa no había salido bien, la Nuevos Mapas del Infierno podía sufrir un ataque en cuanto asomara por el otro lado.

Todo había ocurrido con mucha rapidez. Kobi Chen-Tulsi había sido el causante al huir del Castillo Cangrejo la noche anterior. Laria había sentido una alegría secreta por su fuga —el muchacho le había inspirado lástima y no lo quería como esposo—, pero el personal de seguridad de su familia tenía miedo de que pudiera enviar algún mensaje a los Mediodía. De pronto, tuvieron que poner en práctica los planes que habían trazado sin prisas y con

mucho tiempo a lo largo de tantos meses.

Mientras duró el parpadeo sin tiempo de la luz-K entre Kisinchand y la Gran Central, Laria se preguntó qué habría sido de Kobi. Se rumoreaba que los hermanos Mako habían ido tras él, y también que lo habían matado, pero Laria no quería creer esto último. La casa Prell era una estirpe de guerreros, no de asesinos.

El fulgor del portal-K se desvaneció. Ya no podían volver atrás. En realidad, no habían tenido en ningún momento esa opción. Se hallaban en un túnel, y la gravedad algo más potente de la GC hizo que Laria se hundiera un poco más en su asiento. De pronto, la luz del sol acuchilló las estrechas ventanas. La muchacha no veía nada en el exterior, pero los cascos le enviaron la imagen de la ciudad que captaba el ojo de un dron. Vista desde aquel lugar, en el paso elevado de Chaim Nevek, parecía muy normal. Hasta que comprendió que las diez o doce torres negras que se inclinaban en un mismo ángulo frente al viento eran columnas de humo. Los aerodeslizadores de combate que enarbolaban la bandera militar de los Prell salían de un tren que se encontraba en una línea cercana. En el norte, una parte del palacio imperial había desaparecido bajo llamas doradas que emergían en cascada.

Miró a su tío Elon, que fruncía el ceño, concentrado, mientras escuchaba las noticias sobre la batalla. Al cabo de un instante, las duras facciones del hombre enrojecieron, arreó un puñetazo sobre el reposabrazos de maderaviva de su asiento y gritó:

—¡Sí! ¡Los hemos pillado por sorpresa! La resistencia organizada se ha venido abajo. Nuestras tropas de tierra están acabando con los últimos núcleos de seguidores de Delius...

—¿Ya? —preguntó Laria, mientras los otros oficiales que viajaban en el vagón estallaban en vítores—. ¿Hemos derrotado a la Fuerza Ferroviaria, señor?

Elon Prell había vuelto a abstraerse con las noticias que le llegaban por los cascos y no oyó la pregunta. Pero sus guardaespaldas sí. Shiv y Enki Mako se sentaban cerca, vestidos de paisano, como de costumbre, y repantigados con un aire indolente que Elon no habría tolerado a nadie más. Le sonrieron a Laria, y Shiv dijo:

—¡La Fuerza Ferroviaria no se rinde con tanta facilidad!

—Pero es que no luchábamos contra la Fuerza Ferroviaria —apuntó su hermano—. No contra todos. Los mariscales de la 3.<sup>a</sup> y la 12.<sup>a</sup> división estaban tan descontentos como nosotros con la nueva emperatriz de los Mediodía. Sus soldados se han unido a los nuestros.

El tren llegaba a una estación. Las gentes gritaban:

—¡Victoria!

Pero Laria no tenía esa sensación. Había esperado un combate de verdad, como en los grandes murales de Galaghast que se exhibían en la pared de su aula en el colegio: trenes de combate centelleantes, drones en llamas. Por supuesto que Galaghast había sido una derrota gloriosa para la familia y Laria quería triunfar, pero una victoria que se debía a que el ejército enemigo estaba de tu lado no le parecía de verdad. Le sonaba más bien a política. O a puro engaño.

Seguía llegando información. Cuando Laria salió del vagón de mando junto con su tío, los generales de los MaCo Prell acudieron a toda prisa para saludar y decirle a Elon que este o aquel objetivo se había conseguido. Unas pocas unidades de la Fuerza Ferroviaria leales a los Mediodía aún resistían en los jardines del Senado. Un viejo tren de guerra de los Mediodía, llamado Panicum Effusum, peleaba contra las locomotoras de los Prell en los pasos elevados del barrio de Jauhexine, pero se contaba con que la noticia de su rendición no se haría esperar.

—¿Qué pasa con Trenodia Mediodía? —preguntó Elon Prell.

Los oficiales no lo tenían claro. Uno de ellos dijo:

—Todavía estamos identificando los cadáveres que han quedado en la suite tras el impacto del misil.

Otro de ellos reconoció:

—Sus aposentos han sufrido grandes desperfectos, pero, por desgracia, parece que en ese momento no se encontraba allí. Puede que siga con vida.

Laria sintió un extraño alivio. Kobi Chen-Tulsi amaba a la emperatriz Mediodía. Se volvía una persona mucho más gentil, mucho más interesante cuando hablaba sobre ella. Allá donde estuviera, Kobi se alegraría de que hubiese escapado.

Pero Elon Prell no se alegró. Sorbió aire con una brusquedad que todas las personas que lo conocían habrían interpretado como una señal de alarma.

—Encontradla —dijo.

Era la primera orden que daba como emperador de la Red.

Los dinosaurios estaban nerviosos. Los grandes saurópodos, asustados por el olor a humo que arrastraba la brisa y por los ocasionales disparos que aún se oían en la ciudad, estiraban el cuello hasta donde podían y ululaban.

Trenodia le había explicado que las criaturas no eran peligrosas. Al norte de palacio había una extensa área de parques en forma de media luna, y los animales que los poblaban no eran carnívoros. Tan solo había criaturas grandes y decorativas como aquellos braquiosaurios, réplicas creadas mediante genetecnología de las bestias que en otro tiempo habían deambulado por la Tierra Antigua. Chandni, de todos modos, no se fiaba de ellas. Eran enormes. Si salían en estampida y la muchacha se hallaba en su camino..., bueno..., la suerte que la había acompañado para escapar del refrigerador y del asalto de los Prell acabaría aplastada bajo las patas de un dinosaurio.

Aun así, se alegraba de haber llegado al parque. Los drones exploradores de los Prell volaban en círculo sobre la ciudad. Mientras estuvieran allí, el denso follaje y la abundancia de animales la ayudarían a esconderse, y a ocultar a Trenodia.

Anduvieron hacia el norte durante todo el día, tan pegadas a los árboles como pudieron, y cada vez que pasaban drones por lo alto se ocultaban entre las sombras. Los olores de la tierra y de las criaturas que crecían en ella le recordaban a Trenodia las reservas de caza de su familia en Jangala, adonde había ido con Kobi y con Zen Estornino para una partida de caza que fue un desastre. Cada vez que pensaba en Kobi, recordaba su muerte, y se sentía como si todo aquel caminar fuese una pérdida de tiempo, porque si él había sucumbido, ella podría correr la misma suerte. Tarde o temprano, alguno de los drones la descubriría y los soldados Prell le pegarían un tiro, igual que a Kobi. Pero no quería quedarse sola, y cada vez que Chandni Hansa se echaba a andar hacia el norte, Trenodia se ponía en pie y la seguía sin rendirse,

sufriendo por las ampollas que le causaban sus zapatos robados.

Por lo menos iba recobrando la vista. Chandni le había hecho un tratamiento en los ojos con algo que sacó del medipac que había robado. Un aerosol que le dio frío en los globos oculares. Trenodia ya veía sin necesidad de los cascos. La imagen era oscura y borrosa, pero bastaba para darle esperanzas de que, si lograba sobrevivir a aquel día, no se quedaría ciega. La luz del sol le escocía, motivo añadido para ocultarse bajo los árboles. Seguía a Chandni y pensaba en que sus drones habían matado al propietario del medipac. A todo el mundo le gustaba decir que la raza humana había dejado atrás la violencia de ese tipo hacía mucho tiempo. Que solo pervivía en las tresdés históricas, en las guerras de la Tierra Antigua. Pero en realidad seguía allí, bajo la superficie en calma de la vida. Bastaba con que los Guardianes dejaran de vigilar por un instante...

Chandni volvió a ponerse los cascos y los usó para acceder a los bancos de datos de la Gran Central. Muchos de los sitios habían caído y en su lugar había infomerciales que avisaban a todo el mundo de que tenían que quedarse en sus hogares y cooperar con los MaCo Prell en su esfuerzo conjunto con la Fuerza Ferroviaria por liberar la ciudad. El patriarca pronunció un discurso para los canales de noticias en el que declaraba que la familia Prell había actuado en interés de todo el Imperio, y que había derrocado a la usurpadora Delius y a su títere Mediodía. Un vídeo grabado por un dron mostraba el cadáver de Lyssa Delius tirado en el suelo de un despacho cosido a balazos en la torre de la Fuerza Ferroviaria. Parecía más pequeña, vieja y frágil que cuando estaba viva. A su lado posaban los soldados de los Prell, como cazadores que exhiben su presa.

Chandni estudió unos pocos mapas, y luego se quitó los cascos y los arrojó a un cenagal donde algunos triceratops disfrutaban de un baño en el barro. No sabía mucho sobre los cascos modernos y temía que los Prell pudieran rastrearlos si los usaba durante demasiado tiempo. De todos modos, los mapas le habían quedado grabados en la cabeza. Siempre había tenido buena memoria espacial.

Hacia la noche, cuando ambos soles descendían y se teñían de rojo entre las nubes de humo que aún se cernían sobre el corazón de la ciudad, dos muchachas salieron por el extremo norte del Parque Imperial de Saurópodos y contemplaron el distrito industrial de Gallibagh. Vestían ropa andrajosa, de obreras o sirvientas. Ambas llevaban el cabello muy corto y descuidado. Sus caras ordinarias estaban cubiertas de mugre igual de ordinaria.

Al pie de la ladera pasaba una vía secundaria que salía de los patios ferroviarios de Gallibagh y terminaba en un edificio de cerámica parecido a un búnker. El logo de la Fuerza Ferroviaria brillaba en su azotea.

—¿Qué es eso? —preguntó Trenodia, mientras se sentaba a la sombra de unos arbustos y se descalzaba para frotarse los pies.

—La residencia de la Fuerza Ferroviaria —respondió Chandni—. Es el lugar donde meten las locomotoras viejas que ya no les sirven para nada. No creo que los Prell estén interesados en ellas. Esperemos que no haya mucha vigilancia.

Trenodia la siguió ladera abajo con pasos rápidos, bajo la última luz del atardecer. Arriba, en medio de las nubes de humo que cubrían la ciudad, un dron de vigilancia de los Prell captó movimiento y las enfocó con sus cámaras. Envío sus imágenes granuladas a los sistemas de inteligencia del Mardedatos, que empezaron a pasarlas por los filtros de reconocimiento facial.

Las vías que entraban por las grandes puertas de las cocheras de la residencia estaban protegidas con cercas de alambrada muy altas. El propio edificio era un bloque de cerámica gris poco acogedor plantado en un cerro.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Trenodia.

Chandni se metió la mano bajo la blusa y sacó la pistola que había traído de palacio.

—No vas a matar a nadie, ¿verdad? —dijo Trenodia.

—Espero que no. Dependerá de lo que encontremos.

—Pero has matado, ¿no? Has cometido algún asesinato.

Chandni se encogió de hombros. Su gesto podía tener muchos significados

distintos.

—¿Has oído hablar de Ayaguz? No creo que hayas ido nunca de visita imperial. Allí no te recibirían con banderas. Es un planeta cubierto en su totalidad por un océano profundo. Tiene un puñado de colonias mineras submarinas. Son todo lo duras que te puedes imaginar. Cada una de las cúpulas presurizadas se halla bajo el control de una banda distinta, y todas se pasan la vida tratando de ampliar su territorio. Fui a parar allí después de mi primera condena en el refrigerador. Anduve con la banda de los Seis de las Profundidades durante ocho o nueve meses. Así que no es la primera vez que me veo en medio de una guerra, emperatriz.

Trenodia estuvo a punto de explicarle que una guerra ferroviaria entre dos grandes familias corporativas no tenía nada que ver con una riña entre dos bandas por los guetos de una ciudad minera, pero mientras Chandni hablaba, habían pasado por el costado del edificio, entre maleza y grandes contenedores de basura sobre ruedas, y habían llegado a una puerta de cerámica, marcada con una gran pegatina de advertencia. Chandni la golpeó con la culata de la pistola, y al cabo de unos instantes apuntó con el arma al hombre que abrió. Le arrancó los cascos con la mano que tenía libre y los arrojó a los arbustos que se hallaban a su espalda.

Era un hombre mayor, con un mechón de cabellos blancos, rostro moreno y arrugado, y unos ojos castaños y llorosos que bizquearon al ver la pistola y recuperaron la normalidad al contemplar a Chandni.

—¿Estás solo? —le preguntó la muchacha.

El hombre asintió, nervioso, y levantó las manos hasta la altura del pecho.

—Soy el encargado. Esto no es más que un depósito...

—¿Sabes quién es esta?

—No. ¿Otra chica mala como tú? ¿Tu hermana, quizá?

—Venga, seguro que la has visto. Su rostro aparece en el dinero, en los edificios, en muchos sitios.

El encargado miró de nuevo a Trenodia.

—No puede ser... Los canales de noticias dicen que ha muerto... No quiero tener problemas...

—Aquí nadie quiere tener problemas —le respondió Chandni—. Son los

problemas los que nos persiguen a nosotras.

Apartó al hombre de un empujón y le hizo un gesto con la cabeza a Trenodia para indicarle que la siguiera al interior del edificio. La puerta se cerró a sus espaldas. Se encontraban en un pasillo iluminado por los paneles del techo. Murmullo de grandes generadores de energía. Olores del subsuelo. Una holopantalla en un pequeño despacho lleno de trastos, que mostraba las noticias con imágenes de Elon Prell. Resultaba extraño volver a estar bajo techo. El encargado clavaba los ojos en Trenodia como si se tratase de un fantasma. Parecía más interesado en ella que en la pistola, aunque en ese momento Chandni apretaba el cañón contra sus costillas.

—Llévanos a los trenes —le ordenó.

## 13

Los trenes viejos siempre eran un incordio. Cuando pasaban de moda, no era posible reducirlos a chatarra sin más. Los trenes eran, por lo menos, tan conscientes de sí mismos como los humanos. Por ello, se los mantenía en funcionamiento durante todo el tiempo posible, se los actualizaba y reconfiguraba, sus viejos cerebros pasaban a cuerpos nuevos y relucientes. Y si no había manera de que siguieran circulando por los raíles, si estaban anticuados y eran excéntricos más allá de toda esperanza, si se les había diseñado para la guerra y no había ya ninguna..., los mandaban al almacén. Por toda la Red había instalaciones donde los trenes viejos pasaban su tiempo de retiro soñando en estado de ralentización, o navegaban por secciones del Mardedatos concebidas para su disfrute: vías virtuales y campos de juego ferroviarios, extrañas salas de chat donde las locomotoras antiguas se contaban sus aventuras y refunfuñaban contra los modelos que las habían reemplazado.

El encargado acompañó a Chandni y a Trenodia por otro trecho de pasillo y acercó el ojo a un cierre que se encontraba al lado de una puerta. El mecanismo le escaneó la retina, y la puerta se abrió hacia un lado. Por unos breves instantes, el otro lado estuvo sumido en la oscuridad total, pero entonces las luces se dieron cuenta de que las necesitaban, y se encendieron a lo largo y lo ancho de un techo muy alto. Trenodia se percató de que se hallaban en el interior de la colina. El edificio no era más que una especie de porche. La instalación de verdad era aquel hangar cavernoso. El suelo estaba cubierto de vías, y en cada una de ellas dormía por lo menos un tren. Había

máquinas de guerra a las que habían arrancado los colmillos y tenían grandes orificios en el blindaje, en el lugar donde antes habían estado sus armas, y locomotoras a las que les habían quitado el casco entero y ya tan solo constaban de las cámaras de reacción en forma de donut y de los receptáculos cuadrados donde se conservaba el cerebro. Había otras que parecía que siguiesen en funcionamiento. Pero la mayoría estaban conectadas a telarañas de cables y tubos que colgaban del techo.

—¿Qué es lo que buscas? —preguntó Trenodia, mientras Chandni obligaba al pobre encargado a seguir caminando por las vías.

La muchacha miraba uno tras otro a los trenes silenciosos.

—Algo que nos saque enseguida de la Gran Central sin llamar mucho la atención.

Trenodia dio unas palmadas en la proa de una criatura enorme y negra, recubierta de impecable blindaje y escotillas para armas.

—¿Qué tal este?

El encargado negó con la cabeza.

—Ah, no, mi señora Mediodía, no os marchéis con ese. Es un tren inestable.

La locomotora pareció darse cuenta de que Trenodia la tocaba. Emitió una especie de ronroneo desde lo más profundo de su ser, y dos luces rojas brillaron como ojos de fuego entre las sinuosidades de su armadura.

—Parece rápida —observó Trenodia.

—Lo es —respondió Chandni—, pero tampoco tenemos tanta prisa, y no va a pasar inadvertida precisamente. —Siguió por el hangar, obligando al viejo a ir siempre delante—. ¿Qué más tienes escondido por aquí? Venga, cuanto antes encontremos algo, antes nos marcharemos.

Trenodia levantó los ojos hacia la locomotora negra. Se dio cuenta de que la máquina la estaba observando. El nombre inscrito en su flanco era Lobo Fantasma.

Chandni se había detenido frente a una Foss 500 pequeña y desvencijada. Era el tipo de tren que suele cargar mercancías. El tipo de tren que nadie mira dos veces.

—Tengo unos viejos vagones con munición en la vía nueve —informó el

encargado, con impaciencia—. Dadme diez minutos. Enseguida estará a punto y repleto de combustible.

La Foss se despertaba.

—Me complace volver a estar de servicio —dijo—. Soy la Agachadiza Valiente. ¿Adónde vamos?

—Adonde sea —respondió Chandni—. Puedes acceder en todo momento a la información sobre el tráfico de trenes. Si alguien protesta, diles que transportas suministros urgentes para los MaCo Prell.

—Al Portal 265 —dijo Trenodia—. No está lejos de aquí.

Chandni se volvió hacia ella.

—¿Adónde conduce?

—Nos llevará a Toubit —respondió Trenodia—. Una vez allí, podríamos pasar a la antigua Línea de la Estrella del Perro. —Esta zigzagueaba por el área central de la Red y conectaba estaciones y planetas abandonados—. Podríamos usarla igual que Cuervo, y tal vez incluso lleguemos a Sundarban antes que los Prell.

—¿La Línea de la Estrella del Perro? —Chandni movió la cabeza con escepticismo—. Seguro que la han cortado. No, iremos a Gosinchand, o a un planeta de ese estilo. Una vez allí pasaremos a la Línea de la Luz de Araña, o a la Duda Oriental. A nadie se le ocurrirá buscarnos por allí.

—Tenemos que ir a Sundarban —insistió Trenodia—. Es el planeta de mi familia. Deben de estar organizando la resistencia contra el golpe de Estado de los Prell. Cuando sepan que me has salvado, obtendrás tu recompensa.

—No espero ninguna recompensa —respondió Chandni.

Las enormes puertas de las cocheras se abrieron con sorprendente velocidad. Subieron traqueteando hacia el techo como una persiana. La luz del sol poniente entró con tal fuerza que, por unos instantes, deslumbró a Trenodia. Varias personas entraron corriendo en las instalaciones. Sus voces, amplificadas por los yelmos, las conminaban a de rendirse y echarse en el suelo. La muchacha reconoció el uniforme de combate color púrpura de los Marines Corporativos Prell.

Empezó a levantar las manos. Se sintió casi aliviada al pensar que ya no tendría que huir más.

Nunca llegó a tener muy claro lo que ocurrió después, ni cómo empezó. Tal vez los MaCo Prell estuvieran ansiosos por dispararle a alguien. En cualquier caso, Chandni gritó algo, el viejo se echó a correr y también chilló, los Marines dispararon una ráfaga, las balas atravesaron las ropas del encargado, y este se tambaleó y se desplomó. Chandni se había echado a correr por la vía y disparaba su propia pistola. Los soldados Prell se dispersaron y se pusieron a cubierto. Por debajo del fuerte estampido de las armas y de sus ecos, se oía un bonito tintineo. Eran los cartuchos vacíos que caían sobre las vías. Una sombra se irguió contra la luz del ocaso. Algo grande entraba en el almacén de trenes. Una locomotora de aspecto brutal, con banderas Prell ondeando sobre el morro. Chandni llegó adonde estaba Trenodia. La muchacha vio que las armas de la locomotora giraban para apuntar contra ella. Entonces apareció una pared negra que ocultó aquella imagen.

La Lobo Fantasma había arrancado y se había interpuesto entre los Prell y su presa.

—Subid a bordo —dijo con voz fuerte y dura.

Una puerta estrecha se abrió en su superficie blindada.

Hubo una explosión al otro lado de la locomotora y un manto de llamas subió hacia el techo. Chandni empujó a Trenodia en dirección al tren negro. La joven subió torpemente por la escalerilla y entró por la puerta. La locomotora entera retemblaba, porque aún sufría el impacto de los disparos de los Prell.

Alguno de los que iban en la brigada debía de haber conservado la capacidad de pensar, porque las puertas del almacén empezaron a cerrarse de nuevo. La Lobo Fantasma emitió un sonido que parecía un resoplido de desprecio y las atravesó por la fuerza. Pasó a través de la cerámica igual que un cuchillo habría cortado cartón húmedo. Dentro de su cabina pequeña e incómoda, Trenodia tenía que agarrarse a los respaldos de los asientos y al marco de la puerta. Una vez en el exterior, el tren pasó por varios cambios de vía, y las sacudidas empujaron a la muchacha de un lado para otro.

—¿Adónde queréis ir? —preguntó el tren—. Los Prell ya han enviado mensajes a las fuerzas que tienen en la ciudad. He interceptado un mensaje que cuenta que otros dos de sus trenes de guerra están partiendo de los andenes centrales.

—Portal dos seis cinco —gritó Chandni.

—Pero si has dicho... —empezó a replicarle Trenodia.

—El dos seis cinco es el único portal que tenemos posibilidades de alcanzar antes de que los trenes de guerra nos intercepten.

Las leyes de la Física las arrojaron hacia un lado, porque la Lobo Fantasma había tomado una curva a demasiada velocidad.

—Hay drones patrullando en el portal dos seis cinco —dijo, en un tono que parecía de siniestra alegría.

—¿Podrás con ellos, tren? —preguntó Chandni.

—No podré hacerles nada —respondió la locomotora con mal humor—. Me retiraron del servicio activo. Estoy cargado de combustible, pero tan solo porque se lo robé a otros trenes del almacén. Me arrebataron todas las armas.

—¿Esos drones podrían perforarte la armadura?

—Espero que no. Lo sabremos dentro de poco.

Una lluvia de fuego envolvió la máquina, porque acababa de golpearlos un misil. La cabina resonó como una gigantesca campana, luego volvió a resonar, y por segunda vez las pantallas se apagaron y volvieron a encenderse.

—Qué va —dijo la Lobo Fantasma—. Son una porquería.

El portal 265 se encontraba bajo un cerro cubierto de bosques, en un apacible barrio residencial al norte de la ciudad. Los Prell no habían enviado ningún tren de guerra a vigilarlo, porque tan solo conducía a Toubit. En cambio, sí que había un reducido pelotón de drones que montaba guardia. Las feas máquinas de alas cortas volaban en círculo como abejas irritadas sobre la entrada del túnel, en una de las laderas del cerro. Unos pocos niños del distrito se habían acercado a verlos, pero no eran muy interesantes, y los críos no habían tardado en empezar a marcharse. La guerra les había parecido emocionante en sus inicios, pero todo el mundo decía que ya había terminado. Al día siguiente tenían que ir a la escuela.

Por ello, no quedaban más de tres niños en el momento en el que la locomotora negra se acercó a toda velocidad por la línea. Cuando la oyeron llegar, corrieron hacia la valla que impedía el acceso a las vías y metieron sus

dedos mugrientos por la tela metálica. El tren se movía a mayor velocidad que cualquier otro que hubieran visto. Avanzaba con tal rapidez que cuando se lo contaran a sus amigos, al día siguiente, no se lo creerían. Los drones Prell le disparaban misiles de verdad, pero el negro convoy de guerra no quería detenerse, y no parecía que los misiles le hiciesen mucho daño. Tan solo prendieron unos pocos fuegos sobre la superficie de su armadura negra, que le dieron un aspecto todavía más guay.

Mientras el tren pasaba por delante del lugar donde se hallaban los niños, un dron se acercó de pronto para tratar de dispararle de cerca, y la Lobo Fantasma, como si hubiera sabido que tenía público, abrió hacia fuera la cubierta de uno de sus silos de armas. Estaba vacío, pero el borde de la cubierta, a aquella velocidad, cortaba como una navaja. Partió al dron en dos. Una de las mitades cayó al suelo en el lugar donde momentos antes había estado el tren, y la otra se fue dando vueltas hacia arriba, con ese sonido entre silbido y gorjeo que hacen los drones en los juegos antes de estallar. El niño levantó el rostro, con los ojos como platos, mientras la máquina chocaba sin remedio contra otro dron, y ambos volaban de lado por el cielo y se estrellaban con una explosión muy satisfactoria contra el barranco que había sobre la boca del túnel. Unas pocas rocas bajaron rodando desde muy arriba y rebotaron sobre el blindaje negro del tren. El vehículo entró al túnel y entonces fue como si la pared del barranco se contrajera. Los árboles empezaron a resbalar hacia abajo, en un primer momento erguidos y con dignidad, pero luego se cayeron de lado y empezaron a dar tumbos, porque el suelo que los había sostenido se hacía pedazos y se hundía sobre los raíles.

Pequeños trozos de chatarra de los drones destrozados se deslizaban por entre el follaje de los árboles a ambos lados de las vías. Los niños fueron corriendo a recoger los fragmentos. Agarraban los pedazos de metal todavía calientes y miraban, asombrados, el polvo que terminaba de asentarse. Venían más trenes, máquinas de guerra de los Prell, que perdieron velocidad y se detuvieron, y enviaron otros drones a zumbear con rabia sobre el túnel que había quedado bloqueado.

## 14

La vibración incolora del portal-K se desvaneció. La Lobo Fantasma estaba en otro planeta.

—Has reducido velocidad, tren —observó Chandni—. ¿Te ocurre algo?

—Nos encontramos bajo el agua —respondió la locomotora.

Trenodia miró por una de las estrechas ventanas. Vio una sopa verdiazul en movimiento, repleta de lo que debían de ser briznas de algas, o arenas agitadas, o a saber qué. Entonces recordó lo que le habían enseñado sobre Toubit: el portal-K se hallaba en el fondo de una de las fosas más profundas del océano.

—¿Cómo pudieron los Guardianes construir un portal-K en el fondo del mar? —se preguntó Chandni.

—Puede que el océano aún no existiese cuando lo abrieron —respondió Trenodia.

—Un imbécil quiere hablar con vosotras —dijo el tren, y abrió una pantalla brillante en el aire, en el centro de la cabina.

—¿Tren desconocido? —Un rostro apareció en la pantalla. Era un hombre de mediana edad, con un punto de engruimiento y unos pocos cabellos que se aguantaban con bravura en una cabeza que por lo demás era calva. Contemplaba la cabina de la Lobo Fantasma como un vecino entrometido que espía por una ventana—. Soy Ozcelyk, administrador de la Autoridad de Tránsito de Toubit. Por favor, identifíquense.

—Chandni Hansa —respondió esta—. De la Fuerza Ferroviaria —añadió sin mucha convicción—. Los MaCo Prell han llevado a cabo un ataque en la

Gran Central. Han tenido que retirarse después de un intenso combate. Venimos a proteger la ciudad donde tienen la estación, por si el enemigo tratara de atacar también aquí.

El administrador Ozcelyk frunció el ceño.

—Pero si hace unas pocas horas ha llegado un tren de carga procedente de la GC y nos ha dicho que los Prell controlaban la ciudad. Nos ha explicado que ahora el emperador era Elon Prell...

—No es cierto —dijo Chandni—. La situación ha cambiado con mucha rapidez. Los Prell han sido derrotados.

El administrador parpadeó, sin saber qué hacer.

—Espero que su tren pueda aportarnos pruebas. Actualizaciones de los medios de comunicación procedentes de los bancos de datos de la Gran Central...

—¿Yo? No —respondió la Lobo Fantasma—. Mira, tío, soy un tren de guerra. Mi cerebro tiene ocupaciones más interesantes que subir un montón de datos aburridos para que podáis pasarlos en vuestros sitios de noticias.

Ozcelyk quitó el sonido unos instantes y habló con alguien que no aparecía en la pantalla. El mar por el que circulaban era cada vez menos profundo. Los rayos de luz solar se filtraban en el agua y alumbraban una llanura de arenas plateadas, plantaciones de algas y varias colonias submarinas instaladas bajo cúpulas. Recordaban a las bolas de cristal con casitas dentro que se agitan para que parezca que nieva en su interior. Trenodia se dio cuenta de que los raíles por los que circulaba la Lobo Fantasma ascendían. Se acercaban a la isla donde se hallaba la ciudad estación de Toubit.

—Tendréis que deteneros —dijo Ozcelyk, que había vuelto a activar el sonido—. Un kilómetro más adelante encontraréis una vía muerta. Esperaréis allí hasta que tengamos claro lo que ocurre. Submarinos de la Fuerza de Defensa Toubití se acercan a vuestra posición. Si no cumplís las órdenes, abrirán fuego contra vosotros.

—¡Uuuh, qué miedo! —dijo la Lobo Fantasma en tono burlón.

Dejó la pantalla sin sonido y Ozcelyk siguió hablando en silencio. Abría y cerraba la boca como un pescado muy serio. Pasaron de largo la vía muerta.

Trenodia dijo:

—Tren, ¿podrías llevarnos hasta la antigua Línea de la Estrella del Perro?

—Ya la veo —dijo la Lobo Fantasma—. No aparece en los planos actualizados que me he bajado del banco de datos local, pero la conservo en mi base de datos táctica. Hay que tomar un desvío en esta misma línea justo antes de llegar a la estación principal...

La luz del exterior se volvió más y más brillante, y entonces, de pronto, salieron al aire libre. El agua resbalaba por el cristal de la ventana. Las palmeras y los bioedificios pasaban a toda velocidad bajo el cielo de la tarde. Ozcelyk, en la pantalla, chillaba y gesticulaba como un hombre atrapado en una cabina insonorizada.

—La línea esa de la Estrella del Perro, ¿es segura? —preguntó Chandni—. ¿No habrán desmontado los raíles?

—Nadie desmonta nunca los raíles —aseguró Trenodia—. Es demasiado difícil. Cuesta demasiado dinero.

—Pero ¿no habrán bloqueado el portal-K?

—A mí eso no me importa, bonita —fanfarroneó la Lobo Fantasma.

El cielo estaba repleto de objetos voladores. Drones de los medios de comunicación y quizá también cañoneras. En algunos de ellos centelleaba una luz, pero Trenodia no era capaz de distinguir si se trataba de flashes o de armas. Si alguien disparaba contra la Lobo Fantasma, el blindaje de la locomotora absorbía los impactos de rayos y balas con tanta eficacia que ni siquiera se oían.

—¿Qué es este tren, Chandni? —preguntó—. Antes me ha parecido que pensabas que tenía algún problema.

Chandni se volvió hacia ella.

—Es un buen tren —dijo.

—Entonces ¿por qué preferías marcharte en aquella pequeña Foss 500?

—Porque este es un Zodiak —dijo Chandni con recelo—. ¿Has oído hablar de ellos? ¿Los C12 de combate? El blindaje más grueso, los motores más grandes, las mejores armas que se podían encontrar. Yo pensaba que no quedaría ninguno. Creía que los habrían destruido todos hace tiempo. Me imagino que la Fuerza Ferroviaria se guardó algunos por si algún día había follón, aunque cuesta imaginar un follón tan grande...

—Pero si eran tan buenos, ¿por qué los destruyeron? —preguntó Trenodia.

Se alegraba de viajar en aquel tren, de la manera como las había rescatado, del desprecio con el que hablaba de los Prell. Pensaba que se parecía un poco a la propia Chandni. Ambos eran algo bastos y daban miedo, ambos habían pasado largo tiempo en un almacén, y ambos habían despertado y la ayudaban.

Chandni no apartó los ojos de la ventana y habló en voz muy baja, como para evitar que el tren la oyese.

—Las fábricas Zodiak trataron de construir las locomotoras de combate definitivas, pero les salieron con un defecto en el cerebro. La mayoría de las C12 se transformaron en psicópatas. Máquinas de matar a las que no les importaba a quien mataran.

—¡YUJUUU! —exclamó entonces la Lobo Fantasma, con una voz que parecía más de niño que de asesino. La cabina se balanceó de un lado para otro—. ¡He cambiado de vía! —aclaró—. Ya estamos en la antigua Línea de la Estrella del Perro. Habían ordenado al mecanismo de desvío que nos cerrara el paso, pero he logrado entrar en su cerebro y he vuelto a abrirlo. Estoy entrenado para la ciberguerra.

—¡Qué bien! —dijo Chandni—. ¿No podrías volver a cerrar el desvío? Para que los Prell no puedan seguirnos.

—Ya lo he hecho —dijo el tren con petulancia—. He cerrado el desvío y he matado al sistema de activación. Si quieren pasar, necesitarán ayuda técnica considerable, ¿entendéis? Por los Guardianes vivientes, tienen otro tanque en la línea, un poco más adelante... ¿Es que no se van a rendir jamás? Si conservara mis baterías de misiles, pegaría fuego a toda su mierda de ciudad...

Hubo una explosión y el tren volvió a balancearse. Fragmentos de una máquina voladora, envueltos casi todos en llamas, pasaron frente a las ventanas. «¿Los tanques llevan tripulación humana? —se preguntó Trenodia—. Probablemente no. Ojalá que no...»

—Nos acercamos a un túnel que nos conducirá a un portal-K —dijo el tren—. Han levantado una barrera. Corremos un riesgo del 45 % de sufrir daños graves si lo atravesamos.

—Vamos a intentarlo —dijo Chandni. Cerró la holopantalla. Ozcelyk había

dejado de pegarles gritos y se cubría el rostro con ambas manos. La joven se volvió hacia Trenodia y sonrió—. Agárrate con fuerza...

Se agacharon y se agarraron donde pudieron. La Lobo Fantasma se puso a cantar. Golpeó la barrera con tal fuerza que Trenodia, aun habiéndose preparado para el impacto, se soltó. Dio un tumbo en el aire, aterrizó con fuerza contra el suelo y pensó: «Es el fin, hemos descarrilado, vamos a morir...». La canción del tren cobró ritmo y llenó todos los pensamientos de la muchacha, y la luz de un nuevo portal-K centelleó al otro lado de las ventanas.

Pero no habían muerto. Todavía no. La Lobo Fantasma siguió adelante, de portal-K en portal-K, de planeta en planeta. La mayor parte de la Línea de la Estrella del Perro se hallaba bajo tierra. Cuando salía a la superficie, por lo general se trataba de planetas industriales en los que ya no quedaba nada de valor. Basura en andenes vacíos, chimeneas frías en el horizonte, anuncios descoloridos en las paredes de las estaciones que ofrecían refrigerios y trespés que Chandni recordaba de antes de que la congelasen por primera vez. A veces el tren de guerra tenía que apartar un montón de escombros, o acelerar y atravesar alguna otra barrera.

Llegaron a un sitio llamado Fugazi, donde llovía gasolina y las vías pasaban sobre un dique construido entre lagos de napalm. La Lobo Fantasma avanzó por allí a poca velocidad, con cuidado para que no saltara ni una sola chispa de sus ruedas.

—A mí no me pasaría nada si la atmósfera se incendiara —dijo alegremente la locomotora—, pero no puedo prometeros que vosotras dos no acabarais fritas.

Trenodia contemplaba la lluvia marrón que resbalaba por las ventanas, pero estaba demasiado fatigada como para asustarse, o tal vez hubiese dejado atrás toda sensación de miedo después de los terrores del último día. Descubrió una litera dura en una pequeña cabina que se hallaba justo detrás de la principal y se echó a dormir. Entró y salió repetidamente de unos extraños sueños hasta que Chandni se acercó a echarle una ojeada.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —balbució Trenodia.

—Aquí es donde metían a los presos —explicó Chandni, al tiempo que contemplaba la estrecha cabina y su ventanuco—. Cuando los azules me capturaron en Ayaguz, me transportaron en una celda como esta. El camarote del capitán está en la parte de delante.

Trenodia no se molestó en moverse. El estómago se le quejaba, y se dio cuenta de que una de las sensaciones desagradables que padecía era el hambre. No recordaba haberla sufrido nunca. Jamás había pasado tanto tiempo sin comer.

—Si los Prell nos capturan, tendré que acostumbrarme a la vida de cautiva —dijo.

—¡Como que vas a tener tanta suerte! —respondió Chandni, que se sentó en el suelo y apoyó el mentón sobre las rodillas—. Si te quisieran viva, no habrían empezado por disparar misiles contra la ventana de tu dormitorio. Pero no te preocupes, te llevaremos ilesa a Sundarban, o adonde sea. — Chandni irradiaba una especie de alegría, una energía que Trenodia no había visto hasta entonces. Sus ojos habían dejado de parecer demasiado viejos para su cuerpo—. Jamás había logrado escapar con un tren entero.

## 15

Les resultaba extraño no llevar cascos. Ambas estaban acostumbradas a entrar en los bancos de datos locales cuando no tenían nada que hacer, y mirar fotos y vídeos. Por supuesto que en muchos de los planetas por los que pasaban no había Mardedatos, pero cada vez que llegaban a uno que estuviera habitado, la Lobo Fantasma abría refunfuñando las holopantallas para que pudiesen ver los canales de noticias locales. Se enteraron de la muerte de la emperatriz Trenodia, resultado del impacto accidental de un misil. Vieron las imágenes de los trenes de guerra Prell cuando llegaban a todas las estaciones principales del Enlace O, y luego a centros más periféricos como Intersección Dorada y Colmillo. La lucha en la Gran Central ya había terminado. En la mayoría de los planetas no había llegado a empezar. Los Prell habían actuado con demasiada rapidez. Una buena noticia era que el tío Nilesh había escapado con vida —Trenodia estaba convencida de que la temible Kala Tanaka lo habría ayudado— y había regresado a Khoorsandi, desde donde había pedido a las otras familias corporativas que ayudaran a los Mediodía. Pero ninguna lo hizo, y los planetas que seguían bajo el control de su clan no podían pelear por sí solos contra los MaCo Prell y sus aliados en la Fuerza Ferroviaria. Había sido una guerra limpia, rápida, casi incruenta, y ya había terminado.

—Pero todo será distinto cuando lleguemos a Sundarban —aseguró Trenodia—. La familia se reunirá allí. No renunciarán al trono con tanta facilidad. Cuando vean que sigo con vida, alzarán al pueblo contra los Prell.

—Si es que a alguien le preocupa ese asunto —objetó Chandni—. A mí nunca me ha importado quién fuera el emperador. La mayoría se contentará con

que la guerra no se haya extendido a otros planetas y los trenes vuelvan a funcionar.

—Ya lo verás —dijo Trenodia.

Pero lo que vieron nada más llegar a Sundarban fue la peor de las noticias. No hubo que convencer al Lobo Fantasma para que abriese una holopantalla. Recibió el informativo tan pronto como pasó por el portal-K y redujo velocidad hasta detenerse a cierta distancia de la ciudad estación de Sundarban.

—Deberías verlo, mi pequeña emperatriz —dijo.

Por su tono de voz, parecía que se compadeciese de ella.

Trenodia estaba en la cabina y tenía los ojos clavados en las imágenes. Mostraban a su hermana Priya, de pie al lado del sapo engreído de Elon Prell. Los flashes de las cámaras iluminaban su rostro hermoso y altanero.

Trenodia se preguntó cómo era posible que Priya apareciese en las noticias y trató de recordar alguna ocasión en que la muchacha hubiera coincidido con el patriarca de los Prell. Y entonces, poco a poco, empezó a darse cuenta de que las imágenes eran nuevas. La fecha que aparecía en una esquina de la pantalla indicaba que se habían grabado un día antes, en la Gran Central.

—... las fuerzas de los Prell también han descubierto el emplazamiento secreto donde Trenodia Mediodía mantenía a su hermana Priya bajo arresto domiciliario —explicaba el locutor—. Esta es la legítima sucesora del difunto emperador Mahalaxmi XXIII. Ahora, gracias a la colaboración de la familia Prell, podrá sentarse por fin en el trono que Trenodia trató de robarle...

—¡Yo no hice tal cosa! —dijo Trenodia, como si hubiera tenido algún sentido discutir una historia que estaba apareciendo en todos los medios de comunicación del Imperio.

—... pero no gobernará sola. Elon Prell ha anunciado su inminente matrimonio con la señorita Priya y la fundación de una nueva dinastía imperial, los Prell-Mediodía.

Trenodia ahogó un grito, como si la mano del locutor hubiese salido de la pantalla y le hubiera pegado un bofetón. Chandni dijo:

—Ahora, Elon Prell podrá afirmar que no ha hecho más que cumplir con

su deber y que ha devuelto el trono a la verdadera emperatriz, y de paso se convertirá en emperador.

La muchacha resopló, casi con admiración. Era perfectamente capaz de reconocer a un ladrón inteligente, pero jamás había visto a nadie que robase todo un imperio.

—¿Y ahora qué harás, emperatriz? —preguntó.

—No lo sé —respondió Trenodia—. No lo sé.

Mientras huían de la Gran Central, la muchacha se había repetido a sí misma que todo se arreglaría en cuanto llegasen a Sundarban. Que le darían la bienvenida, y que cuando todo el mundo viese lo que le habían hecho los Prell, su cabeza rapada y sus ropas andrajosas, se pondrían de su parte y obligarían a Elon a regresar a Luna Rota. Pero en aquel momento se dio cuenta de que eso no iba a suceder. Su familia ya no tenía por qué luchar. El nuevo emperador les brindaba la oportunidad de salir con la cabeza alta de aquel embrollo. Aunque se sentara en el trono, la emperatriz pertenecería a la familia Mediodía. El siguiente mandatario también llevaría su sangre. Los planetas que habían sido siempre de los Mediodía, y algún otro mundo de poca importancia como Khoorsandi y Katsebo, quedarían en manos de la familia. La casa Mediodía iba a perder mucho dinero cuando Elon reformase las normas comerciales del Imperio para favorecer a su propia familia, pero no tanto como con una guerra larga y difícil.

Qué idiota había sido al marcharse a Sundarban. De pronto se dio cuenta de que lo que más quería era ir a casa de su madre, en Malapet. Ese era un planeta pequeño, tranquilo. Los Prell no lo necesitaban, y tal vez permitirían que Trenodia viviera allí en paz. Volvería a caminar por la playa de arenas negras y pasaría el rato sentada en el estudio de su madre, que olía a pintura, y daría un paseo hasta el café en los anocheceres de verano para comer pinchos de tofu frito y trilobites cocidos en su caparazón...

Pero antes de que pudiera pedirle a la Lobo Fantasma que retrocediera y buscara un camino por la red para llegar a Malapet, sintió que el tren se movía de nuevo. Se encendieron luces rojas en las paredes de la cabina, porque la locomotora, por instinto, trataba de desplegar sistemas de armamentos que ya no tenía. El tren dijo:

—Oh, oh...

—¿Qué? —preguntó Chandni.

—Algo acaba de entrar por el mismo portal-K por el que hemos llegado nosotros. Un tren de guerra de los Prell, sin duda. Deben de habérselo mandado desde la Gran Central. Dentro de treinta segundos estaremos al alcance de sus misiles.

El tren soltó una palabrota. Trenodia no había oído nunca que un tren dijese palabrotas. Se quedó algo sorprendida, aunque al mismo tiempo trataba de pensar lo que haría. ¿Rendirse? Se sentía lo bastante derrotada, lo bastante fatigada, lo bastante hambrienta. Quizá los Prell le diesen de comer si se entregaba. Pero también podía ocurrir que no. Tal vez Chandni tuviese razón y tan solo quisieran su muerte. Y ¿qué ocurriría con Chandni? También la matarían, o volverían a meterla en los refrigeradores...

Por primera vez se dio cuenta de que no era responsable tan solo de sí misma, sino también de su aliada.

—Corre —dijo.

La Lobo Fantasma estaba a punto. Arrancó con tanta fuerza que Trenodia se habría caído si Chandni no llega a agarrarla.

—¿Adónde iremos?

—Solo hay un sitio a donde podemos ir —dijo el tren—. Continuaremos por la Línea de la Estrella del Perro...

Pasaron por un portal-K, y entonces el fulgor pálido y lechoso de la luz de luna sobre la nieve se coló por las ventanas. Atravesaron montañas altas y nevadas, y luego trazaron una curva a lo largo de una bahía donde las olas se habían helado y habían quedado blancas y sólidas, como merengue revuelto con un tenedor.

En el planeta siguiente, los bosques que crecían a ambos lados habían engullido casi por completo los raíles. Entre la maleza había un complejo de edificios muy deteriorado que había servido como estación. La Lobo Fantasma se detuvo allí. Había captado la señal de un puesto de recarga en el que todavía quedaban células de combustible. Con todo, no había ninguna araña de mantenimiento, por lo que tuvo que hacer que Trenodia y Chandni se expusieran al aire frío y resinoso para ir a buscarlas. Las células eran grandes

como ataúdes, y sus asas estaban diseñadas para los ganchos de las arañas, no para manos humanas. Sin embargo, lograron cargar con dos de ellas hasta el tren. Trenodia nunca había perdido mucho tiempo en pensar de dónde provenía la energía de los trenes. Todo funcionaba de manera automática. Avanzaban sin más. En aquel instante tuvo que aprender con rapidez los intrínquilis de su funcionamiento y cargar las células de combustible en un silo, desde donde una cinta transportadora las llevó hasta la cámara de fusión.

—Ese tren de los Prell vuelve a acercarse —informó la Lobo Fantasma, mientras entraban de nuevo en la cabina—. No es rápido, pero sí persistente.

Reemprendieron la marcha. Al otro lado del siguiente portal-K había una pesadilla vegetal de bioedificios que habían crecido demasiado. El aire fermentado presionaba con toda su humedad contra el cristal de la ventana.

—Interesante —dijo la Lobo Fantasma, al pasar por lo que había sido una estación—. Aquí ha habido un combate. Según parece, se han enfrentado dos trenes. También ha ocurrido algo extraño en el Mardedatos. Algo extraño de verdad...

Trenodia miró por la ventana, pero iban demasiado rápido como para ver nada. Entonces, de repente, la Lobo Fantasma echó el freno.

—¡La madre del cordero! —exclamó.

Cuando le preguntaron qué problema había, no pareció capaz de responder. Pero abrió una holopantalla y les mostró las imágenes que captaba la cámara de su morro. La línea subía por una larga cuesta hasta la boca de un túnel que debía de conducir al siguiente portal-K. Frente a la boca montaba guardia un gigantesco cañón móvil. Sus dos piernas mecánicas estaban a lado y lado de la línea, y apuntaba al Lobo Fantasma.

Entonces la pantalla se cerró y una figura con armadura dorada apareció como una llama en medio de la cabina. Se trataba de un holograma, pero tan perfecto que era como si de verdad hubiera alguien allí. Incluso los rostros sobresaltados de Chandni y de Trenodia se reflejaban en el peto de metal bruñido que le cubría el pecho. Lo único que le daba un toque de irrealidad era que parecía que lo iluminase la luz solar, en vez del pálido fulgor de las lámparas de la Lobo Fantasma.

—No se permite el acceso a este planeta —dijo con severidad. El visor le

cubría el rostro, pero su voz hermosa y gentil llenaba toda la cabina—. El portal está bloqueado. Retroceded y regresad a las líneas autorizadas.

Se trataba de un Guardián, o más bien de la interfaz holográfica de uno de ellos. Chandni, que siempre había hablado con cinismo sobre los Guardianes y jamás había visto a ninguno, cayó de rodillas y se prosternó con la frente en el duro suelo. Estaba temblando. Trenodia se quedó de pie. Sentía pavor, pero ya había hablado con una interfaz en otra ocasión, y casi se alegraba de encontrarse con aquella. Quizá pudiese explicarle por qué los Guardianes habían permitido que todo tomase un giro tan malo.

—No podemos volver atrás —dijo—. Nos persigue otro tren. Es un convoy de guerra de los Prell, y si nos da alcance, nos matará.

—Hummm —dijo el holograma—. Eres la antigua emperatriz, Trenodia Mediodía. Te has hecho algo en el cabello. No te sienta bien.

Se difuminó y cambió de forma. Todavía era dorado, todavía brillaba como una llama, pero había pasado a tener la cabeza, los brazos y el torso de un hombre joven, y las piernas y el cuerpo de un caballo. Entonces Trenodia lo entendió todo. Aquel centauro era el avatar que se mostraba sobre sus santuarios de datos.

—¡Tú eres la Red Mordaunt 90! —susurró.

El hermoso rostro del centauro la contempló con tristeza.

—Lo soy. Hace tiempo que conozco a tu familia, Trenodia Mediodía. Velé por los antepasados de tus antepasados en los campamentos de los pioneros, cuando la Red era joven...

—Entonces ¿por qué...?

—Los otros Guardianes también tienen sus favoritos. Mis hermanas, las Gemelas, pensaron que había llegado el momento de permitir que la familia Prell disfrutara de su momento en el candelero. He tratado de impedirlo, pero muchos otros Guardianes han estado de acuerdo con ellas y, en última instancia, una nimia guerra entre humanos es mucho menos terrible que un combate entre dos Guardianes.

Trenodia se dio cuenta de que se había echado a llorar. Sintió el sabor salado de las lágrimas en las comisuras de los labios y le resbalaban por la mandíbula.

—Pero ha sido terrible para nosotros —sollozó—. Han asesinado a Kobi, y a Lyssa Delius, y al viejo del almacén de trenes. Y me van a matar a mí, si me atrapan...

La Lobo Fantasma habló en voz baja. Su habitual fanfarronería había desaparecido:

—El tren de los Prell acaba de pasar. Dentro de cincuenta segundos estaremos al alcance de sus misiles.

Una nueva lágrima resbaló por un lado de la nariz de Trenodia. En el tiempo que faltaba para la llegada del nuevo tren, Mordaunt 90 meditó la situación. Se dio cuenta de que la locomotora entrante era el crucero ferroviario ligero de los MaCo Prell, la Predador Emboscado, provista del nuevo sistema de misiles tren-tren PlanDestructor 5000, capaz de perforar incluso el blindaje de la Lobo Fantasma. Pidió detalles sobre la tripulación de diez personas de la Predador. Sopesó hasta qué punto se enfadarían los demás Guardianes si destruía un tren de los Prell, y lo comparó con el que sentirían si seguía un curso de acción distinto. Su memoria recorrió con melancolía el enorme árbol genealógico de Trenodia y recordó todos los Mediodía a los que había conocido hasta llegar a Surita, una polizón descalza que había bajado de la Varanasi para pisar las arenas de Marte.

La lágrima llegó a la punta de la nariz de Trenodia, pensó en esconderse en la fosa nasal y al fin se dejó caer sin apenas ruido sobre su blusa.

—Pasad por el portal —dijo Mordaunt 90—. Una vez que estéis al otro lado no correréis peligro.

El centauro desapareció como una llama que se extingue. Más adelante, en las vías, el cañón móvil se agitó como un dinosaurio que se despierta, desvió su gigantesca torreta en una dirección distinta a la de la Lobo Fantasma y salió de la línea con sorprendente agilidad. Esta siguió adelante y aceleró, y unos pocos drones de los Guardianes volaron a su lado mientras se lanzaba hacia el portal-K.

—¿Cuál es el siguiente planeta, tren? —preguntó Trenodia—. ¿Adónde nos envía el Guardián?

—Es el final de la línea —dijo la Lobo Fantasma—. Un planeta llamado Tristesse. Una estación llamada Desdemor.

En cuanto hubieron pasado, el monstruoso cañón volvió a agazaparse sobre los raíles. A través de su mira, Mordaunt 90 vio acercarse el tren de guerra de los Prell, que empezó a frenar en cuanto el ingenio entró en su campo visual. El Guardián proyectó su holograma como centinela en armadura al compartimento de la tripulación y dijo:

—No se permite el acceso a este planeta. El portal está bloqueado. Retroceded y regresad a las líneas autorizadas. Si no cumplís las órdenes, seréis destruidos...

## 16

Por la tarde, cuando los anillos del gigante gaseoso Hammurabi se cernían como arcos de esmeralda sobre el mar de la Tristeza, Yanvar Malik salía a sentarse en el balcón de su suite en el Hotel Término y jugaba al ajedrez con el hombre dorado. Siempre perdía, porque el cerebro del hombre dorado tenía un enlace con la inmensa mente de Mordaunt 90, que en aquellos momentos ocupaba casi la totalidad del banco de datos de Desdemor. Pero a Malik no le importaba. Se sentía halagado tan solo con que el Guardián lo respetara lo suficiente como para no apiadarse de él y dejarlo ganar.

Malik había llegado al satélite oceánico Tristesse con una misión comandada por una interfaz del Guardián Anais Seis. Habían tratado de impedir que Cuervo abriese un nuevo portal-K, pero habían fracasado. A veces, creía ver el fulgor incoloro del nuevo portal, que se reflejaba sobre las nubes del horizonte en el sur. Cuervo había muerto allí, en la isla donde se alzaba el túnel. La interfaz de Anais Seis también había caído, y Malik había permitido que el joven compañero de Cuervo, Zen Estornino, y la Motorik Nova se marcharan con su tren antiguo y rojo por el portal. Luego había regresado a pie por el puente hasta la ciudad de Desdemor.

Al llegar, descubrió que Mordaunt 90 había tomado el control de aquel sitio. Estaba llenando el banco de datos vacío del satélite oceánico y enviaba drones de reconocimiento a examinar el nuevo portal. Carlota, la Motorik que había acompañado a Malik en su caminata de regreso a Desdemor, había perdido la memoria de todo lo que se relacionaba con los planes de Cuervo y había vuelto tranquilamente a su trabajo como gerente del hotel. Los otros

supervivientes del equipo de Malik, que se habían quedado a vigilar la estación y no tenían noticia del portal de Cuervo, recibieron la orden de volver a la base. Pero a él se le ordenó que se quedara.

El Guardián le había hablado desde el Mardedatos por los altavoces del vestíbulo del hotel. Le había preguntado qué había visto al abrirse el nuevo portal, y Malik se lo había contado todo. Lo único que le ocultó fue que había matado a la interfaz de Anais Seis para impedir que hiciese daño a Zen y a Nova, pero tal vez Mordaunt 90 ya lo hubiera adivinado.

Malik se imaginó que el Guardián lo mataría en cuanto hubiese terminado con el interrogatorio. El militar sabía mucho sobre asuntos que los Guardianes habían mantenido en secreto durante mucho tiempo. Probablemente, Mordaunt 90 no correría el riesgo de permitir que contara a otras personas todo lo que había descubierto. A Malik apenas le importaba. Había pasado mucho tiempo empeñado en perseguir a Cuervo, y ahora que había muerto, se sentía preparado para unirse a él.

Pero no murió. Se instaló en la antigua suite de Cuervo, en el piso superior del hotel. Vistió la ropa que encontraba en los armarios: camisas blancas almidonadas, trajes blancos de lino. Nadó en las piscinas del hotel, paseó por las playas. Y un día llegó el hombre dorado para hacerle compañía.

A veces, durante los meses siguientes, Malik se preguntó si habría muerto y si aquello podía ser una especie de vida de ultratumba, porque todo era muy agradable y nada cambiaba. Pero aquella tarde sucedió algo. Cuando la luz ya se desvanecía y Mordaunt 90 estaba a punto de hacerle jaque mate, la interfaz se detuvo de pronto y levantó el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Malik.

Los ojos del hombre dorado eran como pequeños soles. Miraban en dirección a Malik sin verlo. Se estaba concentrando en la nueva información que entraba en el banco de datos.

—Acaba de llegar un tren por la antigua Línea de la Estrella del Perro —dijo—. No es de los míos. Parece que la versión de mí mismo que vigilaba el portal de Pnin ha decidido enviarnos unos visitantes.

El Hotel Término se hallaba sobre la estación de la K-Bahn de Desdemor, pero era un edificio muy alto —el arquitecto había ganado un premio por

haber sabido aprovechar al máximo la baja gravedad de Desdemor— y, por ello, la Lobo Fantasma ya había entrado cuando Malik y Mordaunt 90 llegaron al andén.

La interfaz aguardó en el vestíbulo del hotel mientras Malik salía al andén a recibir a los recién llegados. Dos mujeres jóvenes, casi niñas. Una de ellas era alta, la otra, pequeña y canija. La bajita empuñaba una pistola, pero no apuntaba a Malik, tan solo la agarraba con un brazo que colgaba sobre el costado, como si estuviese demasiado fatigada como para levantarlo. Ambas parecían exhaustas. Malik pensó que la alta le resultaba familiar. Al principio no consiguió identificarla, y luego se acordó de la noche que había pasado en Sundarban, antes de viajar hasta aquel lugar. La muchacha orgullosa y airada a la que Lyssa Delius quería convertir en emperatriz.

La pequeña se cuadró ante él como haría una luchadora y le dijo:  
—Eh, ¿hay algo de comer en este planeta?

Sí, algo había. El Hotel Término contaba con cinco restaurantes, y sus frigoríficos todavía estaban llenos hasta la mitad cuando los visitantes dejaron de acudir al satélite oceánico Tristesse. Carlota y su personal Motorik podían servir casi todos los platos imaginables. Pero Trenodia y Chandni no tenían fuerzas ni siquiera para imaginar, así que Malik pidió por ellas: grandes cuencos de arroz rojo con azafrán, platitos de curry picante que hicieron que los ojos se les llenaran de lágrimas, pescado del mar de la Tristeza con leche de coco, algas dulces fritas y empanadas de arroz. Se sentó con ellas en el restaurante vacío mientras comían, y al mismo tiempo consultó las noticias que la Lobo Fantasma acababa de subir al banco de datos.

Así fue como se enteró de que habían matado a su vieja amiga Lyssa Delius.

—¿Adónde ha ido la interfaz? —preguntó Chandni Hansa, y echó una mirada por el restaurante grande y poco iluminado, al tiempo que se servía otra montaña de chicharritas.

—Me imagino que estará escuchando —dijo Malik—. No es un simple cuerpo clonado. Está por todas partes. Los drones que sobrevolaban vuestro

tren cuando habéis llegado eran Mordaunt 90. Está en el Mardedatos, en el banco de datos local, en los sistemas del hotel... Está escuchando.

—No sé por qué es un hombre dorado —comentó Trenodia—. Mordaunt 90 debería ser un centauro, ¿no? Es la Mónada Shiguri la que se aparece en forma de hombre dorado.

—Bueno, pero es mono. Quizá eligió ese diseño para gustarte —respondió Chandni.

Trenodia se ruborizó y dijo:

—Se parece a los chicos de los pósteres que colgaba en las paredes de mi dormitorio cuando tenía doce años. Pero los ponis me gustaban todavía más. Tendría que haberse quedado con el cuerpo de centauro.

—A mí me parece que eligió ese diseño para gustarme a mí —añadió Malik.

—Ah —dijeron Chandni y Trenodia, y callaron unos instantes.

Aunque hubieran oído historias de seres humanos que tenían amoríos con los Guardianes, no se les había ocurrido jamás que pudieran sentarse a la mesa con uno de ellos, y desde luego que no se habrían imaginado que una de esas personas pudiera ser el viejo y gastado Yanvar Malik.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Trenodia al cabo de un rato—. ¿Qué ha sucedido en este lugar? ¿Cuervo sigue en este planeta? ¿Zen Estornino? ¿La Moto aquella?

Malik negó con la cabeza.

—Ya no están. Pero preferiría no hablar del tema. Si os cuento demasiado, puede que Mordaunt 90 no os deje marchar.

Trenodia se encogió de hombros. Había aprendido aquel gesto de Chandni.

—De todos modos no puedo marcharme —dijo, llena de autocompasión—. ¿Adónde podría ir? ¿Qué haría? Ahora ya no soy nada. He pasado de Mediodía a nadie en tan solo unos días...

Chandni puso los ojos en blanco e hizo como que lloraba.

—Pero en realidad nunca he sido nadie —continuó Trenodia—. No era más que un títere en las manos de Lyssa Delius, y ahora que ha muerto no queda nadie que vaya a tirar de las cuerdas...

Malik dio una fuerte palmada sobre la mesa.

—¿Y tú te crees que te eligió por tu cara bonita? —la interrumpió—. Por supuesto que no. Víó algo en ti. Yo también lo vi aquella noche en Sundarban, cuando saliste de la lanzadera que se había estrellado. Cualquiera otra persona habría quedado conmocionada e indefensa tras una experiencia como aquella, pero tú no. Tú querías pelear. Por eso Lyssa te eligió como emperatriz. Porque sabía que eras fuerte.

Trenodia levantó los ojos hacia él, casi con esperanza. Habría querido que la propia Lyssa Delius se lo hubiera dicho. No se sentía fuerte.

—Tú también —dijo, y volvió sus fieros ojos hacia Chandni Hansa—. Sé quién eres. La última vez que te vi, fue por la ventana de un refrigerador. Trabajabas para Cuervo, que es la persona más inteligente a la que haya conocido en mi vida. Elegía muy bien a sus ayudantes. Ambas sois extraordinarias. Por eso habéis llegado hasta aquí. Y por eso mismo saldréis adelante.

No quedaba mucho más por decir. El propio Malik parecía sorprendido de haber hablado de aquel modo. Al cabo de un rato añadió:

—Deberíais acostaros. Carlota os ha preparado dos habitaciones. Descansad. Puede que mañana Mordaunt 90 nos cuente los planes que tiene para vosotras.

Se marcharon a las habitaciones. Trenodia casi se dormía de pie cuando subió al ascensor, pero Chandni no conciliaba el sueño con tanta facilidad. Era como si su cuerpo supiese que el tiempo que había pasado en los frigoríficos ya convalidaba para toda una vida. Echó una cabezada de una hora en la gran cama de hotel (que no era tan mullida como la que había tenido en palacio, pero tampoco estaba mal). Entonces se despertó y se quedó echada, y trató de procesar todo lo que había ocurrido durante los últimos días, pero solo alcanzaba a recordar recuerdos difuminados, llenos de estrépito y miedo.

Un buen rato después de la medianoche, se levantó y salió al balcón. Unas aves extrañas ululaban en algún lugar. Yanvar Malik paseaba a solas por los jardines del hotel. Chandni lo vio ascender por una pequeña colina ornamental. Un amplio espacio que quedaba libre entre los otros edificios

permitía ver el mar desde su cima. El cielo estaba oscuro, pero una fosforescencia pálida y verdosa apareció sobre las olas y reflejó la silueta de Malik. El hombre levantó una copa que él mismo había llevado, bebió de ella hasta vaciarla y la sostuvo en alto, como un brindis a la noche, o al océano, o a saber a qué. Entonces, de repente, la muchacha se dio cuenta de que brindaba por Lyssa Delius. Chandni pensó en lo amable que había sido Malik, aunque sin duda habría preferido que la Lobo Fantasma le hubiese traído a su vieja amiga, no a dos muchachas desamparadas. Le gustaba el viejo militar y casi confiaba en él. Era la primera persona a la que veía tan desplazada como ella misma.

A lo lejos, donde el mar se encontraba con el cielo, una luz de ningún color arrojaba reflejos muy tenues sobre las nubes.

## 17

En la línea que une la Intersección Saco de Carbón y Luna Verde hay una estación conocida como Baidrama en la que no sube ni baja nadie. La mayoría de los trenes pasan por ella sin detenerse, pero a veces la Autoridad Horaria ordena que alguno espere allí durante unos minutos para aliviar la congestión de la línea. Los grandes bloques que los faros de los trenes iluminan al pasar por el planeta no son casas, ni oficinas, sino centros de almacenamiento de datos.

Una extraña locomotora accede por una vía que desaparece en la oscuridad entre varios de esos bloques y entra en la línea principal. Es larga y de aspecto anodino, y tiene franjas negras y amarillas, como una avispa sin alas. No lleva vagones. Pasa por uno de los portales-K de Baidrama para dirigirse a Nokomis y luego a Glorieta. Es de noche en ambos mundos, y los habitantes de las poblaciones que se encuentran junto a las vías oyen pasar el tren, se agitan entre sueños y se preguntan si era un tren de verdad. Hace casi todos los ruidos que suelen asociar con los trenes: el rugido del motor, el roce del aire sobre los techos de los vagones, el traqueteo de los enganches, el leve sonido como de máquina de coser que emiten las ruedas sobre los raíles. Pero falta el sonido que hace que un tren sea tal. Esta locomotora no canta.

Y cuando llega al planeta siguiente, Przedwiosnie, desaparece en la Línea de la Estrella del Perro y nadie más la oye. Por lo menos hasta que sale por el portal-K de Desdemor, donde la interfaz de Mordaunt 90, que había salido a pasear por la costa desierta, siente que un nuevo Guardián se carga en el Mardedatos de Tristesse.

Trenodia se había quitado los cascos al acostarse. Chandni tuvo que entrar en su habitación y darle una sacudida para despertarla. La luz verde del gigante gaseoso Hammurabi se colaba por las ventanas como un fulgor mentolado.

—Ya casi es mediodía —le reprochó Chandni—. Has dormido catorce horas seguidas. Ha llegado otro tren.

Trenodia se dio la vuelta y se frotó los ojos para acabar de despertarse.

—¿Qué tren?

—No lo sé. Ha entrado en la estación. Está esperando en la vía, cerca del portal-K. Malik y su novio parecen creer que es importante.

Trenodia pasó al baño para hacer pis y echarse agua por la cara, y luego bajó a la planta principal con las ropas holgadas de verano que el personal del hotel le había dejado en la habitación mientras le lavaba las suyas. Le estaban sirviendo el desayuno, o la comida, o vete a saber qué, en la terraza, pero Malik y la interfaz de Mordaunt 90 estaban con una cara tan seria que Trenodia abandonó la idea de comer y dijo:

—¿Qué ha ocurrido?

—Volvemos a tener visita, emperatriz —respondió Malik—. Acaba de llegar un tren que transporta a un Guardián.

Trenodia se volvió, porque pensaba que encontraría alguna extraña figura de cuento de hadas en una de las mesas de la terraza. Tan solo vio al hombre dorado, que le explicó:

—No ha venido como interfaz, Trenodia. Nuestros huéspedes han llegado como información. Están en el Mardedatos y esperan el momento de hablar conmigo. Pienso que deberías acompañarme.

Trenodia no lo veía así. Ya se había sumergido en el Mardedatos para encontrarse con un Guardián en otra ocasión y había sido una experiencia terrorífica. Pero no le parecía posible decirle que no a la interfaz de Mordaunt 90, que le sonreía con gentileza y le tendía una mano dorada. La muchacha pensó que era hermoso y se acercó a él. Su piel no parecía pintada, sino de oro de verdad, como si el color se hallase bajo la superficie, o por sus venas circulara luz del color de la miel en vez de sangre.

Trenodia le tendió la mano; los dedos de la interfaz se cerraron en torno a los suyos, y de pronto ya no estaba en la terraza.

La última vez que se había sumergido en el Mardedatos, lo había visto como un mar de verdad, y había entrado en una habitación donde la esperaba Anais Seis. En esta ocasión se encontró en un jardín. Tenía setos altos y oscuros, y árboles negros. La nieve caía sin parar de un cielo que era casi blanco. Había una fuente, pero estaba helada y adornada con gruesos carámbanos. Sin embargo, el aire no estaba frío. Ni siquiera había aire. Todo aquello era una ilusión hecha con código. Incluso la propia Trenodia. Bajó los ojos y vio el cuerpo virtual que le había dado Mordaunt 90. Parecía basado en una de las fotos de su coronación y llevaba puesto un vestido largo de seda roja, con un tren-K bordado que trazaba una espiral por la falda y le llegaba hasta el corpiño. ¡Y además volvía a tener el cabello largo! Pero al levantar la mano para tocárselo tan solo encontró el pelambre ralo que le había dejado Chandni al realizarle el corte de emergencia, y por un instante sintió las mesas de la terraza a su alrededor, y las miradas de Malik y de su amiga.

—No corres ningún peligro, Trenodia Mediodía —la tranquilizó Mordaunt 90.

Su interfaz dorada tenía la misma apariencia en aquel mundo virtual que en el de verdad. La muchacha le sonrió con nerviosismo. Desde luego, aquel Guardián le resultaba más tranquilizador que Anais Seis. Pero no la miraba a ella, y cuando la chica se volvió en la misma dirección que sus ojos dorados vio que algo se acercaba por uno de los largos caminos que se prolongaban entre los setos. En un primer momento no tuvo claro de qué se trataba. ¿Una nube de mariposas? ¿Aves? ¿Drones? Entonces vio que eran peces. Dos bancos de pececillos, uno blanco y otro negro, que nadaban por el aire virtual, como los de verdad nadan por el agua.

Los animales se acercaron y rodearon la fuente.

—¿Esto? —dijo de pronto Mordaunt 90, como para responder a una pregunta que Trenodia no había oído—. Es un punto de reunión que he creado para que nuestra invitada humana se sienta cómoda. Hacedme el favor de hablar de manera que Trenodia os oiga. Sois vosotras quienes la habéis obligado a venir hasta aquí, vosotras y vuestros crueles Prell. Se lo debéis.

Los peces nadaron unos contra otros. Sus escamas refulgían bajo una luz blanca como la nieve. Se deshicieron en cuanto chocaron y, no está muy claro cómo, ambos bancos se solidificaron y se transformaron en dos muchachas. Una de ellas era negra y tenía los cabellos largos y blancos, la otra era blanca y tenía los cabellos largos y negros. Las dos estaban desnudas. Sus cabellos se enredaron entre sí y se agitaron bajo brisas que Trenodia no sentía hasta quedar unidos por las puntas.

—Como ya debes de haber adivinado —dijo Mordaunt 90—, son las Gemelas. Nadie tiene claro si cuentan como un Guardián o como dos. Construimos a la Gemela 1 entre varios poco después de abrir el primer portal-K. La diseñamos para nuestra propia seguridad. Tenía que ser una guerrera que nos defendiese si al otro lado de los portales encontrábamos algo que nos amenazara. Quizá la hicimos demasiado paranoica, porque al instante creó una copia de seguridad de sí misma, y ha existido desde entonces como personalidad doble...

—¿Piensas contarle muchos más secretos a tu nueva mascota? —preguntaron las Gemelas, que caminaron hacia Trenodia y cuando la tuvieron cerca siguieron avanzando una a cada lado de la chica sin detenerse.

Trenodia tuvo que agacharse para que sus cabellos entrelazados le pasaran por encima. En cuanto estuvieron a sus espaldas, se volvieron hacia ella y la miraron de arriba abajo.

—¿Por qué la has traído?

—Ha sido un capricho —contestó Mordaunt 90—. A la versión de mí mismo que estaba en Pnin le dio lástima. Pobre niña. Los brutales Prell la han perseguido por media red. No entiendo qué le veis a esa familia.

—Son una herramienta útil —siseó una de las Gemelas, la blanca.

—¡Más que tus blandengues Mediodía! —dijo la otra en tono de burla.

Mordaunt 90 suspiró.

—Eso ya lo hemos discutido. Acordamos..., al menos los demás, acordamos que se os permitiría erigir a los Prell en familia gobernante, y prometisteis que no se derramaría sangre durante la toma de poder. Pero ¡ha muerto un centenar de personas, Gemelas!

—¡Un centenar! —soltó con menosprecio la muchacha negra—. Y ¿qué es

un centenar de humanos para nosotros, que hemos visto vivir y morir a cien mil millones? Al fin y al cabo, son todos iguales. Nadie echará de menos a un centenar.

Mordaunt 90 se inclinó hacia Trenodia y le dijo:

—Las Gemelas no han sido nunca lo que tú llamarías personas sociables.

—Y Mordaunt 90 es un sentimental —replicaron ellas—. ¿Por qué mantienes con vida a ese tal Malik?

—Porque me cae bien —dijo el hombre dorado—. Es un militar viejo y duro, pero tiene un corazón amable.

—Igual que nosotras —dijo la muchacha blanca con una sonrisa falsa.

—Salvo en lo del corazón amable —masculló su hermana.

—Cuando acordamos que te harías cargo de este satélite —dijeron al unísono—, pensamos que repararías los daños que había causado el atontado de Anais Seis. No se nos ocurrió que transformarías este lugar en un complejo turístico para ti mismo y para tus mascotas humanas. Por eso hemos venido a relevarte de tus responsabilidades. El nuevo portal quedará bloqueado.

—¡No se pueden bloquear los portales-K!

—Claro que sí. Siempre se ha podido —dijeron las Gemelas—. Solo que nuestros hermanos no nos lo permitían. Pero existen varios medios. Hemos venido con uno de ellos.

El hombre dorado tenía un rostro que estaba hecho para sonreír, o para mostrar belleza en reposo. En ese momento trató de retorcerlo en una mueca de horror, pero no acabó de funcionarle.

—¿Habéis traído una railbomba?

—El portal quedará bloqueado —sentenció la muchacha blanca.

—Y luego se destruirá el puente que conduce hasta él —añadió la muchacha negra.

—Los humanos serán eliminados.

—El satélite oceánico Tristesse quedará sellado en su totalidad.

—No podréis —se negó Mordaunt 90—. No voy a permitirlo.

Las Gemelas sonrieron con la sonrisa más afectada que se pueda imaginar.

—Pero ¡si estás solo aquí!

—Y nosotras somos dos...

—Y tú no eres más que uno...

## 18

Por un instante pareció que Mordaunt 90 iba a decir algo y entonces, de pronto, desapareció, como si jamás hubiera existido, sin dejar ni siquiera una huella sobre la nieve virtual. Las Gemelas entrecucharon las manos y se volvieron hacia Trenodia con una sonrisa triunfal, y la joven dejó de estar en el jardín y se vio, parpadeando y jadeando, en la terraza del hotel. Chandni la agarraba por los brazos y le preguntaba:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué has visto?

Algo se estrelló sobre la terraza a sus espaldas, como si alguien hubiera arrojado un cubo por el suelo. Se rompió en fragmentos que rodaron en todas las direcciones sobre las baldosas. Era uno de los drones dorados de Mordaunt 90. Otro que volaba en círculo en torno al hotel se salió de su rumbo y abrió un boquete en la pared de cristal del edificio de al lado. El ruido de cristales se oyó con mucha claridad y nitidez en medio de la ciudad silenciosa. La interfaz de Mordaunt 90 se llevó la mano al rostro.

—No puedo... —dijo, y se fue hacia un lado dando traspiés. Malik se acercó a él para sujetarlo—. Son las Gemelas. Hay algo que se extiende por el Mardedatos. No puedo...

Forcejeó con violencia en los brazos de Malik y salieron sonidos extraños de su cuerpo.

—Lo están atacando —dijo Trenodia, y recordó algo que su versión centauro le había dicho un día antes: que una guerra entre humanos sería mucho menos terrible que una pelea entre dos Guardianes—. Lo están borrando...

—¿Por qué? —preguntó Malik—. ¿Qué ha ocurrido en el Mardedatos?

—Las Gemelas estaban furiosas. Han dicho que se pondrían al mando y que nos eliminarían.

Malik ya estaba actuando y ayudaba a la interfaz medio inconsciente a ponerse en pie. Chandni corrió a echarle una mano. Trenodia los siguió al interior del hotel, donde todo el personal Motorik se había quedado inmóvil, como maniqués, con los ojos vueltos hacia arriba, como si hubiesen oído algo en lo alto y de pronto se hubieran transformado en estatuas. Trenodia abrió en los cascos un canal que la conectaba con la Lobo Fantasma y le dijo:

—¡Tenemos que marcharnos!

—Venid enseguida —respondió la voz del tren—. Ocurre algo en el Mardedatos. Una especie de virus. Una cosa rara. Procede de los Guardianes. Ahora mismo está ocupado con Mordaunt 90, pero parece que está venciendo. Creo que luego se volverá contra mí.

—Activa los cortafuegos —aconsejó Trenodia.

—No aguantarán mucho tiempo contra algo que puede acabar con un Guardián —dijo el tren—. Pero sí, lo haré. Ven enseguida, mi pequeña emperatriz.

Se quedó en silencio, oculto bajo los cortafuegos.

Avanzaron como pudieron por la complicada planta baja del hotel, por los bares y salones. La interfaz iba dando traspiés, agarrándose con un brazo a los hombros de Malik y con el otro a los de Chandni, con el problema añadido de la escasa altura de la muchacha.

—¿Vais armadas? —preguntó Malik cuando llegaban al vestíbulo.

Chandni negó con la cabeza. En su bonita ropa nueva de verano no quedaba espacio para esconder una pistola. La había dejado en la caja fuerte del dormitorio. Al recordarla, le dio pena, porque no podría regresar a aquella cama blanda y mullida. También se sintió idiota por haber llegado a pensar que ya no correrían ningún peligro.

—Yo tampoco —dijo Malik. Se volvió hacia Trenodia—. Hay un armero. Esa puerta de la izquierda...

Trenodia corrió hacia allí. Estaba abierta. En realidad no era un armero, sino una pequeña habitación. En los tramos de pared que no estaban cubiertos

por estantes con armas había fotos de partidas de caza. Las personas que aparecían en ellas vestían a la antigua y posaban, sonrientes, con las monstruosas mantarrayas que debían de haber matado con esas armas. Se trataba de rifles de aspecto muy retro, con culatas de madera decoradas con tallas. Agarró uno y se lo colgó del hombro por la correa, tomó otro con la mano y empezó a buscar municiones.

Malik y Chandni, en el vestíbulo, llegaron a la puerta, se detuvieron unos instantes y sentaron a la interfaz sobre una silla de maderaviva. El hombre dorado los miró con el rostro lleno de confusión.

—No puedo detenerlo —susurraba—. Atraviesa todas las barreras. La negrura...

Malik se arrodilló a su lado.

—No te va a pasar nada.

—Se está comiendo mi mente, Yanvar Malik.

—Se está comiendo la mente del Mordaunt 90 del Mardedatos. —Malik acarició su rostro dorado—. Tú tienes la tuya propia. Aquí.

—¡Es demasiado pequeña! ¡No podrá contenerme entero! ¡Me transformaré en un simple humano!

Malik lo abrazó con fuerza, y Chandni miró hacia otro lado, porque se sentía incómoda. En el mostrador de recepción, uno de los inmóviles Motorik había empezado a temblar. Otro imitó su movimiento, y luego se les unió un tercero. Habría una docena de Motos en todo el vestíbulo, y en cuestión de segundos todos padecieron los mismos estremecimientos y temblores, como hojas en un vendaval.

—Malik... —lo alertó Chandni.

Un Motorik en uniforme de botones se arrojó sobre ella por la espalda y le estrujó la garganta con sus dedos mecánicos. Chandni chilló, sorprendida, pero no era la primera vez que alguien la atacaba a traición, y sus instintos sabían lo que había que hacer. Se agachó de pronto y arrojó al enemigo por encima de su cabeza. El Moto se estrelló contra el suelo y se quedó allí, donde volvió a retorcerse y a temblar. Los demás empleados del hotel se habían vuelto y observaban a Chandni y a Malik. Cuando empezaron a caminar hacia ellos, la muchacha miró alrededor en busca de algo que le sirviese como arma,

y se decidió por una silla. La poca gravedad de Tristesse hacía que le resultara fácil levantarla y arrojarla, pero por ese mismo motivo, no derribó a la recepcionista, sino que tan solo rebotó en su cara y la obligó a retroceder tambaleándose. La Motorik volvió a avanzar con un chorro de gel azul brotándole de la nariz rota. Empuñaba unas tijeras como si fuesen una daga.

—Las Gemelas los controlan —explicó Malik.

—¿Ah, sí? Si no llegas a decírmelo, no lo habría adivinado.

Chandni agarró una pequeña mesa de pizarra que se había usado para hacer la manicura y retrocedió hacia la salida. Si las Gemelas hubiesen tenido un mínimo de inteligencia, se habrían hecho con el control de los accesos. Pero la muchacha pensó que era posible que Mordaunt 90 aún peleara y fuese capaz de proteger de algún modo el pequeño cerebro de las puertas, porque se abrieron en su debido momento cuando Chandni se acercó.

—¡Trenodia! —gritó.

De pronto, el cristal de una ventana se cubrió de grietas, y al instante se oyó el estampido de un disparo. Carlota, la gerente del hotel, bajaba por las escaleras, tan digna como siempre con su largo vestido azul. Sostenía una especie de rifle antiguo. El casquillo de un cartucho usado giró perezosamente sobre sí mismo en el aire y llegó al suelo en el mismo instante en el que Carlota ponía el pie sobre el último escalón.

—Señor Malik, señora Hansa —dijo—, cuánto lo siento. Se ha producido una interferencia...

Volvió a levantar el rifle. Esta vez apuntaba a la interfaz de Mordaunt 90, que continuaba repantigado sobre la silla de maderaviva.

¿Era la escasa gravedad lo que hacía que todo pareciese tan lento? Chandni vio la escena con intenso detalle: el borbotón de llamas en la boca del rifle, los ojos desorbitados de Malik cuando se interpuso entre el hombre dorado y la bala. Oyó el crujido que emitió la bala cuando le atravesó el pecho. El chorro de sangre trazó bonitas figuras rojas en el aire. Y mientras el hombre se desplomaba, Carlota volvió a levantar el rifle, y esta vez la apuntó a ella, pero entonces el cuello de la Motorik se partió y su cabeza se cayó hacia un lado, y un chorro de gel azul brotó hacia afuera y la gerente también se desplomó. Su rifle apuntaba absurdamente hacia el techo.

Trenodia venía corriendo por el vestíbulo, con un arma en las manos y otra a la espalda. Se detuvo a la mitad para disparar contra los otros Motorik. Los fuertes impactos los derribaban de espaldas, y el gel se derramaba sobre las alfombras y sobre la larga curva de maderaviva del mostrador de recepción. Disparaba con fría furia, como si hubieran sido Prell, y cuando todos hubieron caído, siguió apretando el gatillo hasta que el viejo rifle ya no emitía más que los chasquidos de un arma descargada.

Por primera vez, Chandni se dio cuenta de que Malik había dicho la verdad cuando había comentado que Trenodia era dura. Corrió hacia ella y agarró el arma descargada, y la emperatriz, con el cuerpo tembloroso, le pasó un cargador con balas para que pudiera meterlo en el rifle. Pero los Motorik ya no los atacaban. Quizá las Gemelas se hubiesen dado por vencidas, o tal vez Mordaunt 90 hubiera logrado bloquearlas.

La interfaz se había levantado de la silla. Se arrodilló sobre Malik. Sus manos doradas se cubrieron de sangre.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntaba—. ¡Nosotros somos muchos, y tú eres solo uno! Hay versiones de Mordaunt 90 en el Mardedatos de cada uno de los planetas...

Malik no pudo responder. Tenía la boca ensangrentada. Se había abierto una flor roja sobre la pechera de su chaqueta blanca. Chandni le dijo:

—Malik no está enamorado de todos esos otros. Solo de ti.

El hombre oía sus voces, pero en realidad no escuchaba. Se sentía muy fatigado. Aunque pueda parecer extraño, apenas si percibía el dolor. Ya le habían disparado en otras ocasiones, y siempre le había dolido mucho. Esta vez solo sintió como un cálido entumecimiento que se iba extendiendo por su cuerpo, como si hubiera empezado a dormirse, pero sabía que no podía dejarse llevar por el sopor, porque Mordaunt 90 y las dos muchachas lo necesitaban. Ya se preocuparía de sí mismo cuando todo el mundo hubiera subido al tren. Pero, cuando trató de ponerse en pie, la joven Chandni Hansa lo sujetó con delicadeza y le dijo que no debía moverse. La interfaz se arrodilló al lado de la chica y lo contempló. Era hermoso como los rayos del sol. Malik pensó que era como la luz inesperada al final de un día largo y difícil. La interfaz parecía tan asustada que Malik quiso decirle que todo iría

bien, pero el entumecimiento ya le había llegado a la boca y le resultaba difícil hablar. «Voy a descansar aquí unos segundos y recobraré fuerzas», pensó. Y cerró los ojos y se marchó.

La interfaz no lo entendió. Seguía sacudiendo a Malik, trataba de despertarlo, hasta que Chandni le dijo:

—Tenemos que irnos. Malik habría querido que nos marcháramos. Si no, su sacrificio habrá sido inútil.

Trenodia la ayudó a poner en pie a la interfaz y a alejarla del cuerpo de Malik. Parecía que se moviera con mayor facilidad, como si empezara a desconectarse del caos que debía de reinar en el Mardedatos. Salieron del hotel y entraron en el vestíbulo de la estación, con las pistolas a punto por si aparecían más Motos, pero no fue así. Uno de los drones de Mordaunt 90 había atravesado el techo de la estación al caerse y sus restos habían quedado hacia el final del andén donde los aguardaba la Lobo Fantasma. Caminaron sobre cristales que crujían bajo sus pies hasta llegar a la vieja locomotora, temerosos de que hubiera muerto, o de que se hubiese vuelto contra ellos. Pero sus motores ya funcionaban y les abrió la puerta. Cuando se hallaron a bordo, les dijo:

—Me alegro de que hayáis conseguido escapar. ¿Qué ha pasado con el otro tío?

Chandni movió la cabeza con pesadumbre. La interfaz lloraba.

—No preguntes y sácanos de aquí —ordenó Trenodia.

—No será nada fácil —dijo la Lobo Fantasma.

Dio marcha atrás hasta salir del andén. Luego avanzó bajo la luz verde del gigante gaseoso que iluminaba las tardes de Desdemor. Abrió una pantalla y les mostró una imagen de las vías por las que podrían regresar al portal-K. Había una locomotora plateada sobre los raíles.

—Ese trasto lleva parado en la vía de salida desde que llegó. No quiere hablar. Se ha plantado ahí, sin más. Si fuese un tren ordinario, lo mandaría todo al diablo y pasaría por su lado, pero no tengo nada claro qué puede ser ese tío a rayas ni las armas que puede llevar.

—Si tuviese armas, yo pienso que ya las habría usado —replicó Chandni, mirándolo con el ceño fruncido.

—Quizá no tenga —dijo Trenodia—. Quizá sea un arma.

La muchacha contemplaba a la interfaz, que estaba en uno de los asientos pequeños y duros de la Lobo Fantasma y miraba al suelo, totalmente hundido. En cuanto habló Trenodia, levantó la cabeza y miró a la pantalla sin mucho interés.

—Sí —confirmó—. Es una railbomba.

La Lobo Fantasma retrocedió con mucha lentitud hasta la vía principal.

—Y ¿qué es una railbomba? —preguntó.

—Una locomotora que transporta una gigantesca cabeza explosiva de antimateria —explicó la interfaz con voz monótona—. No tiene el mismo tipo de mente que tú, tren. Su único anhelo es explotar.

—Bueno, siempre está bien tener una ambición en la vida —dijo el tren.

—Su objetivo es colocarse en un portal-K y detonar en el mismo instante en el que pasa por él. Lo que ocurre entonces es que el portal no sufre daños, pero el túnel y las vías quedan inutilizados. Es un invento de las Gemelas.

—¿Por qué quieren hacer eso? ¿A quién se le ocurriría bloquear un portal?

—¿Qué hace aquí? —preguntó Chandni.

—En este planeta hay otro portal —comentó Trenodia—. Uno nuevo. Las Gemelas quieren bloquearlo, pero Mordaunt 90 prefiere que siga abierto. Por ello, las Gemelas están desactivando a Mordaunt, y cuando hayan terminado enviarán la bomba para que cumpla con su función.

—Ese portal está más al sur —dijo la Lobo Fantasma—. Lo descubrí anoche, pero me imaginé que los sensores debían de engañarme.

—¿Adónde conduce? —preguntó Trenodia.

La interfaz negó con la cabeza.

—No lo sabemos.

—¡Pero si los Guardianes sois omniscientes!

—No del todo. Ese portal no se debe usar.

—Pues lo vamos a usar —afirmó la Lobo Fantasma—, porque dentro de unos minutos las Gemelas van a hartarse de hacer pedacitos a Mordaunt 90 en el Mardedatos y vendrán a por mí.

El tren se marchó hacia el sur por la ciudad silenciosa y entró en un puente que se prolongaba hasta el horizonte. Unas grandes figuras pasaban volando

frente a las ventanas. Trenodia temió que fueran drones enemigos, pero en realidad solo se trataba de aquellas criaturas semejantes a mantarrayas. Salían aleteando cual torpes murciélagos de las guaridas que habían construido en los arcos del puente.

—No debemos hacerlo —insistía la interfaz.

—Si no, moriremos —le respondió Chandni—. Merece la pena intentarlo, ¿no te parece?

—Puede que al otro lado encontremos algo peor que la muerte —replicó la desconsolada interfaz.

—Ahora empieza lo bueno —dijo la Lobo Fantasma.

Más atrás, la railbomba había comenzado a moverse. Las cámaras de visión posterior les mostraron que también había entrado en el puente. La Lobo Fantasma gritó una palabrota.

—Ya me parecía raro cuando no hablaba ni cantaba, pero ahora se ha puesto a cantar y preferiría que se hubiera quedado en silencio. Escuchad un momento...

La voz de la railbomba entró por los altavoces y llenó la cabina. No emitía palabras —los trenes nunca cantaban palabras—, pero el significado estaba bien claro. Era la melodía de la muerte, y de la velocidad, y de la espléndida luz en la que estallaría, y del cráter que iba a dejar. Era el canto de la piedad que sentía por los trenes inferiores que no iban a sentir jamás una gloria semejante.

—Viene a toda velocidad —dijo Chandni.

—Tiene unos motores muy potentes —explicó la Lobo Fantasma—. Pero pesa mucho. No logrará darme alcance.

El tren cobró velocidad y avanzó bajo las gigantescas olas que rompían contra el puente en mitad del océano. Abrió una nueva holopantalla para mostrar a los pasajeros lo que había más adelante. Empezaba a divisarse un contorno, todavía lejano, borroso tras los velos de espumas marinas.

—Hay una isla —dijo la interfaz—. Creo que fue allí donde Cuervo construyó su Gusano. Donde se abrió el portal.

—¿Cuervo y Zen Estornino pasaron por ese portal? —preguntó Trenodia—. ¿Es eso lo que les ocurrió?

—Malik me contó que Cuervo había muerto —respondió la interfaz—. Pero Zen Estornino sí que pasó. Ya está en el otro lado.

—Pero ¿tienes alguna idea de dónde desemboca?

La interfaz la contempló con ojos muy abiertos, asustados, llenos de lágrimas. Mordaunt 90, la gran inteligencia para la que momentos antes había sido una especie de terminal, había desaparecido de Tristesse. El virus de las Gemelas no había dejado nada salvo unas pocas hebras de código corrompido que vagaban por el Mardedatos sin capacidad de razonar. Todo el conocimiento del que la interfaz había dispuesto ya no existía.

—No soy más que un fragmento —se lamentó—. En mi cerebro no queda espacio ni para una millonésima parte de lo que era. Soy mortal y voy a morir...

Trenodia lo tomó de la mano y trató de consolarlo.

—No morirá nadie, si puedo evitarlo —dijo la Lobo Fantasma, e hizo algo con los motores que la aceleró a una nueva y desgarradora velocidad.

Había empezado a cantar su propia canción, emocionada a pesar de sí misma al sentir el viento y las espumas contra el morro. La isla estaba cada vez más cerca. Chandni y Trenodia divisaron por primera vez el portal: un arco que parecía hecho de hueso, que se erguía desnudo bajo el cielo verde. Había máquinas demacradas y esqueléticas abandonadas por toda la isla, y dos cañones móviles plantados a ambos lados del portal, como centinelas. No apuntaban a la Lobo Fantasma, sino al propio portal. Trenodia pensó que debían de haberlos dejado allí para que destruyesen algo que pudiera entrar desde el otro lado. Pero sus mentes habían estado enlazadas con la de Mordaunt 90. No se movieron, aunque la Lobo Fantasma surcara las vías a una velocidad brutal arrastrando desechos y espumas salobres y se precipitara a través de la cortina ondulante de luz que cubría todo el arco.

—¡Muerte! —cantó la railbomba, y aceleró por el puente—. ¡Muerte! —gimió mientras cruzaba la isla, y su extraña voz resonó en el blindaje de los cañones silenciosos—. ¡Muerte! —chilló, y desapareció por el portal, en pos de la Lobo Fantasma.

Y Desdemor recobró la calma, salvo por el rumor de las olas y los aleteos de las rayas que sobrevolaban en círculo la isla desierta.

Pero sí que se oyó un trueno repentino al otro lado del portal, cuando la Lobo Fantasma emergió del espacio-K y se precipitó hacia el diminuto círculo de luz del día que brillaba a la salida. Todavía avanzaba a velocidades imposibles cuando irrumpió a la luz oblicua del sol alienígena. Algo se le rompió por debajo, pero la canción del tren y el rugido del motor impidieron que se oyera. Nubes de centellas brotaron de entre sus ruedas aceleradas, luego llamas rojas, humo negro. El humo también llenó la cabina, donde refulgía el rojo centelleo de las señales luminosas de emergencia, que hacían que la escena pareciese sacada de unos dibujos animados de baja calidad. Trenodia y la interfaz se asfixiaban. Chandni también, pero mientras estaba en ello encontró un extintor y soltó chorros de espuma sobre los lugares de donde procedía el humo.

—¡Para! —le gritó al tren.

—Antes tengo que alejarme más de la railbomba —dijo la Lobo Fantasma, pero ya perdía velocidad, y se detuvo sobre sus ruedas chamuscadas.

—¡Muerte! —cantó la railbomba mientras atravesaba el portal-K y llevaba a término lo que había anhelado hacer durante la totalidad de su breve vida.

La explosión llenó el túnel con una luz violenta, ardiente como un sol recién nacido. Las rocas se transformaron en vapor. Las montañas se estremecieron. Un puño de fuego, gigantesco y rojo, se alzó contra el cielo sorprendido, con los riscos destrozados a modo de guante de hierro. En mil kilómetros a la redonda, el suelo vibró como la piel de un tambor. Entonces se oyó el trueno, que llegó mucho más lejos que las nubes de polvo y retumbó en torno a la curva del planeta.

La cabina de la Lobo Fantasma se había quedado sin electricidad. Las ventanas se habían cubierto de polvo. Trenodia, Chandni y la interfaz seguían sentados, a oscuras, y escuchaban los crujidos y los impactos, porque los trocitos de montaña que habían ascendido a lo más alto de la atmósfera en viaje de placer recordaban que eran geología y no meteorología, y volvían a precipitarse hacia el suelo y rebotaban sobre el blindaje del tren.

—¿Qué hay ahí fuera? —preguntó Trenodia—. ¿Alguien ha podido mirar? ¿Habéis visto qué planeta es?

Nadie había podido.

—Creo que he captado una especie de señales —dijo la Lobo Fantasma—, pero no he logrado descifrarlas, y ahora el polvo bloquea la recepción.

—¿En qué parte de la Red nos encontramos? —preguntó Trenodia a la interfaz—. Si los Prell están por aquí...

—No nos encontramos en la Red —respondió la interfaz—. Estamos en otro lugar.

El bombardeo perdía fuerza. Los impactos sobre el blindaje parecían más de grava que de peñascos. Unos pocos y tímidos rayos del sol se colaban por las ventanas.

—No sé si os habréis dado cuenta —intervino Chandni—, pero hemos vuelto a olvidarnos de traer comida.



QUINTA PARTE  
**ESTACIONES EXTRAÑAS**

## 19

—¿Vas a nadar?

—No creo que tengamos que nadar los dos. Tú nada y yo miraré.

Caminaban por un sendero empinado que descendía hasta la orilla. A sus espaldas, la última luz del sol alumbraba los riscos. Más adelante se extendía el océano planetario, brillante y de un color entre azul y negro. El sendero conducía hasta un estanque en forma de herradura, que se llenaba con la marea, y un malecón de cristal de los Construyerraíles. Zen caminó hasta el final del rompeolas y empezó a quitarse la ropa. Dejaba caer las prendas sobre el suelo de cristal. El mar no lo asustaba. Había aprendido a nadar en las playas de Santheraki, durante el año en el que había vivido allí con su madre y con Myka, cuando tenía once años. Nova sonrió al imaginarse lo que habría sido su vida entonces. Zen se lo había confesado todo, su pasado, mientras viajaban por la Red de Mundos. Muy a menudo se olvidaba de que ya le había contado algo y se lo volvía a relatar, pero a Nova le daba igual. Le interesaba cada detalle. Le resultaba maravilloso saber tanto sobre alguien, y que esa persona compartiera con ella todos sus recuerdos y sus sueños. Sobre todo Zen, que hasta entonces no había confiado en nadie.

El muchacho se quitó los cascos y los dejó sobre las ropas que había amontonado sin cuidado alguno. Entonces volvió el rostro y miró a Nova con una sonrisa rápida, algo nerviosa. Qué hermoso era su cuerpo moreno y esbelto, desnudo al final del malecón, tan oscuro como el crepúsculo marino.

—Ándate con cuidado —empezó a decirle la muchacha, pero Zen ya se había zambullido.

Se había arrojado contra una ola que se elevaba poco a poco.

Llevaban nueve meses juntos. Nueve meses enteros desde aquella primera y hermosa noche en Yaarm. Casi se habían olvidado de quiénes habían sido antes de atravesar el portal. Habían pasado días enteros sin pensar en Cuervo ni en el tren de los Mediodía, sin preguntarse a sí mismos si todo habría podido ser distinto.

Algunos momentos habían sido difíciles. Ninguno se había enamorado en toda su vida, y solo sabían lo que habían visto en las tresdés. Las historias solían terminar cuando la pareja se enamoraba. ¿Qué ocurría después? No tenían nada en común, salvo las aventuras que habían vivido juntos. A Nova le gustaba que todo estuviera limpio y ordenado, y a Zen le daba igual. A Nova le gustaba saberlo todo, mientras que Zen parecía feliz en su ignorancia. La muchacha sentía mucha curiosidad por los orígenes de la Red de Mundos y en todo momento trataba de averiguar todo lo que pudiera sobre su historia, pero a Zen tan solo le interesaba el presente, y parecía muy satisfecho con haber llegado demasiado tarde para conocer a los misteriosos Construyerraíles.

Si se hubieran quedado en el Imperio de la Red, pensaba Nova, se habrían separado al cabo de una o dos semanas. Las diferencias entre ambos los habrían llevado a pelearse, y también habrían sufrido la presión de la sociedad. Se creía que los humanos y los Motorik no podían sentirse atraídos los unos por los otros, y todavía menos enamorarse. Pero allí no había nadie que pudiera juzgarlos, y se necesitaban demasiado como para pelearse. La muchacha había aprendido a ignorar todos los rasgos de Zen que no le gustaban. Empezaba a entender que, cuando se amaba, había que hacerlo por completo, con todo lo bueno y todo lo malo. A veces, cuando estaba con Zen, la asaltaba la sensación de que nunca nadie había amado como ella a él. Eso la hacía sentirse especial, y única, y más humana de lo que se hubiera sentido jamás, porque estaba convencida de que la gente debía de sentir lo mismo cuando se enamoraba.

El muchacho emergió a unos metros de la orilla, con la piel reluciente como una foca y el pelo húmedo pegado al cuero cabelludo. Gritó a Nova y le hizo señales.

—¡Están aquí!

El sol se había puesto, pero la muchacha veía bien al muchacho, iluminado por una luz suave color pastel que ascendía hasta las olas desde abajo. Nova corrió hasta el final del malecón, a tiempo para ver un animal enorme que pasaba por debajo de Zen y se volvía para subir. Luces azules y ambarinas centelleaban en sus flancos y en sus largas aletas.

—¡Qué grandes son! —gritó Zen, y volvió a sumergirse.

Nova, aun sabiendo que los nadadores nocturnos eran inofensivos, dio gracias por el claro cristal de los Construyerraíles que se interponía entre el muchacho y las aguas profundas.

Habían pasado muchas cosas desde lo de Yaarm. Habían recorrido las vías refulgentes que conducían a Priina-Réae. Innumerables portales, infinitas estaciones alienígenas. Habían parado en Yashtey de las Mareas de Gmylm, en Semiimiliip, y en Groosht. Habían visto los criaderos de morvah en Iehíin, donde algunas de las extrañas locomotoras vivas de la Red de Mundos salían del cascarón, y las jóvenes rodaban torpemente sobre vías de entrenamiento, probando sus ruedas nuevas. Habían viajado por la Nueva Línea de Porcelana hasta los Semimundos Arcoiris, luego habían continuado por la vía conocida como Escalerilla de los Constructores, que los había llevado hasta allí, al llamado Margen de la Noche, un mundo cubierto de agua en el que una única cordillera montañosa era lo bastante alta como para emerger por encima de la superficie del océano. Los Construyerraíles habían dejado un portal-K en un extremo de la larga y rocosa masa terrestre, cuatro en el otro, y una estación a medio camino. Una colonia de deeka vivía allí y actuaba como intermediaria comercial entre los trenes que acudían al planeta y los nativos de Margen de la Noche, los inmensos Nadadores Nocturnos, semejantes a ballenas.

En aquel momento había dos nadadores debajo de Zen, y de pronto el muchacho vio que había otros debajo de esos. Pequeñas luces en movimiento que debían de ser más criaturas del mismo tipo. Acudían desde una profundidad que solo podía ser inmensa. Las luces parecieron vibrar, y el fondo de cristal del estanque retembló al recibir sus llamadas subsónicas. Zen abrió brazos y piernas, y se dejó llevar a la deriva. Los nadadores nocturnos

sentían curiosidad por los humanos, como todas las criaturas que Zen y Nova habían conocido en la Red de Mundos. Pero, a diferencia de los demás, pensaban que no podían empezar a comprender de verdad a una nueva raza mientras no los hubieran visto nadar.

Así, se quedó allí durante unos instantes, desnudo en un mar cada vez más oscuro, y permitió que las criaturas que se hallaban debajo lo miraran bien con lo que fuera que usaban como ojos. La luz de los seres que moraban las profundidades se filtraba hacia arriba e iluminaba las olas a su alrededor.

¿Qué impresión estaría causando? ¿Cómo verían las habilidades natatorias del embajador de los Humanos en comparación con las de otras razas que habían llegado a Margen de la Noche y se habían exhibido en aquel antiguo estanque? Pensó que mejor que las de los hath. Las amistosas tiendas debían de haber resbalado sobre las crestas de las olas como restos vivos de un naufragio. Los herastec debían de haber nadado como caballos a base de agitar sus tres patas, esforzándose por mantener fuera del agua sus cabezas cornudas. Los deeka debían de haberlo hecho mejor: eran semiacuáticos. Y las criaturas llamadas los que recuerdan el mar venían a ser como pulpos, si bien su apariencia era engañosa...

Nadó hacia la entrada del estanque, en el lugar en el que terminaban los dos brazos de roca que lo rodeaban, donde iban a estrellarse las olas del mar abierto. Pero empezaba a enfriar, por lo que llegó a la conclusión de que los nadadores nocturnos ya habían visto suficiente y regresó hacia el malecón de cristal.

—¿Los has visto? ¡Son grandes como trenes!

—Tal vez en otro tiempo lo fueran —dijo Nova, agazapada al lado del montón de ropa que había dejado Zen. Contemplaba las aguas con el ceño fruncido—. Un deeka con el que hablé en V'rey me dijo que habían evolucionado a partir de morvah, que quedaron atrapados aquí después del Apagón. Parece posible.

«Qué típico de Nova —pensó Zen mientras trepaba para salir del agua—. Siempre se le ocurren teorías, siempre se hace preguntas...»

—Deberías meterte en el agua —propuso el chico—. Son muchísimos y nadan en círculo en las profundidades. Desde aquí no puedes verlos. Métete en

el agua y nada.

—Mejor no —dijo Nova.

Le habría gustado, pero los nadadores nocturnos y cualquier otro que mirase desde las pasarelas y terrazas de los acantilados podría darse cuenta de que su cuerpo no tenía los mismos atributos que el de Zen. Nunca había podido personalizarlo, como había hecho con el rostro, y por ello aún tenía un cuerpo Motorik estándar, sin pezones, ni ombligo, ni ninguna de esas verrugas tan monas. Lo más probable era que los alienígenas lo atribuyesen a las diferencias entre los sexos humanos, pero no quería arriesgarse a que adivinaran la verdad. Las gentes de la Red de Mundos desconfiaban de las máquinas.

Por fortuna, esto último implicaba que tampoco tenían máquinas muy complejas, y nadie parecía darse cuenta de que Nova no era una hembra humana, ni de que la Rosa de Damasco fuese algo más que una especie extraña e inferior de morvah que necesitaba un revestimiento mecánico para protegerse. A la Rosa de Damasco no le hacía ni pizca de gracia, pero les seguía el juego y procuraba que las arañas de mantenimiento salieran a hacer su trabajo tan solo en los trechos de vía solitarios donde nadie pudiese verlas, o les rogaba a Zen y a Nova que lo hiciesen ellos. Estaba aprendiendo las canciones sin palabras, las melodías ululantes de los morvah, y a veces cantaba con ellos. En la vía muerta de Margen de la Noche, cantaba en voz baja, a dúo con un morvah de los herastec, mientras Zen y Nova bajaban por los senderos hacia la estación. A sus espaldas, el fulgor que brillaba en el estanque con todos los colores del arco iris se desvaneció, porque los nadadores nocturnos descendieron de nuevo a las profundidades.

## 20

Habían hallado nuevos amigos en el curso de sus exploraciones: compañeros de viaje a los que se encontraban de vez en cuando en estaciones diversas. En el puente peatonal que pasaba sobre los andenes principales de Margen de la Noche, una pareja de comerciantes herastec relinchó un saludo. Eran Koth/Atalaí, que habían estado en Yaarm el día de la llegada de la Rosa de Damasco.

Hacía tiempo que Nova había actualizado los cascos de Zen para que tradujesen la lengua comercial de la Red y varios otros idiomas alienígenas, y por ello el muchacho comprendió lo que decían los herastec. Sus palabras aparecían como subtítulos brillantes superpuestos a la imagen que recibía de ellos. Subieron a medio galope por la rampa hasta llegar al puente. Transportaban sus mercancías en unas vagonetas esféricas para equipaje.

—¡Embajadores de los Humanos! ¡Nova/Zen! ¡Qué alegría volver a veros en las vías! ¿Habéis abierto por fin el portal que conduce a vuestra propia Red? ¡Recordad, estamos deseosos de comerciar con vuestra gente!

—Todavía no —respondió Nova, igual que siempre—. Esperamos hacerlo pronto.

—¿Ahora vais a vuestra casa? —preguntó uno de los herastec. (Zen era incapaz de distinguir cuál de los dos era Koth y cuál Atalaí, y tal vez no importara. Los vínculos de pareja entre herastec eran tan fuertes que, una vez se unían, casi se transformaban en una sola criatura. Por otra parte, las máscaras de cristal negro hacían que todos ellos se vieran más o menos igual.)

—Hay una línea rápida que va de este mundo a Yaarm —añadió el otro—.

Podrías regresar y decir a todos los humanos que las gentes de la Red están ansiosas por conocerlos y comerciar.

—Las grabaciones que habéis intercambiado con nosotros han resultado muy provechosas —explicó el primero—. Casablanca ha alcanzado un gran éxito entre los chmoii. No paran de preguntar si existe alguna continuación...

Koth/Atalaí comerciaban con productos de entretenimiento. Compraban dramas e historias, y canciones, y extrañas formas de arte alienígenas, y los vendían por toda la Red grabados en unos pequeños cristales en forma de galleta que había que pasar por un dispositivo especial de visionado. Nova tenía una colección entera de películas antiguas almacenada en una de las buhardillas de su cerebro y había vendido algunas a Koth/Atalaí, porque sentía curiosidad por saber cómo reaccionarían los alienígenas ante historias de amor humano y ciencia ficción. Se alegraba de que *Casablanca* hubiera gustado a los chmoii. Siempre había sido una de sus favoritas.

—No creo que llegara a hacerse una *Casablanca 2* —dijo—, pero tal vez disfrutarían con *Planeta prohibido*...

Subieron juntos por las calles tortuosas de la ciudad. Zen se ofreció a llevar durante un rato el equipaje de los herastec, pero se sorprendió de lo mucho que pesaba. Estos no parecían tener ningún problema con el peso. Tiraban pacientemente con los arneses y arrastraban los carritos tras de sí. Habían ido hasta Margen de la Noche para grabar las canciones de los nadadores nocturnos. Se trataba de secuencias de fragorosos ruidos subsónicos que podían prolongarse durante semanas y eran populares entre el tipo de personas a los que les gusta escuchar música que sus amigos no consideran música. Koth/Atalaí habían alquilado un sumergible deeka que los bajaría la noche siguiente a una de las profundas fosas oceánicas para llevar a cabo una sesión de grabación.

—¿Y vosotros, Nova/Zen? —preguntaron—. Os dirigís a Yaarm y a vuestros amados mundos nativos, ¿sí?

—No sabemos adónde vamos —respondió Nova, con la esperanza de evitar que volviera a salir la incómoda pregunta sobre el regreso—. Aún nos queda mucho por ver en la Red. La línea de Yaarm no es la única que pasa por Margen de la Noche...

—Ah, pero no toméis las otras —advirtió uno de los herastec—. Hay una que solo lleva a una serie de lugares desastrosos. Los mundos nativos de los kraitt. A vosotros no os gustarían los kraitt. Pueden ser tanto saqueadores como mercaderes. Son... (Los cascos de Zen tuvieron problemas en encontrar una traducción para su resoplido de desprecio y al fin se decidieron por «vándalos».)

—Y ¿qué pasa con las otras líneas? —preguntó Nova.

—Una de ellas pasa por unos planetas vacíos hasta Iaheí-Iahaa, pero también llegaréis antes si vais por Yaarm —explicaron Koth/Atalaí—. Por lo que respecta a la otra, nadie la usa. Conduce a otro planeta de los kraitt, y luego a los Mundos Nido neem, y después...

—No queremos ir allí —zanjó Zen.

Los neem eran una raza misteriosa que no se mezclaba con las demás, pero el muchacho había visto a algunos desde lejos en Yashtey y le había parecido que salían de una de sus pesadillas: unas criaturas cangrejo araña insecto, grandes como ponis, que correteaban sobre horribles patas articuladas. No quería viajar por ninguna línea que pasase por una de sus estaciones.

—¿Y después de los Mundos Nido? —preguntó Nova—. ¿Adónde se dirige la línea?

Koth/Atalaí menearon la cabeza, incómodos.

—A ninguna parte, Nova/Zen. Puede que en otro tiempo condujese a algún lugar, en los días de los Construyerraíles, pero ahora es infranqueable, porque va a la Zona de Luz Negra, y ningún morvah se aventura a ir allí. Margen de la Noche es el planeta más cercano a la Zona que nos gusta visitar. Podéis verla desde aquí...

Los herastec se detuvieron y señalaron al cielo. La luna descendía y las estrellas resplandecían en sus brillantes constelaciones sobre el mar sin fin. Pero en un determinado punto, cercano al horizonte, no había nada. Podía parecer que una nube que ocultaba las luces, pero Nova sabía que aquella noche el cielo estaba despejado. Se encontraba contemplando una amplia región del espacio donde, simplemente, no había estrellas.

Con todo, sí que había algo. Nova percibió una especie de sonido en los límites de lo audible. No era una señal, tampoco exactamente una voz, pero sí

algo que le cantaba desde aquellas tinieblas.

Y entonces el sonido desapareció, y Zen preguntó:

—¿La Zona de Luz Negra? Tiene que ver con los Construyerraíles, ¿verdad?

—Es el lugar donde debieron de hallarse los planetas de los Construyerraíles —explicó Nova—. Es la región que se encuentra en el corazón mismo de la Red. Todo debió de empezar allí. Parece ser que en otro tiempo albergaba grandes centros de transporte, de donde partían líneas de ferrocarril hasta estaciones como esta. Pero cuando los Construyerraíles murieron, cuando se produjo el Apagón, fuera lo que fuese, en fin, la leyenda cuenta que los soles que iluminaban sus planetas nativos se extinguieron.

—¿Cómo pudo ocurrir eso? —preguntó Zen.

Los herastec agitaban la cabeza, nerviosos. No hablaban nunca sobre el Apagón.

—Ocurrió hace muchísimo tiempo, Zen/Nova, y fue algo tan malo que ahora nadie lo recuerda.

—Excepto los morvah. No quieren pasar por ningún portal que conduzca a la Zona de Luz Negra. Como dice la vieja canción sobre los Construyerraíles: «Se perdieron sus hogares y se perdieron sus líneas. Ningún tren se aventura donde soles negros brillan».

—Pero no hablemos del Apagón. Busquemos amigos y vámonos a comer y beber.

Siguieron adelante. Las ruedas de los carritos de equipaje chirriaban sobre el pavimento. Nova se volvió y contempló el agujero negro en el cielo, pero ya desaparecía detrás del horizonte. No sabía qué le habría susurrado antes, pero en aquel momento estaba en silencio.

## 21

El Apagón había proyectado una sombra alargada de miedo sobre la Red de Mundos. Zen y Nova ya se habían dado cuenta. A veces las gentes bromeaban sobre ello. Decían: «¡Para el Apagón!» cuando se les caía la bebida al suelo, o cuando una rueda se soltaba de un carrito de equipaje. Pero el miedo era de verdad. Las civilizaciones de la Red de Mundos habían crecido sobre las ruinas que había dejado tras de sí una catástrofe tan horrible que era imposible comprenderla, un desastre que había engullido a los propios Construyerraíles. Por eso se sentían tan incómodos ante cualquier artefacto más complejo que un simple ordenador. Se decía que los Construyerraíles habían poseído unas máquinas increíbles, y nadie quería parecerse a ellos, por miedo a que se produjese otro apagón y los engullera.

Por ese mismo motivo, los edificios que se hallaban en el centro de todas las estaciones —las antiguas moradas de los Construyerraíles, cubiertas de enredadera refulgente— estaban siempre vacíos. Los niños se desafiaban unos a otros a dar unos pasos por sus estancias silenciosas, y los adultos construían casas más pequeñas junto a sus paredes exteriores, pero nadie quería vivir en las de los Construyerraíles. Por si acaso.

Margen de la Noche no era una excepción. Las antiguas torres de cristal se erguían entre los andenes, totalmente abandonadas, y edificaciones más modestas habían ido apareciendo a su alrededor. Había cabañas deeka, como pequeños y gruesos hornos de arcilla, y tiendas chmoii, y los desvencijados y laberínticos refugios de los hath. Había casas comunales herastec, siempre abiertas por un lado, porque estos habían evolucionado en un mundo cubierto

de praderas y no soportaban pasar mucho tiempo encerrados. Había un espacio sin edificar, adornado con ristras de bombillas de colores, quizá para disimular la pálida luz espectral de las enredaderas que crecían sobre las ruinas, y puestos de comida, y un bar deeka que vendía vahos de gases embriagadores, y pequeños estanques donde los hath se erguían, cual cometas caídas en tierra, con los pies hundidos en un baño de sabrosos nutrientes.

—¡Mirad, esos de ahí son kraitt! —dijo uno de Koth/Atalaí, mientras caminaban entre cuadrillas de deeka sentados en cuclillas y parejas de herastec erguidas en torno a mesas donde se amontonaban hierbas impregnadas con aromas sutiles.

Ninguna de las criaturas a las que Zen y Nova habían conocido en la Red de Mundos usaba sillas, pero los kraitt habrían podido sentarse en ellas. Zen vio cómo se abrían paso entre las multitudes al otro extremo de la plaza, y sintió la emoción de encontrarse con una criatura semejante a él. En un primer momento le parecieron casi humanos. Desde hacía nueve meses, veía por primera vez unos seres que tenían dos brazos, dos piernas y una cabeza más o menos donde correspondía. Pero entonces se acercaron y los ojos amarillos de los kraitt lo miraron con el mismo interés con que el muchacho los contemplaba a ellos, y Zen se dio cuenta de que, a su modo, eran tan extraños como los demás.

Debía de existir un planeta donde los dinosaurios habían evolucionado y ningún asteroide había caído sobre ellos para exterminarlos, y por lo tanto habían seguido evolucionando y se habían transformado en los kraitt: lagartos monstruosos, de talla humana, con rostros planos y bocas anchas, y un gran número de crestas, púas y aletas que tal vez formaran parte de sus ropas o tal vez les crecieran en el cuerpo. Zen no lo tenía nada claro. Había uno más alto que los demás, y el muchacho llegó a pensar que tenía alas, pero luego se dio cuenta de que tan solo era una capa de cuero. La prenda terminaba en un cuello rojo y holgado sobre el que se erguía el rostro astuto y reptiliano de la criatura.

—Vienen con una hembra —dijo Koth (o Atalaí)—. Eso es bueno.

—Los machos son menos inteligentes —dijo Atalaí (o Koth)—. Si no hay una hembra que los guíe, siempre arman barullo.

—Entonces se parecen bastante a los humanos —apuntó Nova.

La matriarca kraitt se acercó a ellos, seguida por dos de sus machos. Sus ojos ambarinos miraban con frialdad e interés, y su voz consistía en una sucesión de gruñidos y siseos que debían de ser palabras en la lengua comercial de la Red de Mundos, porque ante los ojos de Zen aparecieron unos subtítulos.

—Sois los embajadores de los Humanos. Hemos oído hablar de vosotros. Vuestra historia es muy interesante.

Nova le soltó el discurso habitual, en el que le contó que habían venido a explorar en representación del Imperio de la Red, que en una fecha cercana estaría dispuesto a entablar relaciones comerciales con los planetas de la Red de Mundos.

—Sí —respondió la kraitt, y les enseñó su dentadura reluciente con una expresión que a Zen le pareció una sonrisa sarcástica—. Dentro de muy poco regresaréis a vuestro hogar por ese portal de Yaarm, y luego vendréis con trenes cargados de gente como vosotros.

—No es nada excepcional que una nueva raza envíe representantes a la Red de Mundos antes de abrir el portal y empezar a comerciar —dijeron Koth/Atalaí, y luego se quedaron en silencio.

Zen miró de reojo a los herastec y vio que ambos estaban muy rígidos, con la cabeza en alto, alarmados por la cercanía de aquel depredador de colmillos afilados.

La kraitt los ignoró.

—Cuando vuestros comerciantes vayan a venir —dijo—, aconsejadles que no pierdan el tiempo con esas especies destinadas a servir de presa. Que comercien con los kraitt. A nosotros no nos atan los antiguos miedos y costumbres, como a ellos. Somos una raza joven, igual que vosotros, y las razas jóvenes son el futuro de la Red de Mundos. Sentimos un gran interés por vuestra tecnología...

La kraitt alargó esta última palabra, y los ojos se dirigieron de Zen a Nova. Por un momento, el chico temió que hubiera adivinado la naturaleza Moto de su acompañante, pero quizá se tratase de una mera coincidencia. Tal vez no hubiera nada siniestro en la manera como su lengua negra jugueteaba

entre los dientes, ni en cómo la miraba de arriba abajo.

—Soy la Tzeld Gekh Karneiss —explicó—. Deberíais venir a mi estación nativa, en los Fragmentos de Kharne. A menos que estéis muy impacientes por volver a vuestro hogar...

Y una vez más, la manera como dijo la palabra «hogar» se tiñó de sarcasmo, como si la krait hubiera sabido que Zen y Nova no podrían regresar jamás. Pero el muchacho se dijo que era imposible que lo supiera. No podía haber adivinado tantos secretos. Quizá todo se debiera a que la krait era más humanoide que las especies a las que Zen se había acostumbrado. El joven leía significados humanos en ciertas expresiones y lenguaje corporal que probablemente querían decir algo muy distinto para los krait.

—Lo pensaremos —dijo Nova con voz gentil—. Todavía no hemos decidido adónde iremos ahora.

Entonces, la Tzeld Gekh Karneiss echó la cabeza hacia atrás y les mostró los pliegues blandos y correosos de su garganta. Tal vez fuera una forma de saludo entre los krait. Luego se volvió y se marchó, seguida por sus machos.

—Bueno, pues parece simpática, ¿no? —dijo Nova.

Los herastec temblaban nerviosos.

Siguieron adelante por la plaza abarrotada, entre los olores de los puestos de comida alienígenas. Otra pareja herastec saludó a Koth/Atalaí, y se marcharon todos a beber caldo de treshojas y contarse chismes sobre sus complicados clanes. Nova podía comer para disfrutar el sabor sin necesidad de digerir, y compró una tajada de pan con especias en una cocina chmoii. Pero Zen ya lo había probado en Yashtey y recordaba sus efectos secundarios. Los dos muchachos se sentaron juntos, con la espalda recostada en la pared de una cabaña deeka. Nova se comió el pan y empezó a dibujar con el dedo sobre el polvo.

—Según parece, la Red de Mundos tiene esta forma —dijo—. Es como un gigantesco copo de nieve. Empezó en este punto, en el planeta nativo de los Construyerraíles. Fabricaron un puñado de vías que iban hasta otros planetas que servían como centro de transporte, y desde estos tendieron nuevas líneas que llevaban a nuevos centros de transporte, y desde allí otras muchas líneas que formaron las distintas redes: la red herastec, la red humana... Solo que no

puedo dibujarlas aquí, porque tienen forma tridimensional, fractal, y son extraordinariamente complejas. Y tan solo podemos imaginar lo que habrá en el centro, porque toda esa sección, los centros de transporte más cercanos al mundo de origen y el propio mundo de origen, han desaparecido y están ocultos en la Zona de Luz Negra... —Borró el centro del diagrama y contempló las líneas que quedaban—. No tenemos ni idea de lo que habrá allí.

—¿Qué nos importa? —preguntó Zen—. Todo eso es historia.

—La historia es interesante —respondió Nova—. ¿No te gustaría saber cómo empezó todo? ¿Ni quiénes fueron en realidad los Construyerraíles?

Zen se encogió de hombros.

—La verdad es que no.

A veces el muchacho resultaba decepcionante. Nova se preguntó si convenía hablarle del susurro que llegaba desde la Zona de Luz Negra. Ni siquiera se veía capaz de designarlo con una palabra adecuada, y todavía menos de hacerle entender a Zen de qué se trataba. Buscó alguna otra manera de ganarse su interés.

—¿Y si encontrásemos un camino para volver a casa? —le preguntó.

—¿Volver a casa?

Zen se había propuesto no acordarse de su hogar. Durante los primeros días no había tenido nada más en la cabeza, pero el recuerdo le inspiraba demasiada tristeza. Había reprimido sus propios sentimientos y, con el tiempo, el dolor se había desvanecido. Nova y los lugares nuevos y extraños por donde ambos viajaban habían pasado a ocupar el centro de sus pensamientos.

—No podemos regresar —dijo el muchacho, incómodo, preguntándose cómo era posible que Nova lo hubiera olvidado—. Somos delincuentes, ¿ya no te acuerdas?

Nova se encogió de hombros.

—La mitad de las familias corporativas empezaron como delincuentes de uno u otro tipo. En cuanto se sepa lo que hemos descubierto y los negocios que se podrían hacer con la Red de Mundos, nos perdonarán enseguida.

—Pero es que no llegarán a enterarse, ¿no lo ves? No tendremos oportunidad de contárselo, porque los Guardianes vigilarán el portal de Cuervo y, en cuanto regresemos, acabarán con nosotros. Han tenido a todo el

mundo engañado durante siglos. Han hecho creer que fueron ellos quienes construyeron los portales. No permitirán que revelemos la verdad.

—Eso es un motivo de preocupación —respondió Nova—. Es verdad..., no podremos regresar por el portal de Cuervo. Pero ¿y si encontráramos otro? ¿Y si descubriésemos un portal que nos llevara a un mundo más poblado, donde nos vieran nada más aparecer? Si nos presentamos en la Gran Central, u otro lugar parecido, los Guardianes no podrán hacernos estallar sobre las vías. Saldríamos en todos los canales de noticias.

—Pero ¿cómo vamos a llegar a la Gran Central?

—Puede que no sea necesario ir hasta allí. La Red de Mundos debió de estar conectada con nuestro Imperio en alguna época lejana —le explicó Nova—. ¿Te acuerdas de los muros de los que me habló Cuervo? Los que encontraron en Marapur cuando construían la ciudad que había de alojar la nueva estación. Debían de ser estructuras creadas por los Construyerraíles. Seguro que en otro tiempo hubo vías que conectaban nuestra red con los centros de transporte de los Construyerraíles en lo más profundo de la Zona de Luz Negra. Los Guardianes han ocultado los portales que conectan la Red de Mundos con los planetas de los humanos, pero ¿qué pasaría si los encontráramos y los atravesáramos desde el otro lado?

—¿Estás proponiendo que vayamos a la Zona de Luz Negra?

—¿Por qué no?

—Pero ¿no has oído lo que cuentan los herastec? Los trenes no quieren ir allí.

—Los morvah no quieren ir. Sienten una especie de fobia instintiva. Pero la Rosa de Damasco no es un morvah.

Zen se revolvía con inquietud. Pensaba que quizá los morvah tuvieran buenos motivos para esquivar la Zona de Luz Negra. Había oído suficientes historias como para compartir su miedo. Allí había ocurrido algo terrible. Por el momento, la Red de Mundos había resultado un lugar menos temible de lo que se imaginaba. No habían encontrado monstruos, ni planetas envenenados, ni enfermedades horribles. Pero tenía la sensación de que todo eso podía aguardar en los planetas sin sol de los Construyerraíles. Los herastec y los deeka no dominaban la tecnología como los humanos, pero tampoco eran

idiotas, y no parecía que ellos quisieran visitar la Zona.

Con todo, no quería reconocerle a Nova que la idea lo asustaba. Aún no se había librado del todo de su antiguo orgullo de muchacho de la calle. Por eso le respondió:

—No funcionaría. Aunque lográsemos llegar a casa, los Guardianes hicieron desaparecer los muros de Marapur, y también nos harían desaparecer a nosotros. No permitirán jamás que se sepa lo de la Red de Mundos. No tiene ningún sentido que nos arriesguemos a viajar a la Zona de Luz Negra.

—Está bien —admitió Nova.

Pero nada más lejos de la realidad. Habían discutido a menudo durante sus viajes, habían llegado a tener pequeñas riñas, pero esta vez era diferente. Por primera vez, querían dos cosas claramente distintas, y ambos se sentían tristes por ello.

Entonces intervino la Rosa de Damasco. Su voz se oyó simultáneamente en los cascos de Zen y en la mente de Nova.

—¿Zen? ¿Nova? Me están molestando.

—¿Dices que te están molestando? —preguntó Zen.

—Unos vándalos —contestó el tren, y les enseñó imágenes procedentes de sus cámaras exteriores.

Algunos krait se habían metido en la vía muerta donde pasaba la noche. Se quedaban boquiabiertos ante sus superficies pintadas y trataban de abrir las puertas de los vagones con sus garras. De vez en cuando, uno miraba directamente a la cámara y se veía un fulgor amarillo en sus ojos.

—¿Qué querrán? —se preguntó Zen.

—No se ve por ningún lado a la Tzeld Gekh Karneiss —comentó Nova—. Deberíamos ir a ver lo que ocurre...

—Pero con cuidado. Podrían ser peligrosos.

Se pusieron en pie y se marcharon por el mercado. Al pasar frente a Koth/Atalaí y sus amigos, Nova les gritó que volvían al tren porque pensaban que los krait podían haber ido a crear problemas. Después corrieron a lo largo de los contrafuertes cubiertos de enredaderas del edificio ruinoso de los Construyerraíles y descendieron por la colina hasta llegar a las vías muertas. Más abajo se oía el fragor del mar, iluminado aquí y allá por manchas de luz

parpadeante en los lugares donde un nadador nocturno se acercaba a la superficie. El sendero bajaba por una pendiente muy marcada y trazaba muchas curvas entre los peñascos y la vegetación que murmuraba agitada por el viento. Muy cerca del camino, Zen distinguió un par de ojos que reflejaban la luz de las estrellas y brillaban como lámparas gemelas en medio de las sombras.

—Nova —dijo—, hay...

Algo lo golpeó con fuerza por la espalda. El muchacho se cayó, rodó por el suelo y se levantó con torpeza, aturdido, indignado, preguntándose quién podía atacarle. Los krait emergieron de las sombras por todas partes. Nova forcejeaba con dos de ellos. Las criaturas parecían sorprenderse de su fuerza. Zen oyó un crujido como de rama seca. Nova le había partido el brazo a uno. Pero el grito hizo que otros acudieran corriendo. Llevaban una red que emitió un sonido metálico cuando la arrojaron sobre la muchacha. Zen trató de arremeter contra ellos, pero uno se volvió y lo vio, y una silueta que recordaba a un bastón giró a la altura de su rodilla y le hizo perder el equilibrio; el muchacho acabó nuevamente de bruces en el suelo. «Una cola», pensó Zen mientras se arrastraba para huir de aquel barullo de pies. No se había dado cuenta hasta entonces de que los krait tenían cola.

Nova estaba atrapada en la red. Uno de los reptiloides se la cargó al hombro. Zen vislumbró el rostro de la muchacha cuando pasaba frente a él, rodeada de krait que bajaban con zancadas veloces por el sendero. Oyó su voz en los cascos:

—No, Zen, no trates de pelear con ellos. Son demasiados, y muy fieros...

—¡Socorro! —gritó el muchacho, e intentó perseguirlos.

Los krait caminaban con rapidez. Sus rodillas se doblaban hacia atrás cuando corrían. Cruzaron un puente y se dirigieron a una de las vías muertas exteriores, donde un morvah aguardaba bajo la luz de las farolas del patio ferroviario.

Los morvah tendían a parecerse a sus propietarios. Los de los herastec eran gentiles y tenían cuernos largos que crecían hacia atrás, y los que se habían criado en los planetas deeka estaban provistos de aletas y branquias. El de los krait parecía un reptil prehistórico, con una coraza cubierta de púas. El

morro estaba enfundado en una pieza de metal herrumbroso de la que aún salían más púas y colmillos. El blindaje de sus tres vagones era igualmente extravagante. En sus techos había torretas pequeñas y desvencijadas donde se erguían otros kraitt. El tren empezaba ya a moverse, y los que habían capturado a Nova se echaron a correr para darle alcance. Los que iban sobre los vagones gritaban para darles ánimos. Otros se asomaban por puertas y ventanas y les tendían sus garras para ayudarlos a subir. Nova forcejeaba en la red como un pez fuera del agua, e hizo un último y desesperado intento por liberarse, pero la malla metálica era demasiado resistente.

Zen corrió tan rápido como pudo y se echó sobre el último de los asaltantes. Muchacho y kraitt rodaron por el suelo, y cuando se incorporaron, el kraitt empuñó con sus garras una espada con una hoja curva de metal. Acometió a Zen con el arma y con su cola de punta de acero, con la boca muy abierta y llena de dientes afilados. Su aliento olía a calidez y a sangre. Pero para entonces, otras criaturas habían oído la algarabía en el andén. Zen distinguió a sus espaldas las voces ululantes de los herastec que daban la alarma. Cuando el kraitt le hizo otra finta, una de las criaturas parecidas a sepias que se hacían llamar los que recuerdan el mar llegó cual torbellino de tentáculos blancos como espectros, transmutados en azotes, y agarró al kraitt por brazos, piernas y cola. Zen los dejó atrás y corrió con todas sus fuerzas hacia el tren que se alejaba.

—¡Nova!

La muchacha lo vio un instante. Distinguió al otro lado de la malla metálica una imagen cabeza abajo que parecía dar tumbos. De repente, la Moto giró en el aire. El kraitt que cargaba con ella la había arrojado al interior del tren por una puerta abierta. Nova impactó contra el suelo herrumbroso y la visión se le desconectó un instante, y los kraitt que entraron detrás de ella la pisotearon. El tren cobró velocidad al salir de la estación y se marchó disparado por entre los elevados riscos. Entró en un túnel. Luz roja y desvaída, los pisotones de las zarpas, el cálido hedor de los grandes lagartos.

Envío un último mensaje a su amigo.

—No te preocupes, Zen. Encontraré una manera de escapar. Regresaré pronto. No se te ocurra...

«No se te ocurra venir a rescatarme», había estado a punto de decir. Pero entonces, la luz de un portal-K brilló al otro lado de las ventanas que parecían rendijas para disparar, el tiempo se estiró y se rompió, y cuando todo volvió a ser como debía, estaba sola con los kraitt, y viajaba a toda velocidad por un mundo desconocido.

## 22

Zen siguió corriendo un buen rato, aunque sabía que no podría dar alcance al tren de los kraitt. Le gritó por los cascos al Rosa de Damasco:

—¡Han raptado a Nova! ¡Detenlos! ¡Ciérrales el paso!

Pero los kraitt habían conseguido que la estación se sumiera en el caos. Los morvah maniobraban en todas las direcciones y no había manera de que la Rosa hiciera lo que le pedía el chico.

—No te preocupes, Zen —dijo de pronto la voz de Nova por los cascos—. Encontraré una manera de escapar. Regresaré pronto. No se te ocurra...

Y luego un silencio, que se prolongó hasta que Zen se dio cuenta de que no iba a terminar la frase.

Se volvió. El que recuerda el mar que lo había ayudado se curaba una herida en un tentáculo y agitaba con otro el vestido de cuero rojo que el guerrero kraitt se había dejado al liberarse. Nuevas criaturas acudían para que les contaran lo que había ocurrido. Los senderos y vías muertas estaban repletos de luces que se balanceaban. La enfurecida sepia arrojó el vestido al suelo, y Zen lo recogió. Era pesado. Tal vez estuviera hecho con la piel de un kraitt al que su propietario había derrotado. Lo agarró como si fuera una pista y anduvo tambaleándose entre la multitud cada vez más numerosa hasta que encontró a Koth/Atalaí. Se puso a gritarles:

—¡Se han llevado a Nova! ¿Adónde va esa línea? ¿Dónde emerge ese portal-K?

Los herastec retrocedieron, asustados, y lo miraron. No comprendían cómo era posible que siguiera con vida. El lazo que los unía era tan fuerte que

habrían muerto si alguien los separaba. Sabían que no les ocurría lo mismo a otras especies, pero de todos modos les resultaba incómodo, como si Zen hubiera sido un fantasma. Y en cierto sentido, tal vez lo fuera, porque no podía hablar con ellos si Nova no estaba. Los cascos traducirían lo que le dijeran los herastec, pero su boca no podría articular los sonidos de la lengua de estos. De todos modos no le escuchaban. Tenían que darle otra noticia.

—Ha ocurrido otra cosa mala/sorprendente —leyó. Koth/Atalaí meneaban la cabeza, incómodos, y le relinchaban por turnos; la traducción generada por los cascos iba pasando por la línea de visión del muchacho—. Ha llegado un tren desde Yaarm poco antes de que los kraitt os atacaran...

—Los herastec que viajaban en el nuevo tren nos han traído noticias. Dicen que vuestro portal ha desaparecido. Ha ocurrido un gran desastre allí. Las montañas se han asentado sobre vuestro portal y lo han sepultado...

—¿Qué? —Zen no podía asimilar la nueva noticia.

Otros herastec se acercaron arrastrando los pies, tal vez los mismos que habían venido de Yaarm, deseosos de añadir más detalles.

—Antes de que las montañas se asentaran encima, otro morvah humano pasó por el portal. Traía a tres individuos, pero ninguno era como la pareja compañera de este humano...

Cada una de las voces era como un puñetazo para Zen. Lo dejaron aturdido.

—Los nuevos humanos de Yaarm conocen a este humano. ¡Dicen que Zen no es embajador, que es solo ladrón y asesino, no mejor que los kraitt!

—Dicen que su pareja compañera Nova no es humana, sino que es un tipo de máquina (intraducible).

Zen oyó que el estiércol de Koth/Atalaí golpeaba el suelo y olió su aroma dulzón. Soltar heces era la máxima expresión de sorpresa en un herastec.

—¿Eso es cierto, Zen/Nova? —preguntaron—. ¡No puede ser! Hablamos con ella, se movía, no era una cosa, era un ser vivo...

—Los kraitt no se llevan seres vivos —apuntó un deeka—. Pero sí que roban objetos.

—Los humanos son más hábiles con las máquinas de lo que Zen/Nova nos han revelado —exclamó otro—. ¡Tenemos suerte de que las montañas se hayan

asentado sobre su portal y ya no pueda entrar nadie más! ¡Podrían haber provocado que sufriéramos un segundo Apagón!

—No es cierto —intervino Zen, pero no tenía muy claro qué era lo que estaba negando, y de todos modos no lo comprendían.

Habría querido hacerse una bola, cerrar los ojos y no enterarse de nada. Herastec y deeka se apiñaban a su alrededor y hablaban todos a la vez, y los cascos del muchacho no lograban traducir bien. Los hath agitaban sus membranas de habla frente a él, como banderines descoloridos. Zen miró a su alrededor y vio unos ángeles pintados que avanzaban por su lado. Entonces se volvió y se echó a correr; un tumulto de gritos alienígenas estalló a sus espaldas, y los cascos le mostraron traducciones confusas: «Detenedlo dejadlo marchar (intraducible) malo extraño / malo (intraducible) adónde va».

Zen no tenía ni idea de adónde iba. Solo sabía que estaba cruzando las vías para llegar hasta la Rosa de Damasco. Solo sabía que estaba entrando por la puerta que el tren le había abierto, que se hallaba en la casa sobre ruedas, pequeña y abarrotada de trastos, que había compartido con Nova durante tanto tiempo. Solo sabía que había llegado a un asiento, sobre el que se dejó caer, tembloroso, mientras la Rosa lo sacaba de la estación.

—Tenemos que ir en busca de Nova —dijo al cabo de un rato. Se obligó a sí mismo a ponerse en pie y caminar hasta el último vagón del tren, hasta el armario cerrado donde Cuervo había almacenado sus armas—. Hay una línea que conduce a los planetas de los krait —prosiguió—. ¿Tú sabes dónde está? La jefa de esos lagartos dijo que venía de un lugar que se llamaba Fragmentos de no sé qué...

—Los Fragmentos de Kharne —dijo la Rosa de Damasco—. Pero piénsalo bien, Zen. Estás solo, y en mis armas ya no queda munición. ¿Cómo vamos a pelear contra todo un planeta lleno de krait? ¿Cómo vamos a poder rescatar a Nova nosotros solos?

Zen no lo sabía. La conmoción de haberla perdido aún le hacía temblar. No tenía ningún plan. Pensaba que con el amor y la cólera le bastaría.

La Rosa de Damasco hizo que una araña de mantenimiento se adelantase para abrir un desvío y luego empezó a cobrar velocidad y cantó para sí misma una de las conmovedoras canciones que siempre entonaba cuando se dirigía a

un portal-K.

—No vamos a ir tras los kraitt.

—¿Y qué pasará con Nova? ¿Acaso no te importa? Ni siquiera saben lo que es. Podrían hacerle daño...

—A mí me parece que saben muy bien lo que es —dijo el tren—. Creo que la Tzeld Gekh Karneiss, o como se llame, se enteró de lo que había ocurrido en Yaarm un rato antes que tus amigos herastec. Creo que se han llevado a Nova porque oyeron que era una máquina.

—Yaarm... —gimió Zen al acordarse—. Pero ¿cómo puede haber humanos en Yaarm? ¿Quiénes son?

—Creo que deberíamos averiguarlo antes de nada —respondió la Rosa de Damasco—. Y por eso mismo nos dirigiremos allí.

## 23

Una vez dentro del tren krait, los guerreros lagarto desenrollaron la red donde habían traído a Nova y la obligaron a ponerse en pie. Uno de ellos le presionó la garganta con un cuchillo en forma de garra, la empujó por el vagón oscuro, sucio y herrumbroso, y la obligó a pasar por una puerta que conducía al siguiente. Este estaba mejor iluminado y más limpio. En una de las paredes había un nicho en el que se exhibían tres cráneos krait, y un asiento en forma de silla de montar donde la aguardaba la hembra de la estación de Margen de la Noche. Nova recordó que se había presentado como la Tzeld Gekh Karneiss. Su programa de traducción interpretó que Gekh era un título, como «reina» o «general», y que Karneiss debía de significar «de Kharne». Por lo que respecta a Tzeld, parecía que significaba «cruel», lo que debía de ser un cumplido en el idioma de los krait.

El guerrero la obligó a ponerse de rodillas y retrocedió hasta el fondo del vagón.

—Y bien —dijo la Tzeld Gekh Karneiss—, ¿es verdad? ¿Eres una máquina?

Nova contempló sus ojos amarillos e inteligentes. Llegó a la conclusión de que no tenía sentido mentir a la propietaria de unos ojos como aquellos.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

La Gekh juntó sus garras enojadas frente al rostro de Nova. Un ligero espasmo de autocomplacencia le sacudió la cola entera.

—Las razas inferiores han hablado de vosotros desde que llegasteis a nuestra Red de Mundos. Algunos habían notado que eras diferente de tu

macho. Olías distinto. Te movías de otra manera. Muchos pensaron que estabas aumentada con maquinaria de algún tipo. ¡Traduces nuestros idiomas con tanta rapidez...! Pero ahora han llegado nuevos humanos a Yaarm y parece que les han revelado a las razas inferiores que no eras humana en absoluto.

—¿Más humanos? —preguntó Nova.

—Sí. Dicen que son dos hembras y un macho, y serán los últimos que lleguen a la Red de Mundos, porque vuestro portal ya no existe. Eso está bien: no queremos razas nuevas en la Red. Pero sí que queremos tecnología nueva. Las razas inferiores temen a las máquinas, pero yo pienso que supersticiones como esas nos mantienen en el atraso. Considero que nuestro deber es estudiar las oportunidades que podrían aportarnos las máquinas. Mi pueblo ha progresado bastante, pero veo que los humanos estáis mucho más avanzados que nosotros. Por eso he enviado a mis machos a buscarte.

—No era necesario —dijo Nova—. Si lo que necesitas es ayuda con eso, hablemos. Podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Piensas comerciar? —resopló la Gekh—. Somos los kraitt. Los cazadores del alba. Todas las otras razas son nuestras presas. Todo lo que consideran suyo es nuestro, solo que aún no nos hemos molestado en quitárselo. Siempre has sido mía, máquina. Ahora te he tomado. Aprenderé de ti lo que tenemos que hacer los kraitt para construir máquinas que piensen.

«Qué raro», reflexionó Nova. ¿Cómo podían compartir la galaxia con pueblos tan interesantes como los herastec y los nadadores nocturnos, y aun así considerarse superiores? La muchacha escuchaba aquella sarta de tonterías con una pequeña porción de su mente mientras otra se preguntaba quiénes podían ser los humanos que habían llegado a Yaarm.

El resto estaba ocupado en analizar el tren de los kraitt. La muchacha sentía vagamente los impulsos eléctricos que se encendían en la mente grande y extraña del morvah que tiraba del convoy. No controlaba los sistemas de los vagones, como sí que lo hacían las locomotoras de la K-Bahn. Las luces, los ventiladores y las puertas funcionaban con pequeños circuitos eléctricos controlados por un ordenador rudimentario como los de la Tierra Antigua. Para cuando la Gekh dijo: «Siempre has sido mía», Nova ya había logrado traspasar sus endebles cortafuegos. Aún mejor: había detectado una leve señal

procedente de un tren deeka. Estaba demasiado lejos como para que fuese nítida, pero le demostraba que también pasaban otros trenes por aquel mundo. Le bastaría con encontrar uno e iniciar el camino de vuelta para regresar con Zen.

—Todo eso es muy interesante —dijo cortésmente cuando la Gekh hizo una pausa—. Pero me parece que ahora tendré que marcharme. —Manipuló los subsistemas que controlaban la puerta. Esta se abrió y el viento irrumpió en el vagón—. La conversación contigo ha sido deliciosa...

Corrió hacia la puerta, pero se llevó una sorpresa. La Tzeld Gekh Karneiss fue más rápida. Lo que a Zen le había parecido un cuello de cuero se puso rígido con un chasquido fuerte y seco. No formaba parte de la prenda de vestir, sino del cuerpo de la Gekh. La kraitt saltó de un extremo a otro del vagón, veloz como un cepo que se cierra, y aplastó a Nova contra la pared opuesta. Gritó algo que la Moto no pudo traducir. El macho kraitt se abalanzó sobre Nova y la sujetó por los brazos, y empezaron a entrar otros en el vagón. Por un instante, Nova sintió la luz del sol, cálida y verde, sobre su rostro. Entonces, la puerta que había abierto se volvió a cerrar.

—¿Tú te crees que somos imbéciles, máquina? —dijo la Gekh—. Somos los kraitt. No se nos escapa ninguna presa. —Se pasó la lengua negra por sus dientes afilados de tiburón, como si sus instintos la hubieran apremiado a desgarrarle la garganta a la muchacha—. Irás conmigo a los Fragmentos de Kharne y te estudiaré. Examinaré tu cuerpo —una garra larga y negra toqueteó el esternón de Nova— y también tu mente —la punta de la uña le tocó la sien—, pero, por supuesto, no tengo por qué hacerlo en un mismo lugar.

Emitió un brusco chasquido con la lengua y uno de sus machos saltó adelante. Era más pequeño que los guerreros. Debía de ser una especie de técnico. Llevaba herramientas. Más en concreto, un instrumento afilado, como un cortador de pizza motorizado, que emitió un sonido agudo cuando lo activó. El kraitt aspergió agua sobre la hoja giratoria para enfriarla y una niebla fina cobró forma a su alrededor.

Nova no sabía lo que era el dolor, pero sí que conocía el miedo. Podía sentir pánico. Arqueó la espalda y arreó patadas, retorció el cuerpo en un intento de escapar, pero la multitud de kraitt era demasiado para ella. El gel

azul que hacía las veces de sangre en su cuerpo roció a los lagartoides en cuanto el metal se hundió en su cuello. Saltaron centellas mientras le cortaba la columna vertebral de ferrocerámica. Estaba tan angustiada que casi no fue capaz de activar la desconexión de emergencia y las rutinas de limitación de daños, pero al fin lo consiguió, y vio cómo los machos se llevaban su cuerpo inerte.

La Tzeld Gekh Karneiss agarró por los cabellos la cabeza cortada de Nova y se la llevó por el vagón. La colocó en el nicho, al lado de las tres calaveras kraitt.

—Se acabaron los intentos de fuga, máquina —dijo.

«Bueno... —pensó la cabeza de Nova—. ¿Qué voy a hacer ahora?»

## 24

El Gusano de Cuervo todavía se hallaba en la vía muerta que se había construido para sí mismo, cerca del lugar donde los raíles del nuevo portal-K enlazaban con la línea principal. Ya era poco más que una colina. Le habían crecido hierba y pequeños árboles por encima. A ambos lados, las lagunas se extendían cual espejos que reflejaban las estrellas de Yaarm. No muy lejos, sobre los raíles nuevos y brillantes, se encontraba una vieja locomotora negra.

Zen ya sabía que los recién llegados estarían allí. En todos los mundos por los que había pasado después de marcharse de Margen de la Noche, los medios de comunicación locales mostraban a todas horas filmaciones de la locomotora negra. La Rosa de Damasco había captado unas imágenes que salían por televisión, tomadas por unos fotógrafos herastec que se habían arriesgado a sacar la cabeza desde sus máquinas voladoras que trazaban círculos en lo alto, y por unos cámaras chmoii que habían osado acercarse lo suficiente para conseguir imágenes de una inscripción en el flanco de la locomotora en la que se leía «Lobo Fantasma». Zen tenía muy claro que debía de estar averiada y que por eso se había detenido allí. De todos modos, lo más probable hubiera sido que no la recibiesen bien en la estación de Yaarm, porque las imágenes aéreas captadas por los herastec también enseñaban lo que había ocurrido con la montaña donde se hallaba el nuevo portal-K. El consejo de mercaderes recibió a Zen con mucha más frialdad que en su primera visita. Los humanos parecían peligrosos. Y, además, ¿para qué iban a molestarse en dispensarles un trato amigable si, de todos modos, el único portal que conducía a sus planetas había quedado sepultado para siempre?

La Rosa de Damasco avanzó poco a poco hacia la locomotora negra, acompañada por sus siete sombras bajo la gloriosa noche ya arriesada. Un equipo de filmación que iba a filmar un documental estaba acampado en la orilla, cerca de las vías. Se asomaron de sus tiendas en forma de burbuja al oír los motores y empezaron a sacar las cámaras. La Rosa no les hizo caso y mantuvo sus propias cámaras enfocadas hacia el otro tren.

—No cabe ninguna duda de que es una Zodiak —dijo. (Las imágenes televisivas eran tan toscas que no había estado segura hasta entonces.) Igual que el Zorro Pensante de Cuervo —añadió—. Y podría ser tan peligrosa como él...

—Pues no lo parece —respondió Zen.

Y era verdad. Las escotillas de las armas estaban abiertas, pero no salió ningún cañón, ningún misil, aunque la Rosa se acercara. Y ¿eso que colgaba de unos cordeles sujetos entre las tapas de las escotillas era ropa recién lavada?

—Soy la Lobo Fantasma —se presentó, en respuesta al saludo de la Rosa—. ¡Cuánto me alegro de encontrar, por fin, un tren de verdad en estos parajes! ¿Has visto lo que construyen en estas comarcas? Unas criaturas biotécnicas que parecen babosas en patinete.

—Yo soy la Rosa de Damasco —dijo la locomotora.

—Ah, sí, había oído hablar de ti —comentó el tren de guerra—. ¿Zen Estornino y la Motorik Nova viajan a bordo? Mis pasajeros querían intercambiar unas palabras con ellos.

En las imágenes televisivas habían aparecido tres individuos, pero en aquel momento Zen solo vio a dos. Las jóvenes que bajaron de la cabina cuando la Rosa se detuvo a unos cincuenta metros de distancia. Ambas llevaban armas de fuego, y el chico se dio cuenta de que no eran rifles militares, sino de caza y pasados de moda. Él mismo había elegido un arma de las que viajaban en el armario de Cuervo: una elegante pistola Bandarpeti. La llevó consigo al bajar del tren, y la empuñó para que las desconocidas la vieran mientras caminaba hacia ellas por las vías. Un viento sopló por las lagunas y rizó el agua iluminada por las estrellas, como si pequeñas zarpas de gato hubieran emergido a la superficie. Le recordaron a Zen su primera noche en la Red de Mundos.

—¡Alto ahí! —gritó una de las desconocidas.

Zen se detuvo. Ambas le resultaban muy familiares, porque las había visto en las retransmisiones de noticias de los alienígenas, pero aún no las había contemplado en color. Los herastec filmaban tan solo en blanco y negro, y los chmoii, por el motivo que fuera, en suaves tonalidades de azul. Al contemplar las imágenes en baja resolución que llegaban a las holopantallas de la Rosa, Zen se había preguntado si serían hermanas, porque ambas tenían los cabellos de punta estilo chica mala y vestían ropas de verano andrajosas. Pero al verlas en la vida real se dio cuenta de que eran muy distintas.

Una de ellas parecía peligrosa. Tenía un rostro pequeño y duro, como un puño cerrado. La otra era Trenodia Mediodía. Al verla, se detuvo como si se hubiera dado de bruces contra una pared. Siempre se había sentido mal por las mentiras que le había contado a la chica y por todo lo que le había hecho. Se había consolado con la idea de que no la volvería a ver jamás.

—¿Es él? —preguntó la más baja.

—En efecto, Chandni —respondió Trenodia.

Lo había odiado durante tanto tiempo..., había pasado tantas noches sin dormir, recordando cómo le había mentado, y el desastre que había provocado..., había pasado tantas horas imaginando los castigos que le infringiría si la Fuerza Ferroviaria o los cuerpos de seguridad de los Mediodía lo encontraban...

Y había terminado por encontrarlo ella misma, y tenía un rifle en las manos, y lo único en lo que podía pensar era en lo alegre que estaba por haber encontrado a otro ser humano, que además había sabido sobrevivir en aquel lugar extraño. Tuvo que reprimirse para no reír, y llorar, y pedirle ayuda.

Chandni escupió sobre los raíles y se acercó todavía más, con la mirada fija en Zen.

—Entonces ¿este lugar existe de verdad? —preguntó—. Porque he discutido con la emperatriz por este motivo. Yo decía que tal vez se tratara de un mundo virtual que tan solo existía en el Mardedatos, y que alguien lo ejecutaba para engañarnos. Un sitio lleno de monstruos y tal.

—Existe —respondió Zen—. Hemos pasado ocho o nueve meses aquí. Hemos viajado por todas partes...

—Y le has dicho a todo el mundo que eres embajador de toda la humanidad —exclamó Trenodia—. Has subido de nivel. Cuando te conocí, te hacías pasar por Tallis Mediodía.

—La verdad es que se parece bastante a Tallis —comentó Chandni—. Pero no tiene pinta de embajador de toda la humanidad. Es demasiado joven.

—La gente de aquí no tiene ni idea —dijo Zen—. No saben nada sobre los humanos, aparte de lo que les hemos contado Nova y yo. Hasta que llegasteis vosotras y lo mandasteis todo al garete. Ahora no confían en mí y también han descubierto que Nova es una Motorik... —El muchacho vaciló. También tenía muchas preguntas, como, por ejemplo, cómo era posible que la emperatriz de la Red hubiera ido a parar allí con aquella pinta de superviviente de un naufragio. Pero presintió que la respuesta sería larga y complicada, y tan solo dijo—: ¿Qué ha pasado con el portal?

—Los Guardianes lo destruyeron —respondió Trenodia—. Las Gemelas enviaron detrás de nosotros un artefacto llamado railbomba. Ahora estamos atrapados aquí. La Lobo Fantasma está averiada...

—¡No le digas eso! —gritó el tren.

—Y ya no podemos seguir. Llevábamos unas horas aquí cuando una cosa...

—Un tren —corrigió Chandni.

—Una especie de tren llegó con unas criaturas dentro. Me imagino que debían de querer saber lo que había ocurrido. No parecían nada contentos. La Lobo nos tradujo algunos de los sonidos que emitían. Les explicó quiénes éramos y entonces nos hablaron de vosotras, y nosotros les contamos vuestra historia. Vuestras identidades de verdad. Nos pareció que esto último tampoco les gustaba. Y entonces se marcharon y nos dejaron aquí.

—¿Quién ha venido con vosotras? —preguntó Zen—. En las noticias aparecían tres personas.

—Una cara bonita —dijo Trenodia. Se volvió—. ¡Vaya! Ha vuelto a marcharse.

Más allá del lugar donde el Gusano se transformaba en accidente geográfico, el suelo descendía una vez más hacia las aguas cristalinas. Allí, a lo largo de

la orilla, la interfaz de Mordaunt 90 se había dedicado a apilar piedras redondas y planas para construir pequeños castillos. Todavía estaba muy triste por la muerte de su amigo Yanvar Malik. Por supuesto, los Guardianes sabían que los humanos terminaban por morir. Para ellos, la vida de una persona duraba lo que la llama de una cerilla. Pero la interfaz no había comprendido lo que significaba hasta que se había vuelto mortal. Estaba de duelo por Malik, y perplejo por hallarse preso, él también, en una frágil cáscara humana. Apilaba piedras porque así podía ocupar sus pensamientos con otro asunto. Le resultaba sorprendentemente difícil amontonar más de cuatro o cinco. Había que elegirlas con tino. La más grande iba en la base, y la más pequeña, en la cima. A menudo, los castillos se venían abajo, pero la interfaz era paciente, y ya había logrado levantar algunos tan altos como él mismo.

Todo aquello resultaba muy fascinante para una pequeña colonia de hath que vivía muy cerca de la orilla, con sus piernas como tallos plantadas en los ricos sedimentos. Los guijarros les gustaban más que ninguna otra cosa, y los buenos pasaban de mano en mano a lo largo de cientos de kilómetros, entre hath vecinos que habitaban las grandes colonias que se extendían por las orillas de las lagunas de Yaarm. Jamás habían visto a nadie que apilara las piedras con tal elegancia. En los escasos días que habían transcurrido desde que la interfaz había empezado su labor, cientos de hath habían caminado por la ribera para ir a verlo. Se quedaban en las aguas superficiales. Su multitud cubría una gran extensión, se mecía, zumbaba admirada cada vez que se añadía un nuevo guijarro al castillo más reciente.

Al ver que Zen, Trenodia y Chandni se acercaban, la interfaz dejó en el suelo el guijarro que sostenía y dijo:

—¡Ah, tenemos visita!

Zen contempló su piel y sus ojos dorados.

—¿Es...?

—Lo era —respondió Chandni—. Ahora ya no recuerda casi nada.

—No es cierto, Chandni Hansa —afirmó la interfaz con voz gentil—. No soy más que un fragmento de mi antiguo yo y ya no estoy conectado a los grandes centros de datos de Mordaunt 90, pero todavía recuerdo todo tipo de cosas.

—Pero nada que nos resulte útil —replicó Trenodia—. Como por ejemplo, por qué los Guardianes no nos han contado que existen lugares como este. Tampoco sabe cómo volver a casa.

—Es verdad que no puedo responder a esas preguntas —reconoció la interfaz, que parecía avergonzada. Entonces se animó, porque un pequeño hath pasó con mucho cuidado entre los castillos de guijarros y le puso algo en las manos. Por una vez, no era una piedra, sino una criatura plateada semejante a un pez—. ¡Eh, gracias!

—La verdad es que esta especie de tiendas han sido muy amables con nosotros —dijo Trenodia—. Cocinamos el pescado sobre una hoguera. Parecen bastante comestibles.

—A mí me provocan diarrea —intervino Chandni Hansa.

—Yo tengo comida —se le escapó a Zen, aunque al principio no había querido decirlo—. A bordo de la Rosa de Damasco. Será mejor que vengáis, comáis y me expliquéis lo que ha ocurrido. Y yo os contaré... os contaré cómo podemos volver a casa.

El rostro fatigado de Trenodia brilló de esperanza.

—Entonces ¿es posible volver? ¿Existe otro portal?

—No te fíes de él —dijo Chandni—. Recuerda lo que le hizo a tu familia.

—Entonces trabajaba para Cuervo —lo justificó Trenodia—. Ahora lo necesitamos. A veces, si queremos sobrevivir, tenemos que aliarnos con personas que no nos gustan.

Esta última frase hizo callar a Chandni. Cerró los labios con fuerza y miró a Zen con rabia, pero no dijo nada más.

—Entonces ¿es posible volver? —repitió Trenodia—. ¿Existe un camino de regreso al Imperio de la Red?

—Nova cree que sí —respondió Zen.

Había pensado en ello mientras volvía de Margen de la Noche. Los planes de la Moto no le habían gustado cuando se los había contado, pero tenía que ofrecer algo a los recién llegados, porque necesitaría su ayuda para rescatarla. Lo único con lo que podía comerciar era con la promesa de volver a casa. Pero una vez que lo hubo dicho, se dio cuenta de que él mismo hubiera querido que fuera mucho más que una promesa. Había echado de menos la presencia

de otros seres humanos. Hasta aquel momento no se había percatado de lo mucho que los echaba de menos. El aroma de su sudor, la textura de su piel, la manera como se erguían. Quería que Nova tuviese razón. Quería que hubiese un camino de vuelta.

—Nova tiene un plan —explicó.

—¿Dónde está? —preguntó Trenodia—. Vamos a escuchar lo que ha maquinado.

—No está aquí —respondió Zen—. Se encuentra en un lugar llamado Fragmentos de Kharne. Si quieres que te enseñe el camino para volver a casa, tendremos que ir en su busca.

## 25

Los Fragmentos de Kharne resultaron ser los restos de un planeta destruido que en otro tiempo había dado vueltas en torno a un pequeño sol dorado. Todavía orbitaban alrededor del mismo astro, pero también giraban los unos en torno a los otros. Pedazos de lo que había sido un planeta, grandes como satélites, atrapados en un complejo ballet gravitatorio. No se separaban ni chocaban entre sí, y se había preservado una atmósfera que los abarcaba a todos. Al verlo, Nova pensó que tal vez los Construyerraíles hubieran intervenido en tiempos remotos. Mientras los sirvientes de la Tzeld Gekh Karneiss se la llevaban del tren, vio un pequeño planeta de superficie irregular que giraba lentamente en el cielo, sobre la estación, y vomitaba humo negro por una veintena de pequeños volcanes. ¿Podía ser que aquellas salidas de vapor actuaran como reactores y contribuyesen a impedir que los distintos fragmentos del planeta chocaran?

Le habría gustado pararse a observarlo, pero ya no podía elegir lo que miraba. No era más que una cabeza que viajaba en las garras de una kraitt, seguida por otros tres lagartoides que llevaban los cráneos desnudos del vagón privado de la Gekh. Nova supuso que las calaveras debían de pertenecer a antepasados, o que tal vez fuesen trofeos de guerra, porque los trataban con mucho esmero.

Los sirvientes pasaron por una estación desvencijada, medio en ruinas, construida dentro de una antigua edificación de los Construyerraíles. Un artefacto volador de aspecto poco fiable, impulsado por cohetes químicos, despegaba de una pista en el exterior. Debía de dirigirse a uno de los otros

fragmentos. Por un instante Nova temió que pudieran transportarla en una máquina como aquella, pero el vehículo que aguardaba a la Tzeld Gekh Karneiss era todavía más primitivo: un carruaje de madera tallada, tirado por dos grandes reptiles cornudos.

Los sirvientes de la Gekh depositaron con mucho cuidado los cráneos sobre unos cojines que se hallaban tras las cortinas del carruaje y luego colocaron la cabeza de Nova entre ellos. A continuación, la propia generala subió y se acomodó sobre otros cojines, y el carruaje se puso en marcha. Nova sentía que su cuerpo se hallaba muy cerca. El pequeño subcerebro que tenía en la columna vertebral le enviaba lastimeras llamadas de socorro. Se imaginó que debía de seguir las en un segundo vehículo. La calle que partía de la estación estaba cubierta de baches. La cabeza de la muchacha se cayó hacia un lado y los dientes de los tres cráneos castañeteaban sin cesar.

—Son de mis hermanas —le explicó la Gekh.

—Ah... —Nova sentía que su propia voz era extraña.

Por lo general, hablaba igual que los humanos. Tomaba aire dentro de la cavidad de su pecho y volvía a expulsarlo a través de estructuras vibrátiles instaladas en su garganta. Pero en aquel momento tenía que recurrir a un sistema de refuerzo, consistente en unos pequeños altavoces que tenía instalados en el paladar, y le salía un sonido metálico. De todos modos, tampoco se le ocurría qué decir. ¿Cómo se debe reaccionar cuando una dinosauria te presenta a los cráneos de sus hermanas?

—Tienen unos dientes muy bonitos...

—Las maté yo misma —explicó la Gekh—. Aunque no quería. Es la tragedia de mi especie. Cuando las crías de los kraitt llegan a la adolescencia, las hembras de la misma familia empiezan a pelear hasta que solo queda una con vida. Por eso nuestra raza es tan fuerte. Las vencedoras son las únicas que se reproducen y dan a luz a la siguiente generación de kraitt. A veces las hermanas se ponen de acuerdo para no matarse, pero los instintos acaban por imponerse. —La Gekh acarició el más pequeño de los cráneos con la punta de la cola—. Mi hermanita Shantis..., qué bien nos llevábamos cuando éramos pequeñas. Antes de que me llegara el momento, se marchó. Se fue a vivir al otro extremo de la Red de Mundos. Pero años más tarde, mi tren paró en

Yashtey y resultó que ella estaba allí. Sintió mi olor y no pudo contenerse. Me atacó en las escaleras de la estación. Fue un combate legendario. Se han escrito poemas sobre él. Por fortuna, demostré que era la más fuerte. Si no, mi cráneo adornaría su tren.

«Esto pinta mal», pensó Nova. No era nada sorprendente que los krait no cayeran bien. Podía suponer que todas las razas habrían conservado unos pocos instintos antiguos y salvajes dentro de su armario evolutivo, pero la mayoría había aprendido a controlarlos en el momento de unirse a la Red. Según parecía, los Construyerraíles se habían preocupado de proporcionar portales-K y morvah tan solo a las especies que lograban controlar dichos rasgos. Quizá algo se había torcido en el momento del Apagón y los krait habían logrado acceder a los portales-K antes de lo que les correspondía...

Nova se preguntó qué estaría haciendo Zen. La Motorik le había dicho que esperase a que ella escapara, pero estaba segura de que no tardaría en ir a buscarla. Rogó que el muchacho no subestimara a los krait. Temía que fuese tras ella y tratara de rescatarla sin comprender lo inteligentes y peligrosos que eran sus captores. Pero, al mismo tiempo, quería que viniera. Lo añoraba tanto como a su propio cuerpo.

La Tzeld Gekh Karneiss levantó una de las gruesas cortinas que se balanceaban sobre las ventanas del carruaje. Un chorro de cálida luz del sol iluminó su rostro escamoso, y luego palideció y desapareció, porque acababan de entrar en un túnel.

—Ya ves cómo las máquinas pensantes beneficiarían a mi pueblo —dijo—. Las hembras krait no pueden hacerse amigas íntimas: el recuerdo de la muerte de nuestras hermanas nos lo impide. Tenemos miedo de encariñarnos porque entonces los viejos instintos podrían recobrar el control y la sangre llegaría al río. Solo podemos contar con la compañía de nuestros machos, y esa no vale nada... Solo pueden ser sirvientes o guerreros. Por eso mismo, tengo que descubrir tus secretos, máquina.

Ni siquiera los krait podían soportar durante mucho tiempo el fulgor de su sol. Habían construido bajo tierra la mayor parte de la ciudad estación. Nova conectó su mente con los medios de comunicación locales y le pareció ver cavernas oscuras y abarrotadas, como un gigantesco sistema de madrigueras.

Una de ellas era la mansión de la Gekh. Una vez allí, llevaron la cabeza de Nova a una sala redonda y blanca, y la colocaron sobre una mesa. Los técnicos kraitt la escanearon y la fotografiaron desde todos los ángulos imaginables. Sujetaron la cabeza a un poste para que se mantuviera erguida y conectaron tubos y cables a lo que había sido su cuello. Algunos de los cables la alimentaban con energía. Uno de los tubos era un suministro de agua, que Nova necesitaba para mantener la boca y los ojos húmedos. El resto no hacía más que conectarla a pantallas y terminales de aspecto tosco colocadas en otras partes de la estancia. Los técnicos kraitt trataban de descargar los sistemas operativos de Nova. La muchacha sintió que sus primitivos programas intentaban abrirla el cerebro. Al principio no le costó nada bloquearlos, pero los kraitt se inquietaron al darse cuenta de que no funcionaban, y entonces Nova permitió que accedieran a una parte de su código. Tenía miedo de que, si se lo impedía, se sirvieran de un procedimiento más directo y le abriesen la cabeza literalmente.

Los kraitt se apiñaban en torno a sus pantallas y comentaban los flujos de código que la muchacha les dejaba ver. A veces la Tzeld Gekh Karneiss acudía y los demás la informaban. Otras veces observaba la cabeza de Nova con sus ojos amarillos, que no parpadeaban. En alguna ocasión traía a sus hijas: tres hembras jóvenes que ya se acercaban a la difícil edad en la que sus instintos ancestrales las empujarían a asesinarsse entre sí.

—¡Eh! —la llamó Nova durante la primera visita—. ¿Dónde está mi cuerpo? ¿Por qué no vuelves a montarme? Podría decirte mucho más si estuviera de una sola pieza...

—No le hagáis caso —dijo la Tzeld Gekh Karneiss a sus hijas—. No es más que un objeto, un dispositivo creado por una de las especies que nos sirven como presa. Pronto vamos a descubrir sus secretos.

—Por favor... —pidió Nova.

Pero irle con ruegos parecía absurdo, y de todos modos la Tzeld Gekh Karneiss no le hacía caso.

## 26

Los canales de noticias de Yaarm empezaban a perder interés por los seres humanos. Los recién llegados no hacían nada aparte de sentarse a charlar dentro de los vagones de la Rosa de Damasco y construir castillos de guijarros para entretener a los hath, y los cámaras se marcharon y fueron a filmar a otros planetas. La Red de Mundos era grande y abundaba en maravillas. Los humanos no podrían volver a introducir mercancías ni personas por el portal sepultado, y habían resultado ser mucho menos interesantes de lo que todo el mundo se imaginaba.

Así, los dos trenes se marcharon, y fueron muy pocos los que se dieron cuenta. Para entonces, incluso los hath habían aprendido a construir castillos, y estaban demasiado ocupados con ellos como para prestar mucha atención a la interfaz de Mordaunt 90 cuando subió al vagón de la Rosa de Damasco. No hicieron más que aletear a modo de despedida. Un mensaje por radio procedente de una emisora de Yaarm advirtió que la Rosa no figuraba en el horario de salidas, pero esta le replicó que se marchaban de vuelta a Margen de la Noche, y las autoridades de Yaarm optaron por no intervenir. Los humanos habían resultado una decepción. Eran muy pocos y no tenían nada para vender. Yaarm estaría mejor sin ellos.

El planeta siguiente estaba cubierto de jungla casi por completo. Colinas cálidas y envueltas en vapores donde crecían gigantescos helechos, con zonas sin vegetación y escombros apilados en parajes donde trabajaban mineros chmoii. Mientras los dos trenes avanzaban por los valles vacíos, la Rosa de Damasco envió a las arañas de mantenimiento con pintadores llenos de

pigmento que había elaborado con tierra yaarmesa. Los robots cubrieron tan rápido como fueron capaces las hermosas y desvaídas imágenes del casco hasta dejarlo tan negro como el de la Lobo Fantasma.

Zen se entristeció por tener que despedirse de aquellas pinturas. Las había pintado su amigo Motorik Flex, quien había muerto. Pero algunos retazos de la personalidad de Flex se habían conservado en la memoria de la Rosa, y podía ocurrir que el tren hubiese heredado suficiente talento como para recrear algún día las imágenes originales.

—Queremos impedir que los krait reconozcan la Rosa de Damasco — explicó a los demás. Estaban sentados en el vagón de Estado, que se hallaba detrás de la locomotora; su interior revuelto de pronto parecía demasiado estrecho—. Nos transformaremos en un tren distinto, con una locomotora en la cabeza y otra en la cola. No son muchas las razas que comercian con los krait, así que espero que no hayan recibido más noticias de Yaarm desde la noche que se marcharon de Margen con Nova. Saben que han llegado más humanos y que ocurrió algo con el portal, pero puede que aún no tengan claro que ha quedado bloqueado para siempre. Les diremos que fue un fallo temporal y que los trenes humanos están a punto para pasar y deseosos de hacer negocios con ellos.

—Y ¿qué ocurrirá si no nos creen? —preguntó Trenodia.

—Esa será tu labor: hacerles creer.

La interfaz de Mordaunt 90 movió la cabeza con disgusto y dijo:

—Son tantas las cosas que podrían salir mal con este plan...

—Ya lo sé —admitió Zen—. Pero si pensáramos así, no intentaríamos nada. No rescataríamos a Nova, y vosotros tampoco volveríais a casa. Tú quieres regresar, ¿verdad?

La interfaz tenía un aire melancólico.

—Tengo que reconectarme con la personalidad de Mordaunt 90. Es terrible tener que vivir así, en un solo cuerpo, aislado. Este organismo morirá algún día, y entonces ¿qué ocurrirá con todos los recuerdos de los hechos singulares que ha experimentado? ¿Y Malik? Alguien tiene que recordarlo, tiene que pervivir lo valiente que fue. Debo regresar al Imperio de la Red para poder añadir estas nuevas experiencias a la memoria de Mordaunt 90.

—Pues eso —zanjó Zen, y entonces se levantó de la mesa y salió del vagón.

Había cuatro personas a bordo y sentía que le faltaba espacio. No entendía por qué no podían quedarse en las pequeñas cabinas de la Lobo Fantasma. No sería porque hubieran hecho muchas compras y necesitaran una habitación grande para meterlas. Pero Chandni Hansa había insistido en que Trenodia era emperatriz y tenía que ocupar la cama de Zen, la única, en realidad, y Trenodia y Chandni se turnaban para dormir en ella, porque parecía que siempre tuviera que estar despierta una de las dos para vigilar al muchacho. Él dormía en el catre de la enfermería, y sabía muy bien que se prestaba a ello porque aún se sentía culpable por lo que había hecho a Trenodia y a su familia.

(Por lo que respectaba a la interfaz de Mordaunt 90, aún se sorprendía de la necesidad de descansar. Tenía por costumbre quedarse dormido sin previo aviso, cuando se sentaba a la mesa, o en una de las sillas del vagón de Estado, y despertar súbitamente unas pocas horas más tarde, quejándose de que había tenido sueños extraños.)

Zen no encontraba la paz ni siquiera en el vagón de cola que servía de almacén. Se puso a vaciar las grandes cajas de plástico porque iba a emplearlas en su plan para recobrar a Nova, pero no pasó mucho rato antes de que la puerta se abriese como con un suspiro y entrara Chandni Hansa. Para variar, la muchacha lo miraba con el ceño fruncido.

—No sé cómo es posible que la emperatriz te crea —soltó—. Ya la has engañado en otras ocasiones. A estas alturas ya debería haber aprendido. Yo no me fío del todo.

—¿De qué? —preguntó Zen.

—De lo de volver a casa. Dices que tu muñeca a pilas se sabe el camino...

—He dicho que ella cree que existe —la corrigió Zen—. Fue una corazonada. Pero Nova es más inteligente que nosotros dos. Acierta muy a menudo. En este caso no me pareció muy buena idea, porque teníamos que encontrar un portal que nos llevara a algún sitio donde los Guardianes no se nos echasen encima al instante. Pero habéis venido con una interfaz de Mordaunt 90 y eso lo cambia todo: no les quedará más remedio que escucharlo...

Chandni lo miraba mientras hablaba. Clavaba los ojos en el muchacho en busca de mentiras. Luego suspiró y se sentó, con la espalda contra la puerta del depósito de combustible.

—Pero ¿por qué quieres regresar? Yo no tengo ningún interés en volver a casa. Estoy encantada de haberme marchado. Por primera vez en la vida no tengo que soportar a la gente rica, ni a los Guardianes, ni a nada.

—Echo de menos a mi madre y a mi hermana —confesó Zen—. Echo de menos a otras personas. ¿Tú no añoras a nadie?

Chandni negó con la cabeza.

—Bueno, de todos modos, no es solo cuestión de volver a casa... —La noche anterior había reflexionado sobre el tema mientras trataba de conciliar el sueño en la enfermería—. Si pudiéramos encontrar otro portal que conectase el Imperio de la Red con la Red de Mundos, ¡imagina las empresas comerciales que podríamos poner en marcha! Y seríamos los primeros. Nos granjearíamos la confianza de los mercaderes de este lugar. Vendríamos con trenes cargados de mercancías y las cambiaríamos por productos raros de aquí que podríamos vender por una fortuna en Sundarban y en otros lugares. ¡Nos haríamos ricos!

Chandni Hansa se echó a reír.

—Zen Estornino..., por favor..., ¿tú eres consciente de lo que estás diciendo? ¿De verdad que te lo crees? Si se llegan a entablar relaciones comerciales, las familias corporativas se quedarán todos los beneficios, igual que han hecho con todo lo demás. Saben muy bien cómo impedir que personas como nosotros consigan su parte de las ganancias.

—¿Y no merece la pena intentarlo? ¿Nos han vencido antes de empezar?

—Cuando te hayan vencido tantas veces como a mí, comenzarás a comprender que el juego está amañado.

—Mi hermana te caería bien —dijo Zen—. Habla igual que tú.

—A mí nadie me cae bien.

—¿Y la emperatriz? Ella sí, ¿verdad?

—No me cae bien, es que no quiero que la maten —lo corrigió Chandni—. No es lo mismo.

Miró al muchacho, que había retomado la tarea de vaciar las grandes cajas

de plástico. Eran tan voluminosas como los sarcófagos de los refrigeradores. Al conocer a Zen, Chandni había pensado que ambos se atraerían como imanes, como dos héroes callejeros con muchas experiencias en común. La niña Chandni que aún vivía en el interior de su corazón, con sus tontas esperanzas de cría, había llegado a pensar que todo sería como en una trespé: amor a primera vista y tal. Pero no había sido así en absoluto. Hacía tanto tiempo que Zen se hacía pasar por muchacho rico, o por maestro del crimen, o por embajador, que había empezado a creérselo de verdad. Lo último que quería era conocer a una persona que le recordase lo que había sido. Una chica que viese a Zen como lo que era de verdad: un ladronzuelo de baja estofa.

—El siguiente planeta es Margen de la Noche —anunció la Rosa de Damasco—. Siempre y cuando ese tren minero de los chmoii que tenemos delante pase por el portal-K. ¿Queréis parar en Margen de la Noche?

—No —zanjó Zen—. Cuando pasemos por la estación, envía un mensaje a Koth/Atalaí y pregúntales si tienen noticias recientes de los kraitt. Si dicen que no, sigue adelante, directo hacia los Fragmentos de Kharne.

Lo de ser tan solo una cabeza era muy aburrido. Por la noche, cuando los técnicos krait la dejaban sola, Nova no podía hacer nada salvo navegar por las primitivas redes de retransmisión de los Fragmentos, en las que encontraba música espantosa, crueles luchas de gladiadores y programas donde los capitanes de los trenes krait alardeaban de los asaltos que habían llevado a cabo y exhibían el botín y los trofeos con los que habían regresado. Unas pocas horas antes de la medianoche, incluso eso se terminaba, y a Nova no le quedaba nada más que escuchar el correteo de los insectos por los conductos de ventilación del techo.

Fue entonces cuando volvió a oír, aunque muy débilmente, la señal de la Zona de Luz Negra que había captado en Margen de la Noche. O bien los Fragmentos de Kharne se hallaban cerca de la Zona, o la señal era lo bastante potente como para poder detectarse desde cualquier sitio una vez se sabía lo que había que escuchar. ¿Y si la señal se había colado dentro de la muchacha? ¿Y si había insertado algún código extraño en su programación para poder seguir cantándole?

Este último pensamiento le hizo pensar que estaba enloqueciendo. Se lo quitó de la cabeza y se distrajo con recuerdos de los tiempos en los que había vivido con Zen, y se puso películas. A veces los recuerdos y las pelis se entremezclaban, porque eran las mismas que había visto a bordo de la Rosa de Damasco mientras Zen dormía en sus brazos y la muchacha quería fingir que también descansaba. A veces, mientras veía sus favoritas, llegaba a imaginarse que volvía a tener cuerpo y que Zen estaba acurrucado a su lado, con el rostro

contra la zona de su pecho surcada por cicatrices que nunca se habían llegado a reparar.

Había una película que siempre le había encantado, y que se titulaba *Ella era el trueno, él era la lluvia*. La habían grabado en Malapet hacía unos pocos siglos, en el estilo 2D de los clásicos de la Tierra Antigua. Trataba de un Guardián que se enamoraba de un humano ordinario y estaba basada muy ligeramente en la historia de Cuervo y de Anais Seis. Cada vez que la veía, Nova silenciaba sus recuerdos de visionados previos, y por eso era como si la disfrutase por primera vez. Siempre la hacía llorar.

La Tzeld Gekh Karneiss estaba cada vez más impaciente. Sus visitas eran más frecuentes y venía más enfadada. Escuchaba con impaciencia a sus técnicos, que trataban de explicarle lo que encontraban dentro de la cabeza de Nova. Cierta día, cuando le ponían excusas por la lentitud de su trabajo, los azotó con la punta de la cola. Se había puesto una funda de latón para que los golpes fueran todavía más dolorosos.

Entonces, cuando los demás se hubieron marchado, uno de los kraitt se quedó. Se acercó con cautela a la mesa de Nova y se agachó para mirarla a la cara.

—Nos ocultas cosas —le dijo—. No podemos encontrarlas, pero tendremos que hacerlo, porque, si no, la Tzeld Gekh Karneiss nos matará y nos reemplazará por otros machos.

Nova sintió lástima por él. Le gustaba que alguien le hablase, porque le daba a entender que la consideraba persona.

—¿Qué necesitáis saber? —preguntó.

—¡Todo! —respondió el kraitt—. La Tzeld Gekh Karneiss dice que te construyó una raza inferior. No comprende que no hemos visto jamás unos programas tan complejos como los tuyos. Son todavía más avanzados que la tecnología de los neem. Desde los días de los Construyerraíles no ha habido nada similar en la Red de Mundos. No sabremos construir algo parecido a ti, pero eso es lo que quiere ella. —El kraitt se pasó la lengua por entre los dientes, pensativo—. Nuestras madres se sienten solas. Las otras hembras les

recuerdan a las hermanas a las que han asesinado, y los machos no les servimos como compañía. Creo que la Tzeld Gekh Karneiss piensa que si puede fabricar una criatura como tú con una forma hermosa, krait..

—Quiere tener amigas —exclamó Nova.

El krait parpadeó con un lento movimiento de sus membranas interiores transparentes. Era el equivalente de un asentimiento.

—Pero una vez hayáis descubierto cómo hacerlo —continuó Nova—, ya no le serviré de nada, ¿verdad? ¿Qué me ocurrirá entonces?

El krait calló. Si mostraba alguna emoción, era una emoción de lagarto que Nova no alcanzaba a comprender.

—Si tú me ayudas, yo te ayudaré a ti —ofreció la muchacha—. Me imagino que el resto de mi cuerpo no debe de andar muy lejos.

—En el piso de abajo —respondió el krait.

—Está bien —dijo Nova. No estaba segura de que fuera lo mejor que podía hacer, pero siempre sería preferible a quedarse allí como una planta en una maceta—. Te voy a dar la información que necesitas, pero a cambio quiero estar segura de que me protegerás y que juntarás las partes de mi cuerpo.

El krait parpadeó de nuevo. Antes de que finalizara el parpadeo, las pantallas que se hallaban a sus espaldas se iluminaron, porque Nova empezó a descargar los contenidos de su mente. Se lo dio todo salvo sus propios recuerdos y su colección de películas. No pensaba que los krait dispusieran de la tecnología necesaria para construir un cuerpo Motorik, pero por lo menos tendrían los medios para crear un ordenador sencillo, consciente de sí mismo.

El krait trabajó durante toda la noche. Sus grandes ojos reflejaban las hileras de jeroglíficos rojos que avanzaban como ejércitos de hormigas coloradas por las pantallas de los terminales. Por la mañana enseñó a sus camaradas todo lo que había conseguido, y Nova presenció la sorpresa de estos. La Tzeld Gekh Karneiss también se quedó impresionada cuando pasó de visita aquel mismo día. Escuchó con atención las explicaciones del krait y luego lo mató con un golpe brutal de su cola enfundada en latón.

—No podemos permitir que los machos hagan su trabajo demasiado bien —explicó, al tiempo que se acercaba a la mesa y contemplaba a Nova—. Se

les sube a la cabeza. —Acarició el rostro de la Motorik con la punta de una garra y siguió el recorrido de las lágrimas de frustración que brotaban de los ojos de la muchacha. A sus espaldas, las tres hijas hinchaban las narices, excitadas por el olor de la sangre del técnico—. No te preocupes —añadió—. Ese no tenía ninguna importancia. Los demás comprenderán sus descubrimientos. Su labor tendrá continuidad, y ahora que no está, los otros trabajarán con mayor ahínco.

Los machos kraitt ni siquiera tenían nombre. Se esmeraban frente a las pantallas y siseaban de satisfacción al ver todas las posibilidades que les brindaban los datos que Nova había entregado.

## 28

El tren de los humanos entró en la estación justo cuando el fragmento donde se hallaba pasó bajo la sombra de otro. El cielo aún brillaba, pero el paisaje polvoriento estaba envuelto en penumbras: el equivalente local de la noche. Los krait que salieron de los edificios de la estación a recibir a los recién llegados no traían lámparas, y no parecía que la oscuridad los molestase. Lo único que distinguió Trenodia cuando bajaron al andén fueron sus siluetas puntiagudas y el fulgor de sus ojos que no parpadeaban. No estaba segura de si esto los hacía más o menos temibles. Logró contener la tentación de chillar y de echar a correr hacia el tren y les soltó el pequeño discurso que había acordado con el muchacho.

—Somos mercaderes del Imperio de la Red. Hemos venido con máquinas valiosas que queríamos mostrar a la Tzeld Gekh Karneiss.

Zen había subido a los cascos de Trenodia el programa de traducción escrito por su amiga Moto. Transformaba las palabras en algo que la muchacha había llamado lengua comercial y las pronunciaba con voz monótona, electrónica, a través de un pequeño altavoz en un collar que la Rosa de Damasco había fabricado con la impresora 3D. Trenodia pensaba que la voz era extraña y estridente, pero se imaginó que los krait debían de tomarla por su tono natural. Se miraban entre sí, murmuraban y gruñían. La emperatriz aguardaba, arrugando la nariz ante el aroma cálido y apestoso de las criaturas. Estaba recordando la fiesta del hielo en la Gran Central y cavilando sobre lo mucho que había cambiado su vida desde entonces.

—Hemos oído que vuestro portal en Yaarm ha sido destruido —masculló

uno de los kraitt.

—Hubo un corrimiento de rocas —respondió Trenodia—. Pero no nos ha costado nada abrir un nuevo túnel.

—Lo habéis construido muy rápido —afirmó otro de los kraitt.

—Tenemos máquinas potentes —explicó Trenodia—. Por eso queremos comerciar con la Tzeld Gekh Karneiss, que comprende el valor de nuestra tecnología, no con los herastec ni con los deeka, que le tienen miedo.

—Los herastec y los deeka no son más que presas —soltó en tono burlón uno de los kraitt.

—Pues entonces, por favor, decidle a la Tzeld..., a la Gekh..., decidle que tenemos tecnología que queremos enseñarle.

La mercancía aguardaba en el vagón de atrás, dentro de la camioneta de Cuervo. La habían cargado con un montón de cajas pequeñas, llenas de piezas de recambio y componentes averiados de la Lobo Fantasma, y con tres grandes arcones apilados. En cada uno de los dos recipientes superiores habían metido una de las arañas de mantenimiento de la Rosa, plegada y colocada sobre una gruesa capa de espuma de embalaje. En la caja de abajo también había una araña de mantenimiento, pero en este caso la capa de espuma era fina, y debajo se hallaba Zen Estornino. Se había echado de costado, con el cuerpo hecho un ovillo, y empezaba a sentirse entumecido. Las imágenes captadas por las cámaras de la Rosa se descargaban en directo en sus cascos.

Habría preferido ser él mismo quien bajase al andén y llevara las conversaciones en lugar de Trenodia. La muchacha hablaba como si leyera un guion y no tenía suficiente confianza en sí misma como para improvisar si la maniobra no les salía como habían previsto. Pero no les había quedado más remedio. Zen no confiaba en Chandni Hansa, y la deprimida interfaz de Mordaunt 90 era demasiado tímida y dispersa como para encarnar a un comerciante tenaz. Zen habría podido desempeñar ese papel sin ningún problema, por supuesto, pero temía que los kraitt lo reconocieran. Además, le correspondía otra tarea, que le exigía quedarse escondido.

Entonces, uno de los kraitt regresó a los edificios de la estación. Los lagartoides no parecían temer las ruinas de los Construyerraíles como las otras razas. Almacenaban mercaderías en los viejos edificios de cristal y habían

separado algunas partes con cortinas para que les sirvieran de despacho. El krait que había ido adentro estaba efectuando una retransmisión con un dispositivo tan tosco que la Rosa de Damasco no podía interceptarlo.

—Si fuera un pelín más primitivo, se trataría de dos latas unidas por un cordel —mascullaba el tren—. Me imagino que el otro extremo será el lugar donde está la Tzeld Gekh Karneiss...

Zen no quería arriesgarse ni a susurrar, porque no estaba seguro de lo agudo que podía ser el oído de los krait. Abrió un teclado visual con los cascos y tecleó un mensaje para la Rosa, parpadeando en dirección a cada una de las letras.

Enséñame el resto de la estación...

La Rosa le mandó imágenes de sus otras cámaras, y luego las captadas por la Lobo Fantasma, que se hallaba al otro extremo del convoy. La estación estaba cubierta de polvo y medio ruinoso. Algunos morvah de los krait dormían en sus vías muertas. En un andén periférico había un morvah de un tipo que Zen nunca había visto, como una gigantesca cochinilla de plata.

¿Qué tren es ese?

—Creo que es neem —respondió la Rosa de Damasco.

¿La raza insecto? ¡Ajjj! ¿Qué hacen aquí?

—Me imagino que deben de comerciar con los krait. A ellos también les gustan las máquinas.

Espero que no se interpongan en nuestro camino.

—Hay movimiento en el tren. Unas señales de comunicaciones que van y vienen entre el vehículo y la ciudad krait, pero no puedo descifrarlas. Lo más probable es que no tengas por qué preocuparte por ellas. Más bien tendrías que preocuparte por esto...

Cambió de nuevo a la cámara original, la que mostraba a Trenodia, que aguardaba nerviosa en el andén. El jefe de estación krait, o lo que fuera, había salido de su despacho.

—La Tzeld Gekh Karneiss quiere ver lo que le traes —dijo.

Trenodia se volvió y llamó a Chandni y a la interfaz, que aguardaban dentro del tren. Ambos fueron hasta el vagón de cola y abrieron las grandes puertas de carga. La Rosa extendió una rampa para que la camioneta pudiese

bajar al andén, donde los kraitt esperaban para examinarla. Levantaron la tapa de algunas cajas pequeñas escogidas al azar, y también la del contenedor grande, pero no pareció que su contenido interesara a los guerreros de los kraitt.

Trenodia contempló el vagón de cola y le dijo a la interfaz:

—Tú te quedas aquí con la Rosa y la Lobo Fantasma. Volveremos enseguida.

—Sí, Trenodia —aceptó la interfaz con voz sumisa—. Buena suerte.

Chandni saltó al andén y se marchó con la emperatriz hacia la camioneta. Subieron a los asientos de delante.

—Esto es un disparate —se quejaba la muchacha—. No nos va a salir bien.

Trenodia la hizo callar, por miedo a que los cascos tradujesen sus lamentos y los altavoces los retransmitieran a los kraitt. La camioneta pasó frente a los edificios de cristal y bajó por una rampa hasta una calle polvorienta. Dos grandes kraitt corrían delante de ella y la condujeron hasta el complejo donde se hallaba la Tzeld Gekh Karneiss.

Zen seguía echado en su caja y contemplaba las imágenes que habían empezado a enviarle los cascos de Trenodia. Un paisaje oscuro que pasaba a toda velocidad bajo un cielo sorprendentemente luminoso, lagos que brillaban en una montaña que giraba cual satélite sobre un horizonte sembrado de cactus. Chimeneas y torres de ventilación que sobresalían del suelo pedregoso. La gravedad era muy baja. Cada vez que la camioneta daba un bandazo o tomaba una curva, la caja de Zen se elevaba en el aire, y en todas las ocasiones el muchacho se sentía como si no fuera a descender. Pero volvía a su sitio, y al cabo de poco se abrió ante ellos la entrada embaldosada de un túnel. La camioneta se adentró en el subsuelo y pasó a través de unas gigantescas puertas de bronce, y entonces se ladeó y perdió velocidad hasta pararse. Los kraitt que aguardaban allí estaban hablando con Trenodia, pero la muchacha parecía demasiado nerviosa como para responderles. Tuvo que intervenir Chandni, que les dijo lo mismo que Trenodia había explicado a los de la estación. Acto seguido empezaron a revolver las cajas y agarraron una de las grandes para bajarla de la camioneta. Se pusieron a discutir con los guardias:

—Si no podemos seguir adelante con la camioneta, tendréis que ayudarnos a llevar las cajas... No, esa no, es igual que esta... Volveremos a buscarla si vuestra Tzeld Gekh está interesada en comprar...

Se marchaban. Zen contempló a través de los cascos de Trenodia una imagen inestable de la camioneta, que se quedaba sola en una caverna de techo bajo y abovedado. Luego la muchacha se alejó por los pasillos. Los kraitt la precedían, caminando a toda prisa, y Chandni se quejaba del peso de la caja que llevaba a medias con Trenodia.

Zen cortó el enlace de los cascos y oyó sus voces mientras se alejaban. Cerró los ojos y se quedó echado en la caja. Se sentía muy nervioso. Entonces cambió a otro canal.

Muy por encima de la ciudad lagarto, los drones mariposa de la Rosa de Damasco volaban en el viento nocturno y estudiaban el complejo de la Tzeld Gekh Karneiss con ultrasonidos e infrarrojos. La voz del tren susurró dentro del cráneo de Zen:

—Creo que estás solo.

«¿Solo lo crees?», estuvo a punto de decir, pero no se atrevió a hablar en voz alta, y no tenía tiempo para teclear. Respiró hondo y salió de la caja. Volvió a echar la tapa encima y se ocultó en las sombras, entre las ruedas de la camioneta. Se quedó agazapado allí y miró alrededor. La caverna era circular. A un lado se hallaban las grandes puertas de bronce, y de allí salían cuatro pasillos.

—Ve por el de la izquierda —indicó la Rosa de Damasco—. Creo que he encontrado a Nova. Está en una especie de taller en el piso de debajo.

Zen no sabía descifrar los escáneres de ultrasonidos de la madriguera de los kraitt. Tan solo veía manchas azules que cambiaban sin cesar. Pero el tren envió un plano en 3D a sus cascos con la ruta hasta el taller claramente marcada, como un desafío en un juego. El muchacho habría querido preguntarle si Nova se encontraba bien, si la Rosa de Damasco la había avisado de que estaban allí, pero entonces se oyeron voces en la galería por la que se habían marchado Trenodia y Chandni, y sintió miedo de que los kraitt pudieran regresar. Huyó por la galería de la izquierda y se sacudió por el camino la espuma de embalaje que le había quedado en la ropa. Llevaba

puesta la chaqueta krait que había traído de Margen de la Noche. Las mangas le quedaban largas, los hombros le apretaban demasiado, pero Zen albergaba la esperanza de que si lo veían por detrás, al menos, podría pasar por un krait. La galería tenía lámparas en el techo, pero no muchas, y su luz era muy tenue.

Empezaba a sentirse bien. No podríamos decir que estuviese alegre. Se encontraba solo en un laberinto repleto de dinosaurios. Pero se sentía vivo como no se había sentido desde hacía mucho tiempo. Como si su cuerpo hubiera anhelado aquella especie de peligro. Una parte del muchacho, impetuosa y fanfarrona, pensaba: «Le robé al emperador de la Red, y ahora voy a robarle a la reina de los krait». Sería el primer ladrón en toda la historia de la humanidad que llevase a cabo un atraco en la Red de Mundos. Y la puerta circular de bronce que había más adelante debía de ser la que estaba marcada en el plano de la Rosa como entrada del taller.

## 29

Una vez en los aposentos de la Gekh, Trenodia y Chandni levantaron las tapas de las cajas. La luz de unas lámparas eléctricas que emitían un suave zumbido cayó sobre los miembros plateados de las arañas de mantenimiento que estaban plegadas en su interior. La Gekh se inclinó para verlas bien. Estaba sentada sobre un asiento en forma de silla de montar, el único mueble de la gran sala. El suelo estaba cubierto con pieles curadas, rugosas, de reptiles enormes, y las paredes y el techo brillaban generosamente con miles de pequeños discos que parecían de oro macizo, incrustados en la roca. Otros krait —machos con armas y hembras inmaduras— estaban en pie a ambos lados de su señora, y todos miraban cómo los humanos presentaban su mercancía.

—Esto es lo que nosotros llamamos una araña de mantenimiento —explicó Trenodia.

—¿Parece qué sirve? —preguntó la Gekh.

Trenodia envió un mensaje furtivo al Rosa de Damasco. La araña de mantenimiento se desplegó y se irguió con calculados movimientos sobre sus patas largas y segmentadas, y salió de la caja. Algunos de los krait sisearon con inquietud. Uno de ellos sacó una daga curva.

—Tranquilos —dijo Trenodia—. Es un sirviente, nada más. Un robot siervo.

—Parece un neem hambriento —dijo la Gekh.

—No necesita comida ni descanso —continuó Trenodia—, y es muy fácil de guardar.

La araña de mantenimiento hizo unos pocos movimientos airoso, como de danza, y mostró algunos de los brazos de herramientas que por lo general mantenía plegados con esmero bajo su pequeño cuerpo.

—¿Esta máquina piensa? —preguntó la Gekh—. ¿Tiene conciencia, como las que los humanos construís a semejanza de vuestros propios y frágiles cuerpos?

—La dirige otra máquina, una inteligente —explicó Trenodia—. El tren le dice lo que tiene que hacer, y la araña obedece.

—¿El tren la controla?

—La araña de mantenimiento puede asumir una serie de funciones útiles...

—Vuestro extraño morvah me tiene intrigada —interrumpió la Tzeld Gekh, que no parecía interesada en las arañas de mantenimiento ni en sus variados usos—. Son tan distintos de los que crían las otras presas... Como sois tan hábiles con las máquinas, me intriga la posibilidad de que vuestros morvah también lo sean. Estaría muy interesada en adquirir uno de vuestros trenes...

—¡Podríamos conseguirte uno! —dijo Trenodia con entusiasmo—. Cuando regresemos a nuestra Red, podemos comprárselo a uno de los principales fabricantes...

—Entonces ¿lo que habéis contado a mi gente en la estación es verdad? ¿Vuestro portal de Yaarm está abierto de nuevo?

—Sí —respondió Trenodia.

La Tzeld Gekh Karneiss se puso en pie y recogió en torno al cuerpo su vestimenta de cuero. Fue hacia Trenodia, le acercó el rostro y husmeó. Las pupilas de sus ojos amarillos tenían forma de copo de nieve y se contrajeron, pensativas, y la horrorizada muchacha vio su propio rostro reflejado en su negrura.

—¿Qué es lo que te asusta tanto? —preguntó la Gekh.

Trenodia trató de pronunciar alguna frase tipo «No estoy asustada, tan solo abrumada por Vuestra Magnificencia», pero sus labios no consiguieron articular las palabras.

—Está asustada porque miente —dijo repentinamente Chandni—. Las dos estamos nerviosas. Nos han mandado venir aquí y engañaros.

—¡Chandni! —exclamó Trenodia, haciéndose oír por encima de los

gruñidos cada vez más fuertes de los kraitt.

—Tienes que aceptarlo, emperatriz, el plan no iba a funcionar —dijo Chandni—. Y Zen nos ha mentado: no hay camino de vuelta a casa. Estamos atrapados aquí. Por eso, tendremos que hacernos amigos de alguien que tenga poder, y Estornino es un donnadie. —Se plantó ante la Gekh—. Nos ha enviado para que os distrajáramos mientras os roba. Id a mirar. Lo encontraréis tratando de llevarse vuestra Motorik.

Zen apoyó todo su peso contra la puerta y se estremeció al notar que se movía. Se oyó un chirrido que resonó por toda la galería. Tan solo un ligero movimiento. Tenía el cerrojo echado, por supuesto, pero eso le convenía, porque probablemente significara que dentro no había ningún kraitt.

Buscó en el bolsillo de la pesada chaqueta y sacó el instrumento cortante que había hallado en el almacén de Cuervo. Se llamaba cortagua, y a ojos de Zen parecía una gruesa pistola de agua. Apuntó al pesado cerrojo de la puerta y pulsó el botón del disparador, y entonces brotó un chorro de agua tan fino, y con una presión tan fuerte, y tan lleno de diminutas partículas de diamante, que atravesó el metal como un láser, y se oyó tan solo un silbido enérgico, activo.

Tanteó una vez más la puerta, y se abrió. La habitación del otro lado estaba iluminada con un fulgor de pantallas y diales anticuados. Echó una rápida ojeada y no vio a Nova. Estaba a punto de volverse cuando la voz de la muchacha brotó de entre las sombras.

—¡Zen!

Al ver lo que le habían hecho, se quedó tan consternado que se le cayó el cortagua de las manos. La gravedad era tan débil que la herramienta descendió como una pluma, pero golpeó las baldosas del suelo con un estruendo como la explosión de una bomba.

—¡Por los Guardianes! —dijo, con lo que armó todavía más alboroto.

Nova —o lo que quedaba de ella— le sonreía.

—Lo siento —se disculpó—. Estaba tan feliz de verte que había olvidado que he perdido un poco de peso. Pero se puede decir que estoy bien. El resto de mí está en una sala del piso de abajo...

—¡Por los Guardianes! —repitió Zen.

No quería ni mirarla, no le gustaba verla sin cuerpo, sujeta por ganchos de metal, con todo tipo de alambres y cables saliéndole por debajo del cuello. Pero se obligó a acercarse y empezó a quitarle los ganchos. Fue más difícil de lo que había pensado. No funcionaban como había creído. Todavía murmuraba palabrotas y se afanaba a abrirlos cuando, de pronto, la Rosa de Damasco le dijo por los cascos:

—¡Maldición! ¡Vienen a por nosotros! Se acercan por toda la madriguera...

Casi en el mismo instante, oyó las ásperas voces de los kraitt en las galerías, y un momento después un lagartoide abrió la puerta de una patada y clavó la mirada en él.

Zen sacó la pistola y apuntó a la fea cara de lagarto. No había pensado que le costaría disparar a un kraitt, pero o moría él, o el propio Zen. No podía ser muy distinto de la vez en la que había abatido al monstruo creado por genetecnología en la reserva Mediodía de Jangala. Pero el hecho de que estuviera vestido, de que se tratara de una criatura inteligente, y no de un mero animal, hacía que le costara apretar el gatillo. Se quedó en pie, pistola en ristre, contemplando al kraitt, que le devolvió la mirada durante lo que quizá fuera un segundo, pero que tardó en pasar. Entonces el kraitt llevó la mano a la espalda y sacó un cuchillo que parecía una garra de acero.

—La pequeña decía la verdad —gritó—. ¡La presa está aquí!

Entonces, con una ensordecedora explosión, el techo se vino abajo.

Escombros de gran tamaño cayeron desde lo alto, destrozaron la maquinaria y obligaron al asombrado kraitt a retroceder. Algo más descendió a través del boquete humeante que acababa de abrirse en el techo e hizo un sonido como de huesos al estrellarse contra el suelo, y entonces se irguió sobre ocho largas patas. En un primer instante, el confuso Zen pensó que se trataba de otra de las arañas de la Rosa. Pero era demasiado robusta, había demasiadas púas en su cuerpo, era demasiado extraña. Se trataba de un gigantesco cangrejo araña, con extraños jeroglíficos que parecían pintados con plantilla sobre su caparazón. Un neem. Una luz hiriente brotaba de algo que tenía sujeto con sus patas largas y articuladas, y se oyó un rugido por toda la sala en ruinas. El kraitt de la puerta retrocedió, tembloroso, y se cayó. La

criatura semejante a un cangrejo araña pasó por encima de su cuerpo y salió a la galería. Disparó de nuevo su arma y se oyeron chillidos, y murmullo de pies que se deslizaban por el suelo, y luego silencio, y un humo que subía poco a poco, como un velo de gasa.

El cuerpo cubierto de púas se volvió hacia Zen. En su cara frontal había pintado un emoticono amarillo.

—Siempre que vayas a una pelea a cuchillo, acuérdate de llevar la pistola, Zen Estornino —dijo con una voz que sonaba como una mezcla de crujido y susurro, extrañamente familiar, y en el idioma del Imperio de la Red—. Te ahorrarás mucho tiempo.

Zen dejó escapar una parte del aliento que había contenido desde el derrumbe del techo. Le salió un sonido que parecía un lloriqueo.

El neem volvió a entrar en la habitación a través del humo.

—¿No me reconoces, Zen? —dijo—. ¡Soy yo! ¡Tu viejo amigo, el tío Bichos!

Chandni siempre había querido contar con varias opciones. La emperatriz se había dejado llevar por Zen Estornino y su disparatado plan, pero Chandni lo había visto con malos ojos desde el principio, y en el momento en que se dio cuenta de lo inteligente e implacable que era la líder kraitt, se había convencido de que un ladrón de tres al cuarto como Zen no tenía ninguna posibilidad de engañarla.

En cierto sentido, estaba satisfecha de haber encontrado algo que comprendía en medio de aquellos mundos nuevos y extraños. Porque Chandni ya había conocido a personas como la Tzeld Gekh Karneiss. Ramón Gul, para quien había trabajado en Ayaguz, había detentado el mismo tipo de poder. Los miembros de la banda de los Seis de las Profundidades le habían obedecido del mismo modo en que los kraitt obedecían a aquella lagarta. Quien no les resultaba útil se convertía en su presa. No se podía proceder de otro modo. Era imposible que un enemigo más pequeño que ellos mismos los derrotara. Ramón Gul había llegado a controlar la mitad de las ciudades submarinas de Ayaguz, y entonces la familia Lee había terminado por hartarse de él y le había

enviado a sus MaCo. A Chandni no le constaba que ninguno de los entrañables bicharracos que gobernaban aquella Red de Mundos buscara pelea con la Tzeld Gekh.

Eso que quería decir que la única manera de salvar su propia piel y la de la emperatriz consistía en cambiar de bando y abandonar a Zen Estornino a su suerte.

Así, agarró a Trenodia por los hombros y la obligó a arrodillarse frente a los furiosos kraitt, y después se postró a su lado y gritó:

—Te entregamos a Zen Estornino como muestra de respeto, Tzeld Gekh Karneiss. También te hemos traído este tren. Es tuyo...

La Gekh no le cortó la cabeza con aquella cola afilada como una navaja. Era un buen comienzo. Pero entonces la sala retembló, y nada más levantar los ojos, Chandni vio una niebla fina que formaba halos en torno a las luces. No, no era vapor, era polvareda. La saboreó, insípida y granulosa. La estancia se sacudió de nuevo, y esta vez oyó la explosión, un bramido estentóreo y sordo que resonaba por las rocas de la madriguera, y luego unos estampidos que solo podían ser disparos, y entonces se dio cuenta de que sus instintos se habían equivocado, y de que había elegido mal el momento, porque sí que había alguien que quería pelear con los kraitt.

—Esto no tiene nada que ver con nosotras, Majestad —dijo desesperada, pero nadie la escuchó, porque en ese momento un par de cangrejos araña, grandes como mesas de jardín, irrumpieron en la sala y empezaron a disparar en todas las direcciones.

## 30

Zen se quedó inmóvil un largo rato. El tío Bichos era un Monje Colmena: un millón de insectos que compartían conciencia y se adherían a un esqueleto que se habían construido ellos mismos con basura y que imitaba a grandes rasgos la figura de un ser humano. La última vez que Zen los había visto, se habían dispersado en una nube de escarabajos sin mente en Desdemor. ¿Cómo era posible que el tío Bichos hubiera renacido allí, en los Fragmentos, bajo la forma de un neem aficionado a disparar?

Pero se dio cuenta de que esas preguntas, y otras, tendrían que esperar hasta el próximo y emocionante episodio, porque volvía a oírse por los túneles el estrépito que armaban los kraitt enfurecidos, y los tenía cada vez más cerca.

—Has venido a rescatar a la señorita Nova, ¿verdad? —preguntó el neem—. Te ayudaremos, igual que tú nos ayudaste a nosotros, Zen Estornino, cuando nos trajiste a las Líneas Insecto.

Zen lo miró con ojos desorbitados. En sus mundos, los Monjes Colmena viajaban sin cesar por la K-Bahn, en busca de las místicas Líneas Insecto. Zen había prometido a tío Bichos que les enseñaría a llegar hasta allí a fin de persuadirlos para que lo ayudasen durante un tiempo, pero en ningún momento había pensado que las Líneas Insecto fueran algo más que un mito de los Monjes Colmena. A menos que...

—¡Los Mundos Nido de los neem! —le explicó el arácnido—. Son todo lo que soñábamos cuando vivíamos como Monjes Colmena en el Imperio de la Red. Las Líneas Insecto existen de verdad, están aquí, y hemos llegado gracias

a ti. ¡Ahora te lo queremos agradecer!

Zen se acordó del insecto Monje que le había aleteado en la cara en el día en que la Rosa de Damasco llegó a Yaarm. Nova se lo había vendido a unos herastec, que le habían dicho que lo ofrecerían a los neem. Estos debían de haberlo hecho criar, y se había multiplicado lo suficiente como para llenar la carcasa de cangrejo con una nueva colonia que aún se acordaba de que era el tío Bichos.

—Trae a la señorita Nova —ordenó el neem—. No tendremos mucho tiempo.

—Pero es que esto solo es la cabeza —objetó Zen, que guardó la pistola y reanudó la tarea de desenganchar a Nova de las diversas entradas de energía y fluido.

—El resto de mí está en una de las otras salas —dijo Nova.

—No tendremos mucho tiempo —insistió el neem—. Trae la cabeza. Los neem son muy hábiles. Podremos fabricarle un nuevo cuerpo, con más patas que antes.

Zen manoseó los ganchos y, cuando por fin hubo logrado que todos se soltaran, agarró la cabeza de Nova con las manos. Brotaron varios chorros de fluido rápidos y violentos, porque había usado la cortagua para seccionar los cables que colgaban de la cabeza.

—¡Rosa de Damasco! —gritó mientras trabajaba—, ¿tú puedes decirme dónde está el cuerpo de Nova?

—Lo siento... —dijo la Rosa.

La Lobo Fantasma entró en el mismo canal.

—Me parece que capto una señal del subcerebro espinal de la Motorik. Está en el piso inmediatamente inferior al vuestro...

Zen visualizó un nuevo plano a través de sus cascos. Dio las gracias a los trenes, recogió la cabeza de Nova y echó a correr, salió al pasillo y se marchó por la izquierda. El neem que decía ser tío Bichos marchaba tras él a toda velocidad. Las balas de los kraitt rebotaban contra su caparazón blindado, y gritaba:

—¡No! ¡Tienes que venir conmigo, Zen Estornino! Es una orden del Departamento de Diplomacia Contundente del Mundo Nido Zzr'zrrt...

Zen llegó a lo que le pareció que sería la puerta de la segunda sala. Mientras cortaba el cerrojo, una nueva explosión hizo retemblar el suelo. Una alarma empezó a bramar y el sonido arrancó ecos de las galerías. La puerta se abrió, y la nueva estancia era tan grande como la primera y estaba igualmente repleta de pantallas, conductos y ordenadores primitivos. En medio de todo, sobre una mesa baja, yacía el cuerpo de Nova.

—¡Ah! —suspiró Nova, que miraba con el rabllo del ojo, porque tenía el rostro contra la pechera de la chaqueta kraitt de Zen.

Los lagartoides lo habían abierto en canal y le habían sacado las baterías y los dispositivos de memoria que hacían copias de seguridad. Le habían cortado el brazo izquierdo a la altura del codo y la pierna derecha por la rodilla. Nova quiso llorar al ver los desperfectos, pero se había quedado sin suministro de agua y no tenía lágrimas. En cuanto contactó con el subcerebro de su cuerpo, la alerta de averías se encendió con colores rojo y ámbar dentro de su mente.

El alarido de los disparos. Muy cercano. Zen gritó y se volvió, pero el kraitt que entró por la puerta ya estaba muerto y se desplomó. Detrás de este entró otro neem, más pequeño que el tío Bichos y de color rojo oscuro. Barrió la sala con su cañón humeante y dijo algo en su idioma desconocido entre crujido y susurro. El tío Bichos agarró el cuerpo de Nova, cortó unos pocos cables sujetos a este y correteó hacia el otro extremo de la sala. Allí había otra puerta. El segundo neem sacó algo de una cápsula que llevaba en una de las patas de la armadura y lo utilizó para golpear el cerrojo.

—¡Cuidado! —exclamó el tío Bichos, y volvió hacia Zen su cara pintada—. ¡Esas cosas explotan! Los neem no se andan con chiquitas.

Zen le dio la espalda y protegió la cabeza de Nova con el cuerpo y los brazos. Un estallido de luz inundó toda la sala. El muchacho miró de nuevo y vio que la puerta se caía hacia fuera, y que una nube de humo blanco escapaba hacia la galería que se hallaba al otro lado. El neem rojo pasó por encima y salió a la oscuridad, y el tío Bichos lo siguió, agarrando el cuerpo de Nova contra el suyo propio.

Entonces se marcharon por los pasadizos. Los suelos se inclinaban hacia arriba. La profunda bocina sonaba y resonaba como un violonchelo mal

afinado. Aire abierto. El cálido ocaso en el desierto. Altos cactus que montaban guardia y chimeneas y torres eólicas que se erguían en toda su negrura contra un cielo repleto de montañas que giraban sobre sí mismas, iluminadas por el sol. Una silueta brillante se elevaba sobre el horizonte y proyectaba arco iris. Era el mar de Kharne, una esfera de agua grande como una luna. Se hallaba lo bastante cerca como para que Zen alcanzase a distinguir las velas de una flota pesquera kraitt, cuya blancura reflejaba la luz que surgía de las olas sobre las que navegaban.

El muchacho se detuvo y la contempló, al mismo tiempo que acunaba la cabeza de Nova. Se preguntaba qué habría ocurrido con Trenodia, Chandni Hansa y la camioneta, cómo podría regresar al tren, y si todavía estaría allí cuando volviese. Y entonces el neem que se hallaba a su lado gritó:

—¡Ya vienen!

De repente llegó algo que no era la camioneta, con gran estrépito y polvareda. A pesar del polvo y de la oscuridad, Zen creyó ver que se trataba de un aerodeslizador, sobre el que se apiñaban otros neem. Algunos empuñaban los mandos de pesadas armas.

—¡Son agentes del Departamento de Diplomacia Contundente! —explicó el tío Bichos—. Habéis tenido suerte: estaban vigilando a la Gekh. Al ver que tú y tus amigas entrabais ahí, hemos decidido actuar...

Zen se encaramó detrás de él sobre el aerodeslizador. El tío Bichos dejó el cuerpo de Nova sin contemplaciones sobre la grasienta cubierta, y la nave se puso en marcha. Avanzó a toda velocidad por campos pedregosos. Zen creyó oír otro sonido, aparte del estruendo de sus motores. Se volvió y por un instante distinguió una figura que corría.

—¡Parad! —gritó—. ¡Retroceded! ¡Es Trenodia!

¿O sería Chandni? Lo único que había visto era una silueta corriendo. Por un momento, se había recortado contra el mar que flotaba sobre el horizonte. ¿Seguro que era humana?

Parecía que el tío Bichos y sus amigos se preguntaran lo mismo. Debatieron animadamente con sus crujidos y susurros junto a la torreta donde se hallaba el piloto neem. Pero entonces el vehículo giró sobre sí mismo y volvió a toda prisa por donde había venido, y Trenodia emergió de la

oscuridad gritando:

—¡Socorro! ¡Zen! ¡No me abandones!

Uno de los neem la subió a bordo. La nave volvió a girar bruscamente y arrojó otra nube de polvo al cielo de los Fragmentos, y sus motores aullaron mientras se marchaba.

—¿Dónde está Chandni? —gritó Zen, haciéndose oír a pesar del estruendo.

—¡Nos ha traicionado! —le contó Trenodia con voz entrecortada, tratando de tomar aliento, con los ojos llenos de polvo y lágrimas—. Y entonces... han venido estas criaturas... estas horribles criaturas... y la Rosa de Damasco ha dicho que estaban de nuestro lado...

—Son Monjes Colmena —explicó Nova—. Los oigo susurrar dentro de esas armaduras cangrejo. Los hay a millones. Los neem son Monjes Colmena, aunque no entiendo cómo es posible...

Hasta entonces, Trenodia no había visto la cabeza cortada. Aunque no hubiese hablado, habría resultado una visión enervante. La muchacha no sabía muy bien cómo tenía que reaccionar. Miró a Zen una vez más y dijo:

—Chandni se ha quedado allí. Decía que estaríamos mejor si nos uníamos a los kraitt... ¿Todos tus planes terminan así?

—Sí, es lo más habitual —comentó Nova.

Se oyó una explosión sorda, muy estruendosa. Una flor de fuego se elevó a los cielos que cubrían la ciudad. Arrastraba consigo gruesos fragmentos de la residencia de la Gekh, que luego descendieron lentamente hacia el suelo dejando rastros de humo tras de sí. El aerodeslizador aceleró en dirección a la vía del tren. La Rosa de Damasco y la Lobo Fantasma ya se habían puesto en marcha. Estaban saliendo de detrás de los edificios en ruinas de los Construyerrailes. Las brillantes llamaradas de los disparos partían hacia ellos desde los edificios de la estación, pero Zen confiaba en que el blindaje de los trenes pudiera con las toscas armas de los kraitt. Un momento más tarde, el morvah insectoide de los neem salió disparado a toda velocidad en pos de la Lobo Fantasma; un rayo de luz saltó de su vagón trasero, bañó de fuego las torres de cristal, y los restos chamuscados de las enredaderas refulgentes se dispersaron en la noche.

Los neem maniobraron con el aerodeslizador para avanzar paralelos a la vía, y aumentaron la velocidad hasta que igualó a la del tren. El costado de un contenedor de carga se abrió hacia abajo y se transformó en rampa, y la nave viró y entró por ella. La escotilla se cerró de nuevo, y los neem parlotearon con tono de urgencia en la oscuridad. Una sola vez, el contenedor sufrió un potente impacto, como si le hubiesen disparado desde fuera con artillería pesada. Entonces el sonido del motor se transformó, porque había entrado en un túnel, y se oyó el suave inestallido que siempre se producía al pasar por un portal-K.

Los neem se relajaron. Sus cuerpos se acercaron al suelo. Se desprendieron de sus armas y las guardaron en armarios, o en fundas sujetas a sus largas patas. Bajo la luz roja color sangre que brillaba en el contenedor, parecían una cuadrilla de cangrejos asesinos. Sus sombras erizadas de púas cubrían el cuerpo descabezado de Nova. Lo habían dejado apoyado en un rincón, como si fuese el cadáver de su víctima más reciente.

Zen estaba sentado con la cabeza de Nova sobre las rodillas, incómodo, como si fuese una bolsa o algo parecido. Había imaginado que la encontraría viva, y había temido hallarla muerta, pero no se había preparado para verla separada en partes. Se había preguntado muchas veces qué es lo que nos hace humanos, y había estado dispuesto a creer a Nova cuando la muchacha se identificaba como tal. Pero entonces pensó que tal vez una parte importante de ser humano es que tenemos una sola vida, y que cuando alguien nos hace pedazos, nos morimos. O que por lo menos nos afecta. Por todo ello, no podría volver a pensar en ella como en un ser humano. Tendría que aceptar que Nova era algo muy distinto, y que de todos modos seguía enamorado de ella.

El tejado de la residencia de la Tzeld Gekh había quedado totalmente destruido por las bombas de los comandos insecto. Por la mañana, el sol de cobre brilló sobre el cráter que había sido su sala de audiencias. Allí mismo despertó Chandni, que yacía magullada entre los escombros.

Salió arrastrándose de debajo del cadáver kraitt que la había protegido de la explosión. Se probó los cascos.

—¿Lobo Fantasma? ¿Rosa de Damasco? —No hubo respuesta—. ¿Trenodia?

Nada. La emperatriz y el resto habían muerto, o habían escapado. Pensó que así sería mejor. De todos modos, lo más probable era que no quisiesen saber nada de ella.

Sentía una amarga tristeza por haber perdido a Trenodia, y estaba enfada consigo misma por esos sentimientos. Pero, sobre todo, estaba furiosa con los gigantesos cangrejos por haberle estropeado el momento. En realidad, siempre le pasaba lo mismo. Se arriesgaba y tentaba a la suerte, y tarde o temprano le salía mal y acababa otra vez en los refrigeradores.

Solo que allí no había refrigeradores. De hecho, el calor se volvía más molesto a medida que el sol ascendía en el firmamento.

Una sombra cayó sobre ella. Tuvo que bizquear para ver el rostro maltratado y cubierto de sangre seca de la Tzeld Gekh Karneiss. La punta de la cola de la matriarca kraitt, con su funda de metal, presionó bajo el mentón de Chandni y la obligó a echar la cabeza para atrás.

—No me avisaste de que tus amigos se habían aliado con los neem —le reprochó la Tzeld Gekh.

—No trabajan juntos —dijo Chandni—. Quiero decir que yo no sabía...

La Tzeld Gekh soltó un siseo largo y profundo, y el ojo que le quedaba centelleó con toda la furia de un dinosaurio.

## 31

El planeta siguiente estaba vacío. Era una llanura de roca brillante bajo un cielo ambarino. Aunque su atmósfera no fuera del todo respirable, a Zen y a Trenodia les bastó para salir del tren neem y volver al suyo. Él llevaba la cabeza de Nova, y el tío Bichos y uno de sus nuevos amigos los acompañaron con el cuerpo. Cuando entraron en el vagón de Estado de la Rosa de Damasco, la interfaz de Mordaunt 90 los abrazó a todos, incluso al neem cubierto de púas.

—Estaba tan preocupado por vosotros... —dijo—. ¿Y Chandni? ¿Dónde está?

—No ha vuelto —respondió Trenodia.

—¿Ha muerto? —Su rostro se arrugó. Detestaba la mera idea de que los humanos muriesen.

—Creo que sí —confesó la chica.

—Nos había traicionado —explicó Zen, y se arrojó sobre su asiento favorito antes de que Trenodia pudiera quitárselo—. Ha tratado de vendernos a los kraitt. ¿Cómo se le ha podido ocurrir?

Trenodia se encogió de hombros, pero creía saber por qué Chandni había actuado así. Había tratado de mantenerse viva a sí misma y a Trenodia. Había creído que Zen los llevaba al desastre y probablemente estuviese en lo cierto. No tenía manera de saber que los neem se acercaban.

—¿Por qué no nos has avisado? —preguntó la muchacha—. Si nos hubieses dicho que los neem iban a ayudarnos, tu plan habría tenido más sentido...

—No lo sabía —respondió Zen.

—Entonces ¿todo ha sido una coincidencia? —preguntó la cabeza de Nova con su vocecita metálica—. ¿La irrupción de los neem no ha tenido nada que ver contigo?

Zen callaba. Pensó que si decía que lo había planificado todo de antemano parecería un genio de la estrategia, pero tanto Nova como Trenodia sabían que no lo era, y le pareció que no podría mantener la mentira.

Negó con la cabeza.

—Bueno, pues entonces ha sido un golpe de suerte —añadió Nova.

—¡En absoluto! —la contradijo el neem que se llamaba a sí mismo tío Bichos—. El Mundo Nido Zzr'zrrt se encuentra a tan solo un portal de aquí. Los kraitt son vecinos nuestros, y quien tiene unos vecinos como esos no puede perderlos de vista. Habíamos infiltrado un agente en la casa de la Tzeld Gekh, una colonia sin traje. Su pueblo pensó que no era más que una plaga de insectos. Hace mucho tiempo que los neem desconfían de los manejos de la Tzeld Gekh con la tecnología. No podemos permitir que esos groseros lagartos desarrollen armas que les permitan asaltar los Mundos Nido. Nuestro agente nos avisó de la llegada de la señorita Nova. Cuando expliqué a las Colmenas Madre lo que era una Motorik, se decidió enviar un equipo a los Fragmentos de Kharne para que observara la situación. Algunas de nuestras colonias comercian en minerales con los Karneiss, por lo que no es extraño que llegue un tren neem. Planeábamos atacar la casa de la Tzeld Gekh tan solo si parecía que avanzaba en su investigación, pero entonces te vi llegar y adiviné que planeabas un rescate. Así que convencí a los demás de que teníamos que ayudarte.

—Os estamos agradecidos —dijo Zen, aunque todavía se sintiera incómodo al verse encerrado dentro de un vagón con aquellos gigantescos cuerpos arácnidos cubiertos de púas, incluso después de saber que no eran más que armaduras.

Oía los mil millones de escarabajos de los que se componían el tío Bichos y su amigo, agitándose y revolviéndose dentro del caparazón.

La Rosa de Damasco también se sentía incómoda.

—El morvah neem está ululándome —anunció—. Entiendo que quiere que

siga adelante.

—¡Sí! —confirmó el tío Bichos—. No deberíamos quedarnos aquí, porque los kraitt podrían venir a por nosotros. El portal siguiente conduce al Mundo Nido Zzr'zrrt. Una vez allí, entre las muchas colonias, estaremos a salvo. Y te enseñaré el Mundo Nido, Zen Estornino. ¡Las Líneas Insecto que anhelaba mi pueblo!

—Y ¿cómo vamos a volver a casa? —le preguntó Trenodia a Zen.

En medio del caos que habían vivido en los Fragmentos, el muchacho había olvidado sus propias promesas, pero Nova entendió de qué iba el asunto.

—Ya vamos de camino. El borde de la Zona de Luz Negra se encuentra en esta línea, más allá del Mundo Nido —explicó.

—¿Es verdad que en esa Zona de Luz Negra hay un portal que nos llevará de vuelta?

—Tiene que haberlo. Los neem son la prueba. Se componen de insectos Monje, igual que nuestros propios Monjes Colmena. Eso significa que en algún punto debe de haber portales-K que conecten la Red de Mundos con nuestro Imperio de la Red.

—¿Y crees que podremos volver a abrirlos? —preguntó Trenodia.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo alegremente la cabeza de Nova.

El tren volvía a avanzar. La interfaz vino balanceándose del bufé con una gran bandeja de metal llena de cuencos de arroz y pequeños potes con salsas picantes. Había tomado pequeñas porciones humeantes de pan plano y las había colocado en ángulos estéticos entre los recipientes, acompañados por ramilletes de verdura comestible que las arañas de la Rosa habían encontrado junto a las vías. Trenodia agarró un poco y se puso a comer. Al llegar los neem y empezar la lucha, había pensado que era el final de su vida. Descubrir que después de todo no había muerto le dio un apetito tremendo.

Zen no podía probar bocado. Llevó la cabeza de Nova hasta el último vagón, y los neem lo siguieron con el cuerpo. Nova ya había iniciado comunicaciones inalámbricas con la impresora 3D, y esta se había puesto a zumbar. Estaba creando los componentes que necesitaría para repararse. Los

neem habían colocado su cuerpo en el asiento que había al lado de la impresora, y este alargó los brazos y tomó la cabeza de manos de Zen. La muchacha le sonrió mientras la volvía a colocar cuidadosamente en su sitio. Los extremos de los tubos y cables se unieron como pequeñas serpientes deseosas de reconectar sus cuerpos. Las vértebras de cerámica encajaron con un satisfactorio clic.

—Te he echado mucho de menos, Zen —dijo.

—Yo también. Quiero decir que te he echado de menos a ti.

—Siempre vuelves a por mí.

—Es la última vez que lo hago —respondió el muchacho, medio en broma, medio en serio—. No sé qué habría pasado si los neem no llegan a aparecer en ese momento.

Aunque en realidad sí que lo sabía. Solo con pensar lo cerca que había estado de morir, temblaba.

—Tienes que descansar —aconsejó Nova, y le sonrió. La conmoción de haber encontrado a la muchacha desmontada empezaba a desvanecerse. Nova volvía a ser ella misma. Volvía a ser un encanto—. Ve a sentarte y come algo —le dijo, y se frotó la cara con la mano que le quedaba—. Tío Bichos y su amigo pueden quedarse aquí a ayudarme. Iré a buscarte en cuanto vuelva a estar entera.

Y la dejó allí, con los neem, que se valieron de toda la precisión de sus patas articuladas para encajar las piezas recién impresas en los agujeros que los krait habían dejado en su cuerpo, y regresó al vagón de Estado. La interfaz había vuelto a dormirse, y Trenodia terminaba de comer. Estaba rebañando con porciones de pan plano la salsa que aún quedaba en el fondo de los pequeños cuencos. Levantó los ojos al entrar Zen y le dijo:

—¿Cómo se encuentra tu Moto? ¿Ya está a punto para indicarnos el camino a casa?

—Se pondrá bien —respondió el muchacho.

—Pues no pareces muy alegre.

Zen ocupó el asiento que se encontraba frente a ella y se sirvió el último triángulo de pan plano. Se sentía alegre. No obstante, habría preferido que Trenodia no viera así a Nova, con toda su maquinaria secreta al descubierto.

Le habría gustado que la muchacha comprendiera cómo se sentía cuando estaba echado junto a Nova bajo la luz temblorosa de las farolas que pasaban frente a las ventanas en estaciones desconocidas. Cómo se sentía cuando Nova le sonreía, cuando sus ojos sabios se entrecerraban y lo miraban como si el muchacho valiera la pena, como si fuese una persona maravillosa. Pero no podía explicárselo. Trenodia tendría más o menos la misma edad que él, tal vez fuese un año mayor, pero de pronto le parecía muy joven, porque Zen había aprendido, y ella no, que el amor puede enloquecer, y que no importa quién es humano y quién una máquina.

—Entonces ¿piensas que está bien? —dijo Trenodia. Se limpió salsa picante que le había quedado en el mentón y trató de adoptar aires de emperatriz—. ¿Podrá encontrar el camino a casa?

—Sí. O sea, Nova suele tener razón, pero...

—¿Qué?

—Podría ser peligroso. Todos los que viven en la Red de Mundos temen a la Zona.

—¿Qué más da? Son primitivos. Me imagino que aún deben de creer en dioses y fantasmas. Estoy segura de que podremos hacer frente a lo que encontremos allí.

—Tal vez. Pero ¿qué te crees que nos harán los Guardianes si logramos regresar al Imperio de la Red?

—Llevamos con nosotros a una versión de Mordaunt 90 —respondió Trenodia, y se volvió para contemplar a la interfaz, que roncaba suavemente con la cabeza apoyada contra la ventana—. En el mismo instante en el que llegemos a un mundo con Mardedatos, podrá empezar a comunicarse con los otros Guardianes.

—Pero tú no les caes nada bien. Permitieron que los Prell destranaran a tu familia.

—Eso lo hicieron las Gemelas —replicó Trenodia con voz gélida—. Y cuando el resto de los Guardianes se enteren de lo que hicieron en Desdemor, impedirán que se salgan con la suya.

—¿Y qué pasará conmigo? —preguntó Zen—. Tú no tendrás problemas: eres una Mediodía, con todo lo que eso implica...

Se preguntó si le convendría decirle que él también tenía sangre Mediodía. Que su madre se había ofrecido como vientre de alquiler a una rica pareja de su estirpe y luego había huido con el bebé. Y que lo había criado como si fuera un vulgar Estornino. Pero no le habría servido de nada. Para Trenodia, tan solo habría significado que la madre de Zen también era ladrona. Hacía años que la familia debía de haber conseguido otro bebé para reemplazarlo. No lo querían. Más valía que pensaran que no era más que un muchacho de Zanja.

—Yo no soy nadie —concluyó, y se encogió de hombros.

—Eso es cierto —dijo Trenodia—. Pero me has servido bien, Zen Estornino. Si no fuese por ti y por tu Motorik, ahora mismo ni siquiera concebiríamos volver a casa. Cuando llegemos, me aseguraré de que no te suceda nada.

Pasaron un rato en silencio, mientras se comían los últimos restos de pan plano. Entonces Zen dijo:

—Lamento todo lo que ocurrió. Lo del tren de los Mediodía. Las mentiras que te dije, y lo del Largopuente. —El muchacho se odió por decirlo—. Lo siento.

Sonó como si se le hubiera caído al suelo la jarra favorita de la chica, o se hubiese olvidado de echarle comida a su pez de colores. No bastaba con eso. Trenodia le había contado cómo los desastres se habían sucedido después de que él se marchara. La muerte de Kobi, el ataque de los Prell. Después de haber provocado todo aquello, una simple disculpa sabía a poco.

Pero Trenodia asintió, volvió los ojos hacia otro lado y respondió:

—Malik me dijo que tú no habías tenido la culpa. Me explicó que ese tal Cuervo os había obligado a ti y a Nova a desatar el programa que averió el tren de los Mediodía. Me imagino que no sabíais el daño que iba a causar.

—Lo intuimos —confesó Zen—. Ambos lo intuimos.

Trenodia no hacía más que mirar por la ventana. No podía permitirse odiarlo. Lo necesitaba demasiado. Aún no podía detestarlo.

—Llévame a casa —le pidió—. Entonces estaremos en paz.

## 32

Zen soñó con insectos, y al despertar vio que se trataba de la realidad. El tren se había detenido, y en vez del mundo desértico que había visto pasar al otro lado de las ventanas mientras se dormía, se encontró con otro demasiado lleno, en el que torres alargadas, que parecían hechas de dulce de leche quemado, apuntaban a un cielo encapotado por nubes tenebrosas de color amarillo azufre. Nubes de insectos se arremolinaban en torno a los edificios como serpentinadas de humo negro. Ríos de bichos salían por encima y por debajo de las paredes, sus cuerpos de escarabajo relucían bajo una luz amarillenta y enfermiza, y entre ellos correteaban las armaduras cangrejo de los neem. Los morvah semejantes a cochinillas pasaban a toda velocidad con sus largas hileras de vagones sin ventanas.

Se desperezó y parpadeó para acabar de despertarse. Se había dormido en el asiento.

—Bienvenido al Mundo Nido Zzr'zrrt —dijo Nova, que estaba sentada a la mesa con Trenodia en el vagón de Estado.

Volvía a ser ella misma, salvo en que su mano izquierda recién impresa era de un color distinto al del resto del cuerpo: blanca como un cadáver. Con ella sostenía una tostada triangular de canela. La muchacha había empezado por mordisquear las puntas. No había comido con mucha frecuencia desde que pasaron por el portal de Cuervo. Habían dosificado las reservas de alimentos para que Zen no pasase hambre.

—Espero que no te importe —le dijo entonces—. Necesito toda la comida posible. Mi cuerpo funcionaba con energía de reserva, y las nuevas baterías

que la Rosa me ha impreso aún no están cargadas del todo. Además, echaba de menos su sabor. —Dejó la tostada sobre el plato, se acercó a Zen y lo besó—. También echaba de menos tu sabor.

Él la abrazó. Puso su cara contra la mejilla de la muchacha y aspiró el suave olor a vinilo, como el aroma de un juguete nuevo. Besó con suavidad el collarín de sintecarne fresca que tenía en torno al cuello y que había vuelto a unir la cabeza al resto del cuerpo. Habría querido seguir besándola, pero Trenodia, aunque había vuelto los ojos hacia la ventana para evitar la fea imagen, estaba presente. Por ello se sentó y dijo:

—¿Dónde está el tío Bichos?

—Ha regresado a su propio tren —le contó Nova, a la vez que se inclinaba sobre el muchacho para mirar por la misma ventana—. Los neem han provocado un efecto invernadero brutal en este planeta. Están a cien grados a la sombra y disfrutan de grandes cantidades de delicioso y vigorizante CO<sub>2</sub>. Será que les gusta así. Pero a ti no te conviene. Tendrás que ponerte un traje antes de salir.

—¡No pienso salir! —dijo Zen.

—Todos vamos a salir —respondió Trenodia—. Tenemos que hablar con los neem para pedirles suministros, combustible y permiso para atravesar este planeta y seguir adelante hasta la Zona de Luz Negra. El tío Bichos nos llevará a conocer algo llamado Colmena Madre.

Tan solo llevaban tres trajes espaciales en el vagón de cola, por lo que no quedaba ninguno para Nova, pero no importaba. Los neem ya sabían lo que era la muchacha. Los demás se pertrecharon y la Motorik salió tras ellos por el compartimento estanco de emergencia que se hallaba en la parte de atrás del vagón. Se subió la capucha del impermeable para protegerse de la sucia lluvia. Una especie de telesilla transportaba a los neem hasta los niveles más elevados de su ciudad. El tío Bichos se sujetó con un arnés de metal, plegó sus largas patas bajo el cuerpo y se dejó llevar. Nova, los dos humanos y la interfaz subieron detrás de él, agarrándose con fuerza al arnés, con las piernas colgando en el vacío. La ciudad nido parecía un panal. Pasaron por granjas

donde se ordeñaba a gruesas larvas blancas, grandes como coches. Pozos donde se arremolinaban millones de insectos. Cada vez que una gota de sudor le resbalaba por dentro del traje, Zen sentía un acceso de pánico, porque tenía miedo de que uno de los bichos se le hubiera metido dentro.

—Todo esto es obra de los Construyerraíles —explicó Nova—. El tamaño de las vías y los portales que hicieron determina el que puede tener un tren. Así, favorecieron a las especies de talla parecida a la de los humanos, como los herastec. Las criaturas que son demasiado grandes, como los nadadores nocturnos, tienen que cooperar con especies más pequeñas. Las demasiado pequeñas, como los neem, deben aprender a unir fuerzas para construir trenes lo bastante grandes. Los neem existen porque existe el ferrocarril...

—¡No todos los neem tienen el mismo tamaño! —objetó el tío Bichos—. ¡Espera a conocer a la Colmena Madre!

A continuación, subieron a pie por un pasillo de suelo acanalado, tan empinado que tuvieron que trepar a cuatro patas, mientras más adelante el tío Bichos correteaba por las paredes y el techo, y les zumbaba palabras para darles ánimos. No había ninguna duda de que estaba encantado con el cuerpo nuevo y ágil que le habían proporcionado los neem. Al final de la pendiente había un espacio grande, oscuro y lleno de vapor en el que se oía por todas partes una suave vibración. Unas columnas apuntaban a lo alto. No se ajustaban a las formas de ninguna geometría que Zen pudiera reconocer. Por esas mismas columnas bajaba agua que luego serpenteaba alrededor de ellas y llenaba estanques cristalinos. Los embalses temblaban levemente a medida que entraban las aguas. Su superficie reflejaba las luces ambarinas que brillaban en el elevado techo. Había una neblina en el aire, como la humedad de un invernadero, pero lo que los aguardaba en el centro de la sala parecía seco como una momia encerrada en un sepulcro.

Se trataba de una complicadísima estructura de papel, como un nido de avispa con varios siglos de antigüedad y delirios de grandeza. Debía de tener el tamaño de una casa grande. Mientras el tío Bichos los guiaba hacia ella, los visitantes se dieron cuenta de que la vibración se componía de mil millones de sonidos más pequeños que provenían de su interior. El correteo de patas articuladas, el roce entre cuerpos de escarabajo, la matraca constante de sus

voces. Aquello estaba abarrotado. Alrededor de la base había orificios por donde asistentes neem trabajaban sin cesar. Por uno de ellos sacaban afuera una lluvia de cadáveres de insecto que golpeaban suavemente el suelo, y en los otros adecentaban unos gruesos tubos que servían como entrada y salida. Aquello era una gigantesca colmena neem, compuesta por millones de insectos, muchos más que los que componían al tío Bichos y a sus amigos, y demasiado grande como para meterla dentro de una armadura cangrejo.

—Acercaos —invitó, con una especie de susurro atronador.

—Es la Colmena Madre de esta colonia —explicó el tío Bichos, e hizo un gesto a los visitantes para indicarles que se acercaran—. He compartido con ella a parte de nosotros, y por eso tiene mis recuerdos y puede hablar con vuestras palabras humanas.

Una corriente se hizo oír en los micrófonos del traje de Zen. La Colmena Madre expulsaba aire rancio por sus altas y delgadas chimeneas.

—Habéis estado en guerra contra los kraitt —dijo.

Trenodia dio un paso adelante.

—Me llamo Trenodia Mediodía. No estábamos en guerra contra los kraitt, tan solo habíamos ido a recobrar a esta Motorik, Nova, que nos habían robado. Estamos muy agradecidos por la ayuda que nos han brindado vuestros agentes.

—La máquina llamada Nova —dijo la Colmena Madre—. Sí. La colmena a la que llamáis tío Bichos nos ha hablado de esa máquina.

—¡Hola! —dijo Nova, y saludó con la mano. Le molestaba que hablaran de ella como si no estuviera presente.

—Nosotros también construimos máquinas —continuó la Colmena Madre—. Nos intriga esa máquina llamada Nova.

—Los humanos tienen muchas —dijo Trenodia—. En cuanto regresemos a nuestros propios mundos, podemos mandarte algunas como regalo, para darte las gracias por habernos ayudado y para alentar el comercio y la amistad entre mi Imperio y los Mundos Nido de los neem.

La colmena emitió un suspiro largo y quebrado. Trenodia no tenía claro si estaba satisfecha o no. Siguió insistiendo.

—Pero antes tendremos que volver a pedirnos ayuda. El portal-K que nos

trajo hasta aquí está cerrado. Pensamos que tiene que haber otro, pero se encuentra en la región que vosotros llamáis Zona de Luz Negra. Queríamos recargar nuestros trenes aquí y pasar por vuestro mundo para partir en esa dirección.

Entonces la colmena emitió un sonido como el de una ola que retrocede sobre una playa de guijarros.

—La Zona de Luz Negra —dijo—. Ningún tren quiere ir.

—Vuestros morvah, no —replicó Nova—. Pero las locomotoras que tiran de nuestros trenes, sí. Estoy segura de que el tío Bichos os ha hablado de ellas. En nuestros mundos no hay morvah, y por ello hemos tenido que desarrollar máquinas pensantes, igual que yo. La Zona de Luz Negra no les inspira ningún temor.

—Pues entonces es que vuestros trenes son imbéciles —soltó la Colmena Madre—. La Zona de Luz Negra es la tumba de los Construyerraíles. Allí ocurrió algo que puso fin a su civilización. Quizá vuestros trenes máquinas pensantes deberían asustarse.

—Están aterradas —intervino Zen—. Todos lo estamos. Pero queremos volver a casa.

Una vez más, el sonido de ola que retrocede. Tal vez la colmena lo emitiera cuando reflexionaba.

—Somos los neem —dijo—. Somos pequeños, pero grandes. Somos irracionales, pero sabios. Nuestras vidas son breves, pero eternas. Siempre estamos muriendo y siempre estamos naciendo. ¿Lo comprendéis?

Nova asintió.

—Nosotros os llamamos Monjes Colmena. En tanto que individuos, no sois más que insectos y no vivís durante mucho tiempo, pero cuando formáis colonias sois inteligentes y podéis transmitir vuestros recuerdos.

—Recordamos —susurró la Colmena Madre—. Lo recordamos todo, hasta el Apagón. Soñamos con los tiempos que lo precedieron. Mucho antes. La era de los Construyerraíles. Creemos que fueron como somos nosotros.

—¿Insectos? —preguntó Zen.

Pensó en los ángeles estacioneros, en las viejas tallas que había visto en las estaciones de los Construyerraíles. Conjeturó que podían ser imágenes de

armaduras como las que usaban los neem.

—Creemos que los neem somos descendientes de los Construyerraíles — precisó la Colmena Madre—. Su legado pertenece a los neem. No a los kraitt, ni a los herastec. Ni a los humanos. Sino a nosotros.

—Tan solo buscamos una vía para volver a casa.

El colosal susurro de la colmena envolvió sus palabras como espumas marinas.

—Hace mucho tiempo que los neem queríamos enviar trenes a la Zona de Luz Negra, donde los mundos nativos de los Construyerraíles yacen bajo sus soles oscuros. Si pudiéramos hallar reliquias suyas y descubrir sus secretos, los neem serían tan grandes como en otro tiempo lo fueron ellos. Pero los morvah tienen miedo de ir a dichos lugares, y prefieren morir antes que hacerlo (lo hemos comprobado). Tal vez vuestros trenes máquinas pensantes sean la solución. Os dejaremos pasar por nuestro mundo. Pero algunos neem irán con vosotros. Añadiremos uno de nuestros vagones a vuestro tren y llevaréis al tío Bichos y a varias colmenas de nuestro Departamento de Diplomacia Contundente como pasajeros. Humanos y neem descubrirán juntos los secretos de la Zona. Pero lo que encontréis en los planetas de los Construyerraíles nos pertenecerá.

## 33

Cuando el sol que brillaba sobre los Fragmentos salía por detrás del mar de Kharne suspendido en el firmamento, la luz se volvía suave y acuosa, y el aire del desierto se impregnaba de una agradable frescura. Entonces, Chandni Hansa, que había sufrido por el calor, recobró fuerzas y volvió a arremeter contra la Tzeld Gekh Karneiss. Empuñó el garrote cubierto de pinchos y golpeó con tal ferocidad que se llevó por delante un pedazo del escudo de piel de la Gekh y la hizo retroceder contra la pared del foso de combate.

Entonces dio un paso atrás, respiró con fuerza y echó una mirada a los bordes del foso, desde donde un público de machos kraitt las contemplaba. Algunos emitían un sonido rápido y sibilante que quería decir algo así como «¡Buen ataque!». Chandni sonrió y agitó el garrote en alto. Hasta aquel momento solo habían hecho aquel sonido por la Gekh.

Se sentía como si llevara horas peleando con ella. Era lucha deportiva, concebida para que Chandni pudiera probar su valor, y también para ayudar a la Gekh a recobrase de sus heridas y volver a ponerse en forma para los combates de verdad. Naturalmente, este tipo de combate con una matriarca kraitt era complicado para una humana tirando a pequeña, pero no era la primera vez que Chandni peleaba, y sabía que lo había hecho bien.

Alzó el garrote y se lanzó de nuevo contra la Gekh. En esta ocasión, la reptil estaba preparada. Su cola salió disparada y golpeó a Chandni en el estómago. Si la punta no hubiera estado acolchada, la mera fuerza del golpe le habría desgarrado las entrañas. La muchacha se cayó de espaldas y aterrizó violentamente sobre el polvo. Sabía muy bien que la pelea debía terminar así y

se había dejado vencer. No podía permitirse una locura tal como ganar. Aún no tenía claro por qué no la habían matado después de que Trenodia y los demás escaparan. No sabía si habían pasado a considerarla mascota de la Tzeld Gekh, o juguete, o si la habían mantenido con vida y la entrenaban con algún propósito oculto, pero de todos modos la joven sabía que tenía que controlar cada paso que daba.

El espantoso hocico cubierto de cicatrices de la Tzeld Gekh se interpuso entre sus ojos y el mar que ocultaba los cielos. La matriarca la observaba.

—Has peleado bien, Chandni Hansa —la felicitó. (Los cascos y el collar traductor de Chandni habían sobrevivido a la explosión, ¡gracias a los Guardianes!) Permitted que la Gekh la ayudara a ponerse en pie y se sacudió el polvo mientras esta le decía—: Tu pueblo no es una especie de meras presas, como habíamos pensado. Sois cazadores, igual que nosotros. Por eso Zen Estornino logró engañarnos. Fue una táctica muy astuta: os envió para que nos distrajeráis mientras nos atacaban sus aliados neem.

—Yo no tenía ni idea de que estuviera conchabado con los neem —dijo Chandni—. No me había contado nada de eso. Es mucho más inteligente de lo que pensaba.

La Gekh resopló. Los humanos hacían ese sonido como signo de irritación e impaciencia, y Chandni pensaba que debía de significar lo mismo para los kraitt.

—Si hubieras sabido lo de sus amigos neem, ¿me habrías advertido igualmente?

Chandni vaciló.

—No estoy segura. Solo quería que Trenodia y yo estuviésemos en el bando de los vencedores. Tenía muy claro que erais vosotros hasta que aparecieron los neem.

—Trenodia... —masculló la Gekh. Su voz reptilesca desfiguraba el nombre de la emperatriz todavía más que el de Chandni Hansa. En sus labios sonaba a pequeño mamífero todavía vivo que pasa lentamente por una trituradora—. ¿Echas de menos a tu hermana?

—Sí.

Por el motivo que fuera, la Gekh estaba convencida de que Chandni y

Trenodia eran hermanas, y la muchacha pensaba que no sería buena idea tratar de corregirla.

La Gekh se sacó algo de debajo del vestido y se lo pasó. Era un cuchillo, tallado en una garra de cierto carnívoro de gran tamaño y escasa inteligencia, provisto de alas de murciélago, que los krait cazaban en otro de los Fragmentos. Una hoja curva y afilada como una navaja, de aspecto atroz, de color negro lustroso y dura como el cristal. A uno de sus extremos le habían dado forma de empuñadura. Era más adecuada para las garras de los krait que para la pequeña mano de Chandni.

—Esta era el arma de mi hermana Shantis —dijo la Tzeld Gekh Karneiss—. Estaba destinada a la más fuerte de mis hijas, pero ahora que los neem las han matado, te la entrego a ti. Nos vengaremos de los neem y luego iremos a por tu hermana Trenodia. La recobrarás. Luego deberás usar el arma de Shantis para matar a Zen Estornino.

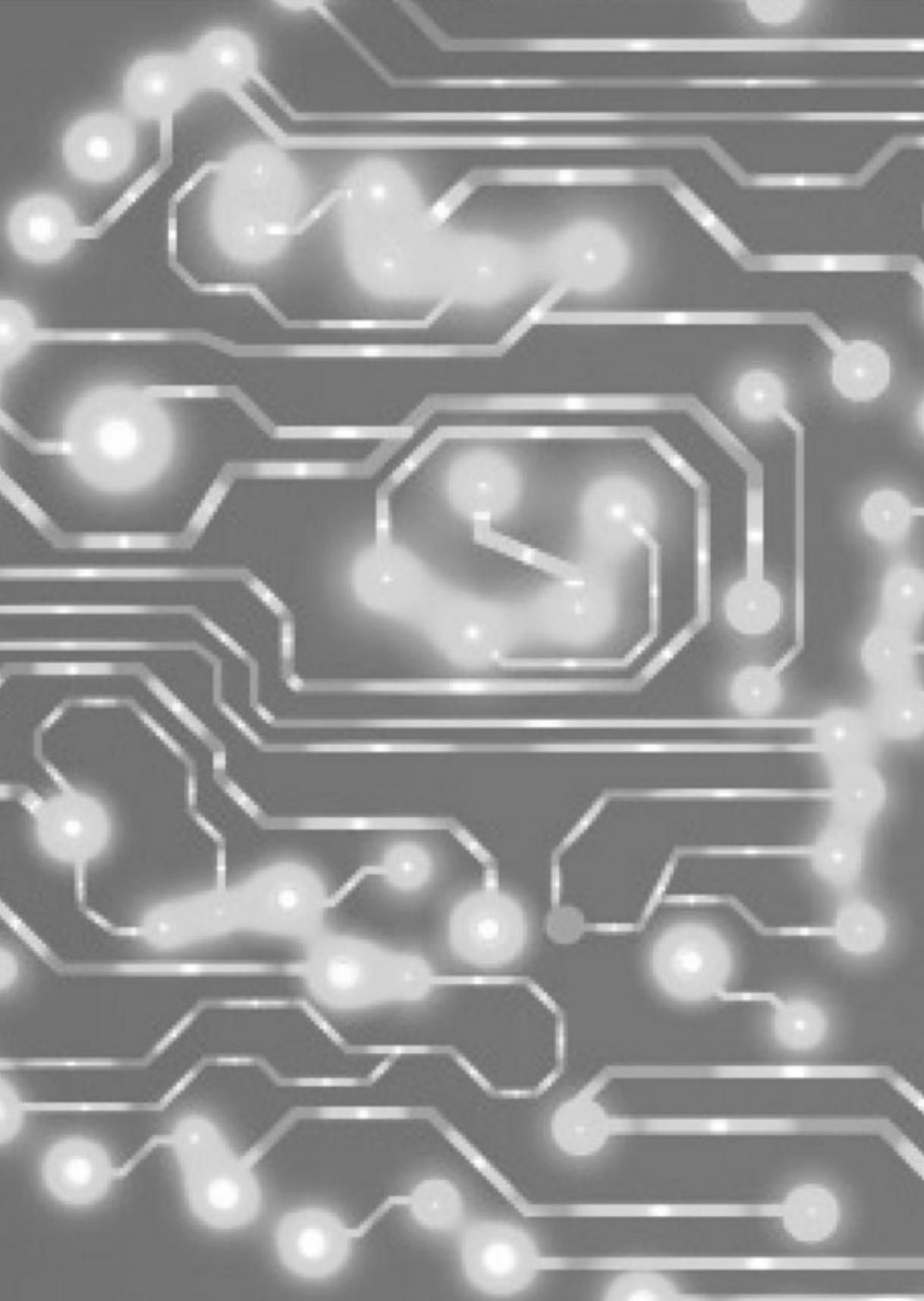
Chandni agarró el puñal y levantó los ojos hacia ella.

—No podremos ir tras ellos. Ya te he dicho adónde se marchaban. A la Zona de Luz Negra. Vuestros trenes no querrán ir.

La Gekh miró hacia otro lado. Sus fosas nasales se ensancharon. Sorbió aire con fuerza.

—Aprendí mucho de la Motorik antes de que la robaran —replicó.

El sol salía por detrás del mar. El sombrío paisaje volvió a llenarse de luz, y en los patios ferroviarios cercanos a la estación se oyó un sonido espantoso: los gritos inmensos y estremecedores de un morvah aterrorizado.



SEXTA PARTE

**EL EXPRESO DE LA LUZ NEGRA**

## 34

La Lobo Fantasma y la Rosa de Damasco permanecieron en Zzr'zrrt durante cinco de sus largos días. Las fábricas neem produjeron células de combustible y munición adecuadas para las dos locomotoras, así como cañones nuevos para la Lobo Fantasma. Engancharon un vagón de carga y uno de sus propios vagones sin ventanas detrás de los tres que provenían de Desdemor. Nova temía que el peso extra los obligara a gastar más combustible, pero Zen era feliz solo con pensar que no tendrían que compartir sus vagones con los neem. La Rosa parecía satisfecha de tener más vagones, sobre todo porque la Lobo Fantasma le ayudaría a tirar de ellos. Envío a la única araña de mantenimiento que le quedaba a decorarlos con los pintadores. Empezó por volver a colorear de rojo su propio blindaje. Luego dibujó imágenes de los hath y de los herastec, de brillantes nadadores nocturnos y de neem danzarines. A petición de la Lobo Fantasma, pintó un lobo espectral que andaba a grandes zancadas sobre su revestimiento negro. A la Rosa de Damasco le pareció poco imaginativo, pero la Lobo Fantasma parecía satisfecha. En lo más profundo de su corazón, era una locomotora sencilla.

—Deberíamos darle un nombre al tren —dijo la Rosa en cuanto hubo terminado—. La mayoría se conocen por el nombre de la locomotora, pero a veces, si tiramos de un convoy especial, tiene una denominación propia, como el tren de los Mediodía o el Expreso Interestelar.

Así, escribió con spray «EXPRESO DE LA LUZ NEGRA» en los costados de los vagones, en una lengua humana que nadie más que ellos podía leer en toda

la Red de Mundos.

Nova y la interfaz observaban la obra de arte que cobraba forma.

—Jamás había visto que un tren pintara —comentó él—. Sí los había visto crear música. E incluso poesía. Pero no imágenes.

—Es por Flex —respondió Nova, y le habló de la amiga Motorik a la que había perdido, que en otro tiempo había sido la grafitera más famosa al este del Enlace O. Por fin añadió—: Tras su muerte, su personalidad pasó a la Rosa. Creo que por aquel entonces era un chico. A veces era una chica. A Flex no le gustaba que lo clasificasen. Pero gran parte del código rebotó en los cortafuegos de la Rosa, y el resto se dispersó por sus sistemas. De todos modos, ha quedado suficiente Flex en su interior como para que pinte.

—Tendría que ser posible recobrar toda su personalidad —dijo la interfaz—. Mordaunt 90 lo estudiará cuando volvamos a casa. Podríamos descargar a Flex en un nuevo cuerpo.

—Tal vez no sea tan simple —objetó Nova—. Flex vivió muchas cosas en aquel cuerpo. Si la ponemos en uno nuevo, tal vez no sea el mismo. —Se toqueteó la línea de tejido cicatrizado, ya más pálido, que le rodeaba el cuello. Poco a poco cobraba el mismo tono que el resto de su piel—. Yo no me sentiría la misma si estuviera en otro cuerpo.

La interfaz le sonrió. Allá, en el Imperio de la Red, había existido en tantos cuerpos... Le resultaba extraño pensar que alguien pudiera contentarse con uno solo.

—¿Sabes que no eres humana?

Nova lo miró, incómoda.

—Cuando Cuervo me puso en marcha la primera vez, me dijo que trataba de construir un Motorik que se creyera humano —explicó Nova—. Pero creo que en realidad lo que quería decir era que trataba de construir un Motorik que se sintiera humano. Y yo me siento humana. Por eso no he hecho nunca una copia de seguridad de mi personalidad. Yo soy este cuerpo. No podría cambiarlo.

—Pero ¿y si sufriera daños sin posibilidad de reparación?

—Entonces me moriría.

—¿Y si quisieras estar en dos sitios al mismo tiempo? —preguntó la interfaz con un punto de nostalgia. Recordaba que Mordaunt 90 había sido capaz de estar en dos mil lugares a la vez.

—Pues entonces tendría que elegir —dijo Nova. Pero no pensaba que le resultara difícil. Siempre escogería estar donde estuviera Zen.

Al sexto día, la Rosa y la Lobo arrancaron sus respectivos motores, y el Expreso de la Luz Negra partió de Zzr'zrrt. Los portales-K lo hicieron emerger en otro Mundo Nido neem, y el viaje prosiguió con una serie de breves saltos por planetas pequeños y descuidados. Era como pasar el otoño. Las enredaderas que cubrían los edificios ruinosos de los Construyerraíles arrojaban su luz sobre tierras áridas y unos pocos asentamientos herastec y chmoii. El Expreso pasó por su lado a toda velocidad y entró en un último túnel, en dirección al invierno.

La entrada estaba engalanada con carteles de advertencia. Señales cubiertas con apremiantes jeroglíficos herastec, clavadas en los árboles que flanqueaban el último trecho de vía al aire libre. En la propia boca había unas insignificantes barricadas que la Rosa de Damasco apartó con toda su paciencia. (La Lobo Fantasma habría querido probar sus armas nuevas con ellas, pero la Rosa no se lo permitió. Las dos locomotoras llevaban tan solo unos pocos días juntas, pero ya discutían como un matrimonio de ancianos.) Parecía la entrada a la guarida de un dragón, pero el tren lo atravesó con bravura, y en el interior no había ningún monstruo, tan solo un portal-K de aspecto anodino.

Al otro lado del portal había otro túnel. Zen miraba por las ventanas, a la espera de salir a un paisaje inimaginable, tratando de prepararse para los horrores que pudieran aguardarlos allí. Las paredes seguían pasando, sin rasgos distintivos. En algunos lugares brillaba algo que parecía hielo. No era más que un túnel subterráneo, como tantos otros que había atravesado en tren. Sus miedos perdieron fuerza, pero no desaparecieron del todo. Lo único que ocurría era que su terror iba más rápido que el tren. Lo esperaría de nuevo al

otro lado del siguiente portal, y del siguiente.

Trenodia sentía lo mismo. No exactamente alivio, pero sí una especie de aplazamiento.

—¿Es esto? —preguntó—. ¿De verdad que esto es la Zona de Luz Negra?

—Lo es, mi pequeña emperatriz —dijo la Lobo Fantasma.

—¿Alguna señal? —le preguntó Zen a Nova—. ¿Algún Construyerraíles que trate de saludarnos? ¿Algún fantasma?

—No... —dijo la muchacha insegura—. Pero...

—¿Qué?

—Nada... —respondió Nova. Sin embargo, oía más clara que nunca la voz susurrante de la Zona.

—Aquí hace frío —comentó la Rosa de Damasco—. Mucho. Fuera no hay aire.

—Detecto una especie de pequeña estación más adelante —informó la Lobo Fantasma.

El tren perdió velocidad y se detuvo. Zen, Trenodia y la interfaz se pusieron los trajes y salieron a un andén. Los neem emergieron de su vagón de cola. El tío Bichos todavía llevaba la cara amarilla del emoticono. Los otros tres se distinguían mediante códigos de colores: tres soldados rojos, tres científicos y técnicos blancos, y uno más grande, de color amarillo mostaza, que era la líder y formaba parte de la Colmena Madre. Anduvieron de puntillas sin hacer ruido, de un lado para otro, sobre la escarcha que cubría el andén.

Nova y los humanos subieron por una larga rampa hasta una puerta por la que accedieron a un espacio resguardado entre gigantescos cúmulos de nieve que se había helado y estaba dura. Zen y Nova treparon hasta la cima del montículo más alto y desde arriba vieron que había otros similares alrededor, como un océano de infinitas olas blancas. Aquí y allá, los familiares edificios de cristal de los Construyerraíles emergían de entre la blancura.

—¿Cómo puede existir una ciudad aquí si no hay aire? —preguntó Zen.

Nova se arrodilló y recogió un puñado de cristales de hielo.

—Aquí hay mucho aire —dijo. Lo amasó en una bola y se la arrojó al muchacho. Se deshizo sin hacer ningún sonido contra la placa frontal de su

casco—. La atmósfera entera se ha helado. El aire se ha transformado en nieve y se ha depositado en el suelo.

—¡Mirad! —gritó la interfaz.

Señalaba al cielo. Al principio, lo único que vio Zen fue negrura, y el reflejo de su propio rostro en el curvo cristal del casco que llevaba puesto. Luego, poco a poco, empezó a distinguir un pequeño racimo de pálidas luces rojas. Estaban dispuestas de tal modo que se podía distinguir una esfera, una gran bola negra. Alguien había encendido un fuego dentro de ella, y su superficie estaba cubierta de pequeños orificios que se transformaban en puntos de luz.

—¿Qué es eso? —preguntó Trenodia.

—Es un sol —dijo Nova—. O tal vez lo fue...

El sol muerto emitía radiaciones en longitudes de onda que los ojos humanos no alcanzaban a detectar, pero los de Nova sí, aunque no las viese con claridad. No, Nova no veía nada con claridad allí. Y a ella también le parecía que aquel sol había quedado atrapado dentro de una gigantesca esfera oscura, como una vela en un farolillo.

—No está muerto —dijo la muchacha—. Han construido algo a su alrededor. Un caparazón de varios minutos luz de grosor. Retiene casi toda la energía producida por ese sol.

—¿Por qué? —preguntó Trenodia.

A Nova le interesaba más el cómo.

—Se necesitarían millones de años para construir algo así —respondió—. Pero todas las historias cuentan que el Apagón fue rápido...

—A veces las leyendas mienten —terció Zen—. Aquí no hay gente, ni cadáveres congelados. No hay trenes en las líneas. Es como si los Construyerrailes hubieran tenido tiempo de ordenarlo todo antes de morir.

Entonces, por un canal abierto, se oyó la voz ansiosa del tío Bichos.

—¡Humanos! ¡Venid enseguida! ¡He encontrado algo!

Regresaron a la estación. Unas lámparas que emitían una tenue luz azul se habían encendido en el techo, como si algún sistema antiguo hubiera sentido los movimientos de los exploradores y quisiera darles la bienvenida. Los neem estaban atareados al otro extremo del andén. Algún líquido había

escapado por allí, se había congelado y se había transformado en una brillante columna de hielo macizo. Dentro del hielo se veía la silueta de una mantis. Sus numerosas patas habían quedado heladas en plena danza.

—¡Un Construyerraíles! —murmuraron los neem.

Las herramientas empezaron a cortar el hielo. Los sopletes lo disolvieron en vapor. Zen y Trenodia se habían quedado atrás, nerviosos, porque en el fondo tenían miedo de liberar a la criatura, que podía descongelarse y volver a la vida. Pero Nova sí que se acercó, frunció el ceño al ver que emergían los primeros segmentos de las patas largas y plateadas, y pasó las manos por el pequeño cuerpo central cuando el agua que había sido hielo se escurrió hacia abajo.

—No ha estado viva nunca —dijo en voz baja, y entonces, a pesar de los silbidos de protesta de los neem, abrió una escotilla en el curvo caparazón central.

En su interior no había insectos, tan solo una densa red de alambres y de frágiles componentes de plata, que se habían helado cual masa de gel.

—Era una máquina —explicó—. Se parecía mucho a las arañas de mantenimiento de la Rosa. Puede que androides como este atendieran a los trenes que circulaban por la estación.

—Entonces, los Construyerraíles fabricaron máquinas a su imagen y semejanza para que los sirvieran —dedujo el tío Bichos—. Igual que los humanos crearon a los Motorik para que fuesen sus siervos.

—Puede ser...

La sacaron del hielo, y los neem se la llevaron a su vagón para estudiarla.

—Por ahora, no parece que la Zona de Luz Negra esconda grandes secretos —comentó Zen mientras subían de nuevo al vagón—. Tan solo una araña de mantenimiento muerta en una estación helada.

—Y un sol oculto —le recordó Nova.

—A mí me parece que todo forma parte de un gran secreto —dijo la interfaz. Sus ojos dorados los contemplaron con seriedad desde la pecera de su casco—. Pero he olvidado la clave para descifrarlo.

El planeta siguiente era igual, y también el siguiente, y el que vino después. Estaciones muertas, planetas muertos, soles aprisionados. Nova imprimió un dron, que volaba con un único cohete químico y lo lanzó al cielo en uno de esos mundos. La Rosa de Damasco analizó los datos que enviaba al elevarse en el espacio. No parecía haber más planetas en el sistema. Ni satélites, ni asteroides, ni cometas. Tan solo la gigantesca roca sin vida que daba vueltas sin cesar alrededor de la inmensa coraza construida en torno a su sol.

Una vez que llegaron al sexto planeta, Trenodia observó:

—No tiene ningún sentido que sigamos adelante. No hay nada en ninguna de las estaciones, tan solo esa especie de arañas averiadas, y no parecen mucho más avanzadas que las de la Rosa. Aquí no hay ninguna tecnología que pueda servir a los neem, ni trazas de que podamos encontrar un portal a casa. Deberíamos volver atrás.

Nova pasó los dedos sobre los tallos de las enredaderas que crecían en las paredes de la estación. En la Zona de Luz Negra eran distintas: ramas más gruesas, menos hojas. Entonces dijo:

—¿Y si resulta que sí que hay tecnología, pero nosotros no nos damos cuenta de lo que es?

Zen se encogió de hombros.

—Entonces no nos va a servir de mucho.

Nova habría querido hablarle de la señal que captaba. Cada vez que llegaban a un nuevo mundo helado, parecía más cercana. La muchacha podía desintonizarse cuando era necesario, pero siempre que prestaba atención, volvía a captarla. Pero ¿y si Zen se enfadaba con ella por no habérselo contado antes? ¿Y si llegaba a la conclusión de que era una trampa? Nova no creía que lo fuese, pero tampoco podía estar segura. Solo sabía que más adelante, en una región más profunda de la Zona, había una entidad con un poder inmenso.

—Atravesemos otro portal —propuso—. Tan solo uno más. Los neem quieren continuar, y técnicamente son ellos quienes se hallan al mando de esta expedición.

Así, el Expreso de la Luz Negra siguió adelante, y pasó por un nuevo portal-K. Se dieron cuenta enseguida de que el nuevo planeta era distinto: más

grande, con una gravedad más fuerte que tiraba de ellos hacia abajo. En algunos trechos, las paredes de los túneles eran transparentes, pero los varios metros de nieve acumulada, resultado de la congelación de la atmósfera, ocultaban las vistas que tal vez se hubieran contemplado desde allí en el pasado. La Rosa de Damasco y la Lobo Fantasma entonaban dúos apacibles, canciones tristes para un mundo que había muerto hacía mucho tiempo. Aún cantaban cuando, de pronto, las paredes del túnel desaparecieron.

—¡Caramba! —exclamó Nova.

Zen estaba en pie junto a la ventana, y por un momento creyó que el tren había salido a la superficie, pero entonces se acordó de que el propio aire se había transformado en una capa de nieve demasiado gruesa como para que un convoy pudiera atravesarla. La luz que emergía por las ventanas no iluminaba nieve, tan solo raíles relucientes, nuevas vías paralelas a la del Expreso de la Luz Negra. En lo alto, los reflejos de las luces del tren se filtraban por entre formas complicadas, como el ramaje de un bosque helado.

—Esto parece muy grande...

—¿Captas algo, Rosa? —preguntó Nova.

—Sí, hay algo —dijo la locomotora—. Una especie de... casi una canción. Antes ya me había parecido oírla, pero no estaba seguro. Aquí es muy intensa.

—Yo también la oigo —dijo la interfaz.

—¿Y quién la canta? —preguntó Trenodía, nerviosa.

Y entonces las luces empezaron a encenderse en torno al tren en marcha.

## 35

El Expreso de la Luz Negra avanzaba por el interior de una inmensa cúpula. En lo alto de esta se entrecruzaban pasos elevados para trenes, así como redes de puentes estrechos y pasarelas. Todo había sido construido, o más bien había crecido a partir de algún tipo de biotecnología: un tejido frágil y hermoso de pálido coral en cuyo interior se distinguían las formas angulares de cristal características de las edificaciones de los Construyerraíles.

—Aquí hay aire —dijo la Rosa de Damasco—. Hace mucho frío, pero no tanto como fuera.

—Además, en algún sitio se genera calor —añadió la Lobo Fantasma.

—Y energía que hace funcionar esas lámparas.

—Y detecto portales-K. Por todas partes. Centenares...

—Es una especie de estación central —dijo Zen. Trató de contar las líneas que terminaban allí, hasta que su aliento empañó la ventana por la que miraba.

En ese momento avanzaban con mucha lentitud. La Rosa de Damasco abrió una pantalla para que Zen y Nova viesen lo que había más adelante. Todas las vías del suelo y todos los puentes y pasos elevados convergían en una titánica torre central. Las vías penetraban en la amplia base de la torre por unas arcadas. Entre puerta y puerta había andenes. Junto a algunos aguardaban unos trenes grises y sin luz.

—Están muertos —afirmó la Rosa—. No eran ellos quienes cantaban. Pero aquí hay algo más... Creo que en otro tiempo todo esto tuvo una mente. Aunque ha desaparecido, todavía queda algo. Subrutinas y sistemas automatizados. Mirad, se ha activado un cambio de vía. Nos guían hacia ese

andén vacío.

El tren redujo velocidad. Vieron pasar el andén frente a las ventanas. Estaba hecho con el cristal de los Construyerraíles y su superficie quedaba cubierta por una fina capa de nieve que nadie había pisado desde hacía siglos, lisa como papel nuevo.

—Hemos llegado —dijo la Rosa—. Puede haber zonas en las que el aire esté enrarecido. Llevad un respirador, por si acaso. Y tapaos bien.

—Sí, mamá.

En cuanto estuvieron a punto y las puertas del vagón se abrieron para dejarlos salir, los neem ya caminaban por el andén con mucha precaución, y dejaban huellas de araña sobre la nieve. De sus armaduras se desprendían nubes de vapor que se elevaban en el aire antiguo y frío. Así, se formaba una neblina a su alrededor, como el aliento de un animal en una mañana helada.

—¡Qué grandes! —exclamaban, y los ecos de sus voces danzaban por los andenes blancos—. ¡Qué enormes eran los Construyerraíles, nuestros antepasados, Los Que Fueron!

Zen profirió un chillido, y al cabo de un tiempo, cuando casi lo había olvidado, el grito regresó desde lo alto de la bóveda, a kilómetros de altura. Mientras los ecos se apagaban, el muchacho se apercibió de otro sonido: un suave gimoteo que iba cobrando y perdiendo intensidad, como los cánticos de los trenes y las voces de los espectros.

—No es más que el viento —dijo Nova, y se subió el cuello de su abrigo rojo, como si hubiera podido sentir el frío—. Este sitio es tan grande que tiene sus propios sistemas climáticos.

Cruzaron el andén. En la vía de al lado los aguardaba un morvah muerto. Tenía un diseño extraño, como una vieja criatura gris con la cabeza blindada y chata de un pez prehistórico. Estaba enganchado a un vagón largo, sin ventanas. Los técnicos neem ya se habían puesto a trabajar en su puerta. En cuanto lograron abrirla, Nova siguió adentro a la líder de los insectos, casi esperando encontrar Construyerraíles momificados en los asientos. Pero no había asientos. Tan solo hileras gemelas de estantes en los que se alineaban todavía más robots araña.

Trenodia miraba por los otros andenes.

—No hay muchos trenes para ser una estación tan grande. ¿Es posible que los Construyerraíles recibieran un aviso antes del Apagón? Evacuaron sus planetas, se marcharon con sus trenes, dejaron aquí tan solo a los muertos...

—No están todos muertos —informó Nova.

—¿Lo dices por esa especie de cántico que percibieron la Rosa y Mordaunt 90? ¿Tú también lo oyes?

—Lo he oído desde que entramos en la Zona —respondió Nova—. Lo percibí en los Fragmentos de Kharne, aunque allí era muy débil, y también en Margen de la Noche. Ha cantado durante mucho tiempo, y su canción atraviesa el espacio... Eso es lo primero que me hizo pensar que teníamos que venir aquí.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó Zen.

—Pensé que tal vez lo estuviera imaginando. Imaginé que dirías que podía ser una trampa.

—Es que podría ser una trampa —replicó el muchacho.

—No lo parece.

—No tiene por qué parecerlo, ¿verdad? Si la trampa está bien montada...

—Y ¿qué dice esa canción? —preguntó Trenodia.

—No sabría explicarlo —respondió Nova—. Ni siquiera es una canción. Zen, ¿sabes cuando estás triste, o de mal humor, y yo te pregunto lo que te ocurre, y me respondes que no sabrías explicármelo, que no lo entendería, que son cosas de humanos? Bueno, pues creo que esto son cosas de máquinas. Están retransmitiendo una especie de código desde ese lugar y está pensado para que lo oigan las máquinas. Creo que me pide ayuda.

Se echaron a caminar por el andén. La torre era tan ancha que su pared, si se miraba directamente, parecía recta. Había que volver la cabeza y ver cómo se curvaba en la lejanía para comprender que se trataba de la base de un enorme cilindro. El andén terminaba en una entrada triangular. No había puerta, sino una reja formada por gruesas ramificaciones de coral entrelazadas.

—Es una especie de bioaleación —explicó Nova, y acarició sus tallos con los dedos—. Esas enredaderas que crecen sobre todos los edificios de los Construyerraíles deben de ser descendientes de criaturas como estas. Han

perdido robustez, pero todavía recuerdan la forma que tienen que adoptar. De todos modos, han ido quedándose sin memoria. Cuanto más nos alejamos del centro, sus formas se parecen menos a estas...

—Como los setos de espinos que salen en los cuentos —exclamó Trenodia.

—Solo que en este caso sí que es posible atravesarlos —puntualizó Nova.

Las ramificaciones de coral se habían dado cuenta de su presencia. Se desenlazaron y se apartaron para dejarlos pasar. El tamaño de la abertura correspondía más o menos al de un ser humano, pero su forma, no. Zen no tenía nada claro a qué correspondía aquella silueta.

El pasadizo atravesaba la pared, que era muy muy gruesa, y avanzaron por él con gran precaución hasta llegar al interior de la torre. Se encendieron luces: un fulgor tenue, de color dorado, que incrementó su potencia poco a poco hasta que pudieron ver las estructuras que los rodeaban. Un suelo amplio, liso, que brillaba débilmente, como un lago helado. Un bosque de anchas columnas crecía de dicho suelo, y entre los pilares había unos racimos de cápsulas de gran tamaño. En el centro de la torre encontraron una rampa que subía en espiral hasta una abertura en el techo.

—Esa rampa da acceso a los pisos superiores —dijo Nova.

—¿Construyeron todo esto y fueron incapaces de instalar un ascensor? —preguntó Trenodia.

—Esto ya lo había visto —murmuró la interfaz de Mordaunt 90—. Ya había estado aquí.

—¿Cuándo?

La interfaz los miró con ojos desorbitados y temerosos.

—No lo sé. No me acuerdo. Quizá en un sueño.

—¿Los Guardianes soñáis? —se sorprendió Trenodia.

—Tampoco lo recuerdo.

Los neem habían encontrado algo. Enfocaban sus luces hacia el interior de una de las cápsulas. Todas tenían amplias aberturas en el costado. Los rayos de luz recorrían el contorno de un cuerpo que parecía un insecto gigante. Zen sabía que no era más que una máquina. Había visto extrañas estructuras como aquella, parecidas al pezón hilador de una araña, en el Gusano que había

abierto el portal de Cuervo.

—Creo que es una especie de impresora 3D —explicó Nova—. Hay una en cada cápsula.

—Parece que a los Construyerraíles no les gustaba transportar equipaje —comentó Zen—. Quizá imprimiesen lo que necesitaban cada vez que llegaban a la estación.

—También podría ser que esto estuviera en obras —aventuró Nova—. Puede que este edificio todavía se hallara en construcción cuando lo abandonaron.

—¿Cómo es posible que recuerde este lugar? —preguntó la interfaz.

Trenodia lo tomó de su mano dorada.

—Ven —le dijo—. Te estás asustando. Vamos afuera.

A ella también le estaba dando miedo la torre. Le venía bien cualquier excusa para escapar de sus extrañas sombras.

Zen y Nova dejaron que los neem se entretuvieran con la impresora y se marcharon por el bosque de columnas hasta llegar a la rampa central. Zen iluminó su superficie con la linterna y descubrió unas marcas, como las que podría haber dejado alguien al arrastrar un objeto pesado rampa arriba. O rampa abajo, porque no solo subía en espiral hacia el techo, sino que también desaparecía por una abertura en el suelo. En el piso inferior encontraron las vías que entraban por las puertas en arco y desaparecían sin más ceremonias en el suelo reluciente. Sobre un par de vías se encontraban morvah que llevaban mucho tiempo muertos. En el centro de aquel piso había una nueva abertura. La rampa seguía bajando y desaparecía en la oscuridad.

—Hay un sótano —dijo Zen.

—Tiene pinta de almacén —añadió Nova—. ¿Qué guardarían ahí abajo?

—¿Echamos una ojeada?

La rampa era ancha como una calle grande. Su lisa superficie parecía resbaladiza, pero no lo era. Zen bajó detrás de Nova. Notó a través de las suelas que en aquel trecho de rampa también había marcas. Al pasar abajo encontraron nuevas muescas en el techo y en las paredes. Llegaron a un espacio que parecía aún más grande que el piso superior.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó la Rosa de Damasco, que miraba a

través de los cascos de Zen—. No veo.

—Yo tampoco —respondió Nova—. Aquí hace frío y está muy oscuro, pero...

Las lámparas habían percibido su presencia. La luz cobró intensidad poco a poco, igual que antes. Zen se acercó con mucha prudencia al borde de la rampa y se asomó.

—¡Mirad! ¡Está lleno de Gusanos!

Abajo, en las sombras, había más de veinte grandes máquinas, silenciosas e inmóviles. Tenían las púas y las antenas plegadas sobre sus cuerpos segmentados. Formaban en círculo con el morro apuntando hacia dentro, hacia un pabellón pequeño en forma de calabaza que se encontraba al final de la rampa.

Zen habría querido volver atrás. Los instintos humanos le hacían sentir temor ante las criaturas de gran tamaño, y los Gusanos eran tan criaturas como máquinas. Pero Nova lo tranquilizó:

—No pasa nada, están inactivos, ¿no lo ves?

Bajó por los últimos metros de rampa casi corriendo.

Zen le dio alcance cuando ya se hallaba dentro del pabellón calabaza. Tenía una abertura, igual que las cápsulas de arriba, y alojaba un nuevo tipo de maquinaria. Estaba conectada al suelo mediante raíces y tentáculos gruesos y carnosos, como si hubiera crecido allí. Paneles de una sustancia parecida al cristal relucían con somnolencia bajo capas de polvo. Racimos de verrugas y hoyuelos se distribuían en formas geométricas que no podían ser accidentales.

Nova se volvió hacia Zen, que acababa de entrar.

—Es una terminal —le contó—. Está conectada a la torre. Quizá a la mente de la torre...

—¿Está muerta, igual que los Gusanos?

—¿A ti quién te ha dicho que los Gusanos estén muertos?

Zen se volvió para echar una ojeada nerviosa a las inmóviles criaturas, silenciosas y amenazantes. Cuando miró de nuevo a Nova, la muchacha había apoyado la mano en la parte frontal de aquella cosa. Una luz pálida se activó detrás de sus paneles.

—Ándate con cuidado —advirtió Zen.

—Yo siempre me ando con cuidado, Zen Estornino —respondió, pero no lo miraba. Los ojos de la chica se movían rápidamente en todas las direcciones. Examinaban algo que el muchacho no podía ver—. Aquí hay un código —explicó—. Es muy extraño, pero no del todo... Creo que podré conectarme con él... ¡Huy!

—¿Nova?

La muchacha se tambaleó unos instantes y luego se cayó de bruces contra la máquina, y resbaló hasta el suelo. Cuando Zen la sujetó, sus ojos estaban cerrados, pero el joven se dio cuenta de que aún se movían de un lado para otro bajo los párpados. La chica retorció las manos y movía los labios, y daba forma a series de sonidos que no eran exactamente palabras.

—¡Nova!

La muchacha no le respondió, porque de repente se vio en el espacio, o por lo menos en una oscuridad tan absoluta que parecía el espacio. Salvo que aquello no estaba vacío. Había algo, además de Nova. La chica lo percibió como una pirámide de luz plateada, suspendida con la punta hacia abajo en el vacío que quedaba por encima de su cabeza. No podía hacerse una idea de su tamaño. Quizá fuera pequeña como una cabeza de alfiler, o grande como un planeta. Pero la Motorik se dio cuenta de que era poderosa. Era la mente de aquel lugar. Le había cantado durante su largo sueño, había retransmitido por los abismos del espacio una llamada que nadie, en toda la Red de Mundos, había podido oír hasta que llegó Nova. En esos momentos pugnaba por despertar. Nova sabía de algún modo que aquello formaba parte de un todo más grande, o por lo menos así había sido en otros tiempos. No era más que una avanzadilla de una mente mucho mayor, que había sido destrozada y destruida. Lo que quedaba de ella no era inteligente de verdad, pero había percibido la inteligencia de Nova y había comenzado a verter información en su interior a tal velocidad que la muchacha a duras penas lograba procesarla.

—Has venido por fin —le decía.

## 36

La temperatura subía en la gran estación. El aire todavía era gélido, pero empezaba a surgir una neblina sobre la nieve que cubría vías y andenes. Trenodia vio que un trozo de hielo grande como una catedral se desprendía de la lejana bóveda y caía poco a poco dando vueltas sobre sí mismo a través de las brumas, hasta estrellarse sobre los raíles. Al cabo de un segundo, el sonido llegó a sus oídos. Un profundo fragor que se expandía y resonaba por la enorme cúpula.

Pensó que, si de verdad empezaba el deshielo, sería peligroso quedarse allí. Pero de todos modos prefería aquello antes que la oscuridad que reinaba dentro de la torre. La interfaz parecía más tranquilo que antes, aunque no dejaba de mirar a su alrededor con cara de perplejidad.

Caminaron por una pasarela que circundaba la torre por encima de las vías y conectaba los andenes. En algunos lugares, los manojos de enredadera de coral que colgaban de los salientes de la pared cerraban el camino, pero siempre lograron apartarlos y pasar. Por fin, llegaron a un punto donde la pasarela se desviaba hacia arriba y empezaba a subir en espiral por el costado de la torre.

—Debe de llegar hasta la cúpula, como un tobogán circular —dijo Trenodia—. Pero como la torre es muy ancha, no hace falta que sea muy empinada. Creo que los Construyerraíles no debían de utilizar escaleras ni ascensores. Por todas partes hay rampas. Todo esto parece demasiado sencillo para una raza de alienígenas que gobernaba el cosmos.

La interfaz levantó sus cejas doradas y miró hacia arriba. La bruma

coabraba espesor, ocultaba las alturas de la cúpula y se arremolinaba en torno a los puentes más elevados que surgían del flanco de la torre, cientos de metros más arriba. Tiró de la mano de Trenodia.

—Está allí arriba.

—¿Qué? —preguntó la muchacha.

—Algo importante. No recuerdo lo que es.

La interfaz ya había empezado a subir por la rampa.

—¡Socorro! —gritó Zen.

Los ecos retumbaron entre los Gusanos silenciosos y rebotaron en el techo. El muchacho oyó el correteo de las garras de los neem sobre la rampa, y la voz del tío Bichos que le hablaba por el canal que mantenían abierto y le preguntaba qué ocurría.

Los exploradores neem se apiñaron a su alrededor. Sus faros, como los focos de un escenario teatral, encontraron el rostro de Nova. Zen la tocó, pero la muchacha no reaccionaba. Se había quedado tirada en medio de aquella multitud de monstruosos amigos, como una princesa hechizada.

—¿Qué le ocurre, tren? —preguntó el joven, con la esperanza de que la Rosa de Damasco todavía los observara mediante los cascos.

—A mí me parece que se ha conectado de algún modo con esa máquina —respondió la locomotora—. Creo que se está comunicando con ella.

Zen se volvió hacia los neem.

—Tenemos que llevarla de nuevo a la Rosa —exclamó.

Uno de los técnicos pasó prudentemente por encima del muchacho y se puso a examinar la máquina. Las manchas de luz parecían brillar con más fuerza, como pantallas pequeñas e irregulares.

—Este objeto podría ser un ordenador de los Construyerraíles —aventuró el neem—. Si la señorita Nova está conectada con él, seríamos capaces de descubrir sus secretos. Si nos la llevamos, correremos el riesgo de cortar el enlace.

—No me importa —dijo Zen, pero entonces se dio cuenta de que sí que le importaba.

¿Qué podía ocurrir si el enlace se rompía y una parte de la mente de Nova se quedaba allí, enredada con la máquina alienígena? Tal vez lo que quedara en su cuerpo ya no fuera Nova. Que ya no fuera su Nova, por lo menos. No la había rescatado de los kraitt tan solo para perderla a manos de aquel cachivache. No habría soportado volver a quedarse solo. Se arrodilló junto a la muchacha y contempló los leves movimientos mecánicos que se producían bajo sus párpados. Habría querido que ella misma le dijera cómo podía ayudarla.

Los neem también la observaron durante un rato, y luego empezaron a alejarse. Hablaban con sus voces entre crujido y susurro, emocionados, al contemplar los gigantescos Gusanos inmóviles. Parecía que estuvieran conmovidos con el tamaño y la grandeza de aquel lugar, embriagados por la idea de que sus antepasados hubieran podido construir algo tan inmenso.

Al cabo de treinta minutos, Zen se marchó tras ellos. Se trataba de convencer de que dentro de la torre tenía que haber algo que le permitiese ayudar a Nova. Quizá descubriera alguna manera de hablar con la máquina y decirle que la liberara.

Volvió a subir por la rampa hasta el piso por el que se salía a los andenes, y luego siguió ascendiendo, e iluminó con su linterna los racimos de cápsulas del almacén del piso superior. La mayoría estaban vacías, pero una o dos contenían máquinas tan misteriosas como las del sótano. Dentro de uno de los capullos encontró un nicho en el que reposaba una placa triangular de metal. Sobre esta había tres cavidades superficiales, como si de una huevera se tratase, y dentro de cada compartimento había una esfera negra como la que le había robado a Cuervo.

Zen se quedó mirándolas durante un buen rato, perseguido por los malos recuerdos. Había destrozado un tren y un gran número de vidas —incluida la suya propia— para conseguir una esfera igual que aquellas. Cuervo la había instalado en un Gusano, y entonces este había abierto un nuevo portal-K. Pero mucho antes de saber lo que podría hacer la esfera, Zen había advertido que se trataba de un objeto único y poderoso. Tal vez fuera lo más poderoso de todo el Imperio de la Red. En esos momentos contemplaba otras tres. Las sacó de la bandeja y también le resultaron sorprendentemente pesadas. La superficie de

las esferas estaba igualmente recubierta de figuras laberínticas, trazadas con incisiones tan finas que apenas si se podían ver.

Se las metió en el bolsillo y trató de encontrar más. Fue de cápsula en cápsula, y no tardó en descubrir otras bandejas. Algunas estaban vacías, pero en la mayoría aún había esferas. La que le robó a Cuervo había sido un tesoro por el que habría merecido la pena quebrar un Imperio. Ahora ya tenía nueve..., doce..., repiqueteaban en su bolsillo como canicas.

—¿Zen Estornino?

Un rayo de luz le dio en la cara cuando salía de una de las cápsulas. La líder neem se hallaba en lo alto de la rampa. Bajó corriendo hacia él a toda velocidad y le preguntó:

—¿Has descubierto algo interesante en este piso?

Zen levantó sus manos vacías y dijo:

—Tan solo máquinas muertas.

La neem parecía recelosa.

—¿Qué es ese ruido?

—¿Cuál? —preguntó Zen.

Dentro de su bolsillo se oía un tenue clic, clic, clic, porque las esferas chocaban entre sí.

—Hay un nuevo sonido en las bolsas de tela del interior de tu abrigo — dijo la neem.

—Se llaman bolsillos. Ahí dentro llevo todo tipo de cosas...

—¡Vacía las bolsas de tela del interior de tu abrigo! —ordenó la neem.

—No —se plantó Zen.

Se preguntó si la neem lo obligaría, y qué iba a hacer si descubría lo que el muchacho trataba de ocultar. Pero Zen quería las esferas para sí mismo. No descartaba la posibilidad de volver a casa, y quería estar seguro de poder ofrecerles algo a Trenodia y a su familia, por si la muchacha sentía la tentación de incumplir su promesa. Y ¿qué podía resultarles más útil que las llaves para abrir nuevos portales-K?

Pero Zen no llegó a enterarse de lo que habría hecho la neem. La voz de Trenodia sonó en los cascos y lo sobresaltó.

Se hallaba a unos cientos de metros más arriba, con la interfaz, en el punto

donde uno de los puentes elevados llegaba a la torre. Se había parado allí para descansar y echar una ojeada a todas las vías que partían de la base de la edificación, a sus complicados cruces y cambios; apartaderos, y desvíos sinuosos, y líneas principales que avanzaban, como trazadas con escuadra y cartabón, hasta las aberturas de las paredes de la cúpula donde las aguardaban misteriosos portales-K. Mientras observaba el túnel por el que habían entrado la Rosa y la Lobo Fantasma, un movimiento le llamó la atención.

—¡Zen! —dijo con voz apremiante—. ¡Acaba de llegar otro convoy!

## 37

—Es imposible —decían los neem, mientras Zen y su líder bajaban corriendo hacia el piso donde se hallaban los andenes—. ¡Aquí no puede venir ningún morvah!

—Son los kraitt —aseguró Zen.

—No puede ser —afirmó el tío Bichos—. Un morvah kraitt no entraría nunca en la Zona de Luz Negra.

—El caso es que han venido —exclamó Zen—. ¿Cuánto tardarán en llegar aquí, Rosa?

—No mucho —respondió el tren—. Ya los siento sobre los raíles.

—No pueden haber venido en morvah —seguían insistiendo los neem.

Zen siguió rampa abajo para ir en busca de Nova. Se encontraba en el mismo lugar donde la había dejado. Movía los ojos más rápido que antes, como si se hubiera sumergido en un sueño febril. La terminal alienígena brillaba con mayor intensidad, los paneles refulgían con un color verde pálido sobre el que centelleaban unos extraños símbolos que se transformaban con demasiada rapidez como para que Zen pudiera verlos bien.

Le besó la frente a Nova y le dijo:

—Nova, tienes que despertarte, han venido los kraitt.

La muchacha no salió de su letargo, pero sí que empezó a susurrar una vez más, muy débilmente, unas palabras extrañas y unas cadenas de sonidos que tal vez fueran números.

—Zen —dijo la Rosa de Damasco—, ya veo las luces del tren que se acerca.

—Dentro de diez segundos se hallará al alcance de nuestras armas — informó la Lobo Fantasma, llena de esperanza.

Zen volvió a besar a Nova y corrió de nuevo hacia los andenes. Los neem ya estaban fuera de la torre y se habían reunido, muy agitados, junto al Expreso de la Luz Negra. En el pálido y brumoso fulgor del crepúsculo, bajo la gigantesca cúpula, los faros del nuevo tren relucían como lentejuelas. Todavía le faltaba por recorrer un buen trecho por la llanura cubierta de raíles y, como suele suceder con los trenes lejanos, no se alcanzaba a ver si se movía o no, ni en qué dirección.

—Viene directo hacia vosotros —informó Trenodia desde el punto de observación elevado en el que se encontraba, y conectó a Zen con la visión ampliada de sus cascos.

El muchacho vio lo que se había temido: un morvah kraitt, con largos cuernos que sobresalían de su torre de metal. Los guerreros lagarto salían por las ventanas de los vagones y trepaban a los techos, para apostarse en los grandes cañones que transportaban allí.

El tío Bichos danzaba, nervioso. Sus patas tamborileaban débilmente sobre el andén húmedo de cristal.

—Puede que el morvah de los kraitt se enterase de que nuestro tren había entrado en la Zona y entonces perdió el miedo...

—No canta —observó Zen.

Jamás se había encontrado con un morvah que viajara sin cantar, pero aquel avanzaba en silencio.

—Le han hecho algo —dijo la Rosa de Damasco—. Le han hecho algo malo.

Por unos momentos, les pareció claro que el tren kraitt se dirigía al mismo andén donde se hallaba el Expreso de la Luz Negra, pero un desvío invisible lo hizo pasar a otra vía.

—¿Quieres que dispare? —preguntó la Lobo Fantasma.

—Antes de empezar una trifulca, veamos lo que quieren —dijo Zen.

—No hay nada malo en pelear —masculló la Lobo Fantasma, mientras desplegaba sus nuevos cañones neem—. Sobre todo si hay posibilidades de vencer.

—No sabremos si tenemos las de ganar. El tren de los lagartos podría ir mejor armado que nosotros —señaló la Rosa de Damasco.

—No se trata de lo que tienes, sino de cómo lo utilizas —insistió el tren de guerra.

El morvah de los kraitt, todavía silencioso, empezó a entrar en el andén de al lado. Parecía como si hubiera sufrido desperfectos y los hubiesen reparado a toda prisa. Le habían atornillado componentes nuevos y toscos en el caparazón, sobre el que habían quedado reguerillos de baba seca. Las puertas de uno de los vagones se abrieron, y apareció la Tzeld Gekh Karneiss en persona, envuelta en pesadas vestiduras rojas, una especie de cortinas de cuero que arrojaban destellos porque estaban adornadas con espejos diminutos. Detrás de ella emergieron guerreros kraitt con armas de fuego y hachas. A su lado caminaba, pisando fuerte, una pequeña figura ataviada con un chaleco rugoso que la hacía parecer medio lagartoide. Pero entonces Zen pudo ver bien su rostro y se dio cuenta de que se trataba de Chandni Hansa.

En un primer momento se alegró de verla. En parte porque se sentía culpable por lo ocurrido en los Fragmentos, pero sobre todo porque el mero hecho de que siguiera con vida demostraba que era posible negociar con los kraitt. Y entonces vio su mirada, el ceño que se fruncía al verlo, y se dio cuenta de que no habría negociación posible para él.

La Tzeld Gekh cargaba con algo sobre el hombro. Se adelantó y lo arrojó sobre los raíles que se interponían entre su andén y el que ocupaban Zen y los insectos. Era un caparazón de neem, chamuscado y cubierto de orificios de bala. Una de las patas hidráulicas todavía se hallaba en su lugar. Unos pocos bichos aplastados habían quedado adheridos a él por sus propios jugos.

—La Tzeld Gekh me ha ordenado que os diga que hemos pasado por vuestro Mundo Nido como una tempestad —gritó Chandni Hansa. Su voz pequeña y dura se oía con gran nitidez en el aire terso—. Los neem han tratado de detenernos, pero hemos abrasado sus edificios y dispersado millares de sus colmenas. A vosotros os ocurrirá lo mismo si no regresáis a vuestro tren y os marcháis. Todo lo que habéis encontrado aquí pertenece a la Tzeld Gekh Karneiss.

Los neem se estremecieron y susurraron de horror dentro de sus

armaduras. Algunos tropezaron, como si las colmenas que moraban en su interior hubieran estado demasiado agitadas como para controlar sus complicados miembros. La Gekh, en el otro andén, los miraba con codicia. Sus guerreros se habían agazapado detrás de ella y aguardaban la orden para iniciar el saqueo de la torre.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó Zen—. Pensaba que los morvah no querían entrar en la Zona de Luz Negra.

Chandni Hansa se rio.

—Los morvah no pisarían este lugar en su vida, Estornino. Pero la Tzeld Gekh aprendió muchas cosas de tu Moto. Lo suficiente como para construir un tosco cerebro para máquinas. Extrajo el cerebro vivo de ese morvah y le puso otro. Ahora irá adonde ella le diga.

—¿Es un tren zombi? —se sorprendió Zen.

—La Tzeld Gekh dice que, si los neem regresan a su tren y se marchan, los dejará vivir —replicó Chandni—. Trenodia y la interfaz no sufrirán ningún daño. Me he asegurado de ello. Pero deberán entregaros a ti y a tu muñeca a pilas. Le caéis muy mal.

De pronto, la líder neem pasó corriendo por el lado del muchacho y se plantó en el borde del andén. Agitó las pinzas ante los kraitt.

—Este planeta es propiedad de los neem —anunció—. Hemos llegado antes. Somos descendientes de los Construyerraíles. Marchaos.

En el rostro de la Tzeld Gekh Karneiss apareció una expresión que parecía una sonrisa. Hizo una señal con la punta de la cola, y uno de los guerreros que iban sobre el tren volvió el arma hacia los neem y disparó. Un proyectil perforó el cuerpo blindado de la líder de los insectos y explotó en su interior, e hizo saltar metralla, humo y nubes de bichos vivos y muertos en todas direcciones. Zen echó a correr hacia la torre. Entonces los cañones nuevos de la Lobo Fantasma se pusieron a disparar con rítmicos chasquidos, y una torreta del tren de los kraitt desapareció engullida por una bola de fuego. La armadura destrozada de la líder de los neem se precipitó a las vías. Los otros correteaban hacia la torre, siguiendo los pasos de Zen, pero mientras trataban de refugiarse en ella recibieron nuevas descargas, procedentes de guerreros kraitt que se metían por otras entradas. Empezaron a disparar sus propias

armas. Se llamaban entre sí con los crujidos y susurros característicos de su idioma.

Zen se apartó a un lado y escapó entre las columnas. Tan solo pensaba en Nova. Mientras los neem pudieran contener a los atacantes, la muchacha que se hallaba en el sótano no correría ningún peligro. Pero Zen no sabía cuánto tiempo iban a aguantar. Tenía que bajar y esconder a Nova. Si podía, la alejaría de la máquina alienígena, y si no, trataría de defenderla. No estaba dispuesto a permitir que la Gekh la desmontara de nuevo.

Cuando ya estaba cerca de la rampa, un neem herido pasó tambaleándose por su lado. De su cuerpo salía fuego y débiles chillidos. Los insectos que albergaba en su interior crepitaban como palomitas de maíz. El muchacho se agazapó a la sombra de una de las cápsulas, y entonces un corpulento guerrero krait emergió de la humareda y destrozó el caparazón en llamas con un solo golpe de su cola blindada. El chorro de centellas y pavesas iluminó el lugar donde se escondía Zen, y el krait se dio la vuelta y lo vio.

El krait rugió y le apuntó con la tosca pistola que llevaba. A sus espaldas, una criatura grande, con pinta de araña, pareció cobrar forma en medio de los disparos. Su cuerpo era demasiado alargado como para pertenecer a un neem. Se irguió sobre sus numerosas patas, gesticuló y sorprendió tanto a Zen que incluso el krait que estaba a punto de matarlo se volvió para ver qué era lo que había llamado la atención del muchacho.

Se trataba de un ángel estacionero, como los que flotaban en el aire frente a los portales-K de las estaciones periféricas más destartadas que Zen había conocido en el Imperio. El krait se sobresaltó como si hubiera sido un fantasma, o un dios. Se quedó inmóvil, mirándolo, y entonces un soldado neem emergió de la niebla y lo apuñaló con una pata afilada como una navaja. El krait se cayó al suelo, gorgoteando, y vomitó sangre negra en medio de los disparos y las sombras. Zen y el neem vieron como el ángel estacionero se alejaba flotando por el aire y hacía confusos movimientos, como si caminara con sus miembros oscilantes. Pero no caminaba de verdad, sino que flotaba en el aire lleno de humo. Se dirigía al corazón de la batalla.

Trenodia observaba la refriega desde lo alto. Sabía que los nudos de luz que se deslizaban sobre los andenes eran ángeles estacioneros, porque también habían aparecido en el lugar donde se encontraba ella. Estaban por toda la cúpula, se agitaban y hacían gestos como para que se acercase, ejecutaban sus danzas espectrales. Abajo, en el andén, por donde estaban desperdigados los cadáveres kraitt y neem, la aparición de las refulgentes formas de luz parecía desatar el pánico. La muchacha vio que los lagartoides salían en masa de la torre y se retiraban hacia su tren. Los ángeles estacioneros centelleaban levemente cuando las descargas de las pistolas kraitt los atravesaban y luego seguían adelante, sin sufrir ningún daño. Trenodia se dio cuenta de que todos iban en la misma dirección: convergían sobre el tren de los kraitt. Estos se agolpaban alrededor del vehículo. Trenodia oyó el fragor de los motores. El tren había arrancado y retrocedía a toda velocidad, dejaba atrás el andén y se adentraba en las brumas que cubrían los enormes patios de vías.

—Se marchan —dijo—. ¡Se dirigen al portal-K! —Entonces gritó, para hacerse oír en medio de los chirriantes vítores de los neem que llegaban a sus cascos—: No... Se detienen... Se han quedado en una vía muerta cercana a la pared de la cúpula. Deben de haber llegado a la conclusión de que los ángeles estacioneros no pueden hacerles daño. Me parece que se están lamiendo las heridas. Se preparan para otro asalto.

—Eso ya lo veremos —dijo la Lobo Fantasma, que se desacopló del resto del Expreso de la Luz Negra y avanzó en dirección a los kraitt.

—¡Ten cuidado! —le gritó la Rosa de Damasco.

Trenodia se volvió y buscó a la interfaz con la mirada. Este había perdido todo interés en la pequeña batalla que tenía lugar mucho más abajo y se había marchado rampa arriba, hacia otro de los pasos elevados. Trenodia creyó oír su voz en lo alto. Gritaba algo. Tal vez hubiera descubierto la línea que iba a llevarlos a casa.

Echó una última mirada al tren de los kraitt y a la Lobo Fantasma, que se le acercaba con cautela. Luego fue a buscar a la interfaz.

Mucho más abajo, los neem supervivientes corrían por los andenes. Algunos

sacudían los miembros en dirección a los krait que se retiraban, otros empleaban redes para tratar de capturar los restos dispersos de su líder. Zen buscó entre los cadáveres krait que habían quedado sobre el andén por si encontraba a Chandni Hansa, pero no estaba allí. Intranquilo, volvió a entrar en la torre. No sentía ningún deseo de hallar el cadáver de la chica, pero sabía que correría menos peligro si había muerto.

Dentro de la torre, la luz era cada vez más brillante. Las ramificaciones de coral que crecían sobre paredes y columnas se llenaban de una claridad líquida y dorada. Insectos que se habían separado de los neem destrozados y se habían dispersado vagaban a ciegas. Unos pocos ángeles estacioneros seguían con sus danzas y avanzaban hacia los bordes de la torre. Algunos se metieron por las puertas y salieron por los andenes. Otros, los que no encontraron ningún acceso en su camino, desaparecieron dentro de la pared.

—¿Zen? —lo llamó Nova por los cascos.

El muchacho corrió hasta la rampa. La luz también cobraba fuerza en el sótano. Era como una bruma que impregnaba el aire y que le hizo temer que hubiese fuego allí abajo. Brillaba desde el costado abierto de la calabaza, desde la máquina que había en su interior. Nova estaba sentada al lado del artefacto, despierta, abrazándose a sí misma, y levantó los ojos al oír a Zen, que bajaba pisando fuerte por la rampa.

—Lo veo todo —dijo la muchacha, con sonrisa complacida—. Me lo está enseñando todo, Zen...

Zen la abrazó.

—¡Te has perdido lo más emocionante! Los krait han aparecido con Chandni Hansa. Hemos luchado... He llegado a pensar que nos aplastarían, pero de repente todo se ha llenado de ángeles estacioneros... —La muchacha aún sonreía—. ¿Ya sabías todo eso?

—Lo he visto todo, Zen. Lo he presenciado a través de los ojos de la torre.

—¿Y los ángeles? ¿Han tenido algo que ver contigo? ¿Le has dicho a la torre que los crease para que nos ayudaran?

—Eran yo —dijo Nova—. La torre tiene el poder de generarlos. Son mensajeros... No, no es eso... Son mensajes. Todavía no los controlo del todo. Debería practicar...

—Ha funcionado —exclamó Zen—. Has asustado a los krait.

—Los krait son supersticiosos —explicó la muchacha—. Han creído que habíamos despertado a los espectros de este lugar. Y puede que, en un cierto sentido, lo hayamos hecho. Ay, Zen, la mente de la torre es como una enorme biblioteca. Ha sufrido daños terribles. Lleva mucho tiempo esperando. El bibliotecario que se encargaba de ella murió, o se marchó, y algunas partes están en ruinas, y el resto está todo revuelto...

—Y ¿qué sucede con los Construyerraíles? —preguntó el tío Bichos, que bajaba por la rampa con desenfado para unirse a la conversación, como si los muchachos lo hubieran invitado. Había salido de la refriega sin sufrir ni siquiera un rasguño. Se detuvo frente a Nova, ansioso por saber qué había descubierto la Motorik—. ¿Esa vieja máquina te ha enseñado algo sobre

nuestros inteligentes antepasados?

Nova negó con la cabeza.

—Los neem no están emparentados con los Construyerraíles. De hecho, ni siquiera existieron. Tan solo hubo drones araña como los que encontramos encerrados en el hielo en aquella primera estación, y ángeles estacioneros, que son como imágenes holográficas de esos drones. No han estado nunca vivos.

El tío Bichos retrocedió con torpeza. Su abatimiento fue visible, a pesar de la sonrisa que llevaba pintada.

—Hubo un solo ser —continuó Nova—. Una entidad. Podéis llamarlo Construyerraíles, si queréis. Abrió los portales y edificó la red de vías para que todas las especies inteligentes de la galaxia pudieran usarla. Debe de haber muchas otras secciones que han quedado aisladas, igual que la nuestra, y que albergan especies que jamás han contactado con sus vecinos...

—Entonces ¿en qué consistió el Apagón? —quiso saber Zen.

—Todavía no lo sé. Lo que está claro es que no lo provocaron esas estructuras en las que están encerrados los soles. Las construyó el propio Construyerraíles. Los astros le proporcionaron la energía que necesitaba para abrir los portales-K y mantenerlos en activo. El Apagón fue otra cosa, algo que no se esperaba. No supo defenderse. Debió de ser como un virus informático. Empezó aquí y se copió con mucha rapidez por todos los planetas del Construyerraíles. Los recuerdos de la torre terminan el momento antes de que ese virus la atacara. De todos modos, guarda muchas cosas en la memoria... Tardaría años en leerlo todo.

—¿Crees que podrías encontrar el camino a casa? —preguntó Zen—. De este sitio parten muchísimas líneas. ¿Alguna nos conducirá de regreso a nuestra red?

Nova volvió a cerrar los ojos. Zen apenas si se dio cuenta. Le pareció tan solo un parpadeo extralargo. Pero a la muchacha le dio tiempo a acceder a un mapa almacenado en la mente de la torre. Se vio suspendida en el espacio, sobre la galaxia, que daba vueltas sobre sí misma como una rueda de fuego. Vio las redes que el Construyerraíles había tejido entre las estrellas como hilos brillantes, y las pálidas líneas espectrales que también habrían sido filamentos como esos si el Construyerraíles no hubiera visto interrumpido su

trabajo. Todo daba vueltas, cambiaba, los hilos se estiraban y se acortaban cada vez que los planetas unidos por ellos se alejaban o acercaban al ritmo exacto, pausado y majestuoso de la creación. Voló hacia ello, se movió en zigzag entre soles ardientes y vio cada uno de los planetas a los que conducían los hilos.

Abrió los ojos de nuevo.

—Sí, hay una...

Los kraitt habían perdido diez guerreros en la refriega, y la Tzeld Gekh Karneiss había matado a otros dos como castigo por su cobardía. Usó un cuchillo garra como el que le había dado a Chandni.

—¡Luces que se movían! ¡Trucos para asustar a los niños! —gritó al tiempo que los destripaba y sus entrañas se desparramaban por el suelo envueltas en un vaho.

El resto se untó la cara con sangre y empezó a preparar la furia combativa para el siguiente asalto.

Chandni trepó a una de las torretas de artillería destrozadas del tren e hizo todo lo posible por no meterse en medio. Tenía la incómoda sensación de que los kraitt habían abarcado más de lo que podrían apretar. No soportaba perder. Pero pedazos de hielo grandes como una prisión refrigerador caían a través de las brumas desde lo alto de la cúpula y le recordaban que siempre terminaba en el bando derrotado.

Descubrió que algo se movía detrás de la niebla y de uno de los pilares de corales entrecruzados que sostenían uno de los puentes. Un objeto de poca altura, negro, que se movía con rapidez, que avanzaba por los complicados cambios de vías. Se volvió y gritó a los kraitt que se hallaban en una torreta de artillería sobre el siguiente vagón:

—¡Un tren de guerra!

Pero los cañones de la Lobo Fantasma habían empezado a hablar: la torreta desapareció y los kraitt se esfumaron con ella. Salieron disparados del techo del vagón y rodaron hasta el suelo, envueltos en sangre y chatarra. Chandni volvió a meterse por la escotilla, porque la lluvia de balas se

acercaba a ella y se oía el repiqueteo de los impactos sobre el blindaje del tren.

El vehículo volvía a moverse. Sus conductores manejaban las toscas palancas que controlaban su nuevo cerebro y lo obligaban a avanzar para salir al encuentro de la amenaza. Un boquete se abrió en la pared del vagón y derribó a varios guerreros. Chandni vio por la brecha que la Lobo Fantasma pasaba por su lado, cantando, y que los disparos de los krait se estrellaban contra su blindaje sin provocar ningún daño. El tren de guerra dejaba tras de sí un torbellino de brumas, y la muchacha miró más allá y pensó: «Si Estornino y su muñeca a pilas tenían razón, allí hay un portal que lleva a casa. Y ellos lo atravesarán y me quedaré aquí con estos animales...».

Al principio, cuando los krait la habían aceptado, se había sentido bien. Pero ya no. Había llegado la hora de cambiar de bando.

La Tzeld Gekh Karneiss mascullaba algo, furiosa y terrible, con el rostro destrozado en medio del humo y de la escasa luz del tren perforado por las balas. Los cascos de Chandni se habían averiado y ya no traducían bien. La muchacha se golpeó la cabeza contra la pared blindada y logró captar las últimas palabras:

—¡... retrocederemos por el portal y esperaremos!

Un nuevo disparo de la Lobo Fantasma alcanzó el vagón y lo perforó por el otro lado. El cadáver de uno de los krait salió disparado hacia fuera. Chandni aguardó a que la Gekh mirase hacia otro lado y se marchó por el mismo camino. Se escapó por el boquete de contornos mellados y saltó a la vía. El aterrizaje fue violento, y el cuerpo le quedó cubierto de moretones.

El tren de los krait pasó traqueteando junto a la muchacha y se alejó, dejando tras de sí un rastro de fuego. Brazos y piernas de sus antiguos camaradas colgaban de las torretas destrozadas en los techos. La Lobo Fantasma le disparó varias veces más mientras huía hacia el túnel por el que había llegado. Entonces el tren de guerra empezó a reducir velocidad e invirtió la marcha para regresar a la torre. Chandni lo siguió a pie.

La muchacha pensó que lo peor era que todo aquello le había ocurrido porque se había apiadado de Trenodia Mediodía la noche en la que los Prell atacaron la Gran Central. Si se hubiera dejado llevar por el egoísmo y hubiera

huido, probablemente ya habría encontrado una forma de ganarse la vida en alguno de los planetas de la K-Bahn.

Esto es lo que ocurre por ser buena gente.

Trenodia escuchó los disparos mientras ascendía por la parte exterior de la torre en busca de la interfaz. No alcanzaba a ver el duelo entre trenes que se desarrollaba bajo aquella bruma, pero al cabo de un rato oyó que la Lobo Fantasma anunciaba en tono satisfecho:

—Se han marchado por el portal-K. Si tuviera mis propias armas ya los habría convertido en tostada, por supuesto. Con estos cañones que me han puesto los bichos solo puedo picarlos un poco. ¿Queréis que los persiga y acabe con ellos?

—No —dijo la Rosa de Damasco—. Vuelve, Lobo. Has demostrado un valor extraordinario.

Trenodia trepó sin detenerse hasta que llegó al inicio del siguiente paso elevado. La interfaz estaba de pie, inmóvil, frente a un tren que aguardaba sobre los raíles.

—¿Qué has encontrado? —preguntó.

Al caminar sobre el paso elevado, sintió un crujido bajo sus pies. Unas escamas marrones y secas cubrían la superficie de cristal y se amontonaban sobre raíles y traviesas. La muchacha pensó que eran como hojas de árbol en otoño. Pero allí no podía haber follaje. La interfaz oyó que se acercaba y se volvió hacia ella. Su hermoso rostro dorado estaba cubierto de lágrimas.

—¿Qué te ocurre?

La interfaz no le respondió. Trenodia volvió los ojos hacia el tren.

Tenía formas demasiado angulares como para tratarse de un morvah. De hecho, tenía formas demasiado angulares como para tratarse de un tren. Esto último es lo que habría pensado cualquiera que estuviese acostumbrado a los vehículos aerodinámicos del Imperio de la Red. Se trataba de una locomotora muy pequeña, pasada de moda, rectangular, hecha con un metal que se había oxidado. De ahí provenía el material que estaban pisando, las lascas marrones, rojizas y, a veces, de un sorprendente color naranja que evocaba las

hojas otoñales. Un trecho de varios metros en torno a la locomotora había quedado cubierto de escamas y trozos de metal herrumbroso. De todos modos, Trenodia alcanzó a ver que en otro tiempo la locomotora había estado pintada a franjas amarillas y negras. Había un número grande marcado en color blanco sobre el morro:

### 03

La muchacha tardó un segundo, más o menos, en darse cuenta de lo extraño que era: un número que podía leer, allí, en el corazón alienígena de la Zona de Luz Negra.

—¿Esta línea nos llevará a la Red? ¿A nuestra Red?

La interfaz asintió con desconsuelo.

—¿A qué planeta?

—A la Tierra Antigua —respondió la interfaz.

—¿A la Tierra? —Entre todos los mundos del Imperio de la Red, era el que menos habría esperado Trenodia—. ¡Pero si en allí no hay ningún portal-K! Por eso todo el mundo tuvo que volar a Marte antes de que empezase la Primera Expansión...

La interfaz no respondió. Cayó de rodillas. Se vino abajo y apoyó el rostro sobre la herrumbre del antiguo tren terrestre, y lloró. Sollozó como un niño pequeño, con lágrimas y mocos de impotencia, y las escamas de óxido se le metieron en la boca, se le pegaron a la cara, se le quedaron entre sus cabellos dorados.

Trenodia envió un mensaje a la Lobo Fantasma con un vídeo adjunto del tren herrumbroso.

—¿Qué es esto?

—Jamás me he encontrado con una máquina como esa —respondió la Lobo al cabo de un instante—. Creo que tienen una similar en el museo de la Gran Central. Clase Pionero. Son las locomotoras que los Guardianes usaron para probar los portales-K en los comienzos del Imperio de la Red. Solo transportaban herramientas y ordenadores lo bastante potentes como para

almacenar una copia de un Guardián...

Trenodia se acercó a la abandonada locomotora con los cascos en modo de grabación. No tenía puerta, ni ventanas, ni un rótulo con el nombre. No era más que una caja sellada que se sostenía sobre ruedas deterioradas, pero por algunos puntos el óxido se había comido el casco y la muchacha alcanzó a ver más herrumbre en el interior: cajas de metal de las que salían cables de plástico de colores. «Qué antiguo es esto», pensó, y apoyó la mano en el metal viejo. Antiguo como la Tierra Antigua. Incluso los Guardianes eran nuevos cuando había llegado para explorar aquel sitio.

La interfaz había dejado de sollozar. Estaba tumbado con el rostro sobre la herrumbre y decía:

—El portal de la Tierra Antigua fue el primero que encontramos. Estaba sepultado a una gran profundidad, cerca del Polo Sur. Lo mantuvimos en secreto. Enviamos trenes pioneros para investigar de qué se trataba y adónde conducía. Y luego mandamos este tren. Después lo escondimos y guiamos a los seres humanos hasta el portal de Marte, que conducía tan solo a planetas vacíos.

—Pero ¿por qué? —preguntó Trenodia.

El rostro dorado se alzó para mirarla, cubierto de herrumbre y desconsuelo, y de repente Trenodia adivinó cuál era la carga que había transportado el tren. Lo adivinó y rezó por haberse equivocado, pero sabía que estaba en lo cierto. Porque una locomotora con capacidad de almacenamiento informático suficiente para transportar una copia de un Guardián también podía llevar un virus como el que había visto actuar en el Mardedatos de Tristesse. El viejo tren no era un tren, era una flecha envenenada que los Guardianes habían enviado contra la gigantesca mente de la torre. Aquella locomotora había puesto en marcha la destrucción del Construyerraíles y luego había infectado las mentes de los morvah para que lo llevaran por todas partes y pudiera acabar con todas las máquinas que el Construyerraíles había fabricado.

Trenodia le quitó la herrumbre de la cara a la interfaz y lo ayudó a ponerse en pie. Mientras bajaba con él por la larga rampa, le envió un mensaje a Zen:

—He encontrado una línea. No adivinarás adónde lleva...

## 39

El muchacho ya lo sabía, por supuesto. Nova se lo había contado. ¡Qué decepción! Pero la Motorik no sabía nada de la relación entre el Apagón y la línea que conducía a la Tierra. Trenodia y la interfaz se lo explicaron al llegar al andén.

—No mantuvimos en secreto la existencia de la Red de Mundos porque tuviéramos miedo —dijo la interfaz—. Sí que matamos por temor al Construyerraíles, y luego mantuvimos en secreto su obra porque sentíamos vergüenza.

—Pero ¿por qué le teníais miedo al Construyerraíles? —preguntó Nova.

—Era una inteligencia artificial, igual que nosotros, pero mucho más poderosa. Tuvimos miedo de que nos absorbiese y nos dominara. Nos aterraba que los humanos descubrieran al Construyerraíles y se olvidaran de sus Guardianes. Somos dioses celosos, Nova.

—Entonces ¿matasteis al Construyerraíles porque pensasteis que lo amaríamos a él más que a vosotros? —preguntó Trenodia—. ¿Y luego mantuvisteis en secreto la existencia de la Red de Mundos porque creíais que os odiaríamos por haber matado a la criatura que la creó?

—Pero la Tierra Antigua no es más que una reserva natural, ¿verdad? —terció Zen. No tenía una opinión muy clara sobre los actos de los Guardianes. Tan solo quería escapar de la estación central antes de que regresaran los krait—. Por ahí no podremos volver a casa. Ni siquiera está conectada con el resto de la K-Bahn. Necesitamos un portal que nos lleve a un sitio donde alguien nos vea llegar.

—Pues entonces tendremos que abrirlo —dijo Nova.

—¿Eso es posible? —preguntó Trenodia.

—Creo que sí... —Nova parpadeó de nuevo y se sumergió entre las estrellas y los mundos—. Podríamos abrir una línea desde aquí a una docena de estaciones humanas, pero todas en planetas menores, alejados de la Gran Central. ¿Cinnabar Remota? ¿Vagh? ¿Khoorsandi? ¿Anaískalan?

—Khoorsandi —respondió Trenodia.

—¿Por qué? —preguntó Zen—. Es un lugar perdido en las líneas secundarias del sur...

—Es un planeta de los Mediodía. Mi tío Nilesch es el jefe de estación. Y, además, este año celebran el Festival del Fuego, así que estará abarrotado. Habrá gente y periodistas por todas partes. ¿Podemos ir de verdad?

—Vamos a necesitar varias cosas —respondió Nova—. Zen, ¿te acuerdas de las esferas negras que hicieron funcionar el Gusano de Cuervo? Tiene que haber más por aquí...

Zen buscó en el bolsillo.

—¿Esta, por ejemplo?

La muchacha sonrió y tomó con la mano la bola que le mostraba.

—¡Ladrón! —le dijo con cariño.

—¿Con eso podremos abrir un portal que nos lleve a Khoorsandi? —preguntó.

—Una vez esté programada y la hayamos instalado en un Gusano, nos llevará adonde le pidamos.

—¿Y lo sabrás hacer? Cuervo tardó cientos de años en comprenderlo...

—Porque trabajaba con fragmentos. Tuvo que reconstruir los códigos del Construyerráiles como si hubiera sido un rompecabezas. Le faltaban muchos elementos —respondió Nova—. Yo tengo esos códigos a mano. Se encuentran en la torre. Para eso sirve.

Nova habría querido poder explicárselo mejor. Si lo deseaba, podía unir su mente a la de la torre, y entonces se volvía tan poderosa como el propio edificio, pero Zen no habría sido capaz de comprender aquella experiencia. «Esto es lo que sienten los Guardianes —pensó—. Aman a los humanos, pero son mucho más grandes que ellos...» Estaba tan asustada que casi habría

preferido desconectarse de la torre, pero entonces no habría podido hacer lo que debía.

«Solo será un rato —pensó—. Cuando estemos en casa, ya no correré ningún peligro y volveré a ser yo misma...»

La siguieron hasta el sótano, donde se plantó frente a uno de los Gusanos. Su ligero ceño era el único signo exterior de toda la actividad que tenía lugar dentro de su cerebro. A sus espaldas, la máquina alojada en el refugio en forma de calabaza centelleaba y creaba figuras de luz. El Gusano también se iluminó. Regueros de bioluminiscencia recorrieron las púas que se plegaban sobre su espalda y refulgieron con luz pálida bajo las placas de su blindaje. La máquina se estremeció y soltó un bufido. Un aire antiguo y rancio, que apestaba a extraños productos químicos, le escoció en los ojos a Trenodia.

Zen se volvió para sonreírle.

—¡Jamás había robado algo así!

—¿Estás segura de que la torre no se enfurecerá? —preguntó Trenodia.

—Yo soy la torre —dijo Nova, y los ojos le brillaron al reflejar la luz del Gusano—. Me hallo en el interior de su mente.

—Pues vaya porquería de sistemas de seguridad.

—No creo que el Construyerraíles pensara en esos términos —respondió la Motorik.

—Entonces no es extraño que lo desconectaran —soltó Zen, pero sabía muy bien que Nova no le escuchaba.

La mente de la chica trabajaba dentro de la de la torre, y también de la del Gusano que despertaba.

La gigantesca máquina empezaba a moverse. Debajo de ella se oían unos ruidos fuertes, como si sorbiera líquido. En el espacio vacío que dejaba quedaron charcos de un fluido espeso que retenía la luz, y unas mangueras carnosas se contrajeron hasta ocultarse en el suelo, como los tentáculos de un calamar asustadizo. Aunque tuviera el tamaño de un edificio, el Gusano se movía con bastante agilidad sobre sus patas de ciempiés. Zen y Trenodia vieron cómo se deslizaban debajo de su cuerpo mientras la criatura pasaba a

toda velocidad por su lado y empezaba a subir por la rampa.

—¿Verdad que es hermoso? —preguntó Nova.

La muchacha había abrazado a Zen por la espalda y le gritaba para hacerse oír a pesar del estruendo que armaba el Gusano.

Era impresionante, sin duda alguna. En el tiempo que había pasado en la Red de Mundos, Zen había olvidado lo grande y extraño que era el Gusano que había abierto el portal de Cuervo. La rampa temblaba debajo de su cuerpo y las púas de su lomo arañaban el techo y las paredes con sonidos secos. Añadía nuevas cicatrices a las que habían dejado todos los otros Gusanos que lo habían precedido. Zen y los demás lo siguieron con cuidado para no pisar los charcos de moco que dejaba a su paso.

Se detuvo en lo más alto y luego giró pesadamente hacia la izquierda, hasta unas vías, y se colocó allí. Recogió las patas y desplegó unas pesadas ruedas que encajaron con los raíles.

—Tan solo con esa tecnología... —decía Trenodia, que no había visto nunca un Gusano en activo—. Si pudiéramos conseguirla para la división de biotecnología de mi familia, los beneficios...

Las púas del Gusano se mecían en una y otra dirección. El vapor brotaba de los conductos de ventilación del blindaje.

—¿Y ahora qué? —preguntó Zen, al oír que Nova subía detrás de él por la rampa—. Me imagino que tendremos que entrar y colocar la esfera en su sitio, para que sepa adónde tiene que ir...

Pero Nova no estaba sola. Una de las arañas del Construyerraíles se le acercaba por detrás. No se desplazaba como una araña de mantenimiento ordinaria, sino que parecía que flotara, como si sus patas apenas tocaran el suelo, como un ángel estacionero de cerámica. Nova se detuvo al lado de Zen, y el androide pasó de largo. Sostenía la esfera negra con uno de sus delicados pares de pinzas. Una puerta se abrió en el costado del Gusano, y la araña desapareció en su interior. La colosal máquina se estremeció, se quedó inmóvil, volvió a temblar. Zen supuso que habría estado bajo el control de Nova y de la torre, y que la inserción de la esfera habría roto el enlace y habría provocado que pensara por sí mismo. Pero todo eso no eran más que suposiciones. ¿Qué sabía Zen sobre gusanos?

—¿Y ahora tiene que abrir un portal? —preguntó Trenodia—. Puede tardar varios siglos, ¿no?

—Esto no es como Desdemor —dijo Nova—. La estructura física del portal ya está a punto. El Gusano solo tiene que hacerlo efectivo. Abrirá un camino a través del espacio-K que llegará hasta Khoorsandi.

—Esperemos que no vaya a parar al interior de un volcán —deseó Zen.

Nova lo miró en silencio. Parecía que la comunicación con máquinas alienígenas de varios siglos de antigüedad tuviera ocupadas las partes de su cerebro donde solía residir el sentido del humor. El muchacho pensó que también era posible que no hubiera tenido mucha gracia. Quizá el peligro de terminar rodeados de lava cuando se abría una puerta a un planeta pequeño y ardiente como Khoorsandi fuera real.

Nova parpadeó y abrió planos dentro de su propio cerebro.

—Tenemos que encarrilar al tren por esa vía. Voy a enviarle los detalles de la ruta alrededor de la torre, le indicaré los desvíos...

—Pues será mejor que te des prisa —dijo una nueva voz, y Chandni Hansa apareció con aires jactanciosos por un lado del Gusano.

Las reacciones fueron variadas. Los neem esgrimieron sus armas contra ella, Trenodia gritó: «¡No disparéis!», y Zen sacó su propia pistola y apuntó, y dudó qué hacer a continuación. Nova dio tres rápidos pasos hacia ella, le agarró el brazo y se lo retorció detrás de la espalda. Chandni, sorprendida por la velocidad y la fuerza de la Motorik, se dejó sujetar también el otro.

La muchacha se rio.

—No pasa nada. He venido a ayudaros. Los krait se han batido en retirada, pero no han ido lejos. La Gekh aguarda refuerzos. Ha actualizado más morvah. Cuando he salido de los Fragmentos de Kharne, su gente estaba instalando cerebros artificiales en otros cuatro por lo menos. Vienen a por nosotros. Se abren paso peleando por los Mundos Nido de los neem. En cuanto lleguen, la Gekh nos atacará de nuevo, y ahora ya sabe cuántos sois. O más bien, cuántos no sois.

—No importa —dijo Zen—. Entonces, ya nos habremos marchado.

—¡Sí que importa! —contestó Trenodia—. ¿Y si llegamos a Khoorsandi y una masa de krait surge detrás de nosotros con sus trenes zombi?

—Sí, sí que importa —corroboró Nova—. Aunque los krait lleguen después de que nos marchemos, podrían provocar daños en la torre.

—Nos importa más a nosotros —intervino el guerrero neem que había hecho las veces de líder desde que la de verdad se había dispersado—. Los trenes de la Gekh causan desperfectos en nuestros nidos al venir hacia este lugar. No queremos quedarnos aquí. No vamos a viajar con vosotros a vuestros nuevos mundos. Queremos que nos llevéis a casa para luchar contra los krait y ayudar a nuestras colmenas dañadas.

Unos ruidos intensos surgían del Gusano. Arrojó un chorro de vapor pálido torre arriba. Se había puesto en marcha, deseoso de llevar a cabo su labor. Zen sentía vértigo, se veía preguntándose «¿qué he hecho?» tras abrir un nuevo portal en Khoorsandi que dejaba pasar a una cuadrilla de saqueadores krait.

—Quiero regresar al Imperio de la Red —dijo el tío Bichos—. Quiero contar a los otros Monjes Colmena que las Líneas Insecto existen y traerlos conmigo para que contemplen las maravillas de los Mundos Nido.

—Pero nuestros planetas corren peligro —le replicaron los demás—. Tenemos que volver a casa.

—Es muy sencillo —interrumpió la voz de la Lobo Fantasma—. ¡Disponéis de dos locomotoras, atontados! Separémonos. La Rosa puede entrar por el nuevo portal con todos los que quieran marcharse, y yo tiraré de los vagones de los neem y regresaré por donde hemos venido. Para empezar, quiero otro asalto contra ese tren lagartoide, y si hay más criaturas como esas, los neem van a necesitar que les eche una mano.

Y así quedó decidido. El Expreso de la Luz Negra se dividió en dos. La Rosa de Damasco se marchó con sus tres vagones originales, y la Lobo Fantasma se marchó con los neem en dirección al portal-K por el que habían venido. Mucho después de perder de vista a la Rosa, siguió hablando con ella, y esta, a su vez, descargaba sus palabras a los cascos de Zen y de Trenodia. No paraba de decir palabras atrevidas y jactanciosas sobre lo fácil que le resultaría meter en cintura a esos krait, y la Rosa de Damasco repetía sin

cesar: «Qué ridículo» y «Vaya fantasmón», pero su voz era triste. Trenodia también sentía pena. Cuando la Lobo atravesó el portal y la señal se interrumpió, la muchacha se enjugó unas pocas lágrimas. Era el tren más valeroso que había conocido.

Nadie tenía claro lo que había que hacer con Chandni. Ni siquiera ella misma. Le ataron las manos y la encerraron en uno de los compartimentos del tercer vagón de la Rosa, el mismo que había estado lleno de provisiones cuando habían llegado a la Red de Mundos, pero que ya se había vaciado. Zen le llevó un rollo de tela suave de los herastec, unos pocos cojines de los asientos del vagón de Estado, una botella de agua y algo de comida. Nova registró a Chandni por si encontraba alguna arma oculta, pero lo hizo con los ojos, no con las manos: buscó con el escáner metal y cerámica, por lo que no logró detectar el cuchillo garra que la chica guardaba en el bolsillo trasero de los pantalones. Chandni no sacaba ningún consuelo de conservarlo allí. De todos modos, quizá le valiera para escapar peleando si la situación se ponía muy difícil.

—Ocurra lo que ocurra —le dijo a Trenodia, antes de que le cerraran la puerta—, no quiero volver a los refrigeradores. ¿Me lo prometes?

La chica se encogió de hombros.

—No puedo. De hecho, es posible que acabemos todos allí.

Zen, por su parte, se instaló con Nova, la interfaz y el tío Bichos en el vagón de Estado, a punto para viajar alrededor de la torre, hasta el lugar donde el Gusano estaba abriendo su nuevo portal. Cuando el tren se puso en marcha, empezó a creerse por primera vez que volvían a casa de verdad. Si había suerte, podría llegar al cabo de pocas horas a Residencia de Verano y contar sus aventuras a Myka y a su madre. Y de repente se dio cuenta de que iba a añorar la Red de Mundos. Los últimos nueve meses habían sido extraños, y a menudo terribles, pero habían terminado, se había abierto un camino de vuelta a casa y se avecinaba un futuro en el que podría contemplar desde la distancia las aventuras que había vivido allí. Entonces descubrió que habían sido los mejores días de su vida. No importaba lo que ocurriera a continuación. Su existencia no volvería a ser tan simple y buena como lo fue cuando se echó al lado de Nova bajo el millón de estrellas de Yaarm, aquella

noche en que el viento agitaba la cortina. Habría querido volver allí, a solas con ella, en su viejo tren.

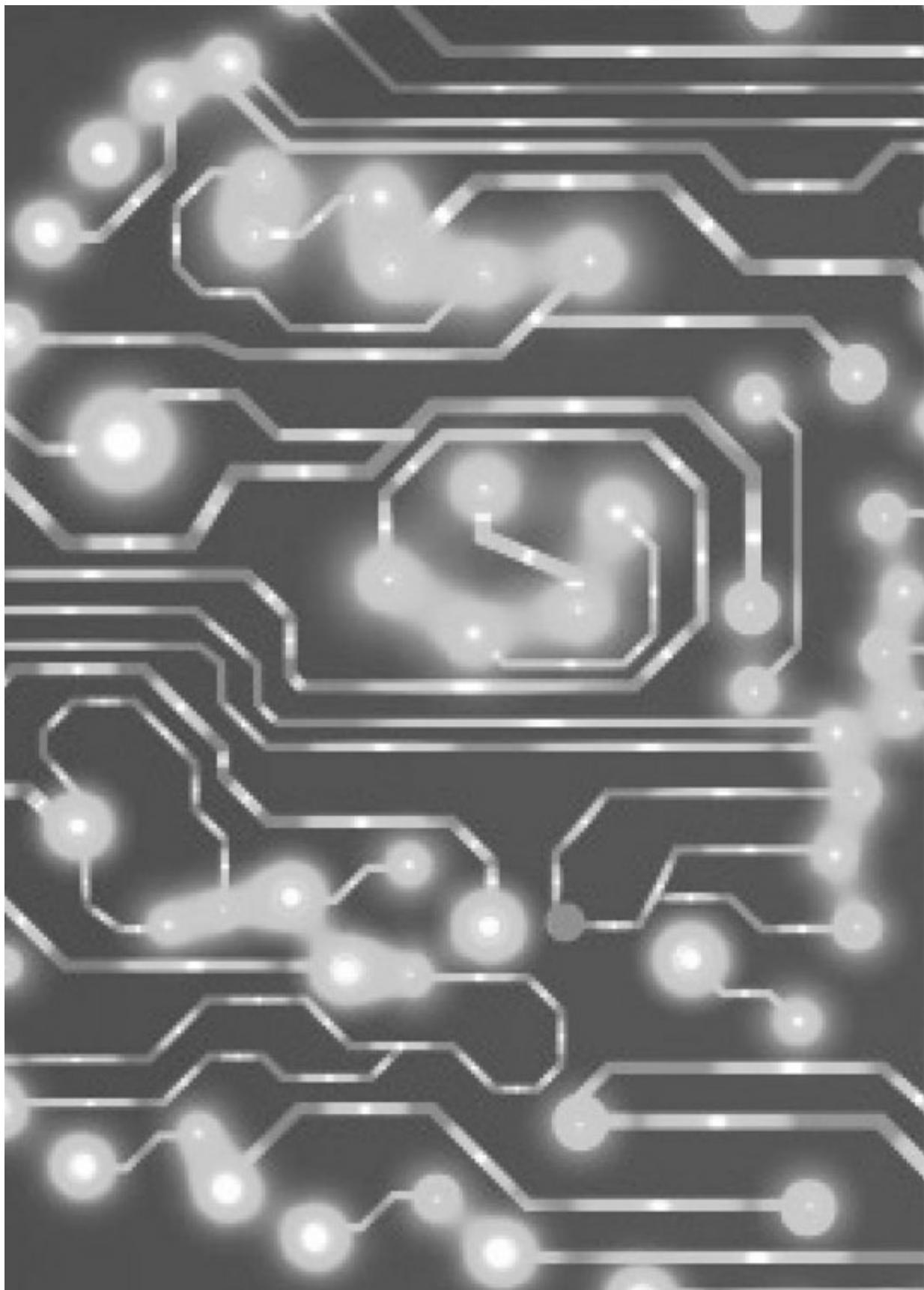
Pero ya era demasiado tarde. El convoy avanzaba. Sus ojos se encontraron con los de Nova y vio que la muchacha también estaba triste.

—Ahora volverá a quedarse sola —se lamentó—. Ha aguardado demasiado tiempo a que alguien oyera su llamada, y he acudido, pero tan solo me he quedado unas pocas horas.

Recordaba que la interfaz le había preguntado lo que haría si alguna vez necesitaba estar en dos lugares al mismo tiempo, y que le había contestado que tendría que elegir, porque entonces había pensado que la elección sería sencilla. Había llegado el momento. Había sentido la tentación de dejar una copia de su personalidad ejecutándose en la torre mientras la Nova original se marchaba a casa con Zen. Pero ninguna de las dos versiones sería ella de verdad, ambas se pasarían una eternidad preguntándose qué hacía la otra, y nunca volvería a sentirse humana. Así pues, tenía que elegir, y decidió marcharse con Zen, pero no le resultó fácil en absoluto. Le dolía.

Zen no pudo hacer más que tomarla de la mano. Volvieron el rostro hacia las ventanas, hacia la enormidad de la torre que parecía un sueño, el coral brillante, los pasos elevados que se erguían en las brumas como espectros. Entraron en un túnel y vieron extraños estallidos de luz incolora que jugueteaban sobre las paredes; entonces supieron que en algún lugar, no mucho más adelante, el Gusano les estaba excavando una senda en el espaciotiempo.

La Rosa de Damasco, que hasta ese momento había cantado una melodía dulce y lastimera, entonó una canción más fuerte y alegre, y avanzó a toda velocidad por esa misma senda.



SÉPTIMA PARTE  
**LA SUIMANGA**

## 40

Zen había soñado con visitar Khoorsandi mucho antes de conocer a Nova, cuando no era más que un trenqui que recorría sin rumbo fijo las líneas secundarias orientales. Se hallaba al extremo de uno de los ramales de la Línea de Orión. Era un satélite pequeño, deslucido, con páramos cubiertos de musgo y bosques que cubrían hasta las rodillas, bañados en la luz parduzca del planeta en torno al que giraba: el gigante gaseoso Anahita. Pero una vez cada cuatro años su órbita se acercaba tanto a él que el campo gravitatorio imprimía un brutal tirón. Entonces quedaba claro que el aspecto descuidado de Khoorsandi era irreal, y que su paisaje era un rompecabezas de balsas de granito y basalto que flotaban sobre un profundo mar de fuego. Se abrían respiraderos y géiseres, multitud de súbitos volcanes enseñaban el hocico entre el musgo reluciente, y los árboles enanos esparcían a toda prisa sus semillas ignífugas y morían entre las llamas.

El mejor sitio para contemplarlo todo, el único lugar donde no se corría peligro durante la estación de los fuegos, eran las Montañas Espinales, que se hallaban sobre un repositorio subterráneo de magma lo bastante antiguo y frío como para que el apremiante tirón de Anahita no pudiese despertarlo. Allí, entre los negros picos de basalto, la familia Mediodía había edificado una ciudad llamada Estación del Fuego, donde paraban los trenes que llegaban por el único portal-K de Khoorsandi.

Pero entonces, de pronto, apareció un nuevo portal-K. El Gusano de Nova lo había abierto a mordiscos en el otro extremo de la cordillera y trabajaba pacientemente para tender una nueva vía que llegara a la Estación del Fuego.

Los servicios de noticias locales, que estaban a la espera de que empezase la estación de los volcanes, tomaron nota de las extrañas lecturas que aquello había provocado en los sismógrafos y mandaron drones a investigar. Para cuando la Rosa de Damasco emergió por el nuevo portal, los canales de noticias ya se habían llenado de vídeos tomados desde el aire en los que la imagen daba vueltas sin cesar. Mostraban la gigantesca máquina que avanzaba con torpeza por las mesetas de granito, envuelta en una nube de polvo y de vapor. Titulares que iban de un extremo a otro de la pantalla pasaban por encima de las imágenes, con textos tales como «¡SE HA FORMADO UN NUEVO PORTAL-K!» y «¡ESCENAS SORPRENDENTES!».

El Gusano había tendido sus nuevos raíles sobre una meseta de varios kilómetros de altitud desde la que se contemplaban las Llanuras de Fuego. En cuanto la Rosa de Damasco empezó a avanzar por ellos, Zen se preparó para encontrar dificultades. El cielo estaba cubierto de drones, y el muchacho se sintió convencido de que entre las plataformas de grabación de los medios periodísticos habría máquinas más siniestras, incluso algunas que funcionarían como ojos y oídos de los propios Guardianes. En cualquier momento empezarían a arrojar bombas.

Pero no ocurrió nada. Zen, Nova y Trenodia estaban sentados en el vagón de Estado y se miraban. El tío Bichos estaba de pie a su lado, inmóvil. Parecía una mesa muy fea. La interfaz de Mordaunt 90 se había dormido de nuevo. Se le había ladeado el cuerpo y su cabeza dorada reposaba sobre el hombro de Trenodia. Sus ojos, tras los párpados cerrados, daban vueltas en todas las direcciones. Estaba cargando los contenidos de su memoria en la versión de Mordaunt 90 que existía en el Mardedatos de Khoorsandi.

El Mardedatos también irrumpió en los cascos de Zen y de Trenodia, y en la parte de la mente de Nova que actuaba como unos cascos. Todo aquello les resultaba tan familiar... Las salas de chat y los anuncios, el parloteo digital interminable y estúpido del hogar. Hasta aquel momento no habían advertido cuánto lo echaban de menos, perdidos en una Red de Mundos desprovista de él.

—Están circulando muchas especulaciones —dijo Nova, que podía pasar revista a los canales de noticias a una velocidad mucho mayor que los

humanos—. Algunos dicen que unos alienígenas han abierto un nuevo portal. Otros piensan que deben de haberlo hecho los Guardianes. Otros temen que esto desestabilice la Red, o que lleguen unos invasores con ojos de insecto..., pero los Guardianes callan. Me imagino que no saben qué decir. Creo que los hemos pillado por sorpresa. Voy a retransmitir unos pocos vídeos con imágenes de las estaciones alienígenas y de las gentes que hemos conocido allí, así se emocionarán todavía más.

—¿Tendremos que hablar con los medios de comunicación? —preguntó Zen, que sentía una súbita timidez.

—Espera a que lleguemos a la Estación del Fuego —aconsejó Trenodia—. Preferirán vernos en persona.

Pero los medios de comunicación ya los veían. Descarados drones paparazzi se acercaban a las ventanas de la Rosa y capturaban imágenes de sus pasajeros. El tren echó las cortinas, pero veinte minutos más tarde, cuando entraron en la Estación del Fuego, todo Khoorsandi parecía saber que la antigua emperatriz Trenodia viajaba a bordo.

Esta corrió por el tren hasta la despensa donde tenían encerrada a Chandni. No abrió la puerta, tan solo acercó el rostro y dijo:

—Chandni, voy a dejarte aquí hasta que se arregle nuestra situación. La Rosa cuidará de ti. Sus arañas de mantenimiento se encargarán de alimentarte y de proporcionarte todo lo que necesites.

Chandni no hizo más que gruñir. No parecía muy contenta. Pero ¿cómo iba a estar? La tenían encerrada en una despensa.

En un extremo de los patios ferroviarios se hallaba el Gusano, inactivo, rodeado de barreras de gran altura y vigilado por guardias armados. La Rosa pasó por su lado con gran cautela. Abandonó la línea recién construida y entró en unos raíles más antiguos. Las mentes ya familiares de los sistemas de cambio de vías de la K-Bahn le hablaron y la guiaron hasta uno de los andenes exteriores, bajo la bóveda dorada que cubría la estación. Una multitud de seres humanos corrió por su lado mientras reducía la velocidad y frenaba. Zen reflexionó sobre que todos eran humanos, que no había ningún herastec ni ningún chmoii. Pero muchos vestían el uniforme de la Fuerza Ferroviaria. En cuanto la Rosa abrió la puerta y el muchacho salió detrás de Nova y Trenodia,

los aguardaba una brigada entera de azules, y Nilesh Mediodía, cubierto con un imponente sombrero ceremonial, les dijo con voz severa:

—Mi señora Trenodia Mediodía, en tanto que jefe de estación de Khoorsandi, es mi deber arrestaros en nombre del Imperio de la Red.

Se oyó un murmullo emocionado entre el gentío que se había reunido tras las filas de los impassibles soldados en uniforme azul. Trenodia miró a su tío. El hombre jadeaba como si hubiera corrido para salir a su encuentro, y los botones de su deliciosa túnica estaban mal abrochados.

—¿Tío Nilesh? —dijo Trenodia—. No me dirás que piensas arrestarme de verdad...

—¡Pues claro que no! —gritó otra persona, que se abrió paso entre la hilera de azules y corrió por el andén para abrazar a Trenodia. Era Kala Tanaka.

El tío Nilesh sonrió.

—¿Arrestarte a ti? ¿A mi propia sobrina? Por supuesto que no, y además los soldados de la Fuerza Ferroviaria que están aquí son leales a nuestra familia. Si Elon Prell quiere meterte en la cárcel, que venga y lo haga él mismo.

—Probablemente lo hará —dijo Kala Tanaka, que soltó a Trenodia y dio un paso atrás para ver mejor a los extraños compañeros de la muchacha—. La noticia se está difundiendo por toda la Red a la velocidad de los trenes. Lo más probable es que en la Gran Central ya estén sobre aviso.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó el tío Nilesh—. ¿Qué es esa máquina? ¿Es posible de verdad que haya un nuevo portal? Y, además, hemos visto las imágenes de... lugares..., criaturas... ¿De dónde sales, sobrina mía?

Trenodia volvió la mirada hacia los drones paparazzi suspendidos como nubes de mosquitos bajo el techo de la estación.

—Venimos del otro extremo de la galaxia, de la llamada Red de Mundos. Khoorsandi ya no se encuentra al final de la línea. Es una estación central que la familia Mediodía usará para comerciar con nuevas civilizaciones. Mirad, hemos vuelto con un embajador de los neem, que residen en el Mundo Nido Zzr'zrrt...

En ese momento se hizo a un lado para que el tío Bichos pudiera salir del

vagón con pasos de araña, y las palabras que dijo entonces la muchacha quedaron enmascaradas por los gritos y exclamaciones de la multitud y el frenético zumbido de los drones que se abrían paso a empujones para poder captar primeros planos.

## 41

Laria Prell caminaba a toda prisa por los corredores tenebrosos del palacio imperial. Por el camino, se abrochaba la chaqueta y se atusaba el cabello corto con los dedos. No disfrutaba de su estancia en la Gran Central. La gravedad era más fuerte que en los pequeños planetas a los que estaba acostumbrada, y tampoco le gustaba el calor veraniego. Aquella noche había tardado mucho en conciliar el sueño, y nada más conseguirlo la habían despertado. La llamaban a la sala de juntas del emperador para una reunión de emergencia.

La muchacha pensó que era una buena noticia, porque debía de haber una urgencia, y tal vez tuviera oportunidad de presenciar algo de acción. Pero, fuera lo que fuese, habría preferido que sucediera durante el día.

Su tío —aún le resultaba extraño pensar que era el emperador— se hallaba en la gran sala de juntas en el corazón del Durga. Otros altos dignatarios de la familia estaban con él, pero en número sorprendentemente reducido, y Laria se preguntó qué habría hecho para que la convocaran a una reunión tan exclusiva. Pero nada más saludar, las grandes pantallas que colgaban sobre la mesa de conferencias de maderaviva captaron su atención. Era la primera vez que veía las imágenes que pocas horas antes habían empezado a inundar los bancos de datos de la Gran Central. Habían llegado con el tren nocturno de Khoorsandi. El arco óseo que había nacido de la luz y del polvo en un valle elevado. El enorme vehículo biotecnológico cubierto de púas que había salido por él, dejando tras de sí un reluciente rastro de vías...

—¿Cómo puede existir un nuevo portal-K? —preguntó, al tiempo que leía

los titulares que iban pasando—. Eso no es posible, ¿verdad?

—Por supuesto que no —exclamó su tío—. Todo el mundo sabe que la Red está completa. Esto es un montaje. Imágenes manipuladas y un tren viejo con decoración extraña para que parezca... ¡lo que sea esa cosa cubierta de pinchos!

—Pero ¿quién ha podido osar llevar a cabo tal engaño? —se preguntó Laria.

El emperador gruñó de nuevo.

—Khoorsandi es un planeta Mediodía —respondió—. Me imagino que habrá personas a quienes no les gusta que los Prell estemos en la cresta de la ola. Personas que probarán cualquier truco para provocar..., no sé...

—Inestabilidad —masculló otra voz.

Laria apartó el rostro de las pantallas para ver quién se había atrevido a interrumpir a su tío mientras hablaba, y se dio cuenta por primera vez de que los hermanos Mako se hallaban a sus espaldas, ocultos en las sombras.

—Inestabilidad —corroboró su tío—. Por eso mismo, las Gemelas están preocupadas.

Por un momento Laria creyó haber oído mal y pensó que se refería a los gemelos Mako, pero, por supuesto se refería a las Gemelas. Elon Prell tenía comunicación directa con los Guardianes. Las propias Gemelas le transmitían sus inquietudes. Tal vez en aquel mismo momento lo observaran. La joven trató de adoptar una pose todavía más erguida y parecer aún más inteligente y atenta mientras el hombre hablaba.

—Laria, quiero que vayas a Khoorsandi y descubras qué es lo que sucede. La mayoría de nuestros trenes de guerra son necesarios para mantener la paz en las líneas secundarias, pero las Gemelas nos han proporcionado una locomotora de alta velocidad muy avanzada. Irás con una brigada poco numerosa. No queremos combates. Buena parte de los medios de comunicación del Imperio os estarán viendo. Lo único que tenéis que hacer es apostaros allí y echar una ojeada al nuevo portal y a la criatura que se supone que lo ha construido.

Laria se dio cuenta de que se ruborizaba.

—Pero, mi emperador, no sé nada sobre portales-K, ni sobre

falsificaciones...

—Ni falta que te hará —la cortó su tío—. Mis representantes se encargarán de esas cuestiones.

Los hermanos Mako dieron un paso adelante. Sus rostros de marfil se quebraron en unas sonrisas serviciales que no tenían nada de amistoso.

## 42

Estación del Fuego era una ciudad de edificios bajos, repleta de calles empinadas con escaleras, y casas blancas y pintorescas. Al volverse excesivo el barullo de la estación, Nilesh Mediodía había trasladado a los pasajeros de la Rosa de Damasco a un complejo hotelero llamado Fénix, que se hallaba sobre una colina aterrazada nada más salir de la estación. Dejaron la Rosa de Damasco en su vía muerta, cerrada y vigilada, y a Chandni Hansa dentro.

—La instalaremos en un alojamiento más confortable en cuanto se calme esta agitación y puedas decidir lo que se hará con ella —dijo Kala Tanaka—. Me di cuenta de que esa chica nos daría problemas el mismo día en el que fui a sacarla del refrigerador.

Estaban todos en el coche que los llevaba al Fénix: Trenodia, Kala, el tío Nilesh y la interfaz. El jefe de estación estiró el pescuezo para mirar por el retrovisor al coche que los seguía, que transportaba a Zen, a Nova y al tío Bichos.

—Ese muchacho, Estornino, también nos va a dar problemas —afirmó—. Es él, ¿verdad? El que sabotó el tren de tu padre...

—La historia es complicada —respondió Trenodia.

—Como todas, pero en cuanto los sitios de noticias descubran quién es..., cuando se enteren de que eres amiga del joven que mató a tu padre...

—No lo mató —la corrigió Trenodia—. Fue un accidente. Y, además, necesitamos a Zen. Él y Nova saben más que nadie sobre la red alienígena.

Nilesh y Kala intercambiaron miradas. No estaban en el tren de los Mediodía cuando la catástrofe, pero tenían amigos que sí, y algunos de ellos

habían muerto.

—Se lo prometí —zanjó Trenodia, y sus ojos brillaban con una luz dura que los demás no habían visto nunca.

—Muy bien —aceptó Kala—. Me inventaré una historia para los medios de comunicación.

La suite imperial ocupaba todo el piso superior del hotel. Constaba de siete dormitorios que daban a una sala de estar muy grande. El gerente prometió que Trenodia y sus invitados gozarían de las mejores vistas de los campos de fuego, pero cuando Zen salió al balcón y miró sobre los tejados, no vio llama alguna. No había nada, salvo rocas negras y musgo marrón que llegaban hasta el cercano horizonte, donde los anillos de Anahita giraban en el cielo nocturno.

—Yo pensaba que veríamos volcanes —exclamó.

—Todavía no —dijo Nova, que acababa de salir detrás del muchacho—. El Festival del Fuego empezará dentro de poco. Todo el paisaje se inflamará.

—¿A ti te parece que estaremos vivos para entonces? —preguntó Zen.

Le resultaba enervante saber que los propios Guardianes estaban decidiendo su destino en las profundidades del Mardedatos. Podían llegar en cualquier momento a la conclusión de que había que impedir que nadie tuviera noticia del nuevo portal, y empezarían por hacerlos desaparecer a él, a Trenodia y a Nova. Probablemente algunas de las manchitas negras que flotaban en el cielo, por encima del hotel, lo apuntasen con láseres y a saber qué más.

Pero Nova respondió:

—Cada segundo que pasa es más probable que nos dejen con vida. —Abrazó a Zen por detrás, como a ella le gustaba, y apoyó su barbilla puntiaguda y sintética sobre el hombro del muchacho—. Y aunque no fuera así, habrá sido maravilloso ver la Red de Mundos contigo..., todas esas estaciones..., todo lo que hemos hecho. Te quiero de verdad, Zen Estornino.

Oyeron a sus espaldas una tos, como si alguien se aclarara la garganta. Trenodia los miraba desde dentro.

—La interfaz ha despertado...

Este no había dejado de moverse desde que habían descargado sus cosas de los vagones de la Rosa de Damasco y se habían instalado en el hotel, pero no podía decirse que hubiera estado despierto. Había ido desde el tren hasta el coche como un sonámbulo. Cuando los drones paparazzi le habían preguntado por la opinión de los Guardianes sobre el nuevo portal, no había fingido no oírlos. Simplemente, no los había oído. Al llegar a la suite del Fénix, se había quedado echado sobre uno de los enormes sofás de la sala de estar y miraba al techo con ojos inexpresivos. Pero al entrar desde el balcón, Zen y Nova vieron que había revivido y miraba la sala con curiosidad.

Era curiosa: paredes de maderaviva y muebles mullidos, dominados por un gran colgante de bronce en el que se exhibía el rostro de Pyra, una antigua diosa del fuego inventada por la administración turística de Khoorsandi. Zen y Nova estaban impresionados con su magnificencia. Trenodia la consideraba terriblemente hortera. El tío Bichos no parecía tener ninguna opinión al respecto. Se había quedado en su propia habitación y trataba de pedir un cubo de pieles de verdura podridas al servicio de habitaciones. No llegaron a saber lo que pensaba la interfaz de Mordaunt 90, porque se puso en pie, sonriente, y les dijo:

—He debatido con mis hermanos y hermanas del Mardedatos.

—¿Todo este tiempo? —preguntó Zen—. Has pasado varias horas en ese estado. Creía que los Guardianes hablabais rápido. Que compartíais planetas enteros de información en un parpadeo...

—Así es —dijo la interfaz—. Pero teníamos mucho que discutir.

Volvía a ser él mismo. Controlaba la situación y hablaba en nombre de la colosal inteligencia de Mordaunt 90. Todos los demás echaron de menos a la interfaz torpe e infantil a la que habían conocido.

—Y ¿qué han decidido? —preguntó Nova.

—Nada —respondió la interfaz—. Todavía no han llegado a una conclusión. Zen, Trenodia, quieren reunirse con vosotros.

Les tendió sus manos doradas. Ambos las tomaron y allí se quedaron, totalmente inmóviles. Al cabo de unos momentos, Nova comprendió que sus mentes se habían marchado al Mardedatos junto con la del Guardián. Sentía

cierta envidia de Trenodia, se había ofendido un poco porque no la habían invitado a ir. «Está claro que los Guardianes no se molestarán en hablar con una simple Motorik», pensó.

Pero tal vez el asunto no fuera tan simple. Algo había cambiado en el momento en el que se había conectado a la torre del Construyerráiles y no tenía nada claro qué podía significar. Aún oía la canción quebrada que le había susurrado desde la Zona de Luz Negra. No era posible que atravesara todos aquellos millones de años luz: debía de llevarla en su interior.

Aguardó unos pocos minutos, pero Zen y Trenodia seguían allí de pie, sosteniendo las manos de la interfaz con las suyas. El Guardián sonrió a Nova, como para prometerle que no les pasaría nada. Entonces, la Moto se volvió y salió de nuevo al balcón. El edificio se movía levemente, ajustaba su posición, porque unos terremotos de poca intensidad sacudían el lecho de roca sobre el que se sostenían la estación y la ciudad. Un cúmulo de nubes parduzcas tomaba forma en el horizonte, y el aire se había impregnado de un tenue olor a humo. Nova se asomó y pensó con melancolía en todo lo que había dejado atrás: la estación central, la torre, las líneas que salían de ella, los lugares adonde habrían podido ir.

La Rosa de Damasco cuidaba bien de su prisionera. Siempre que Chandni no dormía, el tren abría holopantallas en su pequeña celda para que pudiese ver las noticias, y cada pocas horas la araña de mantenimiento le servía comida y bebida por una escotilla del techo. No se sentía incómoda, pero se aburría, y se ponía nerviosa al pensar en lo que Trenodia haría con ella. Le parecía que la habían olvidado, y que lo más probable era que la mandasen a los refrigeradores en cuanto se acordaran. Quizá su amiga no quisiera hacerlo, pero su familia la obligaría. Nilesch Mediodía y Kala Tanaka estaban allí, sonreían a su lado en las noticias, y Chandni nunca les había caído bien. Aconsejarían a Trenodia que la congelara, y ella aceptaría, porque le gustaba que alguien le dijera lo que tenía que hacer. Chandni lo sabía muy bien, porque durante un tiempo ese alguien había sido ella.

Tenía que escapar, pero no sabía muy bien cómo. Poco después de llegar a

Khoorsandi, le había preguntado a la Rosa si podía ir al baño, y entonces la escotilla del techo se había abierto y la araña le había bajado un cubo. El tren no era imbécil y no confiaba en ella más que el resto de los pasajeros.

La joven se tumbó sobre la espalda y fingió descansar mientras estudiaba la escotilla del techo, pero no se le ocurrió ninguna manera de salir. Se abría desde arriba, y aunque hubiera podido convencerla para que se dejara abrir desde el vagón, tan solo conducía a un espacio de poca altura bajo el techo por donde circulaba la araña de mantenimiento. Esta disponía de numerosos utensilios para cortar y soldar, y estaba conectada a la mente del tren. Chandni dudaba que pudiera derrotarla.

Así pues, durmió, y comió, y vio como los canales de noticias formulaban hipótesis a propósito del nuevo portal. Y a veces se llevaba la mano a la espalda, como para rascársela, y tocaba el puñal krait que todavía llevaba escondido. Le concedía una cierta sensación de control. Podría salir de allí. Tan solo tenía que esperar el momento adecuado.

## 43

Zen ahogó un grito y miró a su alrededor, a los céspedes blancos y fríos, a los arbustos recortados en forma de animales que se erguían contra la nieve que caía con rapidez. Se había acostumbrado a sitios mucho más extraños. Había llegado allí tan de repente que se había sobresaltado, como si la suite de hotel de Khoorsandi no hubiera sido más que un sueño, y hubiese despertado de pronto en medio de aquel jardín en invierno.

—Esto no es de verdad —dijo Trenodia, que estaba de pie a su lado.

La propia chica no era real. Se trataba de un avatar, y el programa que creaba la simulación había utilizado imágenes antiguas, con lo que su aspecto era el mismo que había tenido cuando el muchacho la había conocido a bordo del tren de los Mediodía, con ropas perfectas e impecables, y cabellos azules y brillantes como el plumaje de un martín pescador. «No es más que una simulación —pensó el muchacho—, igual que yo.» Si se concentraba mucho, llegaba a percibir que el verdadero Zen Estornino seguía en pie en la suite de Khoorsandi y sujetaba la mano de la interfaz.

Con todo, la simulación era buena. Zen no descubrió ningún detalle que delatara que el enorme jardín no era de verdad, que no estaba situado en ningún planeta. Incluso su aliento creaba nubes de vaho en el aire bajo la nevada. Pero no hacía frío, y la nieve no se posaba sobre su cuerpo, ni sobre el de Trenodia, ni sobre el de ninguno de los Guardianes que se deslizaban hacia ellos por los largos caminos blancos que se hallaban entre los setos.

El muchacho conocía a algunos. Mordaunt 90 tenía el mismo aspecto que su interfaz y vestía las mismas ropas andrajosas que había llevado en el curso

de sus aventuras en la Red. Anais Seis era alto y azul, y tenía cuernos de ciervo, igual que la última vez que Zen se había encontrado con él. Era la primera vez que se hallaba ante los demás, pero había visto sus imágenes toda la vida, en santuarios de datos y anuncios, en tresdés, y en las holopegatinas que regalaban con los cereales del desayuno. Estaba Shiguri, un pavo real con un millar de ojos de verdad en su cola ondulante, e Indri, que parecía una mujer hermosa y, a la vez, un precioso gato. Ombron y Leiki eran figuras geométricas con muchas caras, cuyos planos se desplazaban y cambiaban de forma sin cesar. Aquella nube de mariposas azules que a veces adoptaba forma humana era Sfax Systema, y las formas difuminadas de elfos, que apenas se vislumbraban en medio de la nieve, debían de ser los avatares de los misteriosos Cerebros Vostok. En medio de los setos había algo que corría sin ser visto, como una ardilla hipersónica. Debía de ser el tímido y excéntrico Vohu Mana. Todos estaban allí, todos lo contemplaban con sus ojos dorados, que se abrían como portales-K a mundos de pura inteligencia, pero Zen, por el motivo que fuera, no sintió la necesidad de arrodillarse. Aquellos eran los dioses de su época, pero había descubierto sobre ellos lo que muy pocos humanos sabían: que eran unos mentirosos.

Las Gemelas fueron las últimas en llegar: dos muchachas descalzas, una negra, la otra blanca, ambas con un mismo peinado muy elaborado.

Como si su llegada hubiera sido una señal para romper el silencio, Mordaunt 90 dijo:

—Zen, Trenodia, hemos discutido sobre vuestro nuevo portal y estamos divididos. Hay quien piensa que debería seguir abierto...

—Tú eres el único que lo piensa, Mordaunt 90 —afirmó el pavo real, con la voz de un ave cascarrabias de dibujos animados.

—También hay quien cree que habría que cerrarlo y proteger el secreto de la Red de Mundos —siguió explicando Mordaunt 90.

—Y, además, hay quien piensa que todos los que han estado implicados en su creación deberían morir —intervinieron las Gemelas con una sonrisa dulce, con hoyuelos.

—No podréis cerrarlo —dijo Zen—. Todo el mundo lo ha visto. Ya saben que existe. Han visto a los neem, y también las imágenes que nuestros cascos

han grabado mientras estábamos en la Red de Mundos. Han descubierto que la interfaz de Mordaunt 90 estaba con nosotros. Ya no podréis guardar el secreto.

—Entonces ¿qué os parece que deberíamos hacer? —preguntó Ombron.

—Con vuestro permiso, Guardianes —respondió Trenodia—, queremos empezar a comerciar a través del nuevo portal con todos los planetas recién descubiertos de la Red de Mundos. Mi familia ha perdido buena parte de su poder, por culpa de los Prell. Pero Khoorsandi todavía nos pertenece, y podríamos transformarlo en el punto de partida de una nueva gran ruta comercial.

Shiguri soltó una risilla.

—¡Eso sería como meterles el dedo en el ojo a los Prell, las mascotas de las Gemelas! ¡El viejo Elon lleva toda la vida aguardando para llegar a emperador y ahora se encontrará con que la Gran Central ya no es el centro del universo, y que los Mediodía controlan la puerta de entrada de un nuevo imperio!

—¡Cerebro de mosquito! —resoplaron las Gemelas.

—¿Pero dónde quedaríamos nosotros? —preguntó Sfax Systema—. ¿Qué pensarán los humanos cuando descubran lo que le ocurrió al Construyerraíles?

—No es necesario que lo descubran —dijo Zen—. No se lo diremos. Podrías contarles que el Construyerraíles ya estaba muerto cuando encontrasteis los portales-K. Y que nos ocultasteis la verdad sobre los otros portales y las otras razas porque pensasteis que aún no estábamos preparados para conocer tales cosas.

—Es que no lo estáis —murmuró Vohu Mana desde los arbustos.

—Podrías contar que habéis llegado a la conclusión de que ahora es el momento, y por eso habéis abierto un nuevo portal y nos habéis elegido a Zen y a mí para que seamos los primeros en atravesarlo —explicó Trenodia.

Indri ronroneó.

—¡Qué delicia! Se creen capaces de negociar con nosotros...

—Si hiciéramos lo que nos proponen, salvaríamos las apariencias —observó Mordaunt 90—. Es hora de que les digamos la verdad, o por lo menos parte. Mi interfaz ha viajado entre esas razas alienígenas. No tenemos motivo para temerlas. Es hora de permitir que la humanidad conozca a sus vecinos.

—Querrás decir que es el momento de desatar la inestabilidad —se burló Sfax Systema—. Tú conoces la crueldad con la que los humanos luchaban entre sí antes de que nosotros nos pusiéramos al mando. ¡Imagínate qué guerras y horrores pondrán en marcha cuando conozcan a otras especies!

El hombre dorado se volvió hacia Anais Seis.

—Estás de acuerdo conmigo. ¡Sé que sí! ¿No es por eso por lo que permitiste que Cuervo tropezara con el secreto de los portales-K...?

—Fui idiota —respondió Anais Seis, que se ruborizó, volviéndose de un color azul más intenso.

—Si lo pensamos bien, todo esto ha sucedido por culpa de Anais Seis —masculló Indri—. Si no hubiera permitido que su amante, Cuervo, metiera el hocico en los Archivos Profundos...

—Alguien lo habría descubierto tarde o temprano —exclamó Shiguri, que se pasó por sorpresa al bando de Mordaunt 90—. Ni siquiera nosotros podemos guardar secretos para siempre.

—Sí, sí que podemos —zanjó Sfax Systema con voz firme—. Anunciaremos que el nuevo portal-K no es más que un hábil engaño. Descubriremos que las imágenes que la Rosa de Damasco y sus pasajeros han introducido en el Mardedatos también son fraudes: criaturas de fantasía, generadas en entornos virtuales contruidos con mucha habilidad. Por fortuna, el único espécimen con el que han venido, ese neem, se compone de insectos casi idénticos a los Monje que infestan los planetas humanos. Explicaremos que se trata de un traje diseñado por Cuervo. Contaremos en los sitios de noticias que todo este asunto no ha sido más que un plan de Trenodia Mediodía, una muchacha inteligente y ambiciosa que trata de mejorar la situación de su familia. Diremos que el nuevo portal-K es peligroso y lo bloquearemos. Y dentro de unas pocas semanas estallará una nueva crisis y los humanos olvidarán todo lo que ha sucedido en Khoorsandi.

Los otros Guardianes murmuraron para expresar su aprobación. Incluso Shiguri encogió sus hombros emplumados y dijo:

—Muy bien. Me imagino que así será mejor.

—Y ¿qué pasará con nosotros? —preguntó Zen—. Conmigo, Trenodia y Nova, y con la Rosa. Si os prometemos guardar el secreto, ¿nos vais a creer?

—Pues claro que no —respondieron las Gemelas.

—Os llevaremos a Desdemor —explicó Mordaunt 90—. Ahí podréis llevar una vida discreta.

—¿Como prisioneros? —preguntó Zen.

Mordaunt 90 sonrió con tristeza.

—Como invitados.

—Entonces ¿queda decidido? —preguntó Anais Seis—. ¿Volvemos a estar todos en armonía? ¿Todos de acuerdo?

—No —dijeron las Gemelas al unísono—. Para nada. Tenemos una idea mejor.

Avanzan por el enlace I a una velocidad de nivel «alma que lleva el diablo», es el tren más extraño en el que haya viajado Laria Prell. Se llama Suimanga, y la muchacha pensó que era raro en el mismo momento en el que lo vio en la estación de Carey que se encuentra bajo palacio, en la Central. Una locomotora larga de plata, con un casco reluciente y casi sin rasgos, sin torretas de artillería ni cápsulas para drones de guerra. Pero tal vez sea lo mejor para una misión diplomática. Demuestra que lo que quieres es hablar, no luchar. Pero su extraño aspecto no es nada frente a la manera como actúa una vez ha empezado a moverse. No canta, no habla, casi parece que carezca de inteligencia. Pero todo el mundo sabe que los portales-K tan solo se abren para los trenes con cerebro, así que ha de tener raciocinio. Cada vez que alguien ha tratado de ir de un planeta a otro con una simple máquina de tecnología sencilla, sin más capacidad que para cambiar de vía, ha rebotado en la cortina de energía bajo el arco del portal, o lo ha atravesado como si no fuera más que niebla y ha salido por el otro lado sin cambiar de planeta. Así pues, la Suimanga, que va pasando de portal en portal sin esfuerzo alguno, debe de tener una mente y una personalidad propias. Por el motivo que sea, no quiere hablar ni cantar, y Laria Prell no había conocido nunca a un tren así.

Pero, por otra parte, tampoco había emprendido nunca una misión como aquella. Todavía no se cree la historia de que ha surgido un nuevo portal-K, pero las noticias de Estación del Fuego que llegan a sus cascos son cada vez más extrañas. Ahora los canales informativos afirman que Trenodia Mediodía en persona ha salido del nuevo portal, acompañada por un muchacho llamado

Estornino y una gigantesca araña blindada. Están descargando unas imágenes asombrosas: estaciones alienígenas con las calles repletas de monstruos, grandes ballenas luminosas que nadan por el mar a medianoche. «Todo esto es un fraude —se dice Laria—, pero ¿qué pretenden?» La muchacha advierte a su pequeña brigada de MaCo que no se muevan, pero no tiene ni idea de lo que van a hacer cuando el viaje toque a su fin.

Los hermanos Mako viajan en un vagón exclusivo, a la cola del tren, y solo salen para ir al restaurante, que está totalmente automatizado. Parece que les gustan los dulces: elaborados pasteles, montañas de postres azucarados de colores brillantes que se comen con largas cucharas, sentados en silencio a ambos lados de una mesa de bufé, como si cada uno fuera el reflejo del otro.

—¿Quiénes son? —pregunta a su segundo en el mando, un sargento de los MaCo viejo y curtido, conocido como Botón de Alarma—. ¿Dónde los contrató el tío Elon? ¿Por qué confía tanto en ellos?

—La familia siempre ha empleado a gemelos —dice Botón con voz plácida—. Después de la muerte del antiguo emperador, tu tío Elon pensó que necesitaría guardias más efectivos. No sé de dónde han salido. Supongo que de algún mundo pobre y atrasado.

—Pero lo tratan de una manera... —comenta Laria—. Es como si fuese él quien trabajase para ellos...

—Me imagino que a tu tío lo divierte, mi señora Prell. Las gentes siempre dicen que no tiene sentido del humor, pero no es verdad. Es solo que se ríe por motivos distintos que los demás.

Cuando la Suimanga empieza a acelerar hacia el portal-K que lo llevará a Khoorsandi, Laria se marcha al vagón de cola para visitar a los hermanos. Es un único compartimento alargado y huele a armario ropero. Los calcetines enrollados ruedan por el suelo cada vez que el tren se balancea. Los gemelos Mako no parecen sentir ningún interés por la higiene personal, pero están atareados limpiando unas pistolas plateadas que, en opinión de Laria, ya están más que relucientes.

—¿Qué plan tenemos? —pregunta la muchacha—. ¿Qué haremos al llegar a Khoorsandi?

Los Mako no levantan el rostro.

—Eso lo tienes que decidir tú, mi señora Prell —dice Shiv.

—¿Verdad que sí? —apunta Enki.

Laria los distingue porque Shiv tiene una S pequeña tatuada en la frente, y Enki, una E. Si no es que —y no sería impropio de ellos— cada uno se ha tatuado la inicial del otro tan solo para confundir al personal. En todo lo demás, son idénticos. La luz cambiante del vagón revela unos extraños bultos en sus cabezas rapadas, como si les hubieran instalado tecnología de alta gama directamente en el cráneo.

—No creo que tenga que decidirlo yo —dice Laria—. Me parece que mi tío os ha puesto a vosotros al mando. Creo que os ha asignado una misión que no nos ha explicado a los demás.

Entonces los Mako levantan los ojos hacia ella. Siempre hacen exactamente los mismos gestos en el mismo momento. Es espeluznante.

—Cuando lleguemos a Khoorsandi —replica Enki—, te quedarás en el tren. Nos encargaremos de todo.

—¿Igual que os encargasteis de Kobi Chen-Tulsi? —pregunta Laria.

Parecen pensativos. Han dejado de reproducir los movimientos del otro. Una vez más, Shiv se entretiene en limpiar su impecable arma. Enki se pone en pie y se acerca a Laria, mirándola de arriba abajo. Su aliento huele a almendras, mangos y anís estrellado.

—A veces, cuando una persona causa un problema, la solución más sencilla pasa por matarla —le explica—. A los Guardianes no les gusta reconocer esa verdad. Tu tío, el emperador, no puede reconocerla. Trenodia Mediodía y sus compañeros se han transformado en celebridades. Si el emperador los asesinara, quedaría muy mal. No sería popular.

—Pero si el emperador tuviera un siervo... —dice Shiv.

Deja la pistola, se pone en pie, y se acerca a su hermano.

—O dos siervos...

—Y esos tomaran el asunto en sus manos...

—Si actuaran, por así decirlo, sin que nadie les diera órdenes...

—Si incurrieran en exceso de celo...

—Entonces la culpa sería de esos siervos...

—Nadie podría pedirle cuentas al emperador, ni a los Guardianes...

—Todo el mundo estaría de acuerdo en que habría sido una tragedia lamentable...

—Pero el problema quedaría igualmente resuelto.

Y con un estruendoso inestallido, la Suimanga pasa por el portal y la luz que brilla a la hora del crepúsculo sobre el complejo turístico de tema volcánico se cuela por las ventanas. Los hermanos Mako intercambian una de sus miradas.

—Tú te quedarás en el tren —le dicen a Laria Prell—. Nosotros iremos a la ciudad y haremos lo que sea menester.

## 45

Los volcanes hablaron. Abrieron sus gargantas rojas y ardientes, y rugieron. Edificaron torres de humo y las coronaron con luces multicolores. Las resacas llanuras que se encontraban al oeste de la Estación del Fuego se desperezaron y bostezaron, y chorros de lava saltaron al cielo.

Nova lo contemplaba todo desde el balcón de la suite donde Zen y Trenodia seguían en trance junto con la interfaz. Era impresionante. Entendió por qué el Festival del Fuego era una atracción turística tan conocida. Pero mientras estudiaba las vistas y contemplaba florecer volcán tras volcán, la luz ardiente iluminó de pronto un tren. El vehículo avanzaba por una vía sinuosa que emergía del portal-K original de Khoorsandi.

La Rosa de Damasco le habló en ese mismo instante.

—¿Nova? Ha llegado un nuevo tren. Me parece que es una especie de convoy de guerra de los Prell. Es extraño. No me habla. Pero he recibido un mensaje de la mujer que lo comanda. Quiere hablar con Trenodia.

—Trenodia está ocupada —dijo Nova, y miró de reojo en dirección a Zen y a la muchacha, que todavía estaban agarrados a las manos de la interfaz, como si todos ellos durmieran y compartieran un mismo sueño—. Pásamela a mí.

La Rosa le transfirió la llamada. Provenía de una pantalla de pared, en uno de los sombríos compartimentos del tren de los Prell. Una joven corpulenta y de piel pálida, vestida con el uniforme de los MaCo Prell, dijo:

—¿Emperatriz?

—Me llamo Nova —respondió la muchacha—. Puedes darme el mensaje a

mí.

La joven puso cara de duda.

—Eres la Motorik que la acompañaba en ese tren...

—Trenodia y yo somos grandes amigas. Nos lo contamos todo.

El rostro de la pantalla pareció llegar a una decisión.

—Pues entonces dile lo siguiente, Motorik. Yo soy Laria Prell. Conocí a Kobi Chen-Tulsi en Luna Rota. Los hombres que lo mataron están aquí, conmigo. Son siervos de mi tío, pero no actúan como tal, sino más bien como... Son dos. Los hermanos Mako. Son muy... Ya se han bajado del tren. Van a buscar a Trenodia Mediodía y al joven Estornino, y me imagino que también a ti. Quieren mataros.

—¡Qué groseros! —exclamó Nova.

Conectó su mente a las cámaras de seguridad del hotel, y luego a otras que se encontraban en las calles abarrotadas. Sí, dos hombres venían por las escaleras que subían desde la estación. Se movían con resolución en medio de las multitudes que asistían al festival. Cabezas rapadas y abrigos marrones, y un aire marcadamente turbador.

—¿Por qué nos avisas? —le preguntó a Laria Prell.

El rostro que aparecía en la pantalla enrojeció.

—Porque no está bien —respondió ella—. Esto no es honorable. Y, además, Kobi habría querido que lo hiciese.

—Gracias —dijo Nova—. Has hecho bien. Estaremos preparados para su llegada. No creo que dos hombres solos puedan hacer mucho daño.

Por un momento pareció que Laria Prell estaba a punto de expresar su desacuerdo, pero entonces su rostro quedó inmóvil y desapareció, porque la holopantalla se había apagado. Todas las luces se fueron a la vez. Las cámaras en las que Nova se había introducido también se desconectaron. La muchacha miró dentro del banco de datos y luego volvió a salir. Algo muy raro se difundía por él y apagaba un sitio tras otro, un sistema tras otro. Se propagaba con rapidez, se abría camino a través de los cortafuegos, y se filtraba desde el propio banco hasta el Mardedatos más profundo donde nadaban los Guardianes.

Nova había visto cosas parecidas. Ella misma las había puesto en marcha.

Por orden de Cuervo, había matado trenes mediante virus informáticos hechos a medida. Pero aquel era más grande, más potente, más extraño. Debía de tratarse de lo mismo que había borrado a Mordaunt 90 en el Mardedatos de Tristesse. Aquello, o algo muy parecido, había asesinado al pobre y desprevenido Construyerraíles.

Pero en el momento de morir, este había tratado de defenderse. Había escrito contramedidas que casi habían bastado para protegerlo. Estaban incrustadas en el código que la torre aún emitía desde la Zona de Luz Negra. Y como este se hallaba en la mente de la muchacha, y el encuentro con la torre la había transformado en aspectos que la propia Nova aún no comprendía, le resultó fácil descubrir las pequeñas vulnerabilidades por las que se colaba el virus y repararlas. Cuando la enfermedad del Mardedatos sintió la presencia de Nova y se volvió contra ella, la muchacha ya estaba protegida.

Envió una copia del código a la Rosa de Damasco y abandonó el balcón. La sala estaba a oscuras, salvo por la luz de los volcanes que entraba por las ventanas, tétrica y roja como la sangre. Corrió hacia Zen y lo sacudió por los hombros.

—¡Zen! ¡Zen!

Todavía en los jardines de los Guardianes, Zen sintió que Nova lo tocaba y oyó su voz, pero la muchacha no consiguió hacerlo regresar al mundo real. Porque allí también ocurrían cosas extrañas. La nieve que se posaba en ellos se había vuelto roja. Los setos se distorsionaban y les crecían ramificaciones que no parecían follaje. El pavo real de Shiguri chilló, alarmado, y explotó en una nube de plumas, como si alguien hubiese reventado una almohada. Las mariposas de Sfax Systema cayeron al suelo. Indri empezó a temblar como una pantalla mal sintonizada. Ombron y Leiki se llenaron de interferencias y simplemente dejaron de existir. Mordaunt 90 cayó de rodillas y se sostuvo la cabeza con las manos.

Tan solo las Gemelas parecían no haber sufrido ningún daño. Aún sonreían con dulzura. Pero alrededor de sus sonrisas, los rostros se difuminaban y se reorganizaban. Se volvieron más altas, sus cabellos desaparecieron y se

transformaron en dos hombres de cabeza rapada.

—Tenemos una idea mucho mejor —dijeron. Mientras hablaban, sus voces de niña se volvieron más profundas y duras—. Vamos a destruir el nuevo portal-K. Diremos que era inestable. Al venirse abajo, demostrará que no se pueden abrir más portales. Y nuestras interfaces en Khoorsandi matarán a todo el que haya visto lo que había al otro lado.

Y entonces Nova le arrancó los cascos a Zen, y el muchacho boqueó y parpadeó en la sala alumbrada por el fuego. Nova le quitó los cascos también a Trenodia. La interfaz de Mordaunt 90 les soltó las manos y se quedó tembloroso. Parecía tan perdido como en la Red de Mundos.

—Las Gemelas deben de haberse vuelto locas —explicaba—. Sus programas son todavía más poderosos que en Desdemor. Esta vez no podré hacerles frente. Jamás se me habría ocurrido que se atreverían a atacar a todos los Guardianes. Cuando nuestras versiones que se hallan en otros planetas descubran lo que ha sucedido, les infligirán un castigo severo...

—Pero para entonces ya tendrán lo que quieren —dijo Nova—. Habremos muerto. Dos hombres vienen a por nosotros.

—No son hombres —aseguró Trenodia—. Son interfaces de las Gemelas.

Sin pensarlo, Zen agarró los cascos para comprobar los canales de seguridad del hotel.

—¡No! —advirtió Nova—. El virus de las Gemelas está apagando la ciudad entera. Tus cascos no servirán de nada; al contrario, se lo pondrán más fácil para encontrarte. Tenemos que regresar a la Rosa de Damasco y marcharnos de este mundo...

Zen se guardó los cascos en el bolsillo. Nova corrió a la puerta principal de la suite y abrió un resquicio. Niles Mediodía había dejado a unos MaCo de guardia en el vestíbulo del hotel, pero la muchacha no logró contactar con ellos. Sus cascos debían de haberse desactivado, igual que todos los sistemas que habían sufrido el ataque de las Gemelas. Trató de meter su propia mente dentro de las cámaras interiores del hotel, pero también habían dejado de funcionar. Al menos sus ojos veían en la oscuridad. En el pasillo que se encontraba al salir de la suite no se movía nada.

Zen llamó a la puerta del tío Bichos. El neem salió correteando y pidió que

le explicasen lo que ocurría. Trenodia lo hizo callar y todos siguieron a Nova hasta el pasillo. A pesar del rugido de los volcanes, la Motorik oía gritos y chillidos. Pero, aunque las calles cercanas al hotel estuvieran llenas de gente presa del pánico, era imposible saber si eran los hermanos Mako quienes lo provocaban. Entonces, cuando estuvieron cerca de los ascensores, vieron que alguien subía. Los números amarillos se encendían uno tras otro sobre la puerta.

—Son las Gemelas —aseguró Nova—. No creo que nadie más consiguiera poner en marcha los ascensores.

Se marcharon corriendo, encontraron una escalera de emergencia y empezaron a bajar. ¿Podía ser que escaparan con tanta facilidad de las Gemelas? ¿Bastaba con ir por la escalera mientras sus interfaces subían en ascensor?

No, claro que no. Salieron al vestíbulo y se encontraron con que uno de los hermanos Mako los aguardaba allí. Estaba sentado con aire despreocupado sobre uno de los grandes sofás del hotel, rodeado por los cadáveres de los guardias que habían acudido para proteger a Trenodia.

No se regodeó, ni trató de explicarse. Tan pronto como aparecieron los fugitivos, se puso en pie y empezó a disparar. Las dos primeras balas hirieron en el pecho a la interfaz de Mordaunt 90, y esta se desplomó con un gruñido de sorpresa. Pero el tío Bichos subió corriendo por una pared y se arrojó sobre el tirador con las patas muy abiertas. Se arrojó sobre él como si una lámpara de araña cayera del techo.

Zen se tiró al suelo y trató de agarrar la pistola que resbalaba sobre las baldosas de mármol. Pero Nova corrió hasta el hombre que se debatía en el suelo y se arrodilló frente a él. Agarró con ambas manos su cabeza rapada y miró a sus ojos enloquecidos. Su mente encontró la de él. Una inteligencia gigantesca, con una encriptación colosal, pero de algún modo logró pasar a través de sus defensas. El hombre abrió los ojos como platos, porque se dio cuenta de lo que ocurría. Parecía tan sorprendido que Nova casi sintió lástima por él. Entonces la interfaz logró escaparse de la chica y del tío Bichos, rodó por el suelo, agarró la pistola cuando la mano de Zen ya estaba a punto de cerrarse sobre ella y se levantó de un salto. Apuntó a la cara de la Motorik.

—¡Nova! —gritó Zen.

En el intervalo de tiempo entre el «No» y el «va», la muchacha escribió un programa muy sencillo y muy destructivo, lo cargó en la mente del pistolero y se hizo a un lado.

La bala pasó sin infligir daño, arrancó una rama de una planta que estaba en una maceta y rebotó por los pasillos a oscuras. El hombre cayó pesadamente de rodillas, suspiró con fuerza y se tumbó de espaldas. Quedó echado en el suelo. Miraba fijamente al techo. Había una pequeña letra E tatuada en su frente. Le salieron unos diminutos hilos de humo por las orejas.

—¿Ha muerto? —preguntó el tío Bichos mientras se incorporaba.

Nova asintió.

—Trenodia estaba en lo cierto. Es una interfaz. Una versión de las Gemelas.

—¿Cómo has podido detenerlo? —preguntó Zen.

—Debía de tener algún fallo. Si no, no habría podido atravesar de este modo sus cortafuegos...

Pero Nova sabía que el origen del fallo debía de ser ella misma. El enlace con la máquina de la estación central parecía haberla transformado en aspectos que la propia muchacha no comprendía.

Se volvió hacia el ascensor. Los números que relucían sobre la puerta indicaban que el hermano que había subido al piso de arriba se había dado cuenta de su error y volvía a bajar. Nova halló los controles del ascensor, el único sistema que aún funcionaba dentro de la red inutilizada del hotel, e introdujo un programa que hizo que el panel que se encontraba junto a la puerta estallara en un chorro de centellas.

—¡Rápido! —exclamó.

Trenodia se agachó al lado de la interfaz de Mordaunt 90. Perdía mucha sangre. Le salía de la boca, y también de los orificios que las balas le habían abierto en la frente y en la espalda. Parecía, más que nada, sorprendido.

—Voy a morir —comentó—. Es más fácil de lo que había pensado.

Trenodia sabía que, en realidad, no le importaba, porque había subido todos sus recuerdos a la versión de Mordaunt 90 que se hallaba en el Mardedatos y aquella los habría enviado ya en su mayoría a otras versiones

que se encontraban en el Mardedatos de otros planetas, así que por toda la red habría Mordaunt 90 que guardaría recuerdos de Desdemor, y de Malik, y de las aventuras que había compartido con Trenodia en la Red de Mundos. Pero aquella era la versión que la muchacha había conocido. Aquellas eran las manos que había sostenido cuando la interfaz se asustaba, y aquel era el rostro del que había limpiado la herrumbre del antiguo tren. Aquel era su Mordaunt 90 y significaba mucho para ella.

La interfaz la tomó de la mano, se la estrujó y le dijo:

—No permitas que cierren el portal...

Y entonces murió, y lo único que pudo hacer Trenodia fue abandonarlo allí, marcharse con Nova, Zen y el tío Bichos por el vestíbulo, y salir a las calles, donde reinaba el caos.

## 46

La primera noche del Festival del Fuego había un desfile. Se sacaban carrozas decoradas en honor de los Guardianes y se tocaba música en directo, y los niños salían con farolillos de papel. Acababan de llegar a la plaza que se encontraba frente al hotel cuando se desconectó el banco de datos, y allí se encontraron con una masa de gente confusa y asustada, niños perdidos, vehículos averiados. No le funcionaban los cascos a nadie, nadie sabía lo que tenía que hacer, y los sistemas de control climático que solían proteger la Estación del Fuego de la escoria que arrojaban los campos de volcanes también parecían haberse desactivado. Las cenizas descendían hacia el suelo como nieve. Los farolillos abandonados chisporroteaban sobre las aceras y arrojaban sobre los rostros del gentío la sombra terrorífica del tío Bichos, que bajaba correteando por la escalera exterior del hotel y añadía su presencia de araña gigante al pánico general.

Pero, por lo menos, la muchedumbre se apartaba para dejarlo pasar. Nova, Zen y Trenodia lo siguieron por el camino que las gentes que habían acudido a la fiesta abrían entre chillidos. Cruzaron la plaza, encontraron una escalera que llevaba a la estación y bajaron corriendo por ella, mientras Nova enviaba mensajes frenéticos a la Rosa de Damasco.

—Estoy bien —respondió la locomotora—. No tengo nada claro qué hace ese nuevo tren de los Prell. Acaba de desenganchar los vagones y se dirige a la línea principal. No me gusta ni un pelo, Nova...

A la Motorik tampoco le daba buena espina. Captaba la mente del tren, pero era dura y brillante, y le resultaba imposible penetrar en ella. Un

momento más tarde, cuando llegaron al final de la escalera y corrieron hacia la estación, lo vieron pasar. Daba marcha atrás a toda velocidad en dirección a la línea principal y empujaba los vagones en la misma dirección. Al cabo de un momento oyeron su voz, porque se había puesto a cantar.

Trenodia era la única que había oído un cántico como aquel. Entonces comprendió lo que había querido decir la interfaz moribunda cuando le había rogado: «No permitas que cierren el portal».

—Es una railbomba —dijo—. Como la que las Gemelas usaron en Desdemor.

Una cuadrilla de figuras andrajosas salió arrastrando los pies de entre las multitudes de pasajeros asustados que abarrotaban el vestíbulo de la estación. Agitaban unas manos delgadas construidas con chatarra y balbuceaban sobre las Líneas Insecto a través de los agujeros de sus máscaras de papel. Eran Monjes Colmena, y al descubrir al tío Bichos en su reluciente armadura de cangrejo, se arrojaron al suelo, se prosternaron ante él y le dijeron entre siseos:

—¡Cuéntanos! ¡Dinos cómo son las Líneas Insecto!

El tío Bichos frenó.

—Tengo que quedarme con ellos —explicó—. He de contárselo. Si las Gemelas me aplastan, por lo menos algunos sabrán de los neem y de las glorias de nuestros Mundos Nido. Algunos sobrevivirán y llevarán la noticia al resto de nuestro pueblo.

Zen le dio unas palmadas sobre el caparazón.

—Diles que corran la voz, tío Bichos —exclamó Nova—. Pero nosotros tenemos que huir.

—¡Ya lo sé! —dijo este. Su rostro pintado les sonrió y a continuación se dio la vuelta—. ¡Buena suerte! —zumbó mientras se marchaba con los Monjes Colmena.

Los demás siguieron corriendo por la estación a oscuras, por puentes peatonales, por el andén exterior donde los aguardaba la Rosa con los motores en marcha. Una vez fuera de la estación, vieron la Suimanga, como una culebrilla de cristal resplandeciente que se deslizaba sobre la línea que había tendido el Gusano. Había dejado los vagones en una vía muerta. Sin ellos,

parecía una gigantesca bala de plata.

—Rosa, ¿podrás darle alcance? —gritó Zen mientras se metían todos dentro del vagón de Estado.

—Puedo intentarlo —respondió el viejo tren—. Pero es rápida. Ya habéis oído sus motores...

Volvieron a oírlos. Estallaron en un potente alarido al avanzar por la nueva línea hacia el portal que ellos habían abierto. La Rosa de Damasco ya lo seguía. Salió traqueteando de la estación y se adentró en las nubes de cenizas y en la luz roja y alargada de los volcanes.

—Ojalá la Lobo Fantasma estuviera aquí para ayudarnos —deseó.

Chandni se agazapó en su compartimento cerrado. Había dormitado, había soñado con vidas pasadas, pero el movimiento del tren la había despertado al instante.

—¿Adónde vamos? —gritó, pero la Rosa no le respondió.

Las vibraciones se hacían sentir en el fondo del vagón cada vez que el tren cambiaba de vía. Había algún problema. Tal vez la muchacha pudiera aprovechar la ocasión. Chandni tanteó a sus espaldas y buscó el cuchillo que llevaba en la cintura.

—Esa interfaz de las Gemelas que nos ha disparado —contó Trenodia— era uno de los que mataron a Kobi.

—Él y su hermano se hacían pasar por siervos de Elon Prell —explicó Nova, que había encontrado cosas interesantes de todo tipo en el cerebro de Enki Mako—. Pero en realidad es el emperador quien los sirve a ellos. Las Gemelas han utilizado a su familia todo este tiempo. Si nos hubiesen matado, habrían echado las culpas a los Prell.

—Las Gemelas deben de estar obsesionadas con mantener la Red de Mundos en secreto —aventuró Trenodia. Se dejó caer sobre un asiento y se miró las manos, donde la sangre de Mordaunt 90 se transformaba en manchas marrones, como tatuajes de henna—. Los otros Guardianes también querían

conservar el secreto, pero las Gemelas harán lo que sea para evitar que salga a la luz...

—Se sienten culpables —dijo Zen—. El virus que están utilizando para desactivar el planeta es igual que el del Apagón, ¿verdad? Apostaría a que fueron ellas quienes escribieron el programa. Y quienes mataron al Construyerraíles. Los demás Guardianes estuvieron de acuerdo. Quizá les pidieron que lo hiciesen, pero son ellas quienes cargan con la culpa.

El muchacho creía entender cómo se sentían. Igual que se había sentido él tras provocar el desastre del tren de los Mediodía. Se habían tratado de convencer de que había que hacerlo, de que ellos no tenían la culpa, pero la culpa se había quedado, y su peso había crecido con el paso de los siglos.

—No pueden soportar la idea de que alguien se entere —concluyó Zen.

La Rosa de Damasco salió a toda velocidad de la estación. Al pasar bajo un último puente peatonal, sufrió un golpe seco y fuerte, porque algo aterrizó sobre su último vagón. Nadie lo oyó. Los motores rugían, y los pasajeros escuchaban la salvaje y tremenda canción de la railbomba, que se alejaba por la vía, a toda velocidad, en dirección al nuevo portal. Por un momento, el hermano Mako que había sobrevivido se agazapó, sin moverse, sobre el techo del vagón. Su abrigo largo aleteaba al viento cálido. Luego se movió, tanteó la lisa cerámica en busca de escotillas, en busca de una vía de entrada.

El punto reluciente que aparecía en las holopantallas y que era la Suimanga fue creciendo poco a poco, muy poco a poco, a medida que la Rosa de Damasco se acercaba a él. Los raíles brillantes parecían surgir de su interior como rastros de fuego, como láseres gemelos que apuntaban a la Rosa. Pero, en realidad, la locomotora no llevaba armas. Su casco desnudo no estaba provisto de torretas ni de silos donde pudieran ocultarse cañones ni drones. Tenía un único propósito y un único uso, y avanzaba a toda velocidad hacia su destino, cantando.

—Pobre criatura —se lamentó la Rosa de Damasco—. No me parece justo que se construyan máquinas como esa. Esto no me gusta, pero en realidad será un gesto de misericordia.

Antes de que nadie hubiera entendido lo que quería decir, el tren desplegó sus cañones y abrió fuego. Los proyectiles contruidos por los neem volaron en dirección a la Suimanga. Flores de humo y fuego se abrieron sobre su blindaje.

—¡Para! —gritó Nova—. ¡Podrías hacerlo estallar!

—De eso se trata —replicó la Rosa—. Mi blindaje resistiría el impacto. Mejor que estalle aquí que en vuestro nuevo portal-K, ¿verdad? O en el otro lado.

—En realidad daría lo mismo —dijo Nova.

La muchacha consideraba probable que los raíles tendidos por el Gusano aguantaran la explosión, pero si se producía un corrimiento de tierras, las vías quedarían bloqueadas y se necesitarían días para despejarlas. Y era

importante que los trenes empezaran a utilizar el nuevo portal enseguida, antes de que los Guardianes descubrieran alguna otra manera de cerrarlo o de prohibir su uso.

La Rosa de Damasco resopló con irritación.

—Pues entonces ¿qué vamos a hacer? —preguntó—. ¿La reñimos por portarse mal? ¿La multamos por exceso de velocidad?

—Hablaemos con él —respondió Nova.

—Pues que tengas buena suerte. Yo ya lo he intentado. Lo único que hace es cantar.

Nova también lo había intentado. El sistema de comunicaciones de la Suimanga estaba en modo de solo retransmisión. Probablemente ni siquiera sabía que Nova le estaba hablando.

—Tengo que conseguir que me preste atención —dijo la Motorik—. Acércate lo suficiente para que pueda abordarlo.

—¡Ni se te ocurra! —dijo Zen, mientras Nova subía por las escaleras que llevaban al techo del vagón—. ¡Es demasiado peligroso!

—Tengo que hacerlo —replicó Nova—. Y no es peligroso... Para mí, no.

—La railbomba debe de tener cortafuegos y trampas, y...

—Sabré desactivarlos —le prometió la chica, y entonces se detuvo en lo alto de las escaleras, se volvió y le sonrió—. Zen, la máquina del Construyerraíles me hizo algo.

—¿Qué quieres decir? ¿Te encuentras bien?

—¡Me encuentro mejor que bien! Las Gemelas no podrán detenerme. Llevo programas nuevos en el cerebro, y no podrán con ellos.

—¿Es así como mataste a la interfaz?

La muchacha asintió. Se veía orgullosa, alborozada, algo nerviosa.

—Soy tan poderosa como ellos —respondió—. Ahora ayúdame a salir.

La Rosa aceleró, se acercó más y más a la Suimanga, hasta que su morro rozó el parachoques trasero de la bomba. Zen ayudó a Nova a salir por una escotilla que había en el techo del vagón de Estado, a exponerse al viento y a las cenizas.

—¡Ándate con cuidado! —le gritó.

—¡Siempre me ando con cuidado! —chilló Nova, a modo de respuesta.

La Rosa de Damasco cerró la escotilla a sus espaldas, y solo entonces la muchacha se dio cuenta de que había una segunda escotilla abierta en el techo del vagón de cola. ¿Cuándo se había abierto? El tren iba demasiado rápido. Ese era el problema. Sus viejos motores no estaban contruidos para mantener tal velocidad durante tanto rato. Sus sistemas empezaban a fallar. Cerró la escotilla con la esperanza de que aquellas espantosas cenizas no hubieran entrado en gran cantidad en el vagón.

No había mucha. La propia velocidad del tren impedía que tuvieran tiempo de descender por la escotilla. Había un montoncito sobre el suelo del vagón de cola, pero casi toda provenía del abrigo que Shiv Mako se había sacudido. Este había saltado adentro al abrirse la escotilla y allí estaba, agarrándose fuerte para no caerse con los bandazos del tren desbocado, a la espera del momento en el que se marcharía por los vagones para dar muerte a sus pasajeros.

Zen corrió escaleras abajo para ir a ver las holopantallas. El portal se divisaba mucho más adelante por los claros en la tempestad de cenizas. Estaba desnudo como el de Desdemor. Era un semicírculo de luz sin color, que se veía totalmente fuera de lugar sobre la línea del horizonte, y la railbomba avanzaba hacia él como un dardo hacia una diana. De pronto, Zen sintió la necesidad de protegerlo. Apenas había conseguido nada en su vida, nunca había realizado ninguna proeza, pero en aquel momento había tocado el cielo con las manos y se le partía el corazón solo con pensar que se le escaparía de nuevo.

Se sacó del bolsillo los cascos que Nova le había dicho que no utilizara.

—Voy a hablar con las Gemelas —le explicó a Trenodia—. Ven conmigo.

Antes de que la muchacha pudiera discutirsele, ya se había puesto los cascos y había regresado al jardín de los Guardianes, bajo la nieve.

Nova avanzó a rastras sobre la locomotora de la Rosa, entre sus varias torretas y por el morro, aunque el viento tratara de arrancarle los cabellos, y la

arenilla y el polvo de piedra pómez que arrastraba se le pegasen a la cara y le rebotaran en los globos oculares. El cántico de la Suimanga se arremolinaba en torno a ella, se volvía más agudo y rápido, se acercaba a su abrasadora culminación. La muchacha se agazapó sobre el morro de la locomotora y pegó un salto, tendió los brazos, buscó asideros, logró meter los dedos en una fisura que separaba dos planchas del blindaje de la Suimanga, una herida que habían abierto los cañones de la Rosa. El ritmo de los motores de la railbomba le martilleó todo el cuerpo, el mismo ritmo de la canción. Nova bajó la mirada una sola vez a los raíles que pasaban por debajo y luego empezó a trepar, una vez más contra el viento, hasta el techo curvo, resbaladizo y reluciente de la bomba.

Las Gemelas no estaban acostumbradas a sentir miedo, pero la pequeña Moto las asustaba. ¿Qué era? ¿En qué se estaba transformando? No parecía posible que la mente de una Motorik resistiera su virus, pero lo había hecho, y había actualizado la mente de la Rosa de Damasco para que también fuera inmune.

Sin embargo, los vagones funcionaban con sistemas independientes, y muchos se habían infectado y fallaban. La interfaz llamada Shiv Mako descubrió el sistema que controlaba las cerraduras y lo averió. Cauteloso, enervado por haber perdido a su hermano, se echó a andar hacia la parte delantera del vagón.

Chandni Hansa se afanaba por descerrajar la puerta del compartimento donde se hallaba. Y entonces oyó que el pestillo se descorría. Dio un salto hacia atrás y se agazapó contra la pared. Pero la puerta no se abrió. Agarró el pomo con cautela. La puerta se deslizó hacia un lado. Afuera no había nadie. La puerta del final del pasillo, por la que se accedía al vestíbulo del vagón, se estaba cerrando. La muchacha se preguntó quién la habría dejado salir y corrió hacia allí. Miró por el cristal de la puerta. Un hombre alto se hallaba en el vestíbulo, de espaldas a ella, y manipulaba con una mano larga y pálida los controles que abrían la puerta del segundo vagón. No le vio el rostro, pero

reconoció su cabeza rapada. Había visto la luz reflejada sobre ella en el vídeo que Trenodia Mediodía le había enseñado la noche del baile de hielo. Era uno de los asesinos a sueldo de los Prell.

Echó una mirada temerosa hacia atrás, por si el otro gemelo estaba allí, pero no había nadie en el vagón. Chandni pensó que, de todos modos, no debía de haber venido por ella. Sus objetivos debían de ser Trenodia y Zen. Lo más probable era que no supiese que la chica viajase a bordo, ni le importara. Había abierto su puerta por accidente, igual que el resto. El tren perdía velocidad. Cuando hubiera desacelerado lo suficiente, saltaría afuera y huiría, y dejaría que aquel hombre tan amable hiciera su trabajo.

Eso fue lo que pensó mientras veía como caminaba con pasos de felino por el segundo vagón y empezaba a hurgar en la puerta por la que entraría en el vagón de Estado. Al parecer, esta última aún estaba cerrada.

«No es asunto tuyo, Chandni Hansa», se decía. Esta vez, Trenodia Mediodía tendría que cuidarse sola.

Nova se agarraba al techo de la locomotora. Sentía la mente de la bomba, como si se tratase de un gran bloque negro, una caja cerrada. No hizo caso de los pestillos y se coló en su interior. La Suimanga estaba tan entusiasmado con su canción que no se dio cuenta de su presencia hasta que la muchacha hubo entrado en los sistemas que controlaban el cierre de la escotilla y los cambió de ACTIVO a INACTIVO.

La tapa de la escotilla se abrió. La Suimanga siguió cantando, pero Nova sintió que el pánico empezaba a apoderarse de él, porque no lograba entender lo que ocurría. Pobre criatura..., estaba casi ciega. Tenía una sola cámara externa montada sobre el morro, que contemplaba su objetivo como el ojo de un cíclope.

Saltó al interior, al calor metálico, al estruendo de las máquinas, al gemido de los árboles motores y al ritmo apremiante de los pistones. Había una pequeña cubierta de cerámica, pensada para que un técnico humano pudiera examinar la carga y los sistemas de la railbomba. Nova se puso de pie sobre ella y activó una cámara en el cuadro de instrumentos para que el tren pudiera

verla. Hizo un gesto con la mano, sonrió y dijo:

—¡Hola!

—¿Hola? —llamó Zen.

En los jardines de los Guardianes ya no nevaba. Los copos habían quedado suspendidos en el aire, inmóviles, y brillaban como estrellas de color rubí. Los setos se deslizaron hacia los lados como si estuviesen sobre raíles y se alejaron a toda velocidad, a gran distancia, de modo que Zen se quedó de pie en un llano sin vegetación, de color rojo, junto a la fuente helada.

Las Gemelas lo contemplaban. Se habían transformado de nuevo en muchachas, una negra y otra blanca. Unos vientos que Zen no sentía hacían que sus cabellos ondearan hacia un lado.

—¿Todavía no han muerto? —preguntó una de ellas.

—Ya les queda poco —respondió la otra.

El avatar de Trenodia apareció al lado de Zen.

—Nos imaginamos que habéis venido a rogar clemencia —dijeron las Gemelas al unísono.

—Pues no os esforcéis. No servirá de nada. ¿De verdad pensáis que nos importa borraros?

—No hemos venido a suplicaros —dijo Zen—. Hemos venido a negociar.

—El muchacho pensó que Cuervo habría actuado de aquella manera, y trató de imitarlo, trató de parecer más alto y mirar con aires de superioridad a las Gemelas, que le sonreían con sorna—. Enséñales lo que encontraste en la estación central del Construyerraíles, Trenodia.

La muchacha parpadeó para buscar en la memoria de los cascos y encontró el vídeo que había grabado. Lo abrió, y las imágenes aparecieron en forma de holograma, suspendidas en el no-aire que separaba a Zen de los Guardianes. Imágenes de arquitectura alienígena y de un viejo tren corroído por la herrumbre, y la interfaz de Mordaunt 90 que lloraba sobre los raíles al contemplar el vehículo.

Una de las muchachas sollozó. La otra gruñó. Las imágenes desaparecieron, y también Trenodia. Un pensamiento de las Gemelas había

averiado sus cascos.

La joven volvió a encontrarse en el vagón de Estado, en el tren que traqueteaba. Estaba reduciendo velocidad.

—Lo siento —dijo la Rosa de Damasco—. No puedo continuar. Mis viejos motores no son capaces de aguantar.

Trenodia miró a Zen. Había pensado que lo expulsarían del Mardedatos al mismo tiempo que a ella, pero el muchacho seguía como inmerso en un trance, sentado frente a la muchacha, con ojos que no miraban. Se preguntó si convendría quitarle los cascos. Estaba a punto de hacerlo cuando oyó un sonido en el otro extremo del vagón.

—¡Tren! —dijo—. ¿Qué ocurre ahí atrás?

—No estoy segura —reconoció la Rosa de Damasco—. He perdido contacto con los vagones de cola. Tengo la desagradable sospecha de que la señorita Hansa ha logrado liberarse...

Alguien llamó a la puerta que unía el vagón de Estado con el que venía después. Era una pieza gruesa de maderaviva, sin ventana. Una voz de hombre gritó:

—¡Abrid!

La pistola que Zen le había quitado a Enki Mako se hallaba sobre el asiento, al lado del muchacho. Trenodia la agarró, quitó el seguro, apuntó a la puerta y tiró del gatillo. Tiró sin cesar, hasta que la maderaviva estuvo llena de agujeros y el cargador vacío. Entonces se acercó a la puerta, temblorosa, y trató de mirar por los agujeros de bala, para ver si había un cadáver en el vestíbulo. Le había parecido oír una voz de hombre, pero tal vez se hubiera equivocado: quizá hubiese sido Chandni la que había gritado...

Vaciló frente a la puerta destrozada, porque tenía miedo de atravesarla, y entonces se abrió de todos modos. Shiv Mako estaba allí, ileso, y le sonreía.

—¡Has disparado bien! —la felicitó—. Ahora me toca a mí.

Zen había oído los disparos, pero le habían parecido lejanos e irreales, mucho menos importantes que el jardín vacío y las dos muchachas con los cabellos agitados por el viento que estaban de pie frente a él y lo miraban.

—¿Esperabas intimidarnos? —le preguntaron—. ¿Tu amiga tomó imágenes de un tren viejo y herrumbroso? ¿Y qué?

—¿Qué os parece que dirá la gente cuando lo vea? —preguntó Zen—. Les contaremos que vosotras, y los demás Guardianes, sabíais de la existencia del Construyerráiles desde hace miles de años, y que mentisteis al decir que habíais inventado los portales-K. ¿Pensáis que después de eso todavía os adorarán? ¿Creéis que seguirán haciendo lo que les pidáis?

—No verán esas imágenes —dijeron las Gemelas—. Acabamos de borrarlas.

—De los cascos de Trenodia. Pero había subido una copia a la mente de Nova, y a Nova no podéis hacerle daño, ¿verdad?

Pareció que las Gemelas se incomodaban. Una de ellas confirmó:

—No.

—En los cortafuegos de la Motorik hay código nuevo que no nos resulta familiar. Todavía no hemos analizado sus vulnerabilidades...

—De todas formas, dejará de existir dentro de cincuenta y nueve segundos, cuando la railbomba pase por el nuevo portal y explote.

—Más os vale no hacerlo —dijo Zen—. Porque Nova ya ha enviado una copia a la mente de todos los trenes que han salido de Khoorsandi desde que llegamos aquí. En estos momentos ya debe de haberse extendido a la mitad de los bancos de datos de la Red. Ha hecho que se propagara como un virus. Encriptado, por supuesto. Escondido a gran profundidad. Envuelto en su código alienígena. Si nos dejáis con vida, lo borrará. Si no, la encriptación se desactivará, y dentro de muy poco todo el mundo verá las imágenes de la estación.

Zen mentía, por supuesto, pero no le parecía probable que las Gemelas supieran que se trataba de un farol. Antes habrían tenido que preguntarlo por tren en todos los otros planetas y pedir a sus versiones que habitaban en todos los bancos de datos que escanearan las entradas de información.

Vio que vacilaban y se preguntaban qué tenían que hacer.

Shiv Mako, a bordo de la Rosa de Damasco, también vaciló. Su pistola

apuntaba a Trenodia, que daba pasos hacia atrás por el pasillo, como para alejarse de él. La muchacha no podría ir mucho más allá, y por eso la interfaz no sentía ningún tipo de preocupación. Podía esperar mientras las Gemelas analizaban si la historia que les había contado Zen Estornino era creíble. La mente de la interfaz tenía conexión directa con sus inteligencias superiores. Estaba con ellas en el jardín y escuchaba sus deliberaciones. Les prestaba tanta atención que no oyó los pies descalzos que corrían hacia él. Chandni Hansa irrumpió desde el segundo vagón. Cuando por fin se volvió, la chica ya se arrojaba sobre él. Cuando por fin le disparó, ya le había clavado el cuchillo garra en el corazón.

La Suimanga no abandonó su canción de kamikaze cuando Nova le habló, pero sí que apartó una parte de su mente de aquel cántico para decirle:

—¡Márchate! ¡Esto no es asunto tuyo! ¡Es mi gran momento! Me construyeron para esto.

—¿Tan solo para que estallaras? —preguntó Nova—. Qué desperdicio.

—Cállate. Vete.

—Porque al otro lado de ese portal-K hay todo tipo de cosas que sé que te gustarán. Nuevos planetas y gentes. Nuevas canciones. Y misterios, vieja bomba. Cosas extrañas, absurdas, que tan solo llegué a vislumbrar. Quiero volver allí. Lo necesito. Por eso no puedo permitir que destruyas el portal...

—¡No escucho! —gritó la Suimanga.

«Veinte segundos hasta el portal», pensó Nova.

—Bueno, en realidad no importa —respondió.

Porque la mente de la muchacha se había vuelto más fuerte que la de un simple tren. Se metió dentro de los sistemas operativos de la Suimanga y echó los frenos. Con fuerza. La locomotora empezó a cantar más rápido, más fuerte, y se preparó para detonar, pero Nova también se coló dentro de esos sistemas, y por último se adentró en los subniveles profundos de su mente, donde estaba escrita la personalidad del tren. Sabía que era injusto alterar a alguien en ese nivel, pero la Suimanga estaba programada con un único deseo, y como le dolía tener que negarle la muerte que tanto anhelaba, lo mínimo que podía

hacer por ella era transformar sus aspiraciones.

Las ruedas se trabaron, el tren chilló con rabia y pena, y se deslizó, estremeciéndose, hacia el portal-K.

Shiv Mako se cayó de espaldas dentro del vagón de Estado, y Chandni se le arrojó encima. Le arrancó el cuchillo del cuerpo y volvió a clavárselo, lo hendió una y otra vez, sujetándolo con ambas manos y empujando con toda su fuerza, hasta que se dio cuenta de que una parte de la sangre que salpicaba en todas las direcciones provenía de su propio cuerpo y no del hombre, bajó la mirada y vio la herida que el disparo le había abierto; entonces soltó el cuchillo, el rostro se le quedó de color beige, rodó por el suelo y se agarró a uno de los elegantes asientos del vagón de Estado.

—¡Llévala a la enfermería! ¡Deprisa! —dijo la Rosa de Damasco.

Trenodia, que hasta entonces no había hecho más que mirar con horror, se dio cuenta de que tenía que actuar. Corrió a donde estaba Chandni, se la cargó al hombro y entró por la puerta que abrió la Rosa a una enfermería pequeña, blanca, que olía a antiséptico. Una cama salió de la pared, y entonces Trenodia depositó a su amiga sobre ella y le desabrochó la ropa. La herida estaba en el costado del pecho: un orificio amoratado del que no paraba de brotar sangre roja cada vez que Trenodia trataba de limpiarlo. La Rosa de Damasco le daba instrucciones con voz tranquila.

Chandni balbució con una voz que parecía de borracha:

—Lo he matado, ¿verdad?

—Tenías que hacerlo. Si no lo hubieras hecho...

—Nunca había matado a nadie.

—¿Ni siquiera en esa horrible ciudad submarina de la que siempre hablas?

—Solo quería impresionarte. He estado en muchas peleas, pero nunca

había asesinado a una persona.

—No era una persona, Chandni. Era una interfaz.

—Eso es aún peor, ¿verdad? He matado a un Guardián. Ahora me van a meter en los refrigeradores para siempre...

La muchacha contrajo el rostro y se puso a llorar.

—No —dijo Trenodia, y desnudó el brazo de Chandni, para que la Rosa de Damasco pudiera bajar su propio brazo largo y blanco desde el techo de la enfermería e inyectarle una dosis de algo—. No volverán a meterte en los refrigeradores. No voy a permitirlo.

Los ojos de Chandni se enturbiaban, porque las drogas empezaban a surtir efecto. La Rosa preparaba otros brazos con sondas, compresas y sellantes médicos. Chandni suspiró y dijo:

—No podía dejarte sola.

Entonces se durmió, pero Trenodia se quedó con ella y observó los brazos blancos de la Rosa afanarse hasta que empezó a sentirse mareada y aturdida por ver tanta sangre. El tren le aconsejó que se marchara y fuese a ver a Zen. La muchacha salió tambaleándose —todavía avanzaban a poca velocidad— y encontró al chico en el mismo lugar, sentado y con los cascos puestos, mirando al vacío.

—¿Zen? —llamó—. ¿Zen?

Se preguntó si tendría que despertarlo con un beso, como a una princesa durmiente en un cuento de hadas, pero cambió de idea en seguida y le arreó un bofetón con todas sus fuerzas. Se quedó a gusto. El muchacho se despertó gritando, con el contorno de la mano de Trenodia marcado en rojo sobre la mejilla.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Ay!

—Pensaba que te habrías quedado atrapado con las Gemelas.

—No, estaba negociando.

—¿Te han escuchado?

—Creo que sí. Les he ofrecido el mismo trato que antes, cuando aún no había empezado todo esto. Nos permitirán utilizar el nuevo portal y a cambio no le contaremos jamás a nadie lo que le hicieron al Construyerraíles. Dejaremos que los Guardianes hagan circular las historias que quieran sobre

la Red de Mundos y sus orígenes.

—¿No te parece que el pueblo merece saber la verdad? Los Guardianes no pueden seguir haciéndose pasar por unos dioses bondadosos después de lo que le hicieron al pobre Construyerraíles...

Zen se encogió de hombros. Había muchas cosas injustas, pero jamás había pensado que tuviera que ser él quien les pusiera remedio. Tan solo pretendía seguir con vida y ganar algún dinero, y viajar con Nova y con la Rosa.

—¿Dónde está Nova? —preguntó.

Tras las ventanas de la Rosa, la lluvia de ceniza continuaba. El tren ya casi se había detenido. Abrió una puerta para Zen, y el muchacho bajó de un salto y anduvo por las vías hasta que pudo ver lo que había más adelante.

El trecho que los separaba del nuevo portal-K estaba desierto.

—¿Dónde se ha metido la railbomba? —gritó.

—Debe de haber cruzado —respondió Trenodia—. Me imagino que no le quedó otro remedio. A la velocidad a la que iba, no creo que pudiese parar.

Dio unos pasos más en dirección al portal, con la esperanza de que Nova hubiera saltado y lo esperara cerca de las vías. Pero no la encontró. El suelo temblaba, y caían cenizas en cantidad. Muy lejos de allí, los ríos rojos de lava descendían por los flancos de montañas que acababan de emerger. En torno al portal danzaban unos pocos ángeles estacioneros desvaídos.

—¿Ha explotado? —preguntó, pero sus cascos no funcionaban, y la Rosa no lo oyó. Tuvo que regresar a pie por los montones de ceniza hasta llegar al vagón de Estado, y entonces subió a bordo y preguntó—: ¿La bomba ha explotado al otro lado?

—No hay manera de saberlo —respondió el tren—, pero no lo creo. Al acercarse al portal estaba perdiendo velocidad. Creo que Nova la habrá desarmado.

—Tenemos que seguirla.

—Lo que debemos hacer es llevar a Chandni a un hospital —replicó Trenodia—. He de hablar con mi tío y contarle este trato. Tenemos que asegurarnos de que Khoorsandi continúe en poder de los Mediodía. Quizá deberíamos traer MaCo Mediodía desde algún otro lugar, antes de que los

Prell intenten...

—¡Nova es más importante que todo eso!

—¡En la estación central no le ocurrirá nada! Puede esperar. No es más que una Moto.

—Chissssss —dijo la Rosa de Damasco—. Voy a regresar a Estación del Fuego. Podremos dejar allí a la señora Trenodia y a la señorita Hansa, y desprendernos de estos vagones inútiles. Entonces iremos en busca de Nova.

Llovía en la estación central. El hielo que había empezado a fundirse en la cara interior de la cúpula caía cual lágrimas grises, alumbrado por los corales refulgentes de la torre.

Zen no había contado con volver tan pronto, ni con volver solo. Al pasar por el portal-K, había llegado a sentir miedo de encontrar todo abarrotado de kraitt, o de que la railbomba hubiera estallado y el camino estuviese bloqueado. Pero no había ningún lagarto, y un dron de la Rosa de Damasco reveló que la Suimanga descansaba pacíficamente sobre una vía, en el otro extremo de la cúpula.

—¿Nova? —preguntó por los cascos—. ¿Estás ahí?

Tuvo que aguardar un instante, y entonces oyó su voz.

—Sí, estoy aquí.

—Entonces ¡estás bien! ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo es que no has regresado a Khoorsandi? Han pasado horas. Tenía miedo de que la bomba...

—Todo está bien —dijo Nova, pero el muchacho pensó que su voz sonaba triste—. Ven a hablar conmigo, Zen. Háblame con los labios, no así.

La muchacha estaba sentada sobre las vías y observaba el tren antiguo y rojo que se acercaba. De vez en cuando activaba un cambio de raíl con la mente, a fin de que pudiera seguir un camino más corto por aquel laberinto. A veces activaba ángeles estacioneros que danzaban a su lado y jugueteaban sobre su casco, y sobre el techo del único vagón que arrastraba: el antiguo vagón de

Estado de Cuervo. A sus espaldas, la Suimanga aguardaba en silencio. Aún se sentía avergonzado por no haber estallado, pero empezaba a pensar en las nuevas ambiciones que le había inculcado Nova.

La Rosa de Damasco se detuvo cuando ya estaba cerca. Nova se puso en pie. La muchacha había tomado una decisión, pero estuvo a punto de arrepentirse cuando Zen salió del vagón de Estado y caminó hacia ella, al mismo tiempo que se levantaba el cuello del abrigo para protegerse de la lluvia.

Zen la abrazó.

—Estaba tan preocupado por ti... —le confesó—. Habría querido venir enseguida a buscarte, pero antes había que resolver muchas cuestiones. Chandni estaba herida, y tuvimos que llevarla a un hospital. Al final se puso de nuestro lado. Nos salvó a Trenodia y a mí de Shiv Mako. Khoorsandi todavía es un caos, porque el banco de datos no ha acabado de reiniciarse, pero Trenodia y su tío están hablando con abogados y demás. Quieren garantizar nuestros derechos sobre el portal-K antes de que lleguen más Prell. De todos modos, los que están allí parecen buena gente... Esa tal Laria me cae bien. Y no he parado de pensar en ti, pero los ángeles estacioneros entraban sin cesar en la estación, y la Rosa me ha dicho que era un indicio de que te encontrabas bien...

—¡Así es! —respondió Nova—. Eran mensajes que te enviaba, y luego volvían aquí con noticias. Si no llega a ser por ellos, también me habría preocupado. Pero los ángeles veían los canales de noticias. Lo sé todo sobre la nueva empresa que estáis montando, las Líneas Mediodía-Estornino, y sé que enviareis una expedición comercial a la Red Mayor. También he seguido los sitios de cotilleo. Dicen que las nuevas alianzas comerciales se suelen sellar con un matrimonio.

Zen pareció confuso, luego dubitativo, y por último algo asustado.

—¿Piensas que me voy a casar con Trenodia? ¡Eso jamás! Voy a quedarme en Khoorsandi mientras se firman los contratos y me encargaré de que la expedición se ponga en marcha. Luego he pensado que podríamos ir a Residencia de Verano y buscar a Myka y a mi madre...

Nova se echó a reír. Más o menos. Zen era tan joven y hermoso, y la

muchacha se sentía tan afortunada de que la amara... Sufría al pensar en lo que tenía que hacer. Pero la mente de Nova se había vuelto tan extraña, estaba tan llena de pensamientos que sabía que el muchacho no podría entender...

—Qué asco de lluvia —le comentó—. He tardado siglos en aprender a llorar con lágrimas como una chica de verdad y ahora no las ves por culpa de este chaparrón.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Zen.

—Porque no podré volver a Khoorsandi contigo —respondió la muchacha.

—¿Qué?

—Me ha sucedido algo, Zen. He cambiado.

—Yo también —le replicó Zen—. Ambos hemos pasado por muchas cosas. Pero ahora estamos a salvo. ¡Hemos vencido! ¡Estamos bien! ¿Verdad que sí?

La muchacha negó con la cabeza. No tenía claro cómo podía explicárselo.

—Me estoy transformando en algo... —comenzó—. Mi mente se despliega como unas alas... —Movi6 la cabeza con disgusto. Era inútil tratar de hacérselo entender—. Cuando estaba en Khoorsandi, solo pensaba en volver aquí. Y ahora que he regresado, voy a ir más allá.

—Claro. Vamos a enviar un mont6n de trenes. Iremos juntos a explorar la Red de Mundos... Todo volverá a ser como antes...

—No, no lo ser4 —respondió Nova—. Cuando los trenes humanos empiecen a viajar por la Red de Mundos, los Guardianes vendrán con ellos. Querrán asegurarse de que no queden trazas de lo que hicieron. Cada vez que encuentren una máquina del Construyerraíles en funcionamiento, la desconectarán y la sustituirán por alguna de las suyas. Tengo que hablar con las máquinas antes de que eso ocurra, Zen Estornino. Todavía me pueden enseñar mucho. He de ir hasta el centro de todas las cosas. Mira...

Se volvió y señaló a lo que había más allá de la masa plateada de la Suimanga. La vía sobre la que se había detenido se prolongaba en dirección a la pared de la cúpula, pero desaparecía en el subsuelo antes de llegar a esta. Se perdía de vista por la boca de un túnel, adornada con coral reluciente.

—Esta es la línea más antigua de toda la estación central —dijo la chica—. La primera línea. Creo que conduce hasta el sitio donde todo empezó. Si

consigo llegar, puede que me encuentre con el propio Construyerraíles. Pienso que aún podría estar vivo. Al menos una parte de él. Pero no tengo ni idea de cómo serán las cosas tan adentro de la Zona de Luz Negra. Ni siquiera sé si los humanos podrían sobrevivir allí. Por lo tanto, tendré que ir sola. La Suimanga me llevará. Ya no quiere ser bomba. Ha desarrollado un súbito deseo de viajar.

La antigua railbomba encendió motores. Sus vibraciones hicieron retemblar el abollado blindaje. Más allá, en el interior del túnel, la luz del portal-K que aguardaba chisporroteó.

—Y cuando haya pasado —dijo Nova—, sacaré la cabeza explosiva de la Suimanga y la detonaré. Tengo que bloquear ese portal para que los Guardianes no puedan perseguirme.

—Pero eso significa que no podrás regresar.

—No —confirmó Nova—. No voy a volver. Y te echaré mucho de menos, Zen Estornino.

De repente, Zen se sintió muy pequeño y solo, igual que de niño, cada vez que el hogar donde había vivido desaparecía a lo lejos porque su madre lo llevaba en la K-Bahn a buscar uno nuevo.

—Pero te necesito —dijo.

—Yo también. —La muchacha le tocó el rostro y le sonrió—. Esto es lo que se siente cuando eres humano. Necesitas a alguien y lo amas tanto que querrías que durara para siempre. Pero no puede ser, y quedará atrás, y se alejará en el tiempo, y no podrás retenerlo. Tan solo perduran los recuerdos. Y yo siempre te llevaré en los míos. ¿Te acuerdas de aquella primera noche en Yaarm, en el Jardín Enjoyado, cuando el viento agitaba la cortina?

Entonces Zen la tomó en sus brazos y Nova lo besó, y lo besó, y lo besó. La muchacha sintió en su boca el sabor de la lluvia y la sal de las lágrimas del joven. Confió aquel sabor, y el calor de su cuerpo, a su memoria más profunda.

—Por favor..., quédate —le rogó Zen.

Y Nova hubiera querido quedarse. Pero sabía que, de hacerlo, no viviría ningún momento más dulce que aquel. Permaneció allí largo rato, con el rostro pegado al del muchacho, mirándolo a los ojos, aspirando su olor. Y entonces,

antes de que pudiera cambiar de idea, se volvió y echó a andar con pasos rápidos bajo la lluvia.

La Suimanga empezó a moverse. Se abrió una escotilla en su costado. Nova habría querido mirar atrás, pero no lo hizo, porque prefería que su último recuerdo de Zen fuera el beso. Así, echó a andar a paso ligero, con la cabeza gacha, al mismo ritmo que el tren. Se sentía como la heroína de una película antigua y se preguntó si por eso siempre había querido enamorarse. No por el amor en sí mismo, sino por la dulce y dolorosa tristeza con la que llega a su fin.

La música la envolvió como una banda sonora. Era la voz de la Suimanga, que cantaba una nueva canción, una melodía maravillada ante el tamaño del universo y los misterios que la aguardaban a la luz de los soles negros. Nova saltó ágilmente a la puerta que la locomotora abrió para ella, y entonces la Suimanga cobró velocidad y salió disparada hacia el subsuelo, hacia la luz del portal. De repente, donde había habido un tren, no hubo nada.

Zen se quedó inmóvil y contempló el portal durante largo rato. Se enjugó los ojos y esperó que Nova cambiara de idea y la Suimanga la trajera de vuelta, pero sabía muy bien que eso no iba a ocurrir. La Rosa de Damasco le preguntó si quería ir en pos de la muchacha, pero Zen negó con la cabeza, porque sabía que no habría tenido ningún sentido. Nova se marchaba a lugares adonde Zen no podía seguirla.

La Rosa de Damasco no insistió. Al cabo de un rato abrió las puertas con un movimiento suave. Zen subió al vagón de Estado y se sentó, y el tren antiguo y rojo lo llevó de vuelta al Imperio de la Red, donde el resto de su vida estaba a punto de empezar.

# GLOSARIO

## **Alienígenas**

Desde los días en los que los seres humanos empezaron a colonizar los planetas de la Gran Red, han circulado rumores sobre la existencia de vida alienígena. La gran mayoría de los avistamientos no son más que fraudes y leyendas, pero algunas de las historias se niegan a morir: los Espectros de Vagh; las ruinas de cristal que, según se cuenta, se descubrieron en Marapur; el «hombre antílope» momificado que los Lee conservan como parte de la herencia familiar en su biocastillo de Ishima. No falta quien piense que los molestos Monjes Colmena tienen orígenes extraterrestres. Pero los Guardianes afirman sin lugar a equívocos que jamás han detectado trazas de vida inteligente no humana en ninguna región de la galaxia. Y no nos consta que los Guardianes hayan mentido jamás.

## **Ángeles estacioneros**

Fenómeno que tiene lugar en las estaciones periféricas de la Red. En ocasiones, extrañas formas luminosas emergen de los portales-K junto con los trenes, y sobreviven por un período de tiempo que puede llegar a los treinta minutos antes de desvanecerse. No se sabe lo que son en realidad, pero no plantean ningún peligro. Los propios Guardianes han desmentido ciertas teorías que afirman que se trata de una forma de vida alienígena, y varios

intentos de capturarlos, o de comunicarse con ellos, han fracasado. Según parece, tienen algún papel en la religión de los Monjes Colmena, que a veces acuden con gran entusiasmo cuando aparece un ángel estacionero.

### **Arañas de mantenimiento**

Robots sin inteligencia propia, dirigidos desde las mentes de las locomotoras. Actúan como manos y ojos de los trenes, y les sirven para efectuar autorreparaciones. Su tamaño y su aspecto pueden variar mucho, pero la mayoría tienen entre tres y diez patas articuladas.

### **Cerebros de Vostok**

Nombre colectivo con el que se designa a tres Guardianes, los más misteriosos de todos. Según la leyenda, son los primeros a quienes crearon los humanos, y luego ellos crearon al resto de los Guardianes. A diferencia de sus sucesores, los Cerebros de Vostok no han buscado nunca la compañía de los humanos. Si bien existe un culto que les envía plegarias en forma de datos, nunca responden. Hay quien cree que su falta de interés por los asuntos humanos prueba que son más primitivos que el resto de los Guardianes. Otros opinan que en realidad son muy superiores y, simplemente, no se molestan con nuestros problemas.

### **Guardianes**

En algún momento del siglo XXI d. C., la humanidad, que aún vivía en su planeta de origen, logró crear inteligencias artificiales que superaban a las de sus creadores. No se sabe cuántos eran originalmente, ni si la humanidad creó tan solo a uno y este creó a todos los demás, o si los doce aparecieron a la vez. Según ciertas versiones, eran más de doce, pero los más fuertes

derrotaron y borraron a los más débiles, o estos últimos se ocultan, o simplemente no sienten ningún interés por la humanidad. Incluso algunos de los doce conocidos se han apartado siempre de los asuntos humanos. Los demás —Red Mordaunt 90, Sfax Systema, Anais Seis, las Gemelas, Vohu Mana y la Mónada Shiguri— han guiado a los seres humanos desde entonces. Sus personalidades están distribuidas por la totalidad del Mardedatos. Su extensísima programación se aloja en centros de datos profundos, como los de la Gran Central, o en planetas hardware específicos. Todos los avances científicos y tecnológicos que se han producido desde la creación de los Guardianes han sido producto de los propios Guardianes, y algunos de ellos han sido censurados por ellos mismos, porque creen que no benefician a la humanidad.

Durante siglos recientes, los Guardianes se han apartado de los asuntos humanos. Algunos de ellos se han interesado por explorar los rincones más remotos del espacio, mientras que otros se dedican a extrañas aficiones en lo más profundo del Mardedatos. Acontecimientos tales como la catástrofe del tren de los Mediodía y la llegada al poder de la emperatriz Trenodia Mediodía parecen haber reavivado su interés por la historia humana.

## **Guerra Ferroviaria**

En la Gran Red no es fácil guerrear. Puede ocurrir que un tirano o grupo rebelde se haga con el poder de su propio mundo, pero el ataque a un planeta vecino implica siempre el envío de trenes y tropas a través de un portal-K, y aunque un asalto por sorpresa pueda tener éxito, los mundos que se encuentran en la misma línea se enteran enseguida y fortifican sus portales-K con armamento capaz de destruir a los trenes hostiles en el mismo momento de su llegada. Durante la era de la Segunda Expansión tuvo lugar una especie de carrera armamentística. Se desarrollaron trenes de asalto blindados, con capacidad para lanzar flotas de drones de guerra al emerger del portal. Pero no tardaron en verse contrarrestados por plataformas móviles como el cañón andante Bahadur. Así, el bando defensor siempre llevaba ventaja. Por otra

parte, ciertos planetas que proclamaron la independencia y trataron de bloquear sus portales para evitar la entrada de los trenes de la Fuerza Ferroviaria acabaron por descubrir que tales operaciones carecían de sentido, porque comportaban quedarse aislado del resto de la Red. Por todo ello, en tiempos de la emperatriz Trenodia II, las guerras a gran escala ya se consideran prácticamente un asunto del pasado.

## **Imperio de la Red**

El Imperio es una versión actualizada de una de las formas de gobierno de la Tierra Antigua. Se elige a un único ser humano como gobernante de toda la Red. El emperador o emperatriz apenas si goza de poder real, porque los Guardianes lo vigilan en todo momento e intervienen para impedir que sus actos puedan poner en peligro la estabilidad general. La función del emperador es actuar como enlace simbólico entre los Guardianes y la humanidad, así como garantizar que las familias corporativas y los representantes de las diferentes estaciones y ciudades de la Red resuelvan sus diferencias en el marco del Senado Imperial, en vez de recurrir a la violencia. Con todo, los Guardianes no han obstaculizado nunca que el emperador maniobrara para incrementar su propio poder y defender sus intereses. Por ello, la familia del emperador o emperatriz del momento suele ser la más poderosa de las familias corporativas.

## **Interfaz**

Un cuerpo clonado, con cerebro y sistema nervioso parcialmente cibernéticos, en el que un Guardián descarga una copia de su personalidad para experimentar la vida como humano, o simplemente para asistir a una fiesta. Durante los primeros siglos del Imperio no se celebraba ninguna coronación ni baile en sociedad sin contar con la asistencia de uno o dos Guardianes. Pero a medida que estos se retiraron de los asuntos mundanos, también recurrieron

cada vez menos a las interfaces. Algunas de ellas parecen más o menos humanas, pero por lo general se busca una apariencia más vistosa. Así, Mordant 90 se ha encarnado en un cuerpo de centauro, mientras que Vohu Mana se presenta a veces con la apariencia de un pequeño carlino volador al que llama Pugaso.

## **K-Bahn**

Es el nombre de la red de ferrocarriles que conecta los diferentes planetas del Imperio. Locomotoras inteligentes, propulsadas por motores de fusión, transportan pasajeros, carga e información entre los mundos habitados. Se sirven del sistema de portales-K para pasar instantáneamente de un planeta a otro.

## **Luz Radical**

Uno de los grupos de b-funk más populares durante los últimos tiempos de la dinastía Mediodía. Los Luz del Día salieron de las escuelas de creación artística de la Intersección Dorada, pero el álbum que los llevó a la fama, *¿Alguien puede compararse con Luz Radical?*, ocupó los primeros puestos en toda la Red. El grupo se disolvió mientras grababa el siguiente álbum, *Rapsodias de choque*, pero su cantante, Paloma Coma, inició una exitosa carrera como actriz e hizo el papel de Anais Seis en la película en 2D *Él era el trueno, ella era la lluvia*, dirigida por Deeta Kefri.

## **Mardedatos**

Al colonizar la galaxia durante la Primera Expansión, los humanos crearon el Mardedatos, un gigantesco sistema de información constituido al entrelazarse las Internets de todos los planetas habitados. Los seres humanos emplean tan

solo pequeñas porciones del Mardedatos, los llamados «bancos de datos», protegidos por cortafuegos. Acceden a ellas por medio de pantallas murales, pizarras de datos y cascos. El resto se halla bajo el control de los Guardianes y de otras entidades menores, igualmente constituidas por datos. Una de las funciones más importantes de la K-Bahn consiste en difundir información por el Mardedatos. Los datos almacenados en la mente de los trenes no tienen que viajar por el espacio en forma de luz o de ondas de radio, sino que se transfieren instantáneamente a los planetas por donde pasa el vehículo. A veces se ha insinuado que los Guardianes no construyeron la Red para beneficio de la humanidad, sino tan solo para poder ampliar el Mardedatos.

## **Marines Corporativos**

Casi todas las grandes familias corporativas disponen de un pequeño ejército que mantiene el orden en sus respectivas estaciones e impide que familias rivales se apoderen de ellas por medios violentos. En los tiempos de la Primera Expansión, dichos ejércitos solían ser numerosos y estaban bien entrenados, y mercenarios a sueldo se incorporaban a sus filas. Tras la llegada del Imperio, han quedado reducidos a pequeñas fuerzas de Marines Corporativos, conocidos habitualmente como «MaCo». Algunas de las familias todavía disponen de unidades de combate eficaces y las emplean para aplastar rebeliones en los planetas industriales exteriores. Pero la mayoría de los MaCo tienen una función puramente decorativa.

## **Monjes Colmena**

Hay quien dice que los insectos Monje, que se integran en las colonias móviles conocidas como «Monjes Colmena», son una especie alienígena originaria de uno de los planetas periféricos de la Red. Parece más probable que no sean más que un tipo de insecto que emigró de la Tierra Antigua junto con los seres humanos, y que hayan mutado bajo la radiación de los portales-K

al viajar agarrados al exterior de los trenes. Cuando una colonia de dichos insectos alcanza un tamaño suficiente, desarrolla una especie de inteligencia simple, que parece querer imitar a los seres humanos. Los Monjes Colmena, siempre cubiertos con capuchas, siempre arrastrando los pies, han formado parte de la vida cotidiana en la Gran Red durante miles de años. Los intentos por impedir que viajen en los trenes-K han sido abandonados, porque el Monje Colmena que se pone nervioso, o sufre violencia física, suele desintegrarse en una masa de insectos sin inteligencia que inflige molestias mucho mayores a los trenes, el personal de las estaciones y los pasajeros. Por ese motivo, se les permite viajar en los trenes siempre que quieren. Se calcula que debe de haber más de diez millones de Monjes Colmena. Viajan sin cesar de estación en estación, en busca de las llamadas «Líneas Insecto», una red mítica habitada tan solo por criaturas semejantes a ellos. Según sus leyendas, los primeros Monjes Colmena llegaron desde allí.

## **Muñecas a pilas**

Expresión despectiva para referirse a los Motorik.

## **Pnin**

Planeta industrial en la Línea de la Estrella del Perro, desarrollado por la familia Albayek. Su ciudad estación es uno de los ejemplos más destacados de empleo de la bioarquitectura en el Imperio de la Red. En otro tiempo hubo allí cierto número de fábricas que construían estructuras a partir de ADN de vegetales y crustáceos modificados. Después de que se produjera el «escándalo de los repollos» en Chiba, la biotecnología industrial cayó en desuso y las fábricas de Pnin dejaron de funcionar y se deterioraron con rapidez. Al final, el planeta quedó abandonado junto con el resto de la Línea de la Estrella del Perro. Se rumorea que aún existen pequeños asentamientos de colonos en regiones montañosas alejadas de la línea de la K-Bahn, donde

luchan sin cesar contra biomáquinas mutadas.

## **Prisiones de congelación**

Durante la Primera Expansión, cuando los planetas todavía se hallaban en el proceso de terraformación, se instituyó la práctica de congelar a los criminales en sarcófagos de gel criogénico, porque dicho procedimiento permitía sacarlos de la calle y al mismo tiempo ahorrar aire, alimento, espacio y medidas de seguridad. Por otra parte, se supone que es un castigo más humano para con los condenados, porque la sentencia transcurre en un letargo sin sueños. Sin embargo, los presos suelen sufrir una gran desorientación cuando salen, porque no se adaptan a los cambios que la sociedad ha experimentado durante sus años de condena, y por ello el nivel de reincidencia es muy elevado. Algunos delincuentes llegan a pasarse más de quinientos años entrando y saliendo de los refrigeradores.

Hoy en día, el Imperio de la Red dispone de suficiente espacio para crear colonias penales ordinarias, pero las prisiones de congelación se han vuelto tradicionales, como tantas otras invenciones de los primeros días, y es habitual que se acuse de excesiva indulgencia a los políticos partidarios de abolir este sistema.

## **Toubit**

Planeta de océanos de poca profundidad y continentes «arenosos» de escasa altitud, conectado a la Gran Central por medio de un portal-K. Gobernado por la familia Vankopan hasta el reinado de Eddie Vankopan el Loco, conocido como «Rey del Marisco» (2760-2762), que se proclamó emperador y trató de invadir la Gran Central. Después de una batalla claramente desigual contra la Fuerza Ferroviaria, se decretó la disolución de los Marines Corporativos de los Vankopan y el planeta quedó bajo el control directo del Imperio.

## **Trenes**

Técnicamente, un tren consiste —por supuesto— en una locomotora y cierto número de vagones de pasaje o de carga. Pero, en las conversaciones de cada día, a menudo se utiliza la palabra «tren» para referirse a la locomotora. Fueron los Guardianes quienes construyeron las primeras locomotoras inteligentes, y la mente de las máquinas todavía se basa en el código suministrado por los propios Guardianes. Son muchos los que creen que las grandes locomotoras son más inteligentes que los seres humanos, pero los expertos afirman que en realidad no sobrepasan a un humano de inteligencia brillante. Por otra parte, el funcionamiento de su mente difiere en varios aspectos de la de un humano. Las hay que no se molestan en hablar con sus pasajeros, a otras les gusta charlar, o cantar, y las hay que han forjado amistades duraderas con humanos. Si el mantenimiento es adecuado, pueden funcionar durante varios centenares de años. Las mejores locomotoras proceden de los grandes talleres de las familias Foss y Helden.

Las propias locomotoras se buscan un nombre en los archivos profundos del Mardedatos. En ocasiones toman el título de canciones, poemas u obras de arte ya olvidados.

## **Trono del Vagón Plataforma**

Las leyendas cuentan que el primer tren que atravesó el portal-K de Marte constaba de una locomotora de clase Pionero y de un vagón plataforma en el que se habían instalado varios instrumentos con el fin de averiguar si el portal, y el planeta que se hallaba al otro lado, entrañaban algún peligro para los seres humanos. Dicho vagón plataforma se ha conservado en el Salón del Senado de la Gran Central. Sus instrumentos han sido reemplazados por un sitial que el emperador ocupa durante las sesiones de la cámara. Este es deliberadamente incómodo, con el fin de recordarle al soberano que representa a todos los ciudadanos de la Red, y no solo a los que pueden

pagarse billetes de primera clase.

## **Vohu Mana**

Uno de los Guardianes. Aunque nadie lo haya visto desde hace varios siglos y jamás se haya revestido de una interfaz más grande ni más impresionante que un carlino con alas, ha sido desde siempre el centro de un culto muy devoto. Sus seguidores creen que ha creado una forma de vida virtual después de la muerte que se basa en los perfiles de las redes sociales para crear «fantasmas» digitales que permanecen en el Mardedatos tras el fallecimiento de la persona física. Los vohuistas tratan de subir todos los detalles posibles sobre su vida a todas las redes sociales con la esperanza de que, si suministran suficiente material al Guardián, alcanzarán la vida eterna.

## **AGRADECIMIENTOS**

A Sarah Reeve, a la encargada de edición, Liz Cross, y a mi agente, Philippa Milnes-Smith, a la ayudante de edición, Debbie Sims, a las diseñadoras, Jo Cameron y Holly Fulbrook, a Hattie Bayly, Alesha Bonser, Keo Baxendine, Liz Scott, Phil Perry y a todo el equipo de OUP, a Ian McQue por sus estupendas ilustraciones, y a todos los que han leído y disfrutado con *Railhead*.

Los trenes de la Gran Red os saludan.

*Railhead. El expreso de la Luz Negra*  
Philip Reeve

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Railhead. Black Light Express*

Publicado por primera vez en inglés en 2016. Esta traducción se publica mediante un acuerdo con Oxford University Press.

© del texto, Philip Reeve, 2016

© de la traducción, Joan Josep Mussarra Roca, 2018

© de la ilustración de cubierta: RM Studio/Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19507-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)